

DESHONRA

ROMANCE DE MAFIA RUSA

EVA WINNERS

DESHONRA

ROMANCE DE MAFIA RUSA

EVA WINNERS

Derechos reservados © 2021 por Winners Publishing LLC y Eva Winners

Diseñador de imagen de portada: Eve Graphic Design LLC

Fotógrafo: Wander Aguiar

Traducción, edición y corrección al español: Sirena Audiobooks, LLC

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita: www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo de Facebook: https://bit.ly/3gHEe0e

Página de Facebook: https://bit.ly/30DzP8Q

Instagram: http://Instagram.com/evawinners

BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners

Amazon: http://amazon.com/author/evawinners

Goodreads: http://goodreads.com/evawinners

TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA
SERIE RUSSIAN SINNERS

Prólogo
1. Sergei
2. Sergei
3. Scarlett
4. Sergei
5. Scarlett
6. Sergei
7. Scarlett
8. Sergei
9. Scarlett
10. Sergei
11. Scarlett
12. Sergei
13. Scarlett
14. Sergei
15. Scarlett
16. Sergei
17. Scarlett
18. Sergei
19. Sergei
20. Sergei
21. Scarlett
22. Sergei
23. Scarlett
24. Sergei
25. Scarlett
26. Sergei
27. Scarlett
28. Sergei
29. Scarlett
30. Sergei

31. Scarlett
32. Sergei
33. Scarlett
34. Sergei
35. Scarlett
36. Sergei
37. Scarlett
38. Sergei
39. Scarlett
40. Sergei
41. Scarlett
Epílogo

Agradecimientos
Acerca del Autor

NOTA DE LA AUTORA

Este libro toca temas delicados y algunos lectores podrían encontrarlo perturbador.

Hay contenido desencadenante relacionado con pérdidas familiares, abuso y violencia.

El parecido con personas y cosas vivas o muertas, lugares o sucesos reales es pura coincidencia.

A ti, querido lector, por leer mis palabras y emprender este viaje conmigo.

SERIE RUSSIAN SINNERS

La serie trata de tres mejores amigos por separado. Aunque cada libro puede leerse de forma independiente, para disfrutar al máximo considera leerlo en el orden publicado.

¡Qué lo disfrutes!
Eva Winners

PRÓLOGO

SERGEI

Doce años atrás

—¿Estás seguro de que esto es inteligente? —me preguntó Michail por enésima vez.

Estaba completamente seguro de que no era inteligente. Pero ¿quién demonios hacía cosas inteligentes por aquí? Todavía no podía creer que Irina se casaba con ese maldito desgraciado. Habían pasado dos semanas desde que me abandonó. Me apuñaló tanto en el corazón como en la espalda. Debió haber estado jugando conmigo, dándome largas hasta que encontró a un hijo de puta más rico.

—Lo haré contigo o sin ti —respondí.

Había estado conmigo los últimos dos años. Dimitry y Nikolai perseguían fortunas en Estados Unidos, y viajaban de ida y vuelta a Rusia. Me quedé atrás por mi mujer, quien en ese instante se casaba con el jefe de la Mafia Polaca. Nada golpeaba más mi ego que ser abandonado por alguien de casi tres veces mi edad y muchas veces más rico que yo.

¡Maldita sea! Iba a hacerla mi reina. Recordar las últimas palabras que me dijo me provocaba una furia ardiente que me hacía ver rojo. La rabia bullía en mi interior, haciendo que mis oídos pitaran de ira.

Aceleré por la autopista, al doble del límite legal. Salimos de Kaliningrad, la ciudad rusa cercana a la frontera polaca, y nos quedaban otras dos horas de viaje. La boda se celebraba en Gdańsk, Polonia.

—Lo siento, Sergei. —Irina no parecía arrepentida en absoluto de haberme partido por la mitad, de haber agarrado mi corazón y básicamente haberlo destrozado con un martillo—. Necesito alguien con estabilidad. Alguien que pueda ofrecerme un apellido de verdad, un legado que llevar.

—Actúas como si toda mi vida se hubiera acabado. Todavía soy joven, todavía hay tiempo. —No podía creer que me justificara ante ella. Era casi suplicar—. Mis hermanos y yo estamos trabajando duro para ganar nuestro propio dinero.

—No puedo planear mi vida según lo que podría pasar. —Mierda ¿siempre fue así de cruel?—. Quiero que mi vida sea un acontecimiento memorable.

Miré fijamente sus ojos azules y noté por primera vez lo fríos que eran. Sin compasión, sin honor... solo codicia. No le importaba nadie más que ella misma.

—Ninguna mujer quiere atarse a un hombre sin familia. —Sus palabras resonaban en mi cerebro—. Sin apellido. —Se rio, ise rio, carajo, cuando dijo eso!

Me dejó sin mirar atrás, con su nuevo abrigo de visón que le llegaba hasta los tobillos, manteniéndola caliente. Todo lo que sentí fue frío y seguí pensando que uno de estos días, el frío me mataría.

Ese maldito abrigo de visón debió haber sido mi pista de que había encontrado a alguien que me sustituyera. Ella no podía costearlo, y yo no se lo compré. Pensé que me amaba a mí, no las cosas materiales. Obviamente, estaba tan equivocado.

—Sergei, baja la maldita velocidad. —Michail me apartó de las voces de mi cabeza—. Me apunté para ayudarte, no para que me

mataras por tu forma de conducir imprudente. Además, si morimos, quiero llevarme a algunos de esos hijos de puta con nosotros.

Tenía razón ahí. Reduje la velocidad del Maserati. Mi cuerpo estaba deseando llegar y arruinar toda la jodida boda. Le daría a Irina un evento memorable que nunca olvidaría. Desgracia de mujer mentirosa y manipuladora.

Aceleré de nuevo y escuché a Michail murmurar algo en voz baja.

—¿Qué? —Lo fulminé con la mirada.

—No veas mi cara bonita —replicó secamente—. Mira por dónde conduces. Tengo ganas de darles una paliza a hombres de la Mafia Polaca, así que me gustaría llegar allí vivo.

Sonreí fríamente. Sí, también tenía ganas de darles una paliza a los tipos de la Mafia Polaca. Contrabandistas, sucios desgraciados. Irina no tenía ni idea de dónde se había metido.

Cuando llegamos al lugar, a las afueras de la ciudad, bajé la velocidad. Me acerqué al gran estacionamiento del recinto, los *valet* ya esperaban a que detuviera mi vehículo y mostrara mi invitación.

«Aquí no hay invitación, hijos de puta».

Esperé hasta el último segundo y pisé el acelerador a fondo, el Maserati dio una vuelta, dos, y luego voló por encima del bordillo, chocando con la elegante entrada arqueada blanca decorada con lazos azules y rosas, y siguió avanzando. La gente corría de mi izquierda a mi derecha, mientras cambiaba de marcha para asegurarme de llegar hasta el altar improvisado.

Michail se sentó a mi lado imperturbable, cargando sus armas.

—Deberías haberlo hecho durante nuestras dos horas de viaje —mencioné. Los latidos de mi corazón no se aceleraban, mi mente tenía claro lo que quería hacer.

—Me gusta dejar las cosas para el último momento —alegó con calma—. Algo así como tu forma de planificar.

Un día de estos le daría una paliza. Pero no este día.

Por el rabillo del ojo, vi a uno de los hombres apuntando un arma a Michail a través de la ventana. Le agarré la cabeza y lo empujé hacia abajo. La bala rompió la ventana, mas no nos alcanzó.

—Esto va a ser divertido —murmuró Michail.

Agarré mi propia pistola y empezamos a disparar a los hombres. De todos modos, eran escoria de la tierra. Participaban en el tráfico de mujeres, niños y cualquiera que cayera en sus manos.

El Maserati se detuvo violentamente contra el altar improvisado. Tanto Michail como yo llevábamos puesto el cinturón de seguridad, así que no sufrimos ningún daño. El coche, por su parte…sí, no volveríamos a casa en un Maserati. Si es que volvíamos.

«Probablemente era un camino sin salida».

Michail y yo luchábamos contra los hombres, con las espaldas casi presionadas una contra la otra para poder cubrirnos desde todos los ángulos. A algunos simplemente les disparamos, con otros nos abrimos paso a la fuerza.

—¿Estás loco? —Reconocí la voz de Irina chillando desde la distancia—. Para esto ya, Sergei.

«¡No se puede!».

—¡No disparen! —La orden vino de Bartek, el jefe de la Mafia Polaca—. Los quiero vivos.

Ciertamente, esperaba que ella disfrutara de ese idiota arrugado y viejo con apellido real mientras se la follaba cada noche, su cuerpo redondo presionándola contra el colchón.

Le rompí el cuello a otro hombre y lo aparté de mí. Otro se acercó y lo maté de un disparo. Los cuerpos se amontonaban a nuestro alrededor cuando alguien le disparó a Michail y salió volando hacia atrás. Rápidamente estiré la mano para atraparlo.

—Mierda —soltó.

Lo sostuve, con los ojos escaneando la situación. Le habían dado en el hombro.

«Sí, ¡esto no está bien!».

Le disparé a otro hombre que se atrevió a dar un paso hacia nosotros, pero sin Michail a mi espalda, no vi la amenaza por detrás. El golpe en mi cabeza oscureció mi mundo.



—Sergei, maldita bella durmiente. —Podía oír la voz de Michail a través de la niebla en mi cabeza—. Despierta.

Fui a moverme, pero no podía desplazar ni poquito los brazos ni las manos. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Sergei. —Otro siseo de Michail.

Abrí los ojos, aunque no pude ver gran cosa.

—Por fin, bella durmiente.

—Si vuelves a llamarme bella durmiente —gruñí a través de un dolor de cabeza—, te cortaré las pelotas.

Se rio, aunque el gesto sonaba débil.

—Me gustaría ver que lo intentes. —Volví a intentar enfocar la vista. ¿Por qué no podía verlo? ¿Y por qué me dolía la cabeza como si hubiera bebido durante una semana seguida?

—¿Qué hora es? —musité, aún sintiéndome desorientado—. ¿Y por qué parece que toda la habitación está patas arriba?

—Porque lo está. —Rio Michail, con la voz ronca—. Estamos atados y colgados boca abajo del techo.

—¿Por qué?

—Porque los mafiosos polacos son unos malditos idiotas —escupió.

—¿Dónde demonios estás? —Miré de izquierda a derecha, pero no podía verlo.

—Te estoy mirando el culo —bromeó—. Y qué buen trasero. Claro que pedí un culo femenino para disfrutar, pero me lo negaron.

—Mi trasero es mejor que el de cualquier mujer —me burlé—. Las mujeres son un maldito dolor en mi trasero. Y en el tuyo.

El portazo metálico resonó a lo lejos y después se oyeron pasos que se acercaban.

—Tengo que decirte algo —susurró Michail.

—No creo que sea el momento adecuado para confesiones —murmuré.

—Les envié un mensaje de texto a Dimitry y Nikolai de camino aquí.

Si sobrevivíamos a los polacos por algún milagro, no estaba seguro de que lo hiciéramos a Dimitry y Nikolai. Nos darían una paliza.

—Mierda. —Añadí unas cuantas maldiciones más.

—¿Están disfrutando de la fiesta? —Un imbécil que apestaba como una destilería se puso delante de mí. No podía verle la cara, pero su enorme barriga estaba demasiado cerca de mí. Podría cegarme con ella. Su inglés era malo, su acento aún peor—. Soy Bartek, el jefe de la Mafia Polaca.

¿Qué? ¿Hablaba en serio? Antes de que pudiera procesar algo más, empecé a reírme como el loco *Russian Sinner* que me llamaban.

—¿Tú? —Apenas pude pronunciar las palabras.

Le siguió un puñetazo, aunque no de parte del tipo asqueroso que se convirtió en el marido de Irina. Aun así, seguía sin poder parar de reír.

—Apuesto a que Irina disfrutó de su noche de bodas —lancé.

Una lluvia de puñetazos cayó sobre mí, aun así, me negué a dejar de sonreír. *Oh*, la venganza era dulce. Saboreé la sangre en mi boca y la sentí chorreando por mi rostro, pero no me importó.

—Con razón te llaman *Mad Russian Sinner* —se burló Bartek.

—Bájame y te enseñaré por qué me llaman así.

No haría eso. Claro que no. Era un cobarde hasta la médula.

—Golpea al otro también —ordenó a su secuaz. Era difícil saber cuántos había en la habitación—. Después de todo, creemos en la igualdad. Polonia es una democracia.

El idiota no sabía lo que significaba democracia.

Escuché gruñidos detrás de mí; sin embargo, Michail no les dio la satisfacción. Era la razón por la que me agradaba como mi mano derecha. Siempre me cubría la espalda, y yo siempre cubría la suya.

—Eres un cobarde —refunfuñé—. Deberías desatarnos y entonces veremos lo dura que es tu lengua... Antes de que te la corte.

Recibí una patada en la cabeza. El tipo era demasiado estúpido. Acercó su cabeza a la mía para comprobar qué daño había hecho, aproveché y le di un cabezazo. Un aullido lo abandonó y retrocedió como si lo hubiera quemado.

—¿Adónde vas? —inquirí enfurecido—. Vuelve. Apenas estaba empezando. —Sentí cómo la hoja me cortaba la piel, pero la

adrenalina corría por mis venas, haciéndome olvidar el dolor—. ¡Ven aquí, desgraciado! Te enseñaré cómo puedo darte una paliza con las manos atadas y colgando boca abajo. Miserable, pedazo de mierda.

Otra lluvia de puñetazos cayó sobre mí; no obstante, mantuve la boca cerrada, los únicos sonidos en la habitación eran los gruñidos de Michail y míos, y los puños golpeando nuestros cuerpos.

Afuera se escuchaba conmoción y gritos. Me importaba una mierda. Mi único objetivo era darles otro puñetazo a estos hijos de puta antes de morir.

La puerta se abrió con un fuerte golpe y el sonido de las armas de fuego resonó en la habitación. ¿O era por encima de nosotros?

—Ahora, Bartek. —Me llegó la voz de Dimitry—. No estarás intentando hacerle daño a mi hermano menor ¿verdad? —La voz de mi hermano mayor destilaba rabia y odio latente. Dimitry aterrorizaba a la gente, lo intentara o no. Pero cuando lo intentaba, se cagaban encima.

Sonreí y estaba seguro de que mis dientes estaban horriblemente ensangrentados.

—Se colaron en mi boda. —De acuerdo, en cuanto a excusas, la de Bartek no era tan mala.

—Deberías haberlos dejado ir —anunció Nikolai. Apostaría a que Bartek se estaba orinando mientras miraba a Nikolai en este momento—. Ahora tienes invitados extra muertos arriba. Todos tus socios del tráfico de drogas. —Dejó que el silencio se prolongara—. Ah, y tus guardias también están muertos. Solo te quedan esos dos que están torturando a mi hermano y a su amigo.

—¿Qué quieren? —Bartek no era muy listo.

—Los desatarás —reviró Dimitry la orden—. Y será mejor que no obtengan otro arañazo. De lo contrario, te daré uno a cambio que te marcará de por vida.

Bartek dio la orden a sus hombres en polaco. Sabía lo suficiente como para entender que les había dicho que se aseguraran de que no nos hirieran. «*Ya no eres tan valiente ¿verdad?*».

En cuanto nos bajaron, Dimitry estaba a mi lado mientras que Nikolai estaba cerca de Michail.

Dimitry me tenía apoyado en él, mientras con la otra mano apuntaba a Bartek con la pistola.

—Ahora, tú y tus hombres caminen delante de nosotros —decretó.

Obedeció sin decir palabra. Dimitry estaba tenso y furioso. No lo culpaba. Era mucho mejor hombre que yo. Escuché unos gruñidos de Michail detrás de mí.

—Te mereces eso —cuchicheó Nikolai a Michail—. Los dos juntos son unos idiotas —habló en voz baja para que nadie más pudiera oírlo.

Cuando llegamos arriba, Irina esperaba a su marido. No corrió hacia él, sus ojos ni siquiera lo miraron para asegurarse de que estaba bien. Sí, ese iba a ser un gran matrimonio. No se veía tan bien. Tenía el cabello desarreglado, el vestido de novia manchado de tierra o sangre y el maquillaje corrido la hacía parecer una prostituta.

—¡Lunático! —me gritó—. Arruinaste mi boda. Nadie querría estar con un loco como tú.

—Ten cuidado, Irina —advirtió Dimitry entre dientes—. Si no te hubieras acostado con varios hombres, mientras ilusionabas a mi hermano, esto no habría pasado.

Irina se calló de inmediato. Era lo que solía ocurrir cuando él hablaba.

—Disfruta que ese apestoso marido tuyo te folle esta noche. —Me reí, sin dedicarle otra mirada mientras Dimitry nos dirigía a su vehículo. Una vez que estuvimos en su coche, despidió a los guardias de Bartek disparándoles a cada uno en el pie.

—Para asegurarnos de que no vengan tras nosotros —anunció. Poniendo en marcha el vehículo.

Michail y yo estábamos sentados en el asiento trasero, golpeados y magullados. Ahora que estábamos a salvo y la adrenalina había desaparecido, notaba los dolores, pero mantuve la boca cerrada. Esperaba completamente que Dimitry empezara a regañarme en cualquier momento. Se veía venir. Estaba hirviendo a fuego lento, el vapor prácticamente salía de él en oleadas.

Nikolai, en cambio, estaba relajado como si hubiera acabado de tener otro día estupendo. A veces me preguntaba cómo habíamos conseguido no matarnos. Probablemente, porque Nikolai siempre mantenía la calma.

—¿Estás intentando que te maten? —La voz de Dimitry bramó en el coche. Sabía que no podría interiorizar su rabia mucho tiempo. Con los demás, sí. Aunque conmigo, solía perder la calma—. Porque si ese es tu objetivo, házmelo saber. Una bala en el cráneo sería más fácil.

Sus ojos grises se encontraron con los míos en el espejo retrovisor. Apreté los labios, negándome a discutir con él.

—Si Michail no nos hubiera enviado un mensaje con los detalles de tu plan —continuó en su rabia—, ambos estarían muertos. —Otro latido de silencio—. No sobrevivimos a nuestra edad adulta para tirarlo todo por la cañería, Sergei. Estamos viviendo todo lo que siempre quisimos. No lo tiramos por la borda por una maldita mujer que ni siquiera sabe mantener las piernas cerradas.

—De acuerdo, vamos a calmarnos todos —intervino Nikolai, con la cabeza apoyada en el reposacabezas de su asiento—. Sergei y Michail han tenido suficiente paliza por un día. Probablemente, por todo el maldito mes.

Dimitry gruñó algo en voz baja, sin embargo, Nikolai no dejó que eso le impidiera mantener la calma. Giró la cabeza hacia Michail y hacia mí, y prolongó:

—Sergei, mi hermano. La próxima vez que te entren ganas de colarte en un evento y matar al noventa por ciento de la población mafiosa del país... llámanos a Dimitry y a mí de antemano, así podemos hacerlo correctamente y con refuerzos.

Michail y yo compartimos una mirada. No era exactamente lo que esperaba, pero lo aceptaría.

—*¿Hmmm?* —Nikolai esperó mi respuesta.

—Lo intentaré. —Y lo haría, pero a veces la rabia corría a través de mí, haciéndome impulsivo y loco como mi propio padre. Ni Dimitry ni Nikolai sabían que me había enterado de la verdadera identidad de mis progenitores.

Demonios, no quería ser como él. Si me convertía en él, no sería un buen augurio para mi futuro.

SERGEI



Cuatro años después

Dimitry, Nikolai y yo estábamos sentados en una mesa de *blackjack* del casino de New York, a las afueras de Rochester. Era uno de los únicos siete casinos permitidos en el estado. Era dueño de dos, los otros cinco pertenecían a la familia O'Brady. Patrick O'Brady era el jefe de la organización mafiosa de Boston. Por desgracia para él, estaba perdiendo poco a poco el control sobre su territorio y sus negocios.

Solía poseer los siete casinos, perdió dos en cuestión de seis meses. Estaba a punto de perder otro, a menos que pudiera reunir una cantidad sustancial de dinero para saldar sus deudas. Acumuló una cantidad considerable luchando contra los colombianos. Ganó la disputa, pero a menos que pudiera salvar su principal fuente de ingresos, perdería la guerra.

—*Sería una buena inversión* —declaré en nuestra lengua materna.

—*De acuerdo, hermano* —respondió Dimitry, ciñéndose al ruso—. *Pero no tengo ningún interés en convertirme en enemigo de O'Brady. Dirige su territorio con justicia y es un buen hombre.*

—Compré sus otros dos casinos.

—Probablemente sea la razón por la que quería hablar con nosotros —comentó Nikolai—. Quiere asegurarse de que no vamos por su territorio.

—Son solo negocios —afirmé. Y era cierto. Vi una oportunidad y la aproveché. Habíamos sido implacables en el crecimiento de nuestra riqueza. Habíamos acumulado un pequeño imperio; no solo en los Estados Unidos, sino también en Rusia, Europa, y en todo el mundo.

—Caballeros, gracias por acceder a reunirse conmigo.

Levanté la cabeza y me encontré con Patrick O'Brady. Tenía unos sesenta años, era alto con cabello gris y ojos oscuros y estaba en buena forma para alguien de su edad. Realmente no parecía un jefe de la Mafia de Boston. Daba más bien la apariencia de un hombre de negocios legales y un hombre de familia. Sabía a ciencia cierta qué era lo segundo. Tenía una esposa devota e hijos a los que mantenía cerca. Todo el mundo sabía que protegía a su familia con ferocidad y sin piedad.

—¿De qué querías hablar? —Dimitry fue directo al grano. Odiaba perder el tiempo. Nikolai y yo éramos parecidos a él en ese sentido, aunque quizá no tan directos.

—Quiero que se retiren. —Patrick O'Brady fue al ataque—. Ya tienen dos de mis casinos. Es suficiente. Este es mi territorio y no quiero que se metan en mis asuntos.

—Estás por perder tu negocio —siseé, recargándome, observándolo.

Tenía que reconocerlo. Ni siquiera se inmutó.

—Lo tengo bajo control.

Si no hubiera sabido con certeza lo mal que estaban sus finanzas, su actitud segura podría haberme convencido. Pero vi sus notas bancarias y sabía exactamente en cuánta mierda estaba metido.

—¿Estás seguro de eso? —lo desafié.

Iba a abrir la boca cuando sonó su teléfono. Lo miró y la máscara de calma que solía ver en él se quebró. Respiró hondo y murmuró algo en voz baja.

Envió la llamada a su buzón de voz. Sin embargo, en cuanto lo hizo, su teléfono volvió a sonar. Volvió a observarlo, pero esta vez contestó.

—No me digas que está en problemas otra vez. —Casi sonaba exasperado.

Compartí una mirada con Nikolai y Dimitry. Esos dos no parecían muy interesados; no obstante, por alguna extraña razón, mi interés aumentó.

—¿Cómo es que mis tres hijos juntos nunca me dieron tantos problemas como mi única hija? —Se pasó la mano por el cabello y, de repente, el frío y compuesto hombre de negocios se convirtió en un padre agotado—. Apenas han pasado seis meses. ¿Cómo demonios puede estar ya a punto de ser expulsada?

Tenía que admitir que habría dado un dineral por escuchar la otra parte de la conversación. Lo que fuese que se estaba diciendo, no le gustaba y cada segundo que pasaba se agitaba más. Sabía que Patrick tenía una hija. Era la menor de sus hijos, pero, sinceramente, no recordaba nada más aparte de eso.

—¡¿Qué chicos?! —gritó al teléfono—. Es un colegio solo de chicas.

Tuve que esconder una sonrisa. Parecía que la hija de O'Brady no se lo estaba poniendo fácil a su padre.

—Te lo juro, Charlotte. No sé cómo tres chicas pueden causar tantos problemas… Sí, ya he oído muchas veces que está pasando por una etapa de adolescente rebelde, pero lo que quiero saber es cuándo acabará.

Mi labio se elevó ante su tono. Un jefe del crimen del bajo mundo y estaba dispuesto a tirarse de los cabellos por su hija adolescente rebelde.

—Un incidente más y dile a Scarlett que la traeré a casa —gruñó al teléfono—. También te amo. Mándame un mensaje cuando aterrices.

Pulsó el botón de fin de llamada y le hizo señas a un mesero.

—Tráeme una bebida fuerte. Para nuestros invitados también —ordenó y se sentó al otro lado de la mesa. Suponía que no se dio cuenta de que los tres aún teníamos bebidas sin tocar. Como regla general, nunca bebíamos alcohol si había posibilidad de conflicto—. Más les vale a los tres rezar para no tener una hija —aconsejó, lanzándonos una mirada cansada—. Juro que me envejece más que cualquiera de mis hijos.

Nikolai sonrió.

—Las chicas pueden ser bastante testarudas.

—Sí, no me digas —murmuró con sarcasmo. El mesero volvió con las bebidas y las colocó sobre la mesa. Patrick agarró su vaso y se lo bebió de un trago—. Debería casarla. A lo mejor así se tranquilizará.

Estaba bromeando, podía notarlo en el tono, pero en cuanto lo dijo, me asaltó un pensamiento increíble. Salió de la nada, aunque era brillante. Al menos eso me pareció.

Los antecedentes de O'Brady lo mostraban como un buen padre, un hombre de familia. Los matrimonios arreglados eran a menudo habituales en nuestro mundo. Dimitry, Nikolai y yo nunca estuvimos interesados; el conocimiento de dónde veníamos y todo por lo que pasamos nos hacía difícil relacionarnos con alguien. Nos unimos a este mundo para sobrevivir.

Pero ¿y si le ofreciera a O'Brady un fondo monetario para asegurar su negocio y su territorio a cambio de un matrimonio concertado? Por supuesto, no me casaría con la chica en ese momento. Era una adolescente, aunque no estaba seguro de cuántos años exactamente. Les daría mucho tiempo, años. Ella podía superar su etapa rebelde bajo la supervisión de su padre.

Era una situación perfecta en la que todos ganábamos.

SERGEI



Ocho años después en Rusia

Estaba de mal humor y mi mano derecha lo sabía. Michail me evitaba como a la peste y tenía razón de hacerlo. Estaba gritándoles a todo el mundo, incluso por el más mínimo error.

No se llegaba a lo más alto de la cadena alimenticia siendo un blando, aunque normalmente no permitía que mi estado de ánimo dictara mi comportamiento. Vlad vino a visitarme y ese hombre siempre me amargaba el humor. Odiaba ver a ese imbécil. Dimitry y Nikolai pensaban lo mismo. La única razón por la que Vlad estaba en la nómina era porque nos ayudó a encerrar a Boris. Y Dimitry siempre cumplía su palabra. Amaba a mi hermano, pero, en este caso, deseaba que lo enviara todo al carajo. Debería deshacerse de ese hombre. Vlad era una serpiente. Yo lo sabía, todos lo sabíamos. Solo que no podíamos probarlo.

Sus quejidos y rechinidos sobre ser legal me irritaban, como el sonido de clavos contra una pizarra. Tenía cosas más importantes que resolver que su maldita mierda. Mi fuente indicaba que Scarlett O'Brady llegaría hoy a St. Petersburg. Era la única razón por la que había venido a checar los negocios aquí. Ya se me ocurriría cómo toparme accidentalmente con ella.

Le hice una visita a O'Brady unos meses atrás. Se suponía que iba a ser una visita corta, solo entre él y yo. Pero su hija, mi futura esposa, llegó a casa antes de lo esperado. La conversación que

escuché entre padre e hija aún estaba fresca en mi mente. Todavía podía escuchar la rabia en su voz cuando se opuso al matrimonio. ¿Qué tenía que hacer un hombre para casarse, maldición? El rechazo me dolió, aunque sabía que no tenía nada que ver conmigo personalmente. ¿Quién podía culparla por querer casarse con un tipo del que se enamoraría?

Por desgracia para Scarlett, ocho años atrás decidí que convertiría toda la experiencia del matrimonio en un acuerdo de negocios. El padre de Scarlett necesitaba un gran favor y lo ayudé a cambio de su hija. El viejo accedió a regañadientes. Sabía que acabaría aceptándolo, porque necesitaba dinero y el momento era oportuno después de que su hija cometiera una imprudencia en su escuela.

Traté de insistirle para que el acuerdo matrimonial quedara solo entre nosotros. Se negó a guardar el secreto de su esposa y su hija. Su esposa lo apoyó, aunque no muy convencida, mientras que su hija se rebeló aún más ante la idea de casarse. Decir que Scarlett no se tomó bien la noticia era decir poco.

Debería haberla visitado para conocerla, sin embargo, no tenía interés hasta que fuera lo suficientemente mayor. Mientras se acercaba la fecha acordada del matrimonio, pregunté sobre conocerla, no obstante, para entonces Scarlett apenas veía a sus padres y evitaba pasar tiempo en casa. Por supuesto, su padre me culpaba. A lo largo de los años, se había ofrecido a devolverme el dinero una y otra vez, con un interés considerable. Pero no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

Que haya regresado a casa en el momento en que visitaba a su padre fue mera coincidencia. Y menos mal, porque una cosa que O'Brady no mencionó fue que su hija era una belleza. La única foto que había visto de Scarlett era la de la preparatoria. Decir que no le hacía justicia era quedarse corto.

Cuando abrió la puerta de la oficina de su padre, era como si una diosa estuviera de pie en el umbral. No se dio cuenta de que podía ver su reflejo en el espejo que había en el despacho. Sus ojos se detuvieron en mí, con una vacilación en esa mirada oscura que poco

a poco se convirtió en curiosidad. Había algo sobre ella que me intrigaba.

Mi polla se endureció en el momento en que la vi. Su cuerpo menudo y delgado llevaba un vestido corto rosa y tenía curvas exactamente donde importaba. Su glorioso cabello oscuro caía por sus delgados hombros. No podía esperar para enredar mis manos a través de su cabello mientras la follaba. Tuve que cerrar las manos en puños, tentado de acercármele en ese mismo momento e intentarlo.

«Seguro que a su padre le encantaría verlo», pensé irónicamente. Tendría más de sesenta años, pero no tenía reparos en proteger a su familia. Eso me hacía respetarlo aún más.

Mientras escuchaba su conversación, a su padre tratando de probarme su punto de dejar a su hija fuera del matrimonio concertado, me di cuenta de que mi gran error fue no haberla conocido antes. Incluso si experimentaba una fracción de la atracción que yo sentía, lucharía contra ella. Porque estaba acorralada. No podía culpar a su padre por intentar recuperar su libertad. Desafortunadamente, un trato era un trato y tras verla, no la dejaría ir.

Por supuesto, no tenía nada que ver con el amor. Sin embargo, sentir lujuria y atracción fue una agradable sorpresa.

Al salir de mi casino de St. Petersburg por el vestíbulo del hotel, y cortar por el pasillo de mármol, choqué directamente con una mujer casi derribándola.

—*Maldición* —solté extendiendo la mano para evitar que se cayera y manteniéndola de pie—. *Mis disculpas* —murmuré en ruso, maldiciéndome por soñar con una mujer y no prestar atención. Cosas así podían costarte la vida. Había pasado demasiado tiempo pensando en Scarlett O'Brady desde que la vi.

—*Oh*, mierda —replicó en inglés, sin levantar la vista mientras ambos nos arrodillábamos para recoger el contenido de su bolso que se esparcía por el suelo. Estaba apresurada, intentando agarrar su labial y otras cositas esparcidas. No la miré, solo intenté ayudarla ya que me estrellé contra ella. Tomé su teléfono y algo que parecía un

pequeño bloc de notas. Miré hacia ella y sentí como si me hubiera golpeado un rayo.

Scarlett O'Brady estaba frente a mí, en carne y hueso. Me obligué a parpadear para asegurarme de que no era mi cerebro jugándome una mala pasada. Tal vez el daño que había sufrido mi cerebro a causa de las palizas que había soportado por fin me había alcanzado.

No, sin duda era ella. No podía creer mi suerte. Alguien me sonreía desde arriba. Scarlett seguía rebuscando entre sus cosas y metiéndolas de nuevo en su pequeño bolso, sin prestarme atención en absoluto.

—Lo siento. —Cambié al inglés mientras le devolvía sus cosas.

—No te preocupes. Debería haberme fijado por dónde iba. —Ni siquiera levantó la mirada mientras seguía intentando meter sus cosas en el bolso.

—¿Vienes de visita por primera vez?

«*Mírame, haciendo plática. ¡Si Michail pudiera verme ahora!*».

Finalmente, levantó la vista, sonriendo mientras me quitaba el teléfono de las manos. Sus ojos oscuros brillaban y un jadeo apenas audible escapó de sus labios. Sus mejillas se tornaron de un rosa claro y me pregunté si me reconocía. Aunque no lo creía. No podía haberme visto la cara en casa de su padre ni cuando estaba en el coche. Después de su acalorada discusión, recogió rápidamente sus cosas y abandonó la residencia. Michail y yo salimos al mismo tiempo, pero ni siquiera me miró cuando pasó con rapidez por delante de mí en la autopista. Menos mal, ya que iba a más del límite de velocidad.

—Sí —dijo con una sonrisa sincera y me pregunté a qué estaría diciendo que sí. Entonces, recordé que le había hecho una pregunta —. De visita con unas amigas. Rusia es nuestro último destino este verano.

Me sentí como un hombre hambriento observando a su presa. De cerca era aún más hermosa. Sus ojos oscuros brillaban de emoción. Tenían picardía y pura felicidad. Aunque no conociera sus actitudes rebeldes por las conversaciones con su padre, en ese instante lo sabría. Tenía unos ojos muy expresivos.

Su padre me dijo que se había tomado el verano para viajar por Europa con sus amigas. Se negó a compartir su itinerario, pero lo que no sabía es que yo ya lo tenía. Hice que un tipo hackeara todas sus cuentas de redes sociales y rastreara sus planes de viaje.

¿Fue exagerado? Sí, un poco. Sin embargo, tenía la costumbre de proteger lo que era mío. Y era mía. Solo que ella aún no lo sabía.

—Scarlett, vamos. —La voz de una mujer nos hizo levantar la cabeza. Eran sus amigas, las reconocí. La pelirroja que la llamaba la observaba con una ceja levantada mientras que la otra joven ni siquiera elevó la vista, concentrada en una pequeña guía de viajes en su mano.

Definitivamente, se destacaban como turistas, sonreí para mis adentros.

—¡Lo tengo! —exclamó victoriosa la otra mujer—. Está a cinco manzanas, al sur de aquí.

Levantó la cabeza con una sonrisa radiante. También era hermosa, con sus ojos verdes y su cabello oscuro. Las tres eran mujeres hermosas, pero Scarlett era la única que me importaba.

—Vamos, Scarlett. —La pelirroja puso los ojos en blanco—. Deja de embelesarte. Vámonos.

Tuve que reprimir mi sonrisa de satisfacción. ¿O era de engreído? En cualquier caso, me alegraba que su amiga pensara que estaba embelesada conmigo. Ese día se había vuelto mucho más brillante y mejor. Me había encontrado con mi prometida y ni siquiera había tenido que acosarla. Aunque ella no sabía que era su pretendiente.

Scarlett gruñó a mi lado.

—Esas dos me van a matar con tanto turismo —refunfuñó en voz baja. Me reí entre dientes, y su rostro ligeramente sonrojado se giró hacia mí—. Siento haber chocado contigo —añadió disculpándose—. Me tengo que ir. Otro tortuoso día de turismo en la agenda.

Sin pensármelo dos veces, declaré:

—Podrías dejarlo para otro día y cenar conmigo.

Sus ojos oscuros brillaron de sorpresa y emoción. Sí, esta joven era una aventurera. Me mantendría en vilo una vez que nos casáramos.

Curvó los labios en una sonrisa y contestó con voz suave y burlona:

—Quizás... sobre la cena.

Me gustaba su carácter juguetón. Había algo seductor en ella. En cierto modo, su voz suave y despreocupada me tranquilizaba.

No estaba dispuesto a rendirme. Si era algo, era implacable cuando se trataba de lo que quería. Y quería a Scarlett O'Brady. Su padre y yo teníamos un trato, pero de repente, para mí era importante agradarle y que me quisiera. Joder, era como si hubiera vuelto a ser un maldito adolescente.

—Te esperaré aquí abajo a las siete de la tarde —anuncié.

Su suave risita fue como música para mis oídos.

Caminó rápidamente hasta el lado de sus amigas, mis ojos pegados a su espalda. Me miró por encima del hombro y me descubrió observándola fijamente, instantáneamente se sonrojó más. Sonreí, y sería un mentiroso si fingiera que no estaba extasiado por el giro de los acontecimientos de ese día.

—Vamos, señoritas. —Un chico se unió a su grupo. Por la información que obtuve, era su protección de seguridad. No sabía mucho más sobre su viaje grupal—. Tratemos de no meternos en problemas hoy.

—Brian. —Le sonrió Scarlett, y ya odiaba al tipo—. Nunca nos metemos en problemas.

Scarlett se unió a sus amigas y a su guardaespaldas. Me pregunté si ese era el guardaespaldas que le había proporcionado su padre, aunque no parecía del tipo que O'Brady le asignaría. Las tres mujeres empezaron a charlar, una de ellas señalando su guía, y luego las tres juntaron las cabezas.

Desvié la mirada de Scarlett hacia sus amigas hasta que mis ojos volvieron a ella, observando que de nuevo llevaba un vestido de verano de color melocotón claro. Aunque este era más largo que el que usaba la última vez que la vi.

Me dirigí a la salida del vestíbulo. Aún tenía trabajo que manejar, aunque tenía la intención de volver a las siete de la tarde. ¿Scarlett se reuniría conmigo?

En la puerta del vestíbulo, regresé la vista una vez más hacia mi futura esposa y sorprendí sus ojos curiosos clavados en mí. Al darse cuenta, se ruborizó de nuevo y apartó rápidamente la mirada.

«*Sí, vendrá conmigo*».

Eso significaba que más me valía ocuparme rápido de mis asuntos, porque no tenía intención de llegar tarde. Salí y entré en el asiento trasero de mi coche. Mientras esperaba a que el conductor entrara en él, Scarlett y sus amigas salieron por la misma puerta que yo.

Las tres reían y hablaban animadamente, ignorando a todo el mundo a su alrededor. Ninguna de ellas se fijó en mí, ni en nadie que las estuviera mirando. Lo que fuera que dijo su amiga pelirroja hizo que Scarlett echara la cabeza hacia atrás y se riera en carcajadas. Parecían muy unidas; debían de estarlo para pasar todo el verano juntas. Aunque a veces las apariencias engañaban.

Una posesión me golpeó inesperadamente, al verla rodear a sus amigas con los brazos y reír. Quería sus manos sobre mí y su risa solo para mí.

3

SCARLETT

Cuando salí del vestíbulo con Anastasia y Olivia, miré rápidamente a mi alrededor, pero no vi por ninguna parte al desconocido con el que me había cruzado. Sentí decepción, lo cual era totalmente ridículo. No desperdició su tiempo en desaparecer, aun así, sus palabras permanecían en mi mente. ¿Hablaba en serio cuando me pidió que nos viéramos esta noche?

«*Solo había una forma de averiguarlo*», pensé.

Y, maldita sea, era tan *sexy*. Sus hombros anchos llenaban ese traje a medida gritando fuerza y poder. Era alto, mucho más que yo. No había duda de que ese hombre estaba acostumbrado a salirse con la suya. Su mandíbula cincelada, su rostro apuesto y bien afeitado eran hermosos. Casi podría llamarla la cara de un *playboy*, hasta que mirabas sus ojos marrones. Había determinación, dureza allí, y algo más que no podía distinguir. Algo vulnerable. Daba la sensación de ser un casanova peligroso. Dios mío, cuando sonreía, juraba que se me derretía el corazón. Olivia tenía razón, estaba embelesada. Por suerte, no se me cayó la baba.

Fue entonces cuando decidí que me encontraría con él para cenar, suponiendo que apareciera. Me merecía una aventura de verano con un tipo buenísimo. ¿Verdad? Cuando volviéramos a Estados Unidos, todo mi mundo cambiaría. Pertenecería a un hombre que nunca había conocido. No sabía por qué me sorprendió escuchar que mi padre había arreglado mi matrimonio. ¡Y eso que tenía diecisiete años! Era lo que hacían las familias como la mía.

Supongo que pensé que seríamos diferentes, que *yo* era diferente. Aunque claramente no lo era.

Cambié mis pensamientos a un tema mucho más agradable. El hombre con el que choqué. Me arrepentí de no haberle preguntado su nombre. Pero la verdad era que estaba tan aturdida cuando mis ojos se encontraron con su mirada que me olvidé de respirar, por no decir que también perdí la razón. Confiaba en que hablara en serio cuando dijo que me esperaría esta noche a las siete, porque tenía toda la intención de estar allí.

No había coqueteado con ningún chico en todo el verano. De hecho, no había mirado a otro hombre desde que mi exnovio me dejó por negarme a acostarme con él. Y diablos, eso dolió. Desde que mi padre me dijo que me casaría con un hombre elegido por él, esperaba que alguien me enamorara y huyera conmigo. Tenía que reírme de mí misma por soñar con un caballero de brillante armadura. Había muy pocos.

A menos que saliera con un hombre, estaba segura de que no encontraría un caballero de brillante armadura. «*Así que sí, tenía la intención de conocer a ese guapísimo desconocido. Al diablo con todo».*

—¿Deberíamos comer algo antes? —Anastasia me devolvió la atención a mis amigas.

—Scarlett siempre tiene hambre —alegó Olivia con una sonrisa burlona—. De comida y de hombres guapos. Así que diría que comamos algo.

—Y los hombres guapos seguirán —bromeó Anastasia, y luego me empujó riendo—. Nuestro primer día y ya estás seduciéndolos.

—¿Pero lo viste? —pregunté.

—Por desgracia, no —reconoció Anastasia secamente—. Pero Olivia dijo que estabas embelesada.

Todas nos echamos a reír. Quizá no fui demasiado discreta cuando le eché un vistazo. El hombre era impresionantemente guapo.

—De acuerdo, vamos a comer algo —anuncié, y luego añadí en un supuesto tono exasperado—, y luego a hacer turismo.

Uní mis brazos a los suyos y las jalé.

—No será tan malo, Scarlett —participó Anastasia con alegría—. ¡Vamos! Bienvenidas a St. Petersburg.

Las tres comimos algo rápido y luego caminamos durante horas. No tenía ni idea de lo que habíamos visto, pero era aburridísimo. Me moría de ganas de volver al hotel. No paraba de mirar la hora, preocupada por perder mi posible reunión de las siete de la tarde.

Cuando por fin volvimos al hotel, Anastasia y Olivia hicieron planes para cenar. A Anastasia le encantaba organizar sus días. Era la reina de la planificación y organización. Olivia era más relajada, mientras que yo era una catástrofe con patas. Podía decidir algo y cambiar de opinión a la hora siguiente. Aun así, las tres nos complementábamos bien y nos llevábamos de maravilla.

Era raro que les ocultara información, mas decidí no decirles de la posible cita con un desconocido. Confiaba en ambas con mi vida, pero si ese tipo solo estaba coqueteando y no aparecía, me sentiría como la mayor de las idiotas.

Así que seguí adelante con los planes de la cena, y si resultaba que tenía una cita después de todo, les enviaría un mensaje rápido avisándoles que no podría llegar.



Con apenas un minuto de sobra, bajé al vestíbulo de nuestro hotel. Estaba muy nerviosa, más nerviosa que nunca. Se sentía como mi primera cita de toda la vida. Hasta ese momento, había salido con chicos. Este hombre era algo completamente diferente.

«En serio, Scarlett. ¿Y pudiste notarlo en los sesenta segundos que hablamos?».

Me miré en el espejo. Traía puesto un vestido de verano rosa claro con sandalias a juego. Llevaba el cabello oscuro recogido en una coleta alta, con los pómulos acentuando mi rostro. Había optado por no maquillarme, pero en ese minuto, al verme la cara, me preguntaba si no me haría parecer muy joven.

«Demasiado tarde».

No tenía tiempo de cambiarme, maquillarme o volverme a arreglar el cabello. Con el corazón en la garganta, mis ojos recorrieron el vestíbulo en busca de un apuesto desconocido que me resultara familiar y, lentamente, mi corazón se hundió.

En serio ¿qué esperaba? Probablemente, solo estaba coqueteando un poco. Estaba tan desesperada por encontrar un salvador de mi apuro que en mi cabeza ya me imaginaba yendo hacia el altar. Qué patético era eso.

—Gracias por no dejarme plantado —pronunció una voz grave con acento ruso justo detrás de mí. Me di la vuelta para ver a mi desconocido.

Llevaba un traje oscuro, aunque diferente al de esta mañana. También parecía hecho a su medida, acentuando sus hombros anchos. No tenía corbata con la camisa blanca que llevaba debajo de la chaqueta. Parecía oscuro, peligroso y hermoso. Aunque no tenía ni idea de porque *oscuro* llegó a mi mente. Tenía el cabello rubio y corto. Me picaban los dedos para pasarlos a través de él, para sentirlo.

Tendría que ponerme de puntitas para alcanzar su cuero cabelludo. Era tan baja comparada con él que mis ojos estaban a la altura de su barbilla. Y vaya barbilla. Sentí el extraño impulso de inclinarme hacia él y mordisquearla.

«Sí, no en la primera cita».

Inclinando la cabeza, me encontré con sus profundos ojos marrones, y fue como si mirara hasta el fondo de mi alma. Su colonia invadió todos mis sentidos y un delicioso escalofrío recorrió mi cuerpo. Esta atracción que sentía hacia él era algo diferente, emocionante.

—Hola. —No se me ocurrió nada mejor que decir. ¿En serio?

No pareció importarle en absoluto mientras sonreía con esos labios pecaminosos.

—Hola.

Nos quedamos parados mirándonos y juraría que sentí que la atracción crepitaba en mi interior. Mi cuerpo nunca había respondido así. Olivia y Anastasia supusieron que me aferraba a mi virginidad, porque había sido prometida a alguien desde que tenía diecisiete

años. Esa era solo una pequeña parte de la razón, la otra era que nunca había sentido verdadera atracción por un hombre.

El silencio se prolongó y me aclaré la garganta, ligeramente incómoda, lo cual era una novedad para mí.

—*Um*, normalmente no hago esto —musité, asegurándome de que no pensara que tenía el hábito de lanzarme a citas con desconocidos.

—¿Qué exactamente? —Dios, su voz era tan *sexy*.

—Encontrarme con desconocidos —respondí, moviendo nerviosamente las manos—. O chicos de los que no sé su nombre.

Se rio suavemente. Me quedé mirándole la garganta y encontré que cada parte suya era *sexy*. Nunca había considerado *sexy* una garganta, pero quería pasar mis labios por la suya y lamerla. Este tipo me erizaba la piel.

—Es bueno saberlo —afirmó con ese acento suyo, y hasta eso era bastante *sexy*—. Aunque me gustaría pensar que no entro en la categoría de *chicos*. —Desde luego que no. No era un chico en absoluto—. Soy Sergei —añadió. Incluso su nombre sonaba *sexy*. Extranjero y exótico. De acuerdo, definitivamente estaba embelesada; puede que incluso se me estuviera cayendo la baba.

—Hola, Sergei. —Probé su nombre en mis labios. Sí, me encantaba—. Soy Scarlett O'Brady.

—¿Irlandesa? —Levantó una ceja.

—Realmente no. —Mi familia era irlandesa, pero a excepción de estas vacaciones de verano, nunca había pisado Irlanda. Era estadounidense hasta la médula—. Solo mi apellido. Supongo que eres ruso.

Era una pregunta obvia, aunque nunca se sabía con seguridad.

—Sí.

Sonreí.

—¿No quieres darme tu apellido? —bromeé.

Una sombra cruzó su rostro y me pregunté qué era. ¿Lo había ofendido al pedirle el apellido?

—Volkovsky —manifestó—. Sergei Volkovsky.

—Sí, definitivamente suena ruso —contesté con una sonrisa.

Sonrió, pero esta no llegó a sus ojos marrones.

—¿Estás lista para cenar o quieres que te enseñe algo de la ciudad?

Gemí.

—Dios, por favor, no me digas que quieres llevarme a hacer turismo.

Ahora se rio y el sonido era cálido, transformando su rostro.

—No, no me atrevería a hacerlo —bromeó—. Intento impresionarte en nuestra primera cita, no ahuyentarte.

Sentí cómo se me sonrojaban las mejillas ante su comentario. A este paso, no tendría que esforzarse mucho.

—En ese caso, podría esperar un poco antes de comer —indiqué, preguntándome qué tenía en mente cuando se ofreció a enseñarme algo de la ciudad.

—¿Lista entonces? —Me extendió su mano y mis ojos bajaron hasta ella. Un gesto tan sencillo y dulce. La tomé sin pensarlo demasiado y salimos del vestíbulo del hotel agarrados de las manos.

SERGEI

En el momento en que su pequeña mano se posó en la mía, mi pecho se hinchó de orgullo sabiendo que esta mujer sería pronto mi esposa. Sus ojos estaban clavados en mí, como si cada respiración suya fuera para mí. Y me encantaba, carajo. Ansiaba ser todo lo que quería y necesitaba. Tal vez podría haber una cosa en mi vida que hiciera bien. Ella no sabía que era su prometido, pero si llegaba a caerle bien antes de enterarse, podríamos tener un buen matrimonio.

En cuanto salimos del hotel, mi Bugatti me esperaba.

—Este es mío —anuncié mientras le abría la puerta del vehículo.

Lanzándome una mirada de reojo, comentó:

—Te gustan los coches, *¿eh?*

—¿Qué te hace decir eso?

—Este no es exactamente un coche que se compra en el concesionario. —Miró el auto con aprecio mientras se colocaba en el asiento.

Cerré la puerta tras ella y me acerqué al asiento del conductor.

—¿No te gusta? —pregunté, aunque podía ver que sí.

—Me gusta —respondió sonriendo—. Nunca me compraría uno así, pero me gusta.

—¿Qué tipo de coche conduces? —Quería escucharla hablar, su voz era suave y tersa. Sabía qué tipo conducía, pero tendría que fingir un poco.

—Un Jeep. —Giró la cabeza, sus ojos oscuros fijos en mí—. Vuelve loco a mi padre, pero me gusta mi bebé.

—¿Es tu bebé? —cuestioné sorprendido. Las mujeres no solían ser apegadas a sus vehículos—. ¿Por qué vuelve loco a tu padre?

—Sí, es mi bebé. Fue la primera cosa que compré con mi propio dinero. —Sonrió, con los ojos brillantes—. Y a mi padre lo vuelve loco, porque suelo conducirlo con la capota abajo. Se opone a la seguridad de ello.

Podía entenderlo. Nada superaba la sensación de tener algo que habías conseguido por tu cuenta. Dimitry y Nikolai siempre se aseguraron de mantenerme primero, antes que a ellos mismos. Me daban una parte de las ganancias, incluso cuando no participaba en la transacción. Me costó años convencerlos de que no era necesario. La sensación que tuve cuando mi primer trato de negocios se logró no tuvo precio. Darles una parte de mis ganancias fue aún mejor, porque se resistieron a aceptarlo. No entendieron nunca mis objeciones hasta ese mismo momento.

Los apreciaba a ambos y los amaba como si fueran mis verdaderos hermanos de sangre, pero tenían arraigada la idea de cuidarme. A partir de ese momento, si participaba en las transacciones, entonces compartíamos las ganancias. Si decidía no hacer negocio con ellos, finalmente acordaban no enviarme dinero. Dios sabía que teníamos más que suficiente.

—La capota abajo ¿así? —bromeé mientras pulsaba un botón y la bajaba.

Una amplia sonrisa se elevó en su rostro e inclinó la cabeza hacia el sol, con el viento soplando en su coleta.

—Sí, justo así. —Sonrió, inclinando su rostro hacia el cielo.

Era realmente hermosa. Parecía más joven que sus veinticinco años. Mas sabía que la vida me había endurecido, no había nada duro en ella. Sus padres hicieron un buen trabajo protegiéndola. Aunque era la hija del jefe de la mafia de Boston, nunca lo adivinarías mirando a Scarlett.

Normalmente, los mafiosos mantenían a sus hijas alejadas del mundo, pero no Scarlett. Asistió a una preparatoria, se metió en bastantes líos por salir de fiesta y luego fue a la universidad. Me

sorprendió escuchar que su padre la dejaba vivir lejos de casa. Me pareció poco habitual, aun así, dijo que quería que su hija disfrutara de la vida. En resumen, Scarlett llevaba una vida normal con sus amigas.

Conduje por el centro de St. Petersburg, por la calle Nevsky Prospekt. Scarlett miraba de derecha a izquierda, absorbiendo todo. Mi objetivo era estacionar junto al Winter Palace y pasear con ella por el Neva River antes de comer algo en mi restaurante favorito.

—¿No te gusta mucho hacer turismo? —bromeé, y me golpeó el brazo jugando.

—Muy gracioso —reprendió—. En realidad, es la cantidad perfecta.

Volvió a prestar atención al entorno. De vez en cuando, su atención regresaba a mí y sonreía. Me gustaba su sonrisa fácil y sin reservas solo para mí.

—Anastasia tiene razón —murmuró como si hablara consigo misma—. Este lugar es realmente hermoso.

—¿Quién es Anastasia? —inquirí.

—Nadie —contestó sin mirarme a los ojos—. ¿Es el Winter Palace?

—Claro que sí —informé—. Podríamos pasear por el río y luego comer algo. ¿Qué te

parece?

—Perfecto —asintió. Le brillaban los ojos y tuve que apartar la mirada de ella o me arriesgaría a estrellar mi Bugatti.

Una vez que estacioné mi coche, ambos caminamos por el río como amantes de toda la vida, con su mano en la mía. Era alucinante lo bien que me sentía con ella. La había conocido esta mañana, aunque sabía de ella desde hacía ocho años. La ligera brisa que soplaba hacía que el vestido se le pegara al cuerpo, mostrándome todas sus curvas. Y, aunque me encantaba su cuerpo, era su personalidad lo que disfrutaba más.

Me habló de los lugares que había visitado este verano, como si nos conociéramos desde hace años. Aunque entró en detalles sobre las cosas que habían hecho, casi no mencionaba a sus amigas. Me pareció extraño, aun así, no quise cuestionarla, asumí que no era

tan unida a ellas después de todo. Las mujeres eran raras cuando se trataba de sus amigas. Un día no podían vivir la una sin la otra y al siguiente se estaban sacando los ojos.

Me dijo que había estudiado desarrollo infantil y que era profesora de preescolar. De nuevo, ya sabía ambas cosas, pero aun así actué sorprendido. Lo que no sabía era qué la había llevado a estudiar esa carrera en específico.

—¿Qué es lo que más te gusta de enseñarles a niños de preescolar? —pregunté. Ya era hora de que supiera todo lo que no estaba por escrito sobre mi futura esposa. Su color favorito, su película favorita... todo. Estaba muy retrasado.

Scarlett no lo pensó dos veces antes de responder.

—Su honestidad. —Me cuestioné si eso significaba que la gente en su vida no era honesta con su persona. Entonces, me recordé a mí mismo, que yo no lo era exactamente con ella tampoco—. Solo te dicen cómo son las cosas, sabes. Todavía son demasiado inocentes para tener motivos ocultos.

Sus últimas palabras no me sentaban bien. Por una fracción de segundo, debatí si debía decirle quién era en realidad, no obstante, rápidamente decidí no hacerlo. Al parecer, también tenía motivos ocultos.

La sobrina de Nikolai era la única niña pequeña con la que había convivido en años. Y honestamente, no la entendía. Perdió a su madre demasiado joven, y era mejor en el departamento de ayudar a Nikolai a vengar a su hermana que ayudarle como niñero.

—¿Quieres tener hijos? —inquirí con curiosidad.

Se puso rígida tan rápido que no me habría dado cuenta si no la hubiera estado observando tan de cerca. Todo sobre ella me fascinaba. No era la mejor idea dejarse envolver por ella tan fácilmente. Hace doce años experimenté lo que ocurría cuando te entregabas por completo y no tenía ningún interés en repetirlo.

Se encogió de hombros, contestando finalmente en un tono indiferente.

—Sí, quizás algún día. No me opongo, sin embargo, no está exactamente en mi agenda para el futuro inmediato.

Me pareció justo. Aún era joven, casi diez años menor que yo. Era una diferencia de edad significativa. A veces me sentía incluso mayor que mis treinta y cuatro años.

—¿Y tú? —Me miró con curiosidad.

—No me importaría —comenté con sinceridad. Era algo que Dimitry, Nikolai y yo siempre habíamos deseado. Una familia propia —. Soy bastante mayor que tú, así que probablemente no tenga tanto tiempo que perder.

Su risa corrió a través de la brisa, mientras echaba la cabeza hacia atrás. El sonido era ligero y desenfrenado.

—Lo dices como si fueras un anciano.

—Comparado contigo, probablemente lo soy —respondí con una sonrisa.

—*Ok*, ya despertaste mi curiosidad... —continuó con una sonrisa —. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cuatro. —La observé para ver su reacción, pero no dejó ver nada en absoluto—. ¿Y tú?

—Veinticinco —indicó—. No eres tan mayor. Aunque admito que nunca he salido con nadie que fuera mayor que yo.

—*Ouch,* eso dolió —bromeé.

Ladeó la cabeza, con los labios curvados en una sonrisa.

—Podría jugar a tu favor, ¿sabes?

Era mi turno de reír.

—Bien. Parece que voy a necesitar todos los favores que pueda obtener.

De repente, se detuvo, y me pregunté qué había dicho mal cuando soltó:

—Mierda.

—¿Qué?

Retiró su mano de la mía y empezó a rebuscar en su bolso.

—Mierda, mierda, mierda —se quejó.

—¿Qué pasa, Scarlett?

Levantó los ojos brevemente.

—Olvidé enviarles un mensaje a mis amigas diciéndoles que no iría con ellas a cenar.

Tuve que ocultar mi sonrisa. Si ese era el colmo de su preocupación, íbamos bien.

—Estoy seguro de que lo entenderán —aseguré.

—No es eso —murmuró mientras sus dedos volaban por la pantalla de su iPhone—. Un guardaespaldas está con nosotros y él... —se detuvo mientras respiraba hondo—, se toma su trabajo muy en serio. No me extrañaría que llamara a la policía si alguna de nosotras no está donde debería. —Puso los ojos en blanco con una mirada exasperada.

Apretó el botón de enviar y en cuanto lo hizo, inmediatamente sonó su teléfono. Sus ojos se encontraron con los míos, mientras se mordía el labio con una expresión insegura.

—Adelante, contesta —concerté—. Tenemos tiempo de sobra.

Sonriendo agradecida, contestó.

—Hola —saludó a quien llamaba—. Sí, sí, estoy bien. —Quienquiera que estuviera al otro lado del teléfono debió de decir algo que la molestó—. Debería dejar de preocuparse tanto —objetó —. Sí, volveré más tarde. Vayan a cenar sin mí. Las veré mañana por la mañana.

Escuché una risita a través del teléfono y Scarlett se sonrojó por lo que fuera que se dijo.

—De acuerdo, esto se acabó. Adiós.

Colgó el teléfono y lo guardó.

—Lo siento. —Me miró disculpándose.

—No te preocupes. —Aunque tenía curiosidad por saber qué se dijo para que se sonrojara tanto—. ¿Estás lista para comer?

Asintió y volví a tomar su mano entre las mías. Encajaba perfectamente. No quería preguntarme por qué disfrutaba tanto de su toque. Ella no puso objeciones, lo que me complació enormemente.

—Hay un restaurante que se llama Palkin —comuniqué—. Es uno de los restaurantes más antiguos de la ciudad y sirve exclusivamente comida rusa.

—Me parece estupendo. —Sonrió—. Me encanta todo tipo de comida. —Miré su esbelto cuerpo y se rio—. Oye —se quejó—, no

juzgues un libro por su portada. Puedo comer mucho. Y más vale que también haya postre.

Demonios, sabía exactamente lo que me encantaría de postre. Algo debió de ver Scarlett en mi cara, porque se puso colorada.

Me aclaré la garganta.

—Habrá postre. —Quise decirlo a la ligera, no obstante, acabó sonando demasiado sugerente al salir en un gruñido.

Dos horas más tarde, seguíamos en el restaurante, sentados junto a la ventana viendo St. Petersburg bajo la brillante luz de la luna llena. Compartíamos postre. Scarlett optó por el *mousse* de *chantilly* y menta. No bromeaba cuando decía que podía comer. Tenía un apetito saludable, y era refrescante ver a una mujer disfrutar de su comida en lugar de fingir que no tenía hambre. Sinceramente, no recordaba la última vez que me había divertido tanto.

—De acuerdo, me estás mirando raro —participó con una gran sonrisa—. Estás empezando a ponerme nerviosa.

Puede que se hubiera tomado una copa de vino, o dos, que la relajaron. Me gustaba que estuviera relajada, con un ligero rubor en las mejillas. Desde que nos conocimos, no había ninguna pretensión en su carácter, pero relajada así, era adorable.

—Me gusta verte comer —admití, riendo entre dientes. Realmente me encantaba verla... y punto—. Es un cambio agradable.

Se rio entre dientes.

—Sí, ya lo creo. Pero no te preocupes, he terminado de devorar comida.

—¿Quieres otra copa de vino?

—¿Estás bromeando? Otra copa y podría empezar a quitarte la ropa. O la mía —soltó. Luego, al darse cuenta de lo que había dicho, añadió—: Se acabó el alcohol para mí. Gracias.

Le hice señas al mesero para que me trajera la cuenta. Él se apresuró, y le dejé dinero extra para que pudiéramos salir de allí sin esperar. Cuando nos levantamos, le puse la mano en la espalda.

Mi lado juguetón, que últimamente no era tan evidente, se puso en marcha. No pude resistirme a inclinar la cabeza y susurrarle al

oído:

—Me parece bien que me quites la ropa.

Jadeó, su cara se giró hacia mí en *shock*. Estaba hermosa justo así, con los labios ligeramente separados y los ojos muy abiertos. Sus reacciones eran naturales, sin ni una pizca de pretensión. Podía ver en ellos el deseo reflejado en los míos y mi verga lo aprobó. Scarlett O'Brady era todo lo que necesitaba en mi futuro.

En cuanto salimos del restaurante, el aire fresco de la noche nos golpeó y Scarlett se estremeció. Si bien los últimos días de agosto seguían siendo calurosos, las noches se iban enfriando poco a poco. La acerqué más a mí y apoyó su cuerpo contra el mío.

—Vaya, qué caliente estás —murmuró—. Quiero decir, cálido. En cuanto a la temperatura.

—Gracias. —Sonreí como un idiota—. ¿Debería llevarte a casa?

Sus ojos se abrieron de par en par, su respiración ligeramente agitada.

—Normalmente ni siquiera beso en la primera cita —admitió con voz suave—. Pero claro ¿por qué no?

Me di cuenta inmediatamente de mi error, pero mierda. ¿Cómo iba a decir que no? La cuestión era si debía llevarla a su hotel, no a mi casa. Fue una simple falta de comunicación lingüística, pero el diablo de mi hombro me aplaudió mientras mi débil ángel me regañaba.

Por algo me llamaban *Russian Sinner*, aunque normalmente no tenía nada que ver con atraer mujeres a mi cama. En cualquier caso, el diablo ganó mientras caminábamos hacia mi coche y la ayudé a entrar. A decir verdad, no era para tanto. Estamos prácticamente comprometidos. Solo que ella no lo sabía. ¿Verdad?

Mientras hacía rugir el coche, reflexioné sobre sus palabras.

«Normalmente no beso en la primera cita».

Realmente me gustaba eso. Y, de este momento en adelante, solo me besaría a mí. Ya estaba despertando instintos posesivos dentro de mí. No tenía nada que ver con el amor, y sabía por las palabras que le dijo a su padre que eso era lo que quería. Ya no me creía capaz de amar a una mujer. Sin embargo, podía hacerla feliz, hacernos felices a ambos.

Tomó diez minutos y estábamos en el ascensor que nos llevaba a mi *penthouse*. Al entrar, se quitó las sandalias y fue un espectáculo verla deambular descalza por mi casa. Como si hubiera estado allí mil veces. Sus ojos recorrieron el lugar lentamente, observándolo todo.

La planta era abierta. Una gran cocina en la esquina derecha, desde donde se podía ver todo el comedor y la sala de estar, así como disfrutar de la vista de St. Petersburg y el Neva River. En la oscuridad de la noche, toda la ciudad estaba iluminada y brillaba en la oscuridad.

Caminó a la gran ventana que se extendía por toda la sala y miró por encima del hombro.

—Bonito lugar —comentó en voz baja.

—Gracias. —Me pregunté qué le pasaba por la cabeza. Era casi como si el lugar le desagradara.

—¿A qué te dedicas exactamente? —inquirió sin apartar la vista de la ventana.

Si sus ojos estuvieran mirándome, estaba seguro de que notaría mi gesto de dolor ante aquella pregunta. Decidí que lo mejor era mantenerme lo más cerca posible de la verdad en este caso.

—Poseo algunos casinos en Europa. —La verdad era que también tenía varios en Estados Unidos, pero omití ese pequeño detalle. Si me preguntaba el nombre, podría relacionarme con su padre. Al fin y al cabo, así fue como llegué a poseerlos; su padre estaba al borde de la quiebra.

—*Hmmm*. —Fue todo lo que respondió.

Me le acerqué y me detuve a medio metro, de espaldas a mí. Me interesaba saber qué pensaba, qué pasaba por su mente. No quería secretos entre nosotros, sin embargo, no podía permitirme perderla antes de que nos diera una oportunidad.

—¿Eso es malo? —inquirí y se dio la vuelta.

—No te escuché —contestó con voz un poco elevada. Cuando levantó los ojos para mirarme, noté que se le aceleraba el pulso. Deseé que sus pensamientos fueran un libro abierto para mí. Quería saber si estaba emocionada, nerviosa o preocupada—. No, supongo que no está mal —respondió a mi pregunta.

Era tan pequeña comparada conmigo, aunque desde luego no era tímida. Su personalidad abierta la hacía parecer más alta, más grande.

—¿Estás nerviosa? —Quería alcanzarla y tocarla, pero no quería presionarla.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Sí. Creo que sí. Quizás un poco.

—No lo estés. —Quería asegurarle que no había nada de qué preocuparse. Nunca tendría que temerme—. Podemos pasar el rato, ver una película; lo que quieras.

Respiró hondo y asintió. Supongo que intentaba calmar sus nervios. No se parecía a ninguna de las mujeres que había tenido antes.

—¿Quieres una copa de vino? —No quería que se emborrachara, pero quizá la ayudaría a calmar sus nervios.

—Tal vez solo media copa, por favor.

Se quedó mirando por la ventana mientras iba a la cocina y le preparaba la copa de vino. Incluso mientras me movía por la cocina, notaba cada uno de sus movimientos, cada una de sus miradas hacia mí. Sus ojos recorrían mi *penthouse*, absorbiéndolo todo. Casi parecía que intentaba aprender algo sobre mí al estudiar cada objeto, cada foto.

El persistente sentimiento dentro de mi jodido cerebro me decía que fuera honesto con ella, que le dijera que era el hombre con el que su padre arregló su matrimonio.

Lamentablemente, el miedo al rechazo era difícil de superar. Después de todo, me lo habían inculcado desde que era un niño en el orfanato. Mis padres me rechazaron. Era evidente que no querían saber nada de mí. El último clavo en el ataúd fue Irina. Me abandonó por un hombre viejo y repugnante. Su ansia de poder y dinero anuló todo lo que yo consideraba importante: la familia, el amor y la fidelidad.

No, no podía decirle que era su prometido. Eso la haría huir de mí. Pasaría tiempo con ella, la cortejaría para que cuando supiera quién era, se quedara conmigo. No quería perderla. No podía perder a otra persona.

Me le acerqué, sus ojos fijos en mí. Seguía nerviosa. Le di la copa y me acerqué al sofá.

—¿Qué película te apetece ver?

—*Hmmm*, tal vez una comedia ligera —propuso—. O una película de acción. ¿Cuál prefieres?

—Prefiero acción, pero estoy de acuerdo con lo que sea.

Sonrió suavemente, se acercó y se sentó a mi lado en el sofá.

—¿Por qué no me sorprende que te gusten las películas de acción?

—Probablemente porque eres lista —bromeé.

Tenía el brazo apoyado en la parte superior del sofá y, cuando se sentó, su cabello rozó mis nudillos. No pude resistirme a enrollar sus mechones alrededor de mis dedos. Eran suaves como la seda, con un ligero aroma floral que invadía mis sentidos de la mejor manera posible.

—¿Quieres ver alguna película de acción en particular? —inquirió. Me gustó que no diera nada por sentado, pero quería asegurarse de que era algo que ambos pudiéramos disfrutar.

—Hay una muy buena con Bruce Willis —sugerí—. Tiene algo de comedia. Se llama *Red*. Puede que te guste.

Me dedicó una gran sonrisa.

—Perfecto. Entonces ambos obtenemos lo que queremos.

En todos los años que Irina y yo estuvimos juntos, nunca se preocupó por lo que yo quería. Scarlett me conocía desde hace menos de un día y ya me otorgó más consideración. Esto me hizo albergar esperanzas para nuestro matrimonio.

5

SCARLETT

La mañana siguiente, me encontré con Anja y Olivia para desayunar. Brian estaba atendiendo una llamada, así que las puse al corriente sobre la noche anterior. No obstante, por alguna razón no dije su nombre. No estaba segura de por qué, pero lo mantuve en secreto.

—No es inteligente meterse con desconocidos —me regañó Olivia.

—No me metí con él —la corregí—. Paseamos un rato por el río, luego cenamos y fuimos a su *penthouse*. —Olivia y Anja alzaron sus cejas—. Vimos una película y no pasó nada. Después de la película, me trajo de vuelta, me dio un beso en la mejilla y nos dimos las buenas noches. —Respiré hondo, recordando sus labios sobre mi piel—. Ojalá al menos me hubiera besado en los labios.

Anastasia se rio.

—Me sorprende que no lo exigieras.

—Bueno, si esta noche no me besa en los labios, se lo exigiré.

—¿Esta noche? —Olivia sonó un poco alarmada.

—Vamos a salir esta noche.

—¿Nos abandonas otra vez? —Anastasia estaba bromeando de buen corazón.

—Vendrá a las cinco —justifiqué—. Así que pasaré la mayor parte del día con ustedes y luego la noche con él.

Ambas sonrieron, aunque Olivia frunció el ceño, preocupada. Comprendía sus dudas. Algunos días estaba segura de que había

descartado a los hombres para siempre y deseaba que su prometido tuviera una muerte larga y agonizante. Nunca había sido muy partidaria de la tortura y el asesinato, aun así, estuve seriamente tentada de pedirle un favor a mi familia para matar a Malcolm Schmidt. Incluso lo dije una vez con rabia. Estaba muy enfadada con la familia de Olivia por permitir que ese pedazo de mierda estuviera cerca de mi mejor amiga, no obstante, me hizo prometer que nunca haría tal cosa. Así que aquí estaba, cumpliendo mi promesa.

—Tendrás cuidado ¿verdad? —La voz de Olivia me devolvió al presente.

—Por supuesto.

Sabía que ambas se alegraban por mí. No podía evitar sentirme bien sobre ese día. Algo en Sergei me hacía tener esperanzas en el futuro, aun cuando mi futuro ya estaba decidido. Me negaba a dejar que ese pequeño hecho me arruinara el día, me enfoqué exclusivamente en buenos pensamientos y en Sergei. Me había despertado de muy buen humor. Ver una película con él había sido muy bueno. Cuando me pidió que volviéramos a vernos al día siguiente, casi chillé de felicidad.

Sonreí pensando en la noche anterior.

—Deja de soñar despierta y de sonreír así, Scarlett —se burló Anastasia—. Ya viene Brian. Podría sospechar.

Inmediatamente borré la sonrisa de mi cara.

—Buenos días, Scarlett.

—Hola, Brian.

—Manciatti dijo que tu padre lo llamó. ¿No te pusiste en contacto con tus padres ayer?

—Mierda —murmuré. Con mi obsesión por Sergei, me olvidé por completo. Y de repente el sentimiento de culpa me golpeó. No estaba bien salir con Sergei y disfrutar de mi tiempo con él, cuando al final de todo, estaba prometida a otra persona. Detestaba la idea de casarme con un desconocido, pero mi familia podía correr peligro si violaba el acuerdo de mi padre. No obstante, la culpa no era lo bastante fuerte como para hacerme cambiar de opinión sobre reunirme con Sergei esta noche.

En lugar de eso, saqué mi teléfono y escribí un mensaje rápido a mis padres, haciéndoles saber que estaba bien.



—¿Cómo estuvo tu día? —le cuestioné a Sergei.

Estábamos sentados fuera del restaurante, con una magnífica vista del río y de St. Petersburg. Tal como había prometido, Sergei vino a recogerme a las cinco y paseamos por el centro de la ciudad observando escaparates. No dejaba de insistirme para que entrara a ver lo que me gustaba, pero me negué. Mirar escaparates con mi mano en la suya era mucho mejor. No me interesaban las cosas nuevas.

Frunció el ceño y, por un segundo, pensé que no contestaría.

—Estuvo bien. Surgió algo que me obligó a cambiar mi agenda, pero ya está todo resuelto.

Sonreí.

—¿Alguien perdió mucho dinero en tu casino?

Sonrió.

—Seguro que alguien lo ha hecho, aunque no era un asunto relacionado con el casino.

Tomé un sorbo de vino y me recargué hacia atrás.

—Mi padre también está en el negocio de los casinos.

Elevó una ceja, pero no dijo nada más. Seguía esperando a que continuara y, la verdad, no estaba segura de qué sentido tenía sacar el tema.

—A veces tiene horarios raros —musité.

Se recostó en su silla, observándome.

—Siempre que puedo, mantengo un horario de trabajo normal —afirmó mirándome a los ojos.

Me imaginaba cenando con él, relajándonos juntos después de un largo día de trabajo. Me pareció un hombre que estaría en casa para cenar. Mi padre también lo intentaba, pero no siempre lo conseguía. Sus otras actividades de *negocios* lo mantenían alejado.

—Eso está bien —murmuré.

Me molestaba pensar en Sergei cenando a diario con otra mujer. ¡Qué estupidez! Debía volver a casa en menos de dos semanas y entonces empezarían los preparativos serios para mi boda. Sí, esperaba librarme de alguna manera, pero sinceramente las probabilidades eran escasas.

—¿Así que creciste en St. Petersburg?

Era mejor que nos ciñéramos a temas más neutros y dejáramos de soñar con lo imposible. Pero, aunque me dijera eso a mí misma, seguía sin poder quitarme de la cabeza lo mucho que me molestaba pensar en Sergei con otra persona. Lo conocía desde hace dos días y ya quería más con él.

—No. Crecí en Moscú. —La voz dura de Sergei me hizo mirarlo dos veces.

—*Oh.* —El silencio se prolongó, así que continué—: ¿Alguna recomendación sobre qué hacer allí? —Ladeé la cabeza, observándolo. El hombre coqueto y desenvuelto se había cambiado por una versión tensa de Sergei—. Allí es donde iremos después y luego volaremos de vuelta a casa.

—La gente suele acudir en masa al Red Square. —No creía que a Sergei le gustara demasiado Moscú—. El Tsaritsyno Palace está bastante bien. Pero si no te gusta hacer turismo, no lo disfrutarás mucho. Prefiero St. Petersburg, aunque hay buenos espectáculos de teatro, restaurantes y bares allí.

—Parece que Moscú no te gusta para nada.

Se encogió de hombros.

—Como dije, prefiero St. Petersburg. Sin embargo, también me gustaría invitarte a una cita en Moscú. —Volvió a su sonrisa—. Si me lo permites.

Y sin más, su encanto de *playboy* hizo añicos toda mi capacidad de observación y mis entrañas se derritieron ante su oferta.

«También veré a Sergei la semana que viene».

Cuando estaba con Sergei, el tiempo volaba. Era casi medianoche cuando se detuvo frente al hotel. Me decepcionó que no me llevara a su apartamento y me devorara. Hablando de papeles invertidos. Durante años, mis novios intentaron desesperadamente meterse entre mis piernas. Y en ese instante, no podía dejar de pensar en

Sergei devorándome. O yo devorándolo. Mi cuerpo literalmente temblaba de necesidad por él.

—Pasa todo el día conmigo mañana. —Me sobresaltó Sergei, sacándome de mis fantasías con él. Si bien no había nada que me apeteciera más que pasar todo el día con él, también me sentía culpable por abandonar a mis amigas.

—Quiero, de verdad —agregué—. Pero a mis amigas les daría un ataque.

—Seguro que lo entenderían. Podemos desayunar juntos. Después, puedo llevarte a dar un paseo en barco y podemos ir a nadar.

Fruncí el ceño.

—¿Aquí en la ciudad? —Nadar en el río aquí no me sonaba muy apetecible.

—No, en Peterhof —explicó—. Está en la parte sur del golfo de Finlandia. A una hora más o menos. Te encantaría.

—Suena tan tentador.

—Entonces hazlo, *Solnce*.

Mierda, realmente quería. Pasar todo el día con él sonaba perfecto. Y tal vez podría aprender un poco más sobre él.

—¿Qué significa eso? —pregunté en su lugar—. ¿*Solnce*?

—Significa sol —respondió. La forma en que me miraba me recordaba a un niño pequeño que esperaba algo bueno, mas sabía que no lo conseguiría—. Estrella de mis días. Es un viejo apelativo ruso.

Sergei podía tener un lado *playboy*, pero también tenía un lado suave. No tenía nada en lo que basarme; sin embargo, algo en el fondo me decía que podía ser duro y despiadado, aunque también suave y sensible.

Salió del coche y se acercó para abrirme la puerta. Me tendió la mano, la tomé y me ayudó a salir de su deportivo.

—De acuerdo, llévame a navegar mañana —declaré con una sonrisa, su cuerpo pegado con el mío. Su sonrisa fue la mejor recompensa que había recibido en mucho tiempo. Estaba tan cerca que deseé que me estrechara en un fuerte abrazo. Quería sentir sus manos sobre mí—. ¿A qué hora nos veremos?

—¿Alrededor de las siete?

—De acuerdo, les enviaré un mensaje a mis amigas por la mañana para que no se preocupen.

—Gracias. —Sus brazos me rodearon y mi estómago dio volteretas mientras mi cuerpo se fundía con el suyo. Se sentía cálido y duro, con sus músculos apretándome. Mis manos se cerraron alrededor de su cuello, necesitándolo más cerca. Dios, lo deseaba tanto. Tenía en la punta de la lengua rogarle que subiera conmigo a la habitación del hotel.

Antes de que pudiera decir algo, inclinó la cabeza y apretó suavemente su boca contra mis labios. Fue tan suave que me robó el aliento y se me escapó un suspiro. Mi cuerpo se apretó más contra el suyo, necesitándolo. Me recorrió un escalofrío que me hizo sentir débil en las rodillas.

Se apartó, sus ojos oscuros llenos de deseo. Su respiración era entrecortada, reflejando los latidos de mi corazón. Fue el beso más sensual que jamás había experimentado, y quería más. Muchos más.

Su pulgar recorrió ligeramente mi labio inferior.

—Increíble —murmuró. No estaba segura de a qué se refería, pero si se refería al beso... ¡Santos cielos! Estaba totalmente de acuerdo. Nuestro primer beso fue increíble.

—Quiero otro beso —solté. Y siguió su risita.

—Mi moderación tiene un límite, Scarlett —advirtió, acercando su cabeza a la mía—. Otro beso y no podré separarme de ti esta noche.

Quise decirle que me parecía bien. Apretó los labios contra mi mejilla. Otro escalofrío recorrió mi cuerpo y todos mis pensamientos huyeron.

—¿Me das tu número de teléfono? —Parpadeé confundida ante su pregunta. Íbamos por un beso, no por un número de teléfono. Aunque él podría tener ambos.

Asentí aturdida. Estaba actuando como una adolescente besada por primera vez. Totalmente fuera de lugar. Había besado muchas veces antes, pero diablos... quién iba a decir que esos besos no eran nada comparados con la boca de Sergei.

Estábamos frente al hotel, Sergei apoyado en su deportivo, abrazándome contra él. No había nadie alrededor, aunque si lo

hubiera, estaba tan concentrada en este hombre que no me habría dado cuenta. Tenía una forma de ser que me hacía olvidar todo y a todos.

Se rio suavemente y acarició su cara en mi cabello.

—¿Me das tu número? —Volvió a recordarme.

Sonreí.

—Esto parece la preparatoria.

—Si te hubiera pedido tu número en la preparatoria —bromeó—, estoy seguro de que me habrían arrestado.

—Viejo —me burlé—. De acuerdo, dame tu número de teléfono y te mandaré un mensaje.

Recitó su número y le envié un mensaje rápido. En cuanto pulsé el botón de enviar, su teléfono zumbó. Lo sacó del bolsillo y sonrió. Mientras me abrazaba con una mano, con la otra sostenía el teléfono. Eché un vistazo a lo que hacía, pero sus letras eran todas del alfabeto cirílico, así que no pude leer nada.

—Te estoy guardando en mi agenda telefónica —explicó y me sonrojé al ser atrapada.

—Perdona, no quería ser entrometida.

—No tienes por qué disculparte. —Sus labios se presionaron en mi frente y mi corazón se hinchó. Mierda, si solo estas pequeñas cosas hacían reaccionar a mi corazón, estaba condenada.



—¿Crees que es inteligente pasar tanto tiempo con él? —inquirió Olivia.

Tanto ella como Anastasia estaban en mi habitación mientras revolvía mi armario para encontrar algo que ponerme. Debería haber sabido que aparecerían en mi puerta en cuanto les envié el mensaje, aunque apenas eran más de las seis de la mañana.

—Realmente me gusta. —Me giré para mirarlas—. De verdad, de verdad me gusta.

—Pero, Scarlett, acabas de conocerlo. —Anastasia señaló lo obvio. Sí, acababa de conocerlo, mas eso no hacía de menos el

hecho de que Sergei me gustara mucho—. ¿Te has acostado con él?

Puse los ojos en blanco.

—No. Pero anoche me besó en los labios. —Dios, esperaba que volviera a besarme—. Una vez. Fue... —Busqué palabras para intentar explicarlo—. Ni siquiera puedo describirlo. Literalmente me debilitó las rodillas.

Anastasia sonrió, pero Olivia todavía tenía una mirada en su cara que me decía que no debería estar haciendo esto. Probablemente, tenía razón. El problema era que me asustaba no volver a sentir esto nunca más. Todo con Sergei se sentía correcto.

—Olivia, no me mires así —pedí, con la culpa creciendo en mi interior—. Sé que probablemente tengas razón y que no debería empezar problemas con un hombre que está tan lejos de mi alcance. Pero hay algo en él que me llama. No quiero pasar el resto de mi vida preguntándome qué podría haber sido eso con Sergei.

Olivia exhaló profundamente.

—Ten cuidado. ¿De acuerdo?

Di tres pasos y las envolví en un abrazo.

—Se los prometo. Estos meses de verano han sido los mejores de toda mi vida.

Anja y Olivia murmuraron su acuerdo, y nos quedamos juntas en un fuerte abrazo.

Cuarenta y cinco minutos después, salí del vestíbulo del hotel con una gran bolsa de playa que tenía un poco de todo, desde cambios de ropa hasta protector solar. Llevaba un traje de baño debajo de mi vestido de verano y estaba lista para un día de playa con mi Sergei.

«Mi Sergei. Diablos ¿De dónde había salido eso?». Alejé ese pensamiento y miré a mi alrededor.

Había llegado un poco temprano, así que me dispuse a esperarlo, pero me sorprendió gratamente verlo ya esperándome, apoyado contra su Range Rover, con las manos en los bolsillos. Llevaba bermudas blancas y una polo con gafas de sol, parecía de un millón de dólares.

En cuanto me vio, me dedicó una amplia sonrisa.

—Hola —saludé, devorándolo con la mirada detrás de mis gafas de sol—. Llegas temprano.

—Me moría de ganas de volver a verte —susurró, luego me jaló en un abrazo. Nuestros cuerpos estaban pegados; me acarició el cuello y me besó suavemente. Me gustó mucho su afecto y su franqueza. Me recordaba a mis padres—. ¿Lista?

—Sí. —Me abrió la puerta y vi el vehículo mientras subía—. ¿Coche nuevo?

Se rio.

—No, no exactamente. Pero es más seguro para viajes de largas distancias.

Levanté una ceja. No me había dado cuenta de que habría terreno difícil a donde íbamos.

—¿Tengo que agarrar mis tenis?

—No, estás perfecta. —Me tomó la mano y me besó los nudillos. Sentí un delicioso escalofrío.

—Sergei, si sigues así —dije con voz ronca—, no llegaremos a la playa.

—No, llegaremos a la playa y tendremos mucho tiempo a solas en mi barco —murmuró suavemente. Me soltó la mano de mala gana y cerró la puerta. Estaba encariñándome con este hombre.



Dos horas después, estábamos ambos acostados en su barco. Sí, no era un barco. Era un maldito yate de lujo. Según él, estábamos en el lado más al sur del Golfo de Finlandia. El clima estaba precioso, los rayos del sol se reflejaban en la superficie del mar. La playa parecía un poco abarrotada, pero nadar desde el yate era perfecto. Era como nuestra playa privada.

—Vamos, saltemos al mar y refresquémonos. —Agarré a Sergei de la mano, jalándolo mientras me levantaba. Él sonreía, feliz y despreocupado. Saltamos varias veces desde la parte trasera de la cubierta del yate. Me sentí ligera y feliz, las preocupaciones sobre el futuro desaparecieron de mi mente. Lo único que me importaba en ese instante era Sergei.

—¡Ten cuidado, Sergei! —grité desde la cubierta. No podía ver su forma en el agua—. De lo contrario, podría aterrizar encima de ti y sumergirte.

Su risa de barítono sonó a mi alrededor, y retrocedí varios pasos para tener una pista más larga para mi salto. Corrí deprisa, saltando, y me llevé las rodillas al pecho y chapoteé en el mar.

Subí a la superficie a tomar aire, con su risa todavía a mi alrededor. También me reí mientras me acomodaba la pieza superior del traje de baño. Por desgracia, no tenía el traje de baño adecuado para las balas de cañón. Un traje de baño de dos piezas no era seguro para saltar al agua. Casi perdí la parte de arriba... por tercera vez en el día.

—Simplemente quítate la parte de arriba —sugirió Sergei, riendo.

Lo miré con los ojos muy abiertos.

—Ni de broma. Alguien podría verme.

—Le dije a la tripulación que fuera a la parte delantera del barco —habló entre risas mientras sus manos me tomaban por la cintura y me acercaban a él. Le rodeé la nuca con las manos, me encantaba tener su duro cuerpo apretado contra el mío.

—Alguien podría tener binoculares en la playa, viéndonos saltar —me justifiqué. Echó la cabeza hacia atrás y se rio. Durante nuestro viaje de verano, Anastasia, Olivia y yo nos topamos con varias playas en las que las mujeres se quitaban el *top* del traje de baño. Pero no era para mí.

Sentí que sus manos recorrían mi cuerpo, que sus dedos se enganchaban bajo mi *top*. Mis nervios vibraban en lo más profundo, anticipando su boca y su tacto.

—Sergei —advertí, pero mi cuerpo se apretó más contra él. Mi boca y mi cuerpo no estaban sincronizados.

—No dejaré que nadie te vea desnuda —murmuró contra mis labios—. Rodea mi cintura con tus piernas.

Antes de que pudiera siquiera reflexionar sobre ello, mi cuerpo hizo lo que me pidió. Tampoco me resistí. Quería sentirlo contra mí, dentro de mí, sobre mí. Sus palmas recorrieron mis piernas, sus manos ásperas se sentían bien contra mi suave piel. Mi respiración era errática, cada fibra de mí anticipaba su siguiente movimiento.

—Eres muy *sexy* —me gruñó al oído.

Mi interior se abrió a su calor y me froté descaradamente contra él. Me besó con fuerza y su lengua invadió mi boca. Le devolví el beso, apretándome contra él.

—Si alguien nos atrapa. —Rompí el beso, y mi voz era irreconocible para mis propios oídos—. Tendré que matarte. Y a ellos.

—No te preocupes, *Solnce.* —Su propia voz estaba sin aliento—. Los mataré yo mismo si te miran.

—*Awww,* eres tan dulce —me burlé de él. Su mano apartó mi traje de baño, su dedo rozó mi clítoris y se me escapó un gemido. Lo frotó en círculos perezosos, y empujé mis caderas hacia su contacto. Estaba tan caliente por todas partes, necesitando más de él mientras mi cuerpo alcanzaba las alturas que prometía con su toque. Con Sergei, sabía que mi cuerpo alcanzaría cimas a las que nunca había llegado. Y no solo porque aún era virgen.

—Solo por ti —susurró suavemente, mordisqueándome el cuello. Algo me tocó en el pecho al oír la reverencia en su voz.

Mis manos hambrientas lo tocaban por todas partes, queriendo sentirlo todo. Apoyé la frente en su hombro, cerrando los ojos, esta intensa sensación que surgía en mi interior era lo único en lo que me concentraba. Mi respiración se entrecortó, el placer estaba a mi alcance.

—Dios mío. Sí. —Mi voz era áspera y necesitada—. Por favor, Sergei. Necesito más.

Su dedo se deslizó dentro de mí y un fuerte gemido salió de mis labios. Mis piernas apretaron el agarre a su alrededor, mientras me aferraba a él con todas mis fuerzas, frotándome contra él, su dedo deslizándose dentro y fuera de mí.

—Mírame, *Solnce* —gimió contra mi cuello, mordisqueando mi piel sensible. Estaba perdida en él, en su tacto experto. Nada ni nadie importaba más que él.

Aturdida, levanté la cabeza y nuestras miradas se encontraron. Había un deseo tan oscuro en sus ojos que resultaba vigorizante. Su boca tomó la mía en un beso posesivo, y le di todo. Quería darle todo lo que tenía. Empujó un segundo dedo, con fuerza dentro de

mí, y apreté sus dedos en mi centro. Nunca supe que fuera posible un placer tan intenso.

—*Oh*, maldición. ¡Sí, Sergei! —Las palabras se me escaparon en un grito. Tomó mi boca en un beso, tragándose mis gritos.

Se enfocó en ese lugar dulce con insistencia, mientras su dedo dentro de mí presionaba hacia arriba. El placer se encendió, brasas ardían a través de mi torrente sanguíneo.

—*Oh*, Dios. Sí. —Mis dedos agarraban su espesa cabellera, mi cuerpo se enroscaba con fuerza. Me tocó como a un instrumento, cada fibra de mí en sintonía con él.

Me tensé, estrujé sus dedos, y entonces estallé. Mi espalda se arqueó y mis caderas se agitaron ante sus caricias mientras el intenso placer me recorría el cuerpo. Un grito me desgarró. Las intensas sensaciones me sacudieron hasta mi centro. El placer era demasiado y al mismo tiempo insuficiente. Mientras me estremecía entre sus brazos, y antes de que tuviera la oportunidad de bajar de mis alturas, me penetró con una embestida firme y profunda.

Su longitud atravesó mi himen y su boca captó mi grito ahogado. Se detuvo al instante, con confusión en sus ojos marrones. Le sostuve la mirada y vi la comprensión golpearlo. La confusión fue sustituida por asombro y algo más... ¿reverencia?

Se me escapó un suspiro tembloroso. Estaba dentro de mí y nada se sentía tan correcto. Me agarré fuerte a él y supe que me tenía. Siempre me tendría.

Me gustó que no hiciera ningún escándalo, pero se quedó quieto.

—¿Estás bien? —Me mordió el labio y pasó la lengua por el escozor.

—Sí —aseguré con voz ronca—. No pares ahora.

Incluso con el dolor, lo deseaba. Palpitaba por él para que me diera nuevos placeres. Empezó a moverse, en un ritmo duro y potente.

—*Joooodeerrr.* —No estaba segura de si lo había dicho él o yo. Todos mis sentidos estaban apagados a excepción del placer extremo que me estaba proporcionando.

Me mordí el labio y me aferré con fuerza a sus hombros mientras se deslizaba dentro y fuera, mis músculos internos se apretaban a él.

Cerré los ojos. Él era el único que me importaba. Era el centro de todos mis sentidos. Con los cuerpos resbaladizos por el mar, ambos alcanzamos las alturas. Con cada fuerte embestida, me acercaba más y más a otra cima. Sus manos se clavaban en mis muslos mientras me penetraba, provocándome un placer intenso con cada embestida. Se sentía bien teniéndolo dentro de mí. Poseía mi cuerpo, sabía lo que necesitaba mejor que yo.

El orgasmo me atravesó y vi estrellas detrás de mis párpados mientras inundaba todos mis sentidos. Mi coño se apretaba alrededor de su verga, ordeñándolo para obtener todo lo que pudiera darme. Sergei me siguió hasta el borde y gruñó ante su liberación, estremeciéndonos.

Si bien su agarre disminuyó, sus brazos seguían sujetándome con fuerza. Me hizo sentir tan querida que me di cuenta de que él era el indicado para mí. Era la persona que había estado esperando, la razón por la que había conservado mi virginidad hasta este momento. Su boca tomó mis labios en un suave beso y mi corazón se rompió al saber que tendría que perderlo. Sergei era la otra mitad que había estado buscando. Todas aquellas palabras de mi madre, por fin tenían sentido.

Enamorarse fue rápido e intenso.

6

SERGEI

Nunca esperé esto. Scarlett O'Brady era virgen. ¿Cómo demonios era posible? Leí su expediente. Tuvo novios, algunos estables también. En cambio, me sorprendió dándome algo tan valioso. En realidad, diría más bien, algo invaluable.

Estaba acostada en la cubierta de mi yate, justo a mi lado. No pude evitar que mis ojos vagaran sobre ella. Era hermosa, dulce, divertida y amable. La persistente sensación de que debía decirle quién era seguía creciendo, pero decidí ignorarla. Era demasiado pronto. Necesitaba más tiempo. No podía arriesgarme a perderla.

Su abundante cabellera oscura estaba apartada hacia un lado, dejando a la vista su hermosa y esbelta espalda. Acostada boca abajo, me dejó que le desabrochara el *top* mientras le aplicaba protector solar. No tardó mucho en quedarse dormida con una pequeña sonrisa en su rostro mientras le untaba la loción. Su cuerpo estaba relajado, como si perteneciera aquí. Me pertenecía. Sí, su padre me la prometió como pago, aun así, no podría estar más contento con ella.

«Quiero que me ame». El pensamiento me golpeó y permaneció, aunque sabía que no era correcto pedirlo si no estaba dispuesto a darle mi corazón. Sin embargo, nunca pretendí ser desinteresado. La quería toda.

El yate regresó a nuestro puerto donde nos esperaba mi coche. Teníamos al menos una hora hasta llegar allí. Agarré mi teléfono y me puse a trabajar, mientras la dejaba dormir a mi lado, tomando el

sol. Habíamos salido las dos últimas noches y nos habíamos quedado hasta tarde, así que estaba seguro de que estaba cansada. En toda mi vida, nunca me había sentado a ver una película con una mujer. Una forma tan sencilla y agradable de pasar tiempo juntos. Estaba seguro de que Scarlett era la razón por la que lo disfruté. Se sentía natural con ella, una velada tranquila en casa después de cenar.

Les envié un mensaje a Dimitry y Nikolai, informándoles de mi plan de interceptar el cargamento de humanos de Bartek. Ni siquiera tuve que preguntarme si estarían de acuerdo, pero quería estar preparado por si las cosas salían mal. No era que lo esperaba.

Escuché un lindo y pequeño ronquido, y me reí en voz baja, mirando a mi futura esposa. Estaba profundamente dormida, con su figura tranquila y serena. En menos de cuarenta y ocho horas, encontré más tranquilidad que en los últimos treinta años. Me encantaba que no hubiera nada falso en Scarlett. Sus sonrisas eran genuinas y su felicidad contagiosa. Y el placer que daba y recibía no tenía precio.

No se parecía en nada a Irina. Scarlett era un verdadero diamante, mientras que Irina era una mujer codiciosa y cruel a la que no le importaba nadie más que ella. Sus acciones durante la última década demostraron que no le importaba cómo acumulaba su riqueza... ya fuera vendiendo productos secos o mujeres y niños inocentes, para Irina era lo mismo. Me preguntaba cómo había podido estar tan ciego para no verlo antes de este día.

Quizás fue Scarlett la que finalmente me liberó y me abrió los ojos.

A los diez minutos de viaje en barco, hice que uno de mis tripulantes trajera una sombrilla para poner una sombra sobre Scarlett y que no se quemara. No se movió. Yo tenía el sueño ligero, era la fuerza de la costumbre, pero Scarlett parecía completamente dormida.

Una hora más tarde, estábamos atracados y Scarlett seguía profundamente dormida. Le di un ligero empujoncito para despertarla. Me apartó la mano de un manotazo.

—Scarlett —le susurré al oído—. No puedes dormir todo el día.

—Vete. —Su voz era un murmullo.

Me reí entre dientes.

—¿Debo llamarte dormilona o gruñona? —pregunté, bromeando.

Me miró entre sus párpados.

—¿No estás cansado? —murmuró.

—No —dije, sonriendo—. Aunque es evidente que tú sí.

Ahogó un bostezo.

—Nos quedamos despiertos mucho después de mi hora de acostarme.

Levanté una ceja.

—¿Tienes hora de acostarte?

—Sergei, si tuvieras que ocuparte de veinte niños de preescolar —refunfuñó—, también tendrías hora de acostarte. Los niños son como pilas cargadas hasta las tres de la tarde.

—¿Quizá deberíamos buscarte otra profesión? —sugerí, aunque por el tono de su voz me di cuenta de que adoraba a sus niños de preescolar.

—De ninguna manera. Amo mi trabajo.

Me la imaginaba enseñando y jugando con los niños. Tenía un carácter fácil y juguetón. Sería una mamá paciente, muy parecida a su propia madre. Conocí a su madre brevemente, pero su calma y su manera de ser me recordaban a un hogar. Scarlett tenía ese mismo comportamiento, aunque también había una vena rebelde en ella.

—¿Qué tal si volvemos a mi casa, nos duchamos y salimos a cenar?

Sus ojos oscuros brillaron y sonrió.

—Tengo una idea mejor.

—¿Ah, sí? —Había un poco de picardía en sus ojos y me moría de ganas de escuchar su idea.

—¿Qué tal si nos duchamos, pedimos *pizza* y nos quedamos en casa? —sugirió—. Podríamos volver a ver una película y luego ver adónde nos lleva la noche.

Me gustaba mucho eso, sobre todo porque insinuaba que se quedaría a dormir.

—Me encanta tu idea.

Su gran sonrisa me alegró el día.

—Esperaba que lo hiciera —murmuró suavemente—. ¿Puedes volver a abrocharme la parte de arriba, por favor?



Cuando volvimos de la playa, ambos nos duchamos y se puso un vestido azul de verano. Estaba hermosa con cualquier cosa que usara, pero la prefería desnuda. Obligué a mi mente a alejarse de esos pensamientos; de lo contrario, la devoraría antes de que tuviéramos la oportunidad de comer.

Scarlett y yo estábamos cortando verduras para una ensalada. La *pizza* llegaría en cualquier momento y mi futura esposa insistía en que necesitábamos algo sano para acompañarla.

—Equilibra toda tu dieta —afirmó, dedicándome una gran sonrisa. Tomó un sorbo de vino y volvió a dejar la copa en su sitio, volviendo a cortar—. Mi madre siempre decía que está bien comer cosas poco saludables siempre que añadas algo sano a la mezcla.

La lógica no tenía sentido para mí, sin embargo, no podía resistirme a complacerla. Parecía feliz y relajada, como en casa en mi *penthouse*. Quería convencerla de que se quedara conmigo el resto del viaje. Con cada minuto que pasaba con ella, me permitía empaparme de su luz, aumentaba mi miedo a que me rechazara. Se sentía a gusto conmigo, libre con sus sonrisas y caricias, lamentablemente, las experiencias de mi vida me hacían difícil abrirle la puerta. Debía decirle quién era para ella. Sabía que era lo correcto, pero necesitaba más tiempo. Tenía que amarme primero.

El zumbido de la puerta exterior me hizo comprobar mi pantalla de seguridad. Era el repartidor.

—Es la *pizza* —anuncié—. ¿Tienes la ensalada bajo control?

Levantó la mirada y sus ojos brillaron.

—Solo intentas librarte de cortar la ensalada —bromeó. En parte tenía razón. Era una tarea monótona, aun así, me encantaba hacerlo con ella.

—¿Qué te parece esto? Terminas la ensalada... —murmuré, acercando mi cuerpo suavemente al suyo desde atrás y rozando con

mis labios la curva de su cuello—. Y, luego, te recompensaré.

Inclinó la cabeza, dándome mejor acceso. Su trasero empujó hacia atrás, contra mi ingle y gruñí, instantáneamente duro por ella.

—Será mejor que no lo olvides —advirtió, girando la cabeza hacia un lado. Tenía la boca ligeramente entreabierta y sus ojos suaves, mirándome. Esta necesidad de ella era casi aterradora.

—Nunca olvidaré ninguna de las promesas que te hice. —También lo decía en serio. La haría feliz y orgullosa. Esta mujer era increíble y pasaría el resto de mi vida demostrando que la merecía.

Dos horas más tarde, estábamos limpiando los platos en la cocina. Ella rechazó el postre y yo solo quería comérmela de postre. Por suerte, fui lo suficientemente listo como para no decir eso. No actuaba como una virgen protegida, pero tampoco quería que huyera de mí.

Scarlett juguetonamente me salpicó con agua.

—¿Qué? —Me miró inocentemente—. Me estaba secando las manos al aire. No puedo encontrar una toalla de cocina.

Me acerqué a ella.

—Justo detrás de ti —susurré contra sus labios, luego tomé su labio inferior entre mis dientes.

La observé, esperando a que me guiara. Habría muchas ocasiones en el futuro en las que yo la guiaría. Esta vez, quería que me dijera lo que quería, y se lo daría.

Se puso de puntillas, apretó sus labios contra los míos y la sangre se me subió a la cabeza. Introduje mi lengua en su boca, reclamándola. Gimió. Me encantaban los ruidos que hacía cuando nos besábamos. Era mía para tomarla. Por lo visto no duró mucho mi idea de cederle el control.

La atraje con fuerza hacia mí, su cuerpo encajaba perfectamente contra el mío. Se sentía increíble. La levanté, la senté sobre la encimera de mármol y sus piernas me rodearon la cintura. Gracias a Dios que no había nada que se cayera.

Su boca estaba hambrienta de mí, y estaba igual de ansioso con sus labios, nuestras lenguas bailaban juntas en la batalla del deseo. Agarré el dobladillo de su vestido y se lo quité por la cabeza, dejándola solo en un sujetador rosa y bragas a juego.

Deslicé los labios por su cuello, lamí y mordisqueé, su sabor quedando grabado en mí. Sin duda era el mejor postre de todos. Alcancé detrás de ella, le desabroché el sujetador y lo tiré descuidadamente a un lado.

No pude resistirme a agachar la cabeza y llevarme a la boca su pezón erecto. Su espalda se arqueó contra mí y sus gemidos resonaban por todo el *penthouse*. Era la mejor maldita música del mundo. La forma en que respondía a mis caricias era increíble.

Luego, agarré sus bragas y levantó sus caderas, ayudándome a bajárselas. Desechándolas, admiré su cuerpo. Era un espectáculo perfecto, desnuda sobre mi mostrador. Mi diosa. Su respiración era pesada, sus mejillas sonrojadas y sus ojos oscuros empañados por el deseo. Aquí era donde pertenecía.

—Dime lo que te gusta —susurré.

—Yo… por favor, no dejes de tocarme —suplicó—. Se siente tan bien.

Me incliné hacia ella y deslicé la lengua sobre su clítoris. Gimió con fuerza y me tomó del cabello con una mano, acercándome aún más. Entonces comencé a estimular la punta con movimientos rítmicos, de un lado a otro, rozándola con delicadeza.

Se estremeció contra mí y gritó:

—¡Dios mío! —Su mano me empujó con más fuerza contra ella, cabalgándome la cara y su sabor fue el mejor postre en mi lengua.

Le introduje un dedo en el coño, follándola con él rápido y fuerte. Sus gemidos se convirtieron en gritos y su cuerpo se estremeció en un orgasmo. No había mejor sensación que esta. Verla volar alto gracias a mí.

—Tan hermosa —gruñí, besando el interior de su muslo—. Y mía.

SCARLETT

Escuchar a Sergei reclamarme casi me destrozó. Apena eran tres días que lo conocí y, maldita sea, quería ser suya. Me atravesó como un huracán.

¿Debía advertirle que no podía ser suya? O tal vez podría mandarlo todo al demonio y ser suya. Pero tan rápido como llegó el pensamiento, lo descarté. No podía hacerles eso a mis padres. A pesar de nuestros desacuerdos, los amaba y ellos a mí.

Los últimos días no habían ido como esperaba en absoluto. No mentí cuando le dije a Sergei que no besaba en la primera cita, aunque nunca había ido tan rápido con un chico. Normalmente me lo tomaba con calma. Nunca hubo nadie que me diera ganas de besar en la primera cita. Nadie me había conquistado antes. Normalmente, me tomaba un tiempo sentirme cómoda con los chicos.

Resoplé para mis adentros. Sergei tenía razón, eran chicos. Él era un hombre, y diablos, las cosas que podía hacer con su boca y su lengua. Lo último que esperaba ese día era que me comiera.

Me senté desnuda en la encimera de su cocina mientras él seguía completamente vestido. La sensación era erótica, poderosa. Me miraba como si fuera la mujer más hermosa del planeta, y sabía que no era cierto. Con su aspecto, debía de tener mujeres que se le tiraban encima.

Empezó a recorrerme alrededor del clítoris con su dedo y mi cuerpo se encendió al instante bajo su tacto experto. Todavía estaba

sensible y un gemido salió de mi boca. Quería que me llevara a nuevas alturas, incluso cuando acababa de bajar. Lo extraño era que tenía la sensación de que lo haría. Quería asegurarse de que obtuviera todo el placer posible.

Bajó la barbilla y me besó, mis labios se abrieron ansiosamente para él. Podía saborearme en su lengua. Se sentía *sexy*, prohibido, pero correcto. Él se sentía *tan* correcto. Mis manos se deslizaron por su cabello, sosteniéndolo cerca de mí. Sergei era un hombre hermoso y sabía exactamente lo que hacía. Dominaba y me guiaba hacia el placer. Quería hacerlo sentir tan bien como él lo hacía conmigo.

Le quité la chaqueta de los hombros y la dejé caer despreocupadamente en el suelo de la cocina. Mis dedos juguetearon con su camisa mientras él me besaba con avidez, introduciendo su lengua en mi boca y moviéndola contra la mía. Este hombre sabía cómo besar y mi parte celosa quería reclamar todos sus besos. El sexo de ese día había sido emocionante y rápido. No obstante, en ese momento se tomaba su tiempo y las sensaciones que provocaba en mí prometían nuevas alturas.

Sin su camiseta, recorrí con los dedos su piel, sus abdominales marcados. Tenía un tatuaje de un Sagrado Corazón envuelto en rosas sobre su pectoral izquierdo y otro tatuaje con una escritura con el alfabeto cirílico que no podía leer en la parte superior derecha del pecho. Me estremecí entre sus brazos y rodeé su cintura con mis piernas. El dolor entre mis muslos se intensificaba a cada segundo. Lo deseaba demasiado.

—Te deseo —susurré sin aliento. Mi cuerpo y mi cerebro estaban totalmente concentrados en Sergei. Nada me importaba en este instante más que el hombre que tenía delante—. Te necesito ahora.

—Joder —gruñó.

Me alzó en el aire mientras yo me aferraba a él, con las piernas aún enredadas a su cintura. Sus labios no se despegaban de mi piel, como si quisiera saborear cada centímetro de mí. Cada beso y cada caricia hacían que mi cuerpo se estremeciera con necesidad por él.

A través de la bruma, me di cuenta de que nos llevó al dormitorio. Una vez acostada sobre su cama, se echó hacia atrás y

se quitó rápidamente los zapatos y el resto de la ropa.

Tomando una fuerte inspiración, me mordí el labio, admirando su forma desnuda. Era hermoso, no tenía ni un gramo de grasa en él. Su cuerpo era puro músculo y no podía esperar a tenerlo dentro de mí otra vez. Me froté los muslos con la esperanza de aliviar el dolor que sentía por él, pero lo único que conseguí fue intensificarlo.

Mis ojos recorrieron su hermoso cuerpo y se detuvieron en su verga. Estaba dura y grande. Me sentí vacía, necesitándolo desesperadamente. No podía apartar la mirada de él. Sabía que no había un espécimen más *sexy* que este hombre frente a mí. Al menos en lo que a mí respectaba.

—Podría masturbarme solo con tus ojos sobre mí, *Solnce* —murmuró con su voz profunda, su acento marcado—. Y no duraría mucho. Eres hermosa.

Sentí mi excitación resbalar por el interior de mi muslo. Abrí más las piernas, sus ojos me devoraban.

—Estás mojada para mí —gruñó. Juré que su acento se hacía más y más marcado con cada segundo.

—Sí. — Mi mano se acercó a su polla y, al vacilar, él se inclinó, la tomó y la colocó sobre su erección, mostrándome cómo sujetarlo.

Sus caderas se inclinaron hacia mi toque y apreté con más fuerza. Su cuerpo estaba hecho para los pecados más deliciosos.

—Maldición. —Su cabeza se inclinó ligeramente hacia atrás, con una expresión de placer en su rostro, y no había una visión mejor, más erótica que esa. Mi coño se estrechó en necesidad por él. Se subió lentamente sobre mí, moviendo la cama con su peso. Se inclinó sobre su codo, metió la mano entre nuestros cuerpos y sus dedos recorrieron lentamente mi coño.

—Tan húmeda. —Su voz era ronca—. Tan mía.

Se colocó entre mis muslos y la sensación de la punta de su longitud contra mi entrada me excitó mucho más. Su grueso calor se abría paso a través de mi húmedo coño. Su boca atrapó la mía y empujó sus caderas con fuerza. Quería hacerlo sentir igual de bien. Mis uñas se clavaron en su trasero, incitándolo a seguir. Se retiró lentamente y mi cuerpo se estremeció por la pérdida.

Volvió a penetrarme y gemí en su boca. Necesitaba más. Como si estuviera en sintonía con mis necesidades, empezó a moverse con más fuerza. Más rápido. Sus caderas se hundieron, reclamando cada centímetro de mí y se me escapó un agudo jadeo.

Fue increíble. Él era increíble. Su lengua se deslizó en mi boca con posesividad, mientras sus caderas embestían contra mí, golpeándome con fuerza. Dolor y placer se mezclaban. La sensación era abrumadora, pero no suficiente, los dos queríamos más. Le ofrecí mi lengua, luchando contra la suya, y me apreté más alrededor de su polla, mientras sus embestidas seguían, duras e implacables.

Un grito salió de mis labios y se lo tragó en su boca. Empezaron a saltar chispas detrás de mis ojos cerrados, cada fibra en mí ardía mientras perseguía el orgasmo alucinante que solo él podía darme.

—Sergei. —Mi voz estaba ahogada mientras me apretaba con fuerza en su longitud. Mi cuerpo se estremeció con una intensa liberación, mientras él seguía penetrándome. Otra fuerte embestida y siguió detrás de mí con un rugido. Ambos nos estremecimos tras nuestra liberación, su cuerpo sobre el mío. No quería soltarlo y se me llenaron los ojos de lágrimas ante la intensidad de mis sentimientos. No era más que un desconocido, pero me hizo sentir más viva que nunca.

Hundí mi cara en su cuello, absorbiendo su aroma y memorizándolo para el futuro que nunca podría tener con él.

8

SERGEI

El suspiro de satisfacción de Scarlett era el mejor sonido. Ese día me había dado la mejor liberación, el regalo más preciado. Todavía estaba dentro de ella, agotado, y joder... no podía esperar para volver a hacerlo.

—¿No fui demasiado duro? —Le acaricié el cuello, inhalando profundamente.

«Mi mujer».

—No, en absoluto. —Su respuesta fue suave, la de una mujer satisfecha. Y me hizo sentir engreído—. Debería vestirme y volver a mi hotel. He estado fuera todo el día.

—No, no deberías —declaré. Ella pertenecía aquí, en mi *penthouse*. Sin embargo, no sabía quién era yo en realidad, así que no podía exigírselo. Todavía no—. Puedo llevarte de vuelta al hotel por la mañana temprano, antes de que alguien se despierte.

Bostezó, tapándose la boca. Se veía cansada. Después de todo, la había mantenido despierta hasta tarde todas las noches desde que llegó a Rusia. Todavía no podía creer la suerte que había tenido de encontrarme con ella. Sentí que las estrellas por fin se alineaban y que estábamos destinados a estar juntos.

—De acuerdo —asintió sin abrir los ojos—. Pero no podemos quedarnos dormidos.

Salí de ella y la arropé a mi lado. Sonreí, satisfecho con el giro que habían tomado los acontecimientos esta semana. Habían sido los mejores días de toda mi vida. Me aseguraría de pasar con ella

todo el tiempo que pudiéramos durante su estancia en Rusia. Quería que me conociera y se sintiera cómoda conmigo. Cuando supiera que era su prometido, no le importaría. No veía la hora de casarme con ella.

De repente se levantó.

—¡Dios mío!

—¿Qué?

Sus ojos estaban llenos de miedo y preocupación.

—No usamos protección. —Sus ojos se desviaron hacia mí—. No lo hicimos ni antes ni ahora.

Fruncí el ceño, pero me di cuenta.

—Está bien.

—No, no lo está —objetó—. No tomo la píldora y no usaste un condón.

—Está bien —aseguré.

—No, Sergei. —Le tembló el labio inferior—. No está bien. Tengo que tomar la píldora del día después.

Demonios, nunca pensé que mentirle sería tan difícil.

Así que, naturalmente, mentí un poco más.

—Te conseguiré una píldora del día después —gruñí—. Vete a dormir y cuando nos levantemos, te la tendré.

Me miró dubitativa.

—¿Qué médico te va a recetar una prescripción sin ver al paciente?

Me reí entre dientes.

—Esto es Rusia. La tendrás mañana, antes de llevarte de regreso al hotel.

La jalé hacia mí, la acurruqué de nuevo a mi lado.

—Ahora vamos a dormir. No podemos quedarnos dormidos —agregué en voz baja contra su cabello.

—Gracias, Sergei —susurró, y el sentimiento de culpa me invadió. Decidí ignorarlo. Era prácticamente mi esposa, prometida a mí desde hacía ocho años. Estaba dentro de mi derecho.

«Sí, claro. No le va a gustar».

Este maldito ángel en mi hombro me estaba sacando de quicio.

La estreché aún más contra mí y hundí la cabeza en su cabello. Escuché su respiración ralentizarse y supe en qué momento se durmió. En cuanto se quedó dormida, la seguí en el sueño y, por primera vez, dormí con mi mente tranquila. Mi mujer estaba a mi lado.



Ni siquiera había salido el sol cuando saqué a Scarlett de su sueño. Me tomó varios intentos antes de que se despertara. Ya me había duchado y preparado café para los dos.

—Basta —dijo somnolienta, apartándome de un empujón y luego me dio su esbelta espalda. Definitivamente, no era una persona madrugadora. La rodeé con mis brazos y fui por una estrategia diferente.

Le di besos suaves en el cuello y le mordisqueé la oreja. Mis manos jugaban con sus pechos, sus pezones entre mis dedos. Empujé mi dura verga contra su culo y un suave gemido salió de ella, seguido de su trasero empujando más fuerte contra mí.

«Mierda, esto estaba siendo contraproducente».

—Si no te levantas, te voy a follar otra vez —advertí con un gruñido.

Su respuesta fue apretar más su culo contra mi polla. Mis manos bajaron hasta el interior de su muslo para encontrarla empapada, su calor esperándome. Le froté el clítoris y otro gemido sonó en la oscuridad de la habitación.

—Sergei. —Su voz era soñolienta, necesitada. Me deseaba—. Necesito que me folles.

«Definitivamente contraproducente».

La coloqué boca abajo.

—Levanta tu trasero —ordené. Obedeció sin cuestionar, tan confiada. Deslicé mi verga en su coño resbaladizo desde atrás—. Maldición, tan perfecta —gemí mientras empezaba a moverme. Estaba lista para mí. Mi mujer necesitaba esto tanto como yo. Sus gemidos se hicieron más fuertes a medida que la penetraba con más

fuerza. Era un desgraciado, lo sabía. Acababa de perder su virginidad el día anterior. Debería estar tomándomelo con calma, pero en vez de eso la estaba tomando como una bestia.

—Más —demandó con voz ronca.

Perdí la razón y el control, obedecí y le di más. Mi mano se enredó en su exuberante cabellera, la obligué a girar la cabeza y recibir mi beso mientras la penetraba con fuerza.

—Nadie te toca —exigí entre dientes, besándola con fuerza, posesivo—. ¿Me entiendes?

—¡*Oh*, yo…! —gritó y detuve mis movimientos, negándole su placer—. ¡No! —Abrió sus ojos con indignación—. Estaba tan cerca.

Apreté mi agarre en su cabello y le mordí suavemente el labio.

—Nadie te toca —demandé. Su coño era mío. Ella era mía y solo mía. Para siempre—. Dímelo.

Empujé dentro de ella, llenándola hasta lo más profundo, y me detuve de nuevo. Cerró los ojos, con una expresión de éxtasis en su rostro.

—Dímelo —repetí.

—Nadie me toca —pronunció, apretándose contra mí—. Por favor, Sergei. Necesito más.

Retirándome y volviendo a penetrarla con fuerza, empecé a embestirla como una bestia.

—Mía —gruñí. Esta posesividad no tenía sentido. Se lo daría todo. Obtendría todo su placer y todas sus necesidades solo de mí.

—Sí. ¡Dios, sí! —Sus gritos de placer resonaban por todo mi *penthouse* mientras entraba y salía. Me encantaba que no se contuviera. Cuando alcanzó el clímax, con su apretado coño alrededor de mi polla, me llevó al límite con ella.

Me desplomé sobre ella, con la respiración agitada de ambos envolviendo el silencio de la madrugada.

—¿Estás bien? —Acurruqué mi cara en su nuca.

—*Hmmmm*. —Sonaba somnolienta—. Nunca he estado mejor. Fue magnífico.

Me reí suavemente.

—Me estás levantando el ego.

—Bueno, si te queda el sombrero. —Se rio suavemente. Se giró para mirarme y me rodeó con los brazos—. Quiero despertarme así todos los días —susurró. Sus ojos se cerraron y una sonrisa soñadora apareció en sus labios.

Sentí una punzada de culpabilidad por no haber sido totalmente sincero con ella. Se acurrucó más contra mí, su pequeño cuerpo encajaba perfectamente contra el mío.

—Vuelve a pasar el día conmigo —pedí. No quería llevarla de vuelta a su hotel. Quería tenerla aquí conmigo. Quería escuchar su risa, sus pequeños gemidos mientras la besaba y sus suspiros de satisfacción después de haberla complacido total y completamente.

Sus ojos oscuros se abrieron. Su mirada me dijo que realmente lo deseaba, pero que no lo haría.

—Ayer abandoné a mis amigas. No sería justo volver a hacerlo hoy. Y necesito cambiarme de ropa.

—Te compraré ropa nueva.

Sonrió.

—*Ohh,* ¿de compras? Prefiero ir de compras a hacer turismo.

—Podemos ir de compras hasta que te caigas del cansancio —sugerí esperanzado. Lo haría más persuasivo para que pasara el día conmigo. Quería conocerla y que ella me conociera. Así, cuando supiera que era su prometido, ya estaría perdidamente enamorada de mí—. Podemos comer juntos en un pequeño restaurante junto al río para que tengas un día tranquilo.

Su sonrisa era suave.

—Suena tentador.

—Entonces hazlo. Quiero saber más de ti.

—¿No hablé demasiado de mí ayer? —Intentó bromear—. Y antes de ayer.

—No, no lo suficiente —informé con firmeza.

Respiró profundamente y me preparé para el rechazo. Siempre parecía que cuando quería algo desesperadamente, me rechazaban. Irina me rechazó para casarse con un viejo polaco mafioso. Y era un desgraciado cabrón. Todavía podía recordar su justificación.

—Tiene más dinero, un apellido de verdad. —Parecía triste, pero no lo suficiente como para partirme el corazón en dos—. Ni siquiera

sabes quiénes son tus padres y no eres precisamente rico.

Después de eso, me concentré en acumular mi riqueza para verla arrepentirse del día en que me rechazó.

Scarlett puso su suave palma contra mi mejilla, trayendo mis pensamientos de vuelta al presente.

—¿Qué te parece esto? Me llevas al hotel. Me ducharé y cambiaré, desayunaré algo rápido con mis amigas y luego nos veremos. Pero olvídate de las compras. Podemos pasar el rato juntos y me cuentas algunas cosas sobre ti. Siento que no sé mucho de ti.

La miré sorprendido. No era lo que esperaba.

—¿A qué hora?

Parecía un tonto enamorado; no obstante, por alguna razón, me importaba una mierda. Sería un hijo de puta duro y escalofriante con los demás, pero no con ella. Con Scarlett, quería que me conociera. Sería mi esposa y siempre nos cubriríamos las espaldas.

Lo pensó un segundo.

—¿Alrededor de las diez?

Apreté mi boca contra sus suaves labios. Si bien ella no se daba cuenta, acababa de darme el mejor regalo de mi vida. En los pocos días que llevaba conociéndola, me había dado más de lo que nunca me había dado ninguna otra mujer, incluida mi propia madre.

—Allí estaré.

Se rio de mi entusiasmo.

—¿No tienes que trabajar?

—Tengo que ocuparme de una cosa esta mañana. El resto lo tengo cubierto.

—De acuerdo. —Me dio una mordida en la barbilla. Se me hinchó el pecho al ver que me concedía este deseo—. Si algo cambia, mándame un mensaje. No llames, si no, te cobrarán cargos internacionales. Es más barato si mandas un mensaje.

Me miró preocupada, mordiéndose el labio inferior, y lo rocé con el pulgar. No quería que se preocupara por ese tipo de cosas.

—No te preocupes por las tarifas internacionales —dije sonriendo —. Mándame un mensaje para decirme que has podido arreglar todo para pasar el día conmigo.

No pude evitar una risita. Tenía negocios por toda Europa, Rusia y Estados Unidos y ella se preocupaba de que me cobrarían cargos internacionales.

Ni siquiera la había dejado en su hotel y ya odiaba la idea de no verla durante unas horas. Me moría de ganas de volver por ella después de mi reunión.

9

SCARLETT

Sergei y yo nos apresuramos a vestirnos, ansiosos por empezar el día. Estaba siendo una amiga horrible con Olivia y Anastasia, pero realmente quería pasar el día con él. Quería pasar cada segundo del día y de la noche con ese hombre. Me estaba enamorando, lo sabía.

Además, mientras esperaba mi rechazo, hubo una fugaz emoción triste que cruzó su rostro. No podía describirla, mas era desgarradora. Como si hubiera experimentado tanto rechazo y abandono en su vida que lo esperaba. Esa noción en sí misma no tenía sentido, ya que era tan guapo que estaba segura de que las mujeres acudían a él. Tal vez pasar un día con él me daría la oportunidad de aprender más. Durante los últimos días, no paró de hacerme preguntas sobre mí, pero nunca llegamos a hablar de él.

Y el sexo. Dios mío, era increíble.

—¿Por qué estás sonriendo? —La voz de Sergei me sobresaltó. Estábamos en el coche y me llevaba de vuelta al hotel.

—Nada —manifesté rápidamente.

De ninguna manera iba a responder a esa pregunta. Qué vergüenza.

—Debió de ser algo —indicó—. Si estabas sonriendo soñadoramente.

—Estaba pensando en todas las cosas que haremos hoy.

Me tomó la mano y la llevó a sus labios.

—Gracias por pasar otro día conmigo.

Sabía que tenía una sonrisa estúpida y emocionada en mi cara, sin embargo, no podía evitarlo. Estas sensaciones que flotaban en mi interior eran increíbles, me hacían feliz. Deseaba poder embotellarla y conservar dosis de ella conmigo para siempre.

Mi madre siempre decía que tardó exactamente cinco minutos en darse cuenta de que nunca habría nadie más para ella que mi padre. No podía comprenderlo, hasta ese momento. Ver a mis padres felices y entregados el uno al otro mientras crecía me creó altas expectativas. A veces, me parecía inalcanzable encontrar el amor que esos dos tenían. Me di cuenta de que era una rareza. Los padres de Olivia no lo tenían. No estaba segura sobre los padres de Anastasia, ya que rara vez hablaba de su madre. La perdió muy joven y en circunstancias trágicas.

—Pasaremos a comprar la píldora del día después. —La voz de Sergei me hizo volver a centrarme en él—. ¿A menos que no la quieras? —Casi parecía esperanzado.

Lo miré estupefacta. Me olvidé de la píldora del día después y tuvimos sexo de nuevo esta mañana. ¡Sin protección! ¿Realmente estaba perdiendo la cabeza tan rápido por este hombre que la protección ni siquiera era una pregunta en mi mente? ¿Y por qué le daba igual si usábamos o no protección?

—¿No te preocupa dejarme embarazada? —cuestioné, frunciendo el ceño—. Después de todo, no somos más que extraños y vivimos en países diferentes.

Se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Y si quedas embarazada, nos casaremos y tendremos el bebé.

—Pero si ni siquiera me conoces —comenté mientras una idea horriblemente maravillosa empezaba a formarse en mi mente. No era inteligente; podría causar una guerra entre mi familia y cualquiera que fuese la familia a la que mi padre me había prometido. No estaba bien. Amaba a mis padres y nunca querría que les hicieran daño ni ponerlos en esa situación.

Entonces ¿por qué seguía en mi cabeza? ¿Le importó a mi padre cuando me puso en esa posición?

«¡Basta, Scarlett!», me reprendí a mí misma.

Si hacía algo tan estúpido como permitirme quedar embarazada de otro hombre, podría hacerles daño a mis hermanos, a mi madre. No podía ser tan egoísta. Y hablando de ser inmadura.

—Cierto —contestó a mi comentario—. Acabamos de conocernos, pero a veces simplemente lo sabes. Algunas personas simplemente conectan contigo.

Tal vez tenía razón. ¿No era eso lo que decía mi madre? Cuando lo sabías, simplemente lo sabías.

—Sí, mejor vamos a comprar esa pastilla —dije finalmente. Ser aventurera era una cosa, ser imprudente con otra vida humana era otra muy distinta.

Diez minutos después, estaba frente a mi hotel. Como todo un caballero que era, se acercó y me abrió la puerta.

Me sentí un poco incómoda debatiendo la forma adecuada de despedirme después de pasar una noche con él. ¿Había una forma adecuada? No era una situación con la que estuviera familiarizada, volver a escondidas a mi habitación por la mañana.

Callando todos mis pensamientos, me tomó suavemente de la nuca y me acercó.

—Nos vemos en unas horas, *Solnce*.

Presionó sus labios sobre los míos, el beso fue suave y anhelante. Terminó demasiado rápido.

—Te veré pronto —musité contra sus labios.

10

SERGEI

Me apoyé en el coche, metiendo las manos en los bolsillos, y la vi entrar en el hotel. Había algo en ella que me atraía... su calidez, su despreocupación, su jovialidad. No podía precisarlo.

Miró por encima de su hombro y sus ojos brillaron con sorpresa, como si esperara que ya me hubiera ido. La verdad era que quería acompañarla hasta su habitación, pero sabía que no lo permitiría. Me dedicó una gran sonrisa y desapareció por la puerta.

No podía esperar a casarme con ella y empezar nuestra vida juntos. Quería dar el sí para que no hubiera riesgo de que el acuerdo se rompiera. Después del abandono de la mujer que amaba y de los padres que anhelaba, me había endurecido. La traición de Irina marcó las grietas sangrantes.

«Mis malditos padres». Con el tiempo supe quiénes eran, pero nunca lo compartí con nadie. Ni siquiera con Dimitry y Nikolai.

Me quedé parado allí un minuto más y luego me puse al volante. Cuando iba a poner el auto en la primera marcha, mis ojos se posaron en el paquete de Scarlett que contenía una píldora del día después. Lo miré, mientras debatía en llamarla. Se le olvidó. Sabía que lo había olvidado cuando se lo mencioné esta mañana. Esto debe significar algo, ¿no?

«Sí, significa que soy un imbécil», me reprendí por sopesar la idea de tirar el paquete por la ventana. En lugar de eso, lo metí en la guantera y puse el coche en marcha.

Cuando llegué a mi oficina, diez minutos más tarde, Michail ya estaba allí.

—¿Estás listo para reunirte con el polaco? —Me miró, como si pensara lo contrario.

Fui a mi escritorio y saqué mi funda y una pistola.

—Nací preparado —anuncié, y enseguida puso los ojos en blanco. Uno de estos días, tendría que patearle el trasero. Ese día estaba de muy buen humor. Además, Michail me caía bien—. Después de esta reunión, me iré. Estarás a cargo hasta que regrese. Llámame si surge algo urgente.

—¿Qué demonios estás haciendo? —inquirió sorprendido—. ¿Qué es más importante que manejar tu negocio?

—No es asunto tuyo —repliqué secamente y volvió a poner los ojos en blanco.

—De acuerdo, como quieras, guárdate tus secretos. Terminemos esta maldita reunión con el polaco. No soporto a ese tipo —refunfuñó—. Quiero darle una paliza. Y su mujer no es mejor.

Estaba de acuerdo con ese sentimiento exactamente. Los recuerdos de la boda de Irina con ese mafioso se agolpaban al frente de mi mente. La sensación del Maserati estrellándose contra el lugar, el sonido de las balas zumbando en el aire a nuestro alrededor, el sonido de los hombres gritando de dolor, la visión de los cadáveres que se amontonaban a nuestro alrededor, el dolor de la paliza que sus hombres nos dieron a Michail y a mí antes de que Dimitry y Nikolai aparecieran para salvarnos.

Así que una docena de hombres abatidos, múltiples huesos rotos, moretes, ojos morados y un Maserati destrozado después, diría que Irina se consiguió una boda de ensueño, inolvidable y única. Esperaba que lo estuviera pasando bien con aquel cuerpo viejo y arrugado cogiéndosela por la noche. Aunque en ese minuto, nada de eso importaba. Todo lo que me importaba era mi mujer, su suave cuerpo apretado contra el mío.

—¿Están listos nuestros hombres? —pregunté.

—Sí, diez hombres.

Asentí mientras nos dirigíamos a nuestro punto de encuentro, el almacén a las afueras de St. Petersburg. Nos detuvimos frente a él,

con nuestros hombres ya rodeándonos. Vi a algunos polacos de pie delante del almacén.

—Dile a tu jefe que nos reuniremos aquí afuera —ordené a uno de ellos—. Es un día precioso. Buen clima.

Por un momento, pensé que el idiota iba a objetar, pero luego decidió no hacerlo. Inteligente. Me contactaron y querían hacer negocios conmigo, así que sería en mis términos. Mientras estábamos allí de pie, tanto Michail como yo nos desabrochamos las chaquetas para asegurarnos de que podíamos alcanzar nuestras armas rápidamente. Nuestros hombres ya tenían sus pistolas apuntando.

Ni Michail ni yo confiábamos en estos imbéciles. No habíamos tenido ninguna interacción directa en los últimos doce años, sin embargo, habían estado en nuestro radar. Habíamos confiscado algunos... de acuerdo, quizás algo más que algunos de sus cargamentos. Aunque solo cuando teníamos pruebas creíbles de que transportaban mujeres. Estos polacos formaban parte de una red de tráfico de personas, aunque no pudimos encontrar pruebas directas que los culparan. Nunca hubo un vínculo entre los polacos y los barcos que los relacionara. Habían tenido cuidado de cubrir todas sus huellas. Si encontraba pruebas contundentes contra ellos, sería el primero en filtrarlas accidentalmente a la Interpol.

La puerta del almacén se abrió y lo localicé de inmediato. Bartek había envejecido mal, muy mal. Rondaba los sesenta ¿o eran setenta? A quién demonios le importaba. Parecía que tenía ochenta. Supongo que demasiado alcohol haría eso.

Parecía que se tambaleaba al salir y entonces la vi. Irina. Realmente, la trajo a esta mierda. ¿Qué demonios estaba pensando? Caminaba detrás de él, con la cabeza agachada, actuando como la esposa obediente. Pero sabía que no era así. No había un solo hueso obediente en su cuerpo. Era cruel y codiciosa. También había envejecido, y no muy bien.

Su marido se detuvo a tres metros de mí junto a su esposa, con sus hombres a su espalda.

—Hola Sergei —Bartek dijo, sonando como el personaje del viejo Simpson con acento polaco—. Creo que recuerdas a mi esposa.

Irina levantó la cabeza y sus ojos azules se encontraron con mi mirada. Seguía siendo una mujer hermosa, aunque desgastada. Su cabello rubio ya no brillaba como antes, su pequeña figura tenía un ligero sobrepeso y llevaba demasiado maquillaje. La mejor parte era que no sentía nada. Ni rabia, ni pena... nada. Y sabía que todo tenía que ver con Scarlett.

Le di una leve inclinación de cabeza.

—Bartek, Irina —saludé secamente—. ¿Sobre qué asunto querían reunirse?

Quería mantenerlo breve. Me moría de ganas de recoger a Scarlett y volver a pasar el día con ella.

—Escuché que tú y tus hermanos controlan los cargamentos a través del Mar Báltico. —Empezó, y luego hizo una pausa, esperando mi confirmación. Cuando no dije nada, continuó—: Necesito organizar un pasaje seguro para uno de mis barcos.

Había oído hablar de esos barcos suyos, y él nunca lo conseguiría. Traficaba con mujeres y niños para obtener altas ganancias. Aunque con la interferencia de Michail y mía a lo largo de los años, estaba seguro de que sus ingresos habían sufrido. Estaba claro que no sabían que éramos nosotros ya que me contactaron. O tal vez estaban jugando. Realmente deberían haber encontrado otra fuente de ingresos.

En cualquier caso, mientras mis hermanos y yo viviéramos, siempre lucharíamos contra la trata de personas. Tenía dieciocho años cuando Dimitry, Nikolai y yo interceptamos el acuerdo que Boris iba a cerrar con el jefe de la Mafia Libanesa. Boris quería participar en el tráfico de personas. Nosotros no y nunca lo haríamos. Esperamos a los libaneses, nos escondimos en el callejón de la Red Square y los matamos a todos. Puede que hayamos hecho nuestra parte de mierda ilegal, pero trazábamos una línea dura en herir a inocentes. Siempre protegíamos a los inocentes. Por eso nos tatuamos un Sagrado Corazón. Nos recordaba que nunca debíamos olvidar quiénes éramos.

Regresé mi atención a Bartek y su esposa, asqueado de que se involucraran en algo así. No se merecían nada mejor que lo que esos

libaneses habían recibido. Pero ya que estaba aquí, le sacaría algo de información.

—¿Cuál es la mercancía y cuándo exactamente?

Me miró como si se debatiera entre decirme la verdad o mentirme. O tal vez si confiar en mí o no. La verdad era que no me importaba. El silencio se prolongó y me pregunté si el viejo había olvidado la pregunta. Mi teléfono zumbó y le eché un vistazo rápido. El mensaje de Scarlett parpadeaba.

Scarlett: Todo bien.

Era todo lo que necesitaba para alegrarme el día. Ahora solo tenía que ocuparme de este imbécil.

—Bartek, hoy tengo la agenda llena —informé—. Si no estás preparado para revelar los términos, contáctanos cuando lo estés.

Me di la vuelta para marcharme, cuando su voz me detuvo.

—La semana que viene. Y es solo un cargamento de productos secos. —Desgraciado mentiroso. Lo miré estoico, esperando más explicaciones.

Tenía razón, controlábamos las rutas de los cargamentos de contrabando a través del Mar Báltico, pero estábamos trabajando para alejarnos de ello. Obviamente, él no lo sabía.

No terminó, aunque Irina sí, lo que me dijo mucho más sobre lo que estaba pasando.

—Solo necesitamos que llegue a salvo a Ryga, y a partir de ahí nos encargaremos. —Su voz era más áspera de lo que recordaba, como si hubiera fumado una tonelada de cigarrillos desde la última vez que la vi.

«Sí, apuesto a que les gustaría eso».

Era decepcionante que ella traficara a sabiendas con mujeres y niños, dejándolos a merced de la cruel gente que recurría a comprarlos y hacerlos pasar por un infierno. Para mí ella estaba en la misma categoría que Bartek y el libanés.

Me aseguraría de que interceptáramos este y pusiéramos a salvo a esas víctimas.

—Ese no es nuestro puerto —anuncié a ambos—. Así que podrán hacer lo que quieran en Ryga.

Incliné la cabeza en señal de saludo hacia él y su esposa, y luego los dejé allí de pie. Parecía que Irina se había metido de lleno en los negocios de su esposo. Y apostaría a que sabía exactamente lo que había en ese barco y no le importaba un carajo, lo que decía más sobre su carácter que nada. Y no me sorprendía. Siempre fue así de codiciosa y estuve demasiado ciego para verlo.

Michail y yo subimos al coche, y nuestros hombres nos siguieron en sus vehículos. Mientras nos alejábamos, saqué mi teléfono para responderle a Scarlett. No volví a mirar a Irina. Ya no importaba.

—Michail, asegúrate de que tengamos ese cargamento y liberemos a esas mujeres —ordené mientras escribía una confirmación a Scarlett—. Usa los recursos que necesites.

—Con mucho gusto. —Esto le alegró el día—. Me alegro de que esa zorra no te haya afectado —añadió con ironía—. Parece que está tratando de dirigir esta mierda.

—No lo conseguirá —dije.

Irina ya no importaba. Scarlett era mi futuro.

SCARLETT

Brian, Olivia, Anastasia y yo estábamos terminando de desayunar cuando zumbó mi teléfono. Los ojos de Anastasia se dirigieron a mí con sorpresa, mas no dijo nada, ya que Brian estaba en la mesa.

Le eché un vistazo rápido al mensaje y era de Sergei. Me esforcé por ocultar mi sonrisa. Era un mensaje sencillo, pero me hizo sonreír como una tonta.

> Sergei: Te recogeré dentro de una hora. Ya te extraño, Solnce.

Olivia me dio una patada en el pie por debajo de la mesa en advertencia, justo cuando Brian habló:

—¿Por qué tengo la sensación de que no estás tramando nada bueno, Scarlett?

Borré mi sonrisa de la cara. Si sonreía como la mujer más feliz del mundo, sabría que estaba tramando algo. Les dije la verdad a Anastasia y a Olivia, no obstante, a Brian no le iba a gustar. A regañadientes accedió a que me quedara en el hotel mientras Anastasia y Olivia hacían turismo.

—Ni idea, Brian —contesté, mordiendo mi pan tostado. Así ganaría algo de tiempo para responder a las preguntas, ya que era de mala educación hablar con la boca llena.

—¿Qué hiciste ayer en todo el día? —preguntó—. Conociéndote, debió ser aburrido estar sentada en la habitación del hotel todo el

día.

Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco. Sin embargo, tenía razón, odiaba estar encerrada.

—Holgazaneé y me bronceé —contesté finalmente. En cierto modo era verdad. Salvo que fue en un yate lujoso en alta mar. Y fue increíble—. ¿Te gusta mi bronceado?

—Deberías ponerte protector solar —murmuró—. Sigo pensando que hay algo que no me estás contando.

—Vamos, Brian —intervino Anastasia—. Ya sabes lo mucho que odia hacer turismo. Y tienes que admitir que es doloroso escucharla quejarse todo el tiempo. Se quedará aquí, quizás use la piscina del hotel, lea, vea películas y se broncee un poco más. Todos salimos ganando.

Brian miró a su alrededor en busca de un mesero, y le lancé a Anastasia una rápida mirada de agradecimiento mientras ella me guiñaba un ojo.

SERGEI

La última semana y media con Scarlett fueron los mejores días de toda mi vida, sin lugar a duda. No había nada que pudiera superarlos. Ni el primer invierno en el cálido apartamento que Dimitry aseguró, ni el bocado del pastelito que Dimitry robó después de que no tuviéramos nada que comer en días, ni el primer millón que hice. La forma en que me rodeaba con sus brazos, apoyaba su cuerpo contra el mío... me hacía sentir vivo y en casa. Ella era mi hogar.

Scarlett y sus amigas llegaron a Moscú hacía varios días. Por supuesto, las seguí. No me gustaba pasar un día sin verla. Me había convertido en un imbécil que babeaba por su mujer. Sentía pavor en la boca del estómago ante las mentiras que le dije. Me decía a mí mismo que era para que se enamorara de mí. Para que le gustara antes de que tirara todas nuestras posibilidades de un gran futuro juntos.

—Sergei ¿estás escuchando? —Michail volvió a quejarse. Era la segunda vez que me lo preguntaba en los últimos veinte minutos.

Necesitaba concentrarme en resolver este lío que Irina y su esposo habían provocado. Logramos interceptar con éxito el barco y rescatar a las personas que transportaban. En ese instante, nuestra tarea era regresarlos a todos a donde pertenecían. El problema era que Irina tenía otro cargamento de humanos en los próximos días. Mantenían ese en secreto.

No pude evitar la irritación por tener que acortar el día con Scarlett. Quería disfrutar de mi cena con ella y llevarla a mi cama. En vez de eso, tenía cosas de que encargarme. Incluido Vlad, quien venía hacia acá. No quería hablar con el desgraciado, pero aquí estábamos...Y estaba a cinco minutos de distancia.

—Sí, te escucho —respondí finalmente—. ¿Cuántos más tenemos que organizar?

—Nos quedan los últimos veinte —contestó Michail, dejando salirme con la mía con mi distracción—. ¿Cuál es tu plan para Irina y su marido?

Aún no tenía una solución para ellos. A estas alturas, esos dos debían de haberse dado cuenta de que habíamos interceptado su cargamento. Esperaba que me lo reprocharan, que gritaran o llamaran a la guerra. En lugar de eso, estaban tranquilos, como la calma antes de la tormenta.

—Primero, tenemos que averiguar detalles sobre este otro cargamento que tienen —anuncié con firmeza—. Esa es nuestra prioridad.

Sabía que Bartek e Irina volverían a intentarlo. Sin embargo, no podía simplemente perseguirlos y matarlos. Aunque esa parecía ser la solución más sencilla, provocaría una guerra entre nosotros y los polacos o quién sabía quién más. Esos dos estaban tramando algo.

—¿No querrás decir dejarlos que se salgan con la suya con esto? —Michail odiaba a los contrabandistas humanos. Teniendo en cuenta lo que le pasó a su hermana, era completamente comprensible.

—No, no vamos a dejar que se salgan con la suya. Aún no tengo un plan sobre cómo lidiar con ellos —admití—. Pero tenemos que ocuparnos de ellos. De lo contrario...

Me interrumpió el timbre de mi escritorio:

—*Vlad está aquí. Llegará allá en un minuto.*

—Gracias —le contesté a mi hombre de la entrada, y luego me giré hacia Michail—. Encontraremos la manera de eliminar a Bartek e Irina. —Teníamos que, de lo contrario, tendríamos esta mierda en nuestras manos también—. Si Vlad no se ha ido en cinco minutos, ven con algún tipo de emergencia. No estoy de humor para este hijo de puta hoy.

Michail asintió, se levantó y abrió la puerta para salir de mi oficina. Justo cuando salía, apareció Vlad.

—Vlad —saludó secamente Michail. El otro ni siquiera se dignó a saludarlo, lo que me irritó aún más. Sabía que a Michail no le importaba, mas aun así, me molestaba.

—Cierra la puerta detrás de ti —ordenó Vlad a Michail mientras se sentaba en la silla donde Michail se había sentado hacía unos instantes. Este lo ignoró, desviando la mirada hacia mí. Le hice un leve gesto con la cabeza, aunque en ese momento prefería contradecir a Vlad.

En cuanto se cerró la puerta, pasó a la ofensiva.

—Si este negocio se vuelva legítimo va a ser un gran impacto para nosotros. —Empezó de inmediato. No se veía bien. Tenía sombras en su cara demacrada y bolsas bajo los ojos. Su cabello era todo blanco y disperso. No entendía por qué el idiota simplemente no se jubilaba y disfrutaba del tiempo que le quedaba en esta tierra. Apenas estaba en la mitad de mis treinta y ya estaba listo para disfrutar de mi vida fuera de la *Rússkaya Máfiya.*

No le contesté, simplemente me recargué contra la silla, observándolo. Vlad era como una víbora, atacaba cuando menos te lo esperas. Apostaba a que Boris nunca pensó que su mejor amigo iba a traicionarlo como lo hizo. Fue bueno para Dimitry, Nikolai y para mí, pero me hacía sentir incómodo cerca de él. Un día, nos lo haría. Me alegraba de salir de esta mierda. Tenía algunos buenos hombres y todos estaríamos bien manejando nuestros negocios legalmente. La vida en la mafia te envejecía rápido. Mi meta era tener una larga vida con Scarlett a mi lado.

—Bueno ¿no vas a decir nada? —siseó agitado.

—No, no tengo nada que decir —pronuncié.

—¿Entonces no estás de acuerdo con dejar lo ilegal? —Este imbécil estaba desesperado por romper el vínculo que teníamos Dimitry, Nikolai y yo. Siempre andaba escabulléndose, tratando de ponernos en contra. No tenía idea de lo que era la lealtad. Incluso cuando metía la pata, ellos me cubrían la espalda. Sabía que se unieron a la mafia de Boris, porque pensaban que no sobreviviría

otro invierno en el orfanato. Aunque me dieran la espalda, nunca los traicionaría.

—¿Y bien? —Vlad sonaba agitado.

—Estoy de acuerdo con mis hermanos —respondí finalmente—. Y no tengo tiempo para tus tonterías.

—¿Te das cuenta de que esto acabará con todas las ganancias y nos hará parecer débiles ante los demás?

—¿Quiénes son los demás?

—¡Todos! —Se estaba exaltando.

—Que nos pongan a prueba y les demostraremos lo débiles que somos —repliqué. Deseaba que simplemente se fuera.

—Podría costarnos todo. Los últimos diez años de trabajo tirados a la basura.

¿De qué demonios estaba hablando? Dimitry, Nikolai y yo hicimos todo el trabajo. Él solo cosechó los frutos de nuestro trabajo y sacrificios, detrás de nosotros. Para mí, Vlad era tan sucio y sin escrúpulos como Boris. Excepto que él prefería no ensuciarse las manos. No le importaban las acciones sucias, vender mujeres o niños, siempre y cuando no estuviera haciendo el trabajo duro. Mis hermanos y yo teníamos que encargarnos de los asesinatos, las palizas, y establecer algunas normas morales dentro de nuestra organización, como proteger a las personas de ser vendidas como ganado.

—Vlad, hoy no tengo tiempo para tus tonterías. —Me levanté, indicándole que la conversación había terminado. No estaba de humor para esto.

—Bien. —Aceptó, y tuve que ocultar mi sorpresa ante su rápida rendición—. Nos arrepentiremos de esto, ya verás.

No lo creía. Me moría de ganas de librarme de la suciedad de este mundo y de gente como Vlad. Scarlett podía ser hija de un mafioso de Boston, no obstante, tampoco quería tener nada que ver con ello. No me dijo nada de eso, pero su afirmación de que quería una vida sencilla era declaración suficiente.

Vlad me siguió y salió por la puerta, yo a su espalda. Tuve la extraña sensación de que nos causaría demasiados problemas y que debería romperle el cuello en ese segundo para ahorrarnos

problemas futuros. Pero Dimitry me retorcería el cuello entonces, seguro. Le prometió seguridad a Vlad cuando traicionó a Boris, y Dimitry era un hombre de palabra.

Michail se dirigía a mi despacho con una excusa de mierda, así que me detuve a hablar con él. Vlad miró hacia atrás, aun así, lo ignoré. Michail también lo hizo, aunque no entablamos una conversación de negocios significativa hasta que Vlad se fue. Desde la periferia, lo vi quedarse dos segundos antes de darse por vencido y salir por la puerta.

—¿Todo bien? —cuestionó Michail.

—Sí, solo deseo matar al desgraciado. Tengo un mal presentimiento sobre él, lo he tenido durante años.

—Podría matarlo por ti —sugirió Michail y fue terriblemente tentador.

—Todavía no, Michail, pero tal vez un día.



Era tarde cuando por fin volví a mi *penthouse*. Este en Moscú era muy similar al de St. Petersburg con vistas a la ciudad y una buena ubicación. Sin embargo, nada de eso me importaba, solo quería volver a casa con mi mujer. Después de tenerla conmigo todas las noches durante la última semana y media, se sentía extraño volver a casa y encontrar un lugar vacío.

Hablé brevemente con Scarlett antes de que se fuera a dormir. Se sentía incorrecto no tenerla conmigo todos los días, no terminar la noche con ella en mi cama. Se había vuelto importante para mí, la necesidad de verla era fuerte y me consumía.

Dejé las llaves en una cesta junto a la puerta y me aflojé la corbata. Fui directo al bar y me serví un vaso de *whiskey*. Sí, era ruso, pero prefería el *whiskey* al *vodka* cualquier día.

Justo cuando tomé un trago, sonó mi teléfono e inmediatamente deseé que fuera Scarlett. Fruncí el ceño, observando que era un número anónimo.

Pulsé el botón de respuesta, aunque no estaba de humor para una conversación.

—*Da?* —respondí en ruso.

—*Sergei, te dejé un regalo en la mesa de la cocina* —contestó una voz desconocida en ruso. La voz me resultaba familiar, aunque no podía reconocerla. Inmediatamente, me enderecé, explorando mi *penthouse*. Saqué la pistola de la funda y la mantuve en la mano mientras recorría el lugar con la mirada. Tenía muy buena seguridad. Nadie debería haber podido entrar en el edificio, y menos aún en mi *penthouse*.

«Por lo visto, la seguridad no es tan estricta», pensé con ironía.

—*¿Qué quieres?* —inquirí en ruso.

—*Échales un vistazo a las fotos* —continuó, completamente imperturbable mientras cada cabello de mi nuca se erizaba. No era una sensación familiar para mí—. *Tenemos una propuesta para ti. Tu noviecita tiene una amiga en común. Consíguenos a su amiga, Anastasia, y dejaremos a tu mujer en paz.*

En la mesa de la cocina, vi un sobre amarillo. Vacié su contenido. Lo que vi me heló la sangre. Eran fotos de Scarlett, la mayoría conmigo durante la última semana.

—*Ves a la chica encerrada en un círculo* —indicó el tipo, y juré que estaría muerto. Quien fuera, lo encontraría y lo mataría con mis propias manos. Nadie amenazaba a mi mujer. Me centré en las fotos y encontré a la que se refería. Era la amiga que vi en el vestíbulo, el día que Scarlett se topó conmigo. La mujer de ojos verdes y cabello oscuro. Todo lo que sabía era que se llamaba Anastasia—. *Entrégamela y dejaremos a tu mujer en paz. Tienes cuarenta y ocho horas.*

—¿Quién eres? —pregunté, apenas manteniendo la cordura.

—*Somos amigos de tu padre* —confesó y se me heló el corazón. «*No puede ser».* Nadie sabía quién era mi padre. Me aseguré de guardar el secreto y destruí cualquier prueba excepto una relacionada con quiénes eran mis padres. Y esa última prueba estaba en mi caja fuerte.

—Mientes —siseé, con la furia hirviendo en mi interior—. Está en la cárcel.

—*Te manda saludos* —replicó el hombre con sarcasmo. No podía ser posible—. *Te enviaré los detalles del lugar y la hora de la reunión. No nos hagas ir por tu mujer.*

Colgó y apreté los dientes con tanta fuerza que mis muelas se quejaron por el agravio. Si mi padre orquestó esto, cosas malas seguirían seguramente. Porque lo único que se le daba bien era destruir. La pregunta era si sabía que era su hijo. No lo creía, pero entonces, ¿cómo lo sabía el chantajista?

Miré el reloj. Era pasada la medianoche, y el miedo se apoderó de mi corazón por Scarlett. La llamé, y cada timbrazo me costaba años de vida.

—*¿Hola?* —Finalmente contestó, su voz soñolienta.

—Scarlett, soy yo. —La quería aquí, donde pudiera protegerla personalmente. Era demasiado vulnerable sola en el hotel. Las peores imágenes pasaron por mi mente.

—*Sergei* —murmuró—. *¿Está todo bien?*

No, no lo estaba. Tenía que protegerla. Alguien estaba amenazando a mi mujer y ni siquiera sabía quién era.

—Sí, todo está bien —le mentí—. Quería escuchar tu voz. Te extraño.

—*Awww.* —Podía escuchar una suave sonrisa en su voz. Me imaginaba su sonrisa soñadora, mirándome mientras su mano se acercaba a acunar mi mejilla. Era algo que hacía frecuentemente—. *También te echo de menos. ¿Todo salió bien en el trabajo?*

—Sí, todo salió bien. —Maldición, odiaba mentirle—. Tengo que ocuparme de unas cosas mañana durante el día, pero ¿puedes cenar temprano conmigo?

—*Me encantaría* —afirmó con voz soñolienta y me sentí culpable por despertarla. No quise alarmarla exigiéndole que volviera a revisar que su habitación de hotel estaba bien cerrada y que todas las ventanas estuvieran cerradas. Scarlett era lista.

—Te dejo para que vuelvas a dormir, *Solnce* —susurré suavemente. Tenía en la punta de la lengua decirle que la amaba, pero me contuve. ¿Era así como se sentía el verdadero amor? Estos sentimientos con Scarlett no se parecían a nada que hubiera sentido antes. Ciertamente, no lo que había sentido por Irina. Movería cielo

y tierra para mantener a Scarlett a salvo, a cualquier precio—. ¿Me enviarás un mensaje mañana por la mañana?

—*Por supuesto.*

Lo que daría por tenerla ya casada conmigo.

—Dulces sueños —declaré.

—*Buenas noches, Sergei. No te quedes trabajando hasta tarde* —dijo—. *También necesitas dormir.*

Ni siquiera estábamos casados y ya se preocupaba por mis hábitos. Y me encantaba. Realmente amaba todo de ella. Se convirtió en mi adicción, su corazón suave y cariñoso.

—Lo haré. Ahora vuelve a dormir.

En cuanto se cortó la comunicación, llamé a Michail.

—*Sergei* —comentó mi amigo—. *¿No deberías estar durmiendo?*

Me quedé mirando la basílica que marcaba la ciudad. La vista era magnífica, como la llamaba Scarlett. No obstante, me recordaba toda la corrupción y las luchas por llegar a lo más alto. Prefería St. Petersburg. Aunque no había vista más magnífica que la de mi mujer en mi cama.

La ira me inundó al pensar que Scarlett estaba siendo amenazada, aunque fuera verbalmente y me hizo ver rojo de rabia.

—Alguien entró en el edificio y en mi *penthouse*.

El silencio perduró con significado.

—*Mierda* —escupió. Lo oí arrastrar los pies y un puchero femenino. Suponía que Michail estaba ocupado.

—Sí, mierda.

Michail gruñó, mientras un chillido sonaba de fondo. Su mujer no parecía muy contenta con el giro de los acontecimientos.

—*¿Tienes alguna pista de quién fue?* —preguntó, con voz seria, listo para ponerse a trabajar... excepto por las maldiciones de la mujer de fondo.

—Tal vez. —Si mi padre empezó esto, Scarlett podría estar en peligro, y no podía dejar que eso sucediera. Desearía saber con quién estaba trabajando. No saber quién estaba en esto con mi padre era lo que más me irritaba. Estaba listo para ir tras ellos y matar a quien se atrevió a amenazar a Scarlett. El hecho de que ni

siquiera supiera a quién perseguir me enfurecía. Mi padre estaba tras las rejas, no podía ir por él.

—*Sergei, deja esto en mis manos* —habló Michail en voz baja, probablemente sintiendo mi irritación—. *Intenta descansar un poco.*

No era probable. Estaba alterado y sabía que dormiría poco esta noche.

13

SCARLETT



Sergei estaba tenso. Podía decirme que no le pasaba nada hasta que se le pusiera la cara azul, pero algo no estaba bien. Sus ojos recorrieron el restaurante por enésima vez, y me di cuenta de que ese día llevaba una pistola. Me sorprendió, nunca lo había visto llevar una funda con un arma. Cuando se lo pregunté, se limitó a decir que no había tenido la oportunidad de volver a casa y cambiarse después del trabajo y que no era seguro dejarla en el coche. Pensé que había dicho que era propietario de un casino y un hotel… ¿por qué traería un arma?

Mientras la tensión se desprendía de él en oleadas, yo tampoco estaba muy animada. Nuestras vacaciones estaban llegando a su fin, aunque no quería que terminaran. No quería volver a casa y casarme con un extraño al que mi familia me ató. Quería quedarme con Sergei y había tantas veces que tenía en la punta de la lengua preguntarle qué sentía por mí, pero luego me acobardaba. La verdad era que no sabía mucho de él, aun así, amaba lo que sabía. Me gustaba pasar los días y las noches con él. Me sentía segura y protegida, querida. No quería renunciar a nada de eso.

—Scarlett ¿puedo pedirte un favor? —Su voz me sacó de mis pensamientos.

Me encontré con su mirada chocolate, y mi corazón dio un vuelco. No podía casarme con otro hombre, ni dejar que me besara, ni mucho menos hacer el amor con él. Sergei era el indicado para mí.

—Claro —murmuré con un suspiro, mis pensamientos agridulces. Sabía que lo amaba, desgraciadamente, no sabía cómo romper la promesa que mi padre le había hecho a otro hombre sin que nadie saliera herido.

—Tengo trabajo que hacer en mi club. —Procedió a decirme—. Pero realmente quiero verte. ¿Considerarías venir a mi club mañana por la noche con tus amigas? Así puedo verte, pero no estarías sola mientras trabajo.

No era lo que esperaba. Cada vez que estábamos juntos, éramos solo nosotros. No había conocido a ninguno de sus amigos, y no le divulgué ninguna información sobre Olivia y Anastasia. Era casi como si ambos estuviéramos de acuerdo, todo esto era solo sobre nosotros.

—Claro ¿dónde está? —indagué, mientras me llevaba la copa de vino a los labios.

Hacía un segundo, quería saber qué sentía por mí. El hecho de que quisiera conocer a mis amigas debía significar que estaba llevando nuestra relación al siguiente nivel. ¿Verdad? No podía decidir cómo me sentía al presentarles a Olivia y Anastasia a Sergei. No porque no confiara en ellas, pero casi me parecía como hacer planes para una relación a largo plazo. Eso era lo que quería, ¿verdad?

«Sí, es lo que quiero».

No obstante, el compromiso de mi padre se cernía sobre mí. Una punzada de culpabilidad me golpeó de nuevo. Había ido y venido durante la última semana. Quería fingir que todo estaba bien, aunque la verdad era que le mentía a Sergei y hacía cosas a espaldas de mis padres. Esto podía hacerles daño. Sergei no sabía que estaba prácticamente comprometida. No por voluntad propia, pero aun así prometida a alguien. Sí, quería romper el compromiso, aunque si era honesta conmigo misma, sabía que no podía. No a menos que estuviera dispuesta a arriesgar la reputación de mi padre y posiblemente su vida. Romper un acuerdo causaba guerras en su mundo.

—Estupendo. —Me dedicó una sonrisa que no llegó a sus ojos, y me pregunté cuál sería su problema ese día. Parecía que ambos

estábamos en diferente estado mental del habitual—. Te enviaré la dirección por mensaje. El nombre del club es *Russian Orchid.*

—¿Estás seguro de que no seremos una molestia? —inquirí, mis sentidos de alarma se dispararon aunque no tenía ni idea de por qué —. Si estás ocupado, no tenemos que vernos mañana.

Me impresionó haber conseguido sonar indiferente, como si no me importaba*. ¡Sí, claro!* Me sentía como una chica insegura, asustada de que me dejara el hombre del que me había enamorado.

Alcanzó mi mano libre y la tomó entre las suyas.

—Quiero verte todos los días, todo el día. —Sus ojos ardían, el hambre en ellos reflejaba la mía. Me dio cierta seguridad, aunque el sentimiento de culpa aún persistía en mi corazón—. Nunca serás una molestia para mí, Scarlett.

Y así, sin más, todas mis dudas se disiparon. Pero las dudas sobre el futuro con Sergei permanecieron.

14

SERGEI

Me senté en mi *penthouse* y observé a Scarlett junto con sus amigas en la pantalla. Esta noche no había lugar para errores. Era esta chica Anastasia o mi Scarlett. Todo el secuestro no me sentaba bien, pero mantendría a Scarlett a salvo. Eso era todo lo que me importaba.

Le di a mi equipo la excusa de tener que ocuparse de asuntos fuera de la ciudad para poder hacer esto sin que nadie se enterara.

Scarlett y sus amigas entraron en la pantalla plana que estaba conectada a las cámaras de seguridad de todos los negocios de mi propiedad. Ese día, mi único objetivo era *Russian Orchid.*

Scarlett estaba preciosa. Llevaba un vestido plateado brillante con el cabello largo y oscuro suelto, como a mí me gustaba. Me mataba tener que dejarla plantada esta noche. Quería verla y bailar con ella.

Desde el momento en que nos encontramos en el vestíbulo, mi vida había dado un giro hacia un futuro mejor y más brillante. Hasta que el puto grupo de Boris siguió a su amiga y conectó a Scarlett conmigo.

Después de la llamada que recibí exigiendo que entregara a Anastasia, o irían por Scarlett, Michail y yo fuimos a la caza de información y de hombres. Ni siquiera se molestaron en cubrir el rastro. El grupo era más grande de lo que pensaba. Y había conexiones con la Mafia Polaca y Libanesa. ¡Nuestros dos malditos fans favoritos! Si teníamos en cuenta quién nos quería más muertos,

seríamos los primeros de la lista con esos dos grupos. A menos que entrara en una guerra total, no había forma de que pudiera eliminarlos tranquilamente. Y no podía arrastrar a Dimitry y Nikolai en este momento. Estábamos tratando de salir de este mundo, no ser absorbidos más profundamente. No, lo mejor era dejar que todo quedara en el pasado y nos limitáramos a entregar a esta chica.

Furioso por esta maldita situación, cerré las manos en puños. Por un breve instante, me debatí entre llamar a mis hermanos.

«¿Y decirles qué?».

Sabía sin siquiera preguntar que Dimitry y Nikolai se opondrían a darles lo que querían para dejar en paz a Scarlett. Al fin y al cabo, su amiga era inocente y teníamos los tatuajes para recordar que siempre debíamos ayudar a los inocentes. Pero Scarlett también era inocente.

Llamar al padre de Scarlett estaba fuera de discusión. Atacaría a todo el maldito país para mantener a salvo a su hija, y de nuevo, mis hermanos se verían arrastrados a una guerra. Si fuera solo yo, iría con todo, sin embargo, sabía lo mucho que Dimitry y Nikolai querían salirse de este mundo. ¡Joder, yo también! Sería agradable envejecer sin el estrés constante de este tipo de vida. Si secuestraban a Scarlett, se desataría una guerra total. Yo no lo toleraría y tampoco la Mafia de Boston.

No, la única opción era entregar a Anastasia a estos hombres. La familia de su amiga pagaría el rescate y todo quedaría atrás. Me aseguraría de que estuviera a salvo metiendo a algunos hombres en el grupo. Todavía tenía algunos espías entre esos imbéciles. Les pagaría bien para asegurarme de que no le pasara nada a la chica.

Miré la pantalla con las tres mujeres sonriéndole al portero. Las estaba examinando a todas como si fueran un postre y deseé poder darle un puñetazo. Estos sentimientos eran estúpidos. Precisamente por eso había puesto a Pavel de portero aquella noche. Sabía que las dejaría entrar. Cuando las chicas pasaron junto a él, las siguió con la mirada. Las tres eran realmente hermosas, aunque me irritaba que pusiera los ojos en mi Scarlett. El guardaespaldas que Scarlett me mencionó, Brian, le dijo algo a Pavel, lo que lo hizo apartar la vista.

«¡Bien! Es mi Scarlett». Inmediatamente después de ese pensamiento, resoplé para mis adentros. Me estaba comportando como un novio posesivo.

¿Sería mía? Todavía no estaba seguro.

«Si alguna vez se entera de que le mentiste sobre quién eres, probablemente nunca te hablaría».

Realmente estaba acumulando cosas en mi contra, ¿no? Era demasiado pronto para decirle quién era. La necesitaba completamente enamorada de mí. Cuando estuviera seguro de que se quedaría conmigo, entonces se lo diría. Solo necesitaba que Scarlett fuera mi esposa, me diera hijos, me diera una familia. Lo perdonaría todo una vez que me amara.

Casi podía escuchar las voces de Dimitry y Nikolai en mi cabeza, pero las callé con firmeza. Esos dos estaban a miles de kilómetros, ocupándose de legalizar todo lo que poseíamos. No necesitaban esto en su plato. Me encargaría y no habría de qué preocuparse.

Supuse que esos hombres estaban desesperados por fondos. Boris solía secuestrar a mujeres de familias ricas y chantajearlas por dinero cuando éramos pequeños. Era más que probable que estuvieran haciendo lo mismo. La familia de Anastasia pagaría un rescate y ella estaría bien. Si algo salía mal y no pagaban, mis hombres se pondrían en contacto conmigo y yo lo pagaría. El paso siguiente al no recibir el pago era enviar a la chica a la trata de personas para ser vendida, y nunca lo permitiría. Salvaba a mujeres y niños de esa vida, no los condenaba a ella.

Todo este calvario era un riesgo. No obstante, estaba haciendo todo esto para mantener a Scarlett a salvo.

«Todo vale en el amor y en la guerra. ¿Verdad?».

Juraba que ya podía oír la paciente voz de Nikolai, exigiéndome que reflexionara y explicara mi lógica, o la ira de Dimitry ante mi lógica que siempre calificaba de irracional. Bueno, al diablo con ambos.

Scarlett sería mi esposa, aunque tuviera que mentir, robar y secuestrar para conseguirlo.

Con esa resolución final en mente, me concentré en la pantalla, observando a Scarlett con hambre. Las tres amigas bailaban

alegremente. Atrapé a Scarlett mirando a su alrededor de vez en cuando y fue un puñetazo en el estómago. Estaba bañada por la luz, su vestido brillante captaba todas las miradas. Representaba todo lo que siempre había deseado. Podía dármelo y no me dejaría por un hijo de puta más rico como lo hizo Irina.

Me levanté y me puse un atuendo completamente negro, camiseta negra, *jeans* negros y botas de combate. Era hora de ir al club. Mi plan era entrar por la puerta de atrás a mi oficina y hacer que Sasha me trajera a Anastasia. Ya había encontrado a tres hombres para plantar en el grupo de Boris que querían secuestrarla. Me informarían para asegurarse de que no le pasara nada a la amiga de Scarlett hasta que su familia pagara el rescate y se la entregaran sana y salva.

Accedí a las cámaras de seguridad en mi teléfono, salí del *penthouse* y me dirigí directamente al ascensor. Mi corazón no se aceleró y mis nervios eran sigilosos. Siempre me pasaba lo mismo, una vez que me decidía, no tenía sentido dudar. Si tan solo hubiera podido deshacerme de esta maldita sensación en la boca del estómago.

Conduciendo desde mi *penthouse*, y pasando por los lugares que le había enseñado a Scarlett, supe que todo esto era por ella. Estaría a salvo y eso era lo más importante para mí. Ella lo era todo para mí. Tal vez no tuviera mucho corazón para dar, pero lo que quedaba era suyo.

La ciudad de Moscú brillaba con luces nocturnas, tan opuestas a la oscuridad dentro de mi mente. Por una vez, me hubiese gustado que las cosas fueran simples. Chico conoce chica, se casan, tienen hijos y viven felices para siempre. No se suponía que fuera así. Irina me traicionó después de prometer que se casaría conmigo, fue una puñalada por la espalda y en el corazón. Ahora había caído tan bajo, que tuve que recurrir al secuestro para mantener a mi prometida. Solo necesitaba más tiempo para escuchar esas palabras de amor de Scarlett. Era tan diferente de mi exprometida. Irina alardeó de esas palabras casi desde el primer día, profesando su amor y devoción. Y a la primera oportunidad que tuvo, se fue con un idiota más rico, me quitó esas palabras y se las dio todas a él. Scarlett dio su cuerpo

libre y completamente, pero mantuvo su corazón y palabras de amor bajo guardia. Instintivamente, supe que una vez que las diera, serían para toda la vida.

Me detuve en la calle donde *Russian Orchid* era el único negocio abierto en ese momento. El lugar estaba apartado y era difícil de encontrar. Fue diseñado de esa manera. No quería que nadie ni nada se acercara a este club. Nuestros contactos y socios eran la clientela principal.

Estacioné en el lugar donde sabía que la vigilancia exterior no podía captarme. Era el único punto ciego de todo el estacionamiento, del tamaño de una cochera pequeña. Llevaba semanas queriendo cubrirlo, y agradecí a mis estrellas de la suerte no haberlo hecho todavía. Había otro vehículo estacionado no muy lejos, justo en el borde del punto ciego. Aunque si ellos sabían eso, probablemente se habrían estacionado en otro lugar. Este punto era excelente cuando necesitabas hacer una escapada rápida.

Salí del auto, observé el estacionamiento y escuché el leve repiqueteo de unos tacones sobre el asfalto. Entrecerré los ojos, comprobando la zona y no podía creer mi suerte. Anastasia, la amiga de Scarlett, caminaba hacia mí. Estaba sola. Fue una tontería de su parte y una maldita suerte irlandesa para mí. Y no había ni una pizca de sangre irlandesa en mí. Los pensamientos de mi parentesco causaban furia dentro de mí, pero rápidamente la calmé. No era culpa de esta pobre chica que mis padres fueran una mierda.

Me escondí entre las sombras para asegurarme de que no pudiera verme. Arrastrando los pies con algo en la mano, su atención no estaba en su entorno.

«Chica estúpida».

Era hermosa, de una forma exótica. Si bien no era mi tipo, era impresionantemente bella. Su cabello caoba oscuro le caía por los hombros en gruesas ondas y su piel clara casi brillaba en la oscuridad. Su andar seguro me recordaba al de una princesa, una heredera legítima que había nacido en este mundo con todo el amor y el confort para ayudarla a esforzarse y triunfar. No llevaba nada que gritara dinero. Ni joyas, ni relojes caros... solo el aire que la

rodeaba lo decía todo. Con sus pequeños *shorts* dorados, un *top* negro y su paso seguro, brillaba más que cualquier diamante.

«Maldición, no quiero secuestrarla y entregarla, pero no puedo arriesgar la seguridad de Scarlett ahora que está en el radar de los hombres de Boris».

Vi que Anastasia giraba la cabeza alrededor, con los ojos desorbitados, como si estuviera consciente de mi presencia, aunque no pudiera verme. Apenas estaba a tres metros de su vehículo, el único estacionado a mi lado. Se dio la vuelta y aceleró el paso, acercándose rápidamente a él.

Silencioso como un jaguar, me coloqué detrás de ella.

Su mano alcanzó la puerta cuando por fin hablé en voz baja:

—No te muevas. Tengo una pistola apuntándote a la cabeza.

Comenzó a girarse y rápidamente le coloqué un trapo por la cabeza.

El ruido de las llaves y el bolso al caer al suelo fue lo único que rompió la noche. Durante una fracción de segundo, se quedó paralizada, su reacción tardó en llegar. Pero fue todo lo que necesité. La levanté y me la eché al hombro, corriendo hacia el coche.

Su conmoción inicial desapareció rápidamente y empezó a gritar y a golpearme la espalda con los puños. Apenas me hizo inmutarme.

«Realmente debería trabajar en su fuerza», pensé irónicamente para mí mismo y me sentí como el peor desgraciado al mismo tiempo.

—¡Suéltame ahora mismo, imbécil! —gritó mientras me daba puñetazos en la espalda.

—Basta, princesa —ordené en tono suave—. O tendré que noquearte.

La advertencia no la detuvo. En lugar de eso, pateó y golpeó aún más fuerte, y luego gritó con todas sus fuerzas. Con un ligero golpe en la cabeza la dejé inconsciente y su cuerpo se relajó.

—Maldito legado de Boris —dije entre dientes mientras colocaba su cuerpo inerte en la parte trasera del coche. Incluso con él tras las rejas en otro país, estaba causando malditos problemas. No podía permitir que sus hombres mostraran un mínimo de interés por Scarlett. No en ese momento. Si descubría mi forma de vida y el

acuerdo antes de que estuviera completamente comprometida conmigo, se iría.

Anastasia ni siquiera se movió en el asiento trasero. No se despertaría hasta dentro de unas horas. Me puse al volante sin demora y conduje hasta el punto de encuentro. No quería que la amiga de Scarlett se despertara mientras aún la tenía. Era lo mejor que nunca me viera la cara, sobre todo porque Anastasia y ella eran amigas. Incluso podría ser invitada a nuestra boda.

Mientras conducía, llamé a Michail.

—Allo —respondió en ruso.

—Prepárate para recoger a Scarlett —ordené, sin molestarme con saludos. No había nada agradable en lo que nos disponíamos a hacer—. Sus amigas volverán al hotel muy pronto.

—*Estoy listo* —confirmó. No le había comunicado el porqué de secuestrar a Scarlett. Y nadie sabía que yo había secuestrado a Anastasia.

—Llévala a mi residencia en las afueras de St. Petersburg. No al *penthouse*. No le digas nada y manténla a salvo. Asegúrate de que tenga todo lo que necesita y esté cómoda.

—*Entendido* —contestó—. *¿Estás seguro de que es una buena idea?*

Mierda, la última vez que preguntó eso, acabamos encadenados en un sótano en Polonia.

—Sí, es la única manera —dije.

—*Tengo que decírtelo, Sergei.* —Intentó Michail una vez más—. *Este no parece un buen plan. Si hay una amenaza, deberíamos comunicárselo al grupo de Boston.*

—¡No! —bramé. Querrían llevarla de vuelta a casa y ponerla bajo su protección. ¿Y cómo explicaría que la amenaza estaba indirectamente relacionada con mi pasado?

—*Sergei…* —Michail intentó una vez más.

—Esta es la forma más segura —informé. Además, la mantendría cerca de mí.

Demonios, quizá tendría que organizar un rescate. Estas malditas mentiras se acumulaban como la mierda.

—Mándame un mensaje cuando la tengas. Y cuando ambos estén a salvo en St. Petersburg.

—*Lo haré*. —La llamada terminó.

El trayecto hasta el punto de encuentro fue corto. Estaba justo fuera de los límites de la ciudad, sin posibilidad de ser visto por nadie ni nada. En los viejos tiempos, pasábamos bastante tiempo aquí. Últimamente, no tanto, y no podía decir que lo extrañaba. Aquí Boris mataba a la gente solo por respirar mal.

Los hombres ya estaban esperando. ¡Malditos desgraciados! Aunque eran seis contra mí, no me preocupaba. Tenía una pistola en mi funda, y dos de esos seis hombres trabajaban para mí. Sin embargo, me alegré de verlos aquí. No por mi bien, sino por el de Anastasia. Así me aseguraría de que no le pasara nada de camino al destino al que la llevarían.

Salí del vehículo y me apoyé despreocupadamente en él.

—Caballeros —saludé, cruzando los brazos delante del pecho—. Qué bonito lugar para reunirse.

Todos entendieron la referencia. Se movían nerviosos de una pierna a otra, sus ojos iban de un lado a otro, sus manos inquietas en sus pistolas. Estos malditos estúpidos estaban demasiado listos para disparar.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Petra, que tenía que suponer que era el tipo que dirigía este maldito espectáculo. Petra solía trabajar con Boris y Vlad. Una vez que Vlad traicionó a Boris, Petra desapareció. Probablemente huyó como el cobarde que era.

—Asiento trasero. —Ladeé la cabeza hacia el coche.

Uno de mis chicos fue a buscarla.

—Si me entero de que esto es algo más que dinero y la chica sale herida —gruñí—, iré por cada uno de ustedes y el grupo que has creado.

Si bien el miedo cruzó el rostro de Petra, lo ocultó rápidamente.

—Su padre nos debe y, una vez saldada la deuda, ella seguirá su camino.

Me di cuenta de que estaba siendo impreciso y mis instintos me decían que los matara a todos. Lamentablemente, si empezaba esta guerra, irían por Scarlett con todas sus fuerzas. Ella estaba en ese

momento en su radar. Mis hermanos y yo queríamos paz y alejarnos de esta vida, no vernos envueltos en más mierda.

Vi al hombre recoger a Anastasia, su cuerpo decaído en sus brazos. Al ver sus esbeltas piernas al descubierto y su ligero *top*, deseé haber pensado en ponerle unos pantalones deportivos y una sudadera con capucha. Estaba demasiado expuesta con ropa de club nocturno.

«Mis hombres me mantendrán informado de lo que ocurra con ella», me aseguré.

—Ahora tienen lo que querían —hablé despreocupadamente, aunque cada fibra de mí quería empezar a disparar y alejar a la amiga de Scarlett de ellos—. No quiero verlos merodeando cerca de mi territorio.

Asintieron al unísono, metieron a la chica en el maletero y se marcharon. Cronometré exactamente un minuto antes de subirme al coche e ir en la misma dirección. Por algo había decidido conducir ese día un coche destartalado e imperceptible. El propósito era pasar desapercibido. En cinco minutos, los seguía a una distancia segura.

De vez en cuando, me aseguraba de estar lejos para que no me vieran por el retrovisor. Dado que era pasada la medianoche, tener faros lejos en la distancia podría levantar una alerta. Estas carreteras no eran muy transitadas, así que no corría el riesgo de perderlos si ponía más distancia entre nosotros, a menos que tomaran una curva sin que los viera.

Mi teléfono sonó y miré hacia abajo. Era un mensaje de Michail.

> Michail: La tengo. Conduciendo a St. Petersburg. Ten cuidado.

¡Al menos había buenas noticias ese día! Scarlett estaba a salvo y pronto estaría escondida en mi casa. Me quedaría por aquí para asegurarme de que su amiga saliera de esto con vida. Cuando los padres de Anastasia pagaran el rescate y ella se fuera a casa ilesa, me reuniría con Scarlett en St. Petersburg. Aunque todavía no estaba seguro de cómo lo haría. Este maldito demonio sobre mi

hombro me estaba metiendo en más problemas de los que me importaba admitir.

Agarré mi termo Yeti con café, aún caliente, y me lo tomé. El líquido me quemó ligeramente al bajar por la garganta, pero era exactamente como me gustaba. Me disgustaba el frío, independientemente de la estación. Había algo desalentador en una casa, una habitación o un coche frío. Aún recordaba ese escalofrío helado dentro de mis huesos cuando vivíamos en el orfanato. No había calefacción ni mantas que ofrecieran protección del frío intenso. El recuerdo de aquellos días era suficiente para helarme hasta el corazón. Los tres tiritando juntos, acurrucados en la misma cama para poder usar nuestro calor corporal para mantenernos calientes, nuestras respiraciones empañaban el aire cada vez que exhalábamos, pero también era una prueba de que seguíamos vivos. No tenía ninguna duda de que no habría sobrevivido sin mis hermanos.

Odiaba recordar esos días, el hambre en la boca del estómago. Era inútil pensar en ello. No llevaba a nada más que al dolor y a tantos sacrificios por parte de Nikolai y Dimitry. Se aseguraron de que tuviera oportunidad de sobrevivir. Fue la única razón por la que Dimitry aceptó unirse a la *Rússkaya Máfiya* de Boris.

Pensar en Boris enviaba una rabia cruda por mi torrente sanguíneo. La traición de mis padres me amargaba la lengua. Pero quizá también traicioné a mis hermanos al ocultarles la información sobre ellos. La vergüenza era como plomo en el pozo de mi alma, ahogándome lentamente.

«Ahora no puedo pensar en esa mierda. Necesito la cabeza despejada».

Esta noche iba a ser muy larga, incluso sin un viaje al pasado. Era mejor no pensar en nada de eso. Dimitry, Nikolai, y yo habíamos hecho muchas cosas buenas desde que Boris fue encerrado. Poco a poco empezábamos a crear lealtad y confianza entre nuestros hombres. Boris logró dañar a mucha gente durante sus años de líder.

Resoplé ante la idea de que ese hombre fuera líder de algo o de alguien. Era un desgraciado loco y cruel. La única razón por la que salí de todo el calvario con Boris con la menor cantidad de cicatrices

fue porque Dimitry siempre se aseguraba de desviar la atención de Nikolai y de mí hacia sí mismo durante la furia de Boris. Dimitry se sentía responsable, siempre el protector. La verdad era que Boris nunca libraba a nadie de su furia, ni siquiera a sus mujeres ni a su propia sangre.

A veces me preguntaba si Dimitry me habría dejado morir de haber sabido quién era mi padre. Probablemente debería haberlo hecho. Amaba a mis dos hermanos a pesar de que Dimitry y yo éramos como el fuego y la gasolina. Nikolai era el que nos equilibraba a ambos y siempre nos calmaba. Bueno, más a Dimitry que a mí, ya que normalmente cuando necesitábamos que nos calmaran, el daño ya estaba hecho. Pero esto, quería hacerlo bien. Tal vez no fuera la mejor manera; no obstante, mientras al final del camino todos tuviéramos lo que queríamos, vivos y a salvo, todo valía la pena.

El vehículo que iba delante de mí tomó por fin una curva cerrada y aminoré la marcha. Llevábamos más de una hora conduciendo. Fijé la ubicación en mi teléfono para asegurarme de investigarla más tarde. No era la zona que habíamos utilizado en el pasado. Estacioné justo al lado de la carretera y seguí por el camino de tierra, con las luces de su coche guiándome.

El aire húmedo de la noche estaba rancio, igual que esta puta situación. Mientras me mantenía en las sombras oscuras, acercándome más, divisé la casa. Parecía que era aquí donde esperarían el rescate. Si supiera los detalles y la cantidad, con gusto lo pagaría. No me gustaba dejarla aquí. No me gustaba para nada.

La casa era un basurero, apenas adecuada para vivir. No me extrañaría que la declararan en ruinas y esos imbéciles la usarían como escondite hasta que consiguieran los fondos que querían.

Vi cómo llevaban el cuerpo inerte de Anastasia al interior, y la culpa me desgarró por dentro.

Saqué mi teléfono y tenía varios mensajes perdidos de Scarlett que esperaban a ser leídos. Los envió antes de que Michail la secuestrara. Me destrozaba no poder decirle nada. La dejé pensando que la había dejado plantada para nuestra cita, sin embargo, no

podía responderle. Si le respondía, tendría que mentirle. Ya le había dicho demasiadas mentiras.

En lugar de eso, les envié un mensaje a los hombres que incluí en este grupo. Había un total de tres y recé para que fueran suficientes.

Yo: Nada le puede pasar a la chica.

Yo: De lo contrario, responderán ante mí.

La respuesta llegó al instante.

Hombre: La vigilaremos en todo momento.

Algo aliviado, volví a mi coche y me dirigí a mi casa a unas horas de aquí, fuera de la ciudad. Ya no había nada en la ciudad que quisiera.

15

SCARLETT



«*Esta noche ha sido una pesadilla».*

Seguía esperando para despertarme. *Tenía* que despertarme. Anastasia no estaba y todo mi cuerpo temblaba de miedo por ella. También me preocupaba Sergei. Siempre enviaba un mensaje si se retrasaba. Le había mandado numerosos mensajes esta noche y aún no había respuesta.

¿Y si le había pasado algo?

La llamada a la puerta del hotel me hizo detenerme. Debía de ser Olivia. Ambas estábamos molestas por habernos quedado en el club. Deberíamos habernos ido todas juntas. En vez de eso, me empeñé tanto en ver a Sergei, que puse en peligro la vida de Anastasia al dejarla ir sola a casa.

Al abrir la puerta, empecé a hablar:

—Olivia, ¿estás...? —me interrumpí. No era Olivia. Mi cerebro era demasiado lento para procesarlo, y fue demasiado tarde cuando intenté cerrarle la puerta en la cara.

—No cierres la puerta —ordenó, su voz calmada, tan contraria a mi corazón acelerado.

—Michail ¿qué estás haciendo aquí? —reviré mientras intentaba empujar la puerta en su cara. Me acordaba de él. Era difícil de olvidar, con su aspecto intimidante y los tatuajes que le cubrían el cuello. Antes de irme de viaje de verano, estuvo visitando a mis padres.

—Vine a buscarte. —Mierda, ni siquiera se molestó en mentirme. Y seguía siendo *tan platicador* como la última vez. En realidad, tenía que darle crédito a quien lo merecía. Habló un poco más.

Empujó la puerta de par en par y corrí más hacia la habitación. Fue una estupidez. Debería haberle dado una patada en las pelotas y haber pasado corriendo a su lado. Esa era mi única salida. Vi cómo cerraba la puerta tras de sí y me maldije por semejante estupidez. No parecía inmutarse en absoluto mientras yo prácticamente jadeaba, muerta de miedo.

—¿Quién te envió? —pregunté, poniéndome detrás de la mesita de centro. Era mi única barrera.

—Tu futuro esposo.

«¡No!».

¿Cómo sabía que estaba aquí? Mierda, si me estaban siguiendo, sabrían que estaba saliendo con Sergei. Dios, esperaba que no lo hubieran matado. Tal vez esa era la razón por la que no vino al club.

—Dile que se vaya al infierno —siseé, empujando la mesita hacia él. Le dio en la espinilla y me di cuenta de que le dolió, mas no lo suficiente como para detenerlo—. Mi padre tendrá tu cabeza y la suya por esto.

Agarré la maleta que tenía detrás y se la lancé, pero la esquivó con facilidad. La ropa se esparció por todo el suelo del hotel.

—Nadie te hará daño —aseguró tranquilamente, con un marcado acento ruso.

—Sí, claro —reviré—. ¿Realmente alguien te cree cuando les dices eso?

No contestó. Sí, daba mucho miedo. En la propiedad de mi padre, ni siquiera sudé. Nunca dejaría que nadie me hiciera daño. Afuera en el mundo, era una historia completamente diferente, y este hombre que mi padre conocía era una amenaza.

Mis ojos se movían de un lado al otro, tratando desesperadamente de encontrar algo que pudiera usar como arma. Vi mi teléfono en la mesita de noche, a la derecha de Michail. Intenté pensar en la mejor manera de esquivar a este tipo. ¿Tal vez debería hacer lo que hacen las ardillas? Siempre te engañaban

fingiendo ir a la izquierda y luego a la derecha, para luego engañarte y volver a girar a la izquierda.

No tenía nada que perder. O intentaba eso o saltaba por el balcón, lo que resultaría en mi muerte. Mientras todo mi cuerpo corría en este momento con la adrenalina, este tipo estaba tranquilo.

Así que lo intenté. Me lancé a la derecha, él me siguió aunque no muy agresivamente. De hecho, parecía aburrido. Cambié a la izquierda y de nuevo me siguió. Entonces, bruscamente, salté a la derecha y corrí, agarrando el teléfono. No podía creer que cayera en la trampa. Corrí hacia la puerta, pero apenas me alejé un metro de él antes de que me atrapara. Mi respiración era agitada, cualquiera diría que había corrido un maratón.

Intenté zafarme de su agarre y fui a golpearlo, pero también me agarró el brazo. Intenté apuntar con mi rodilla a su zona sensible... sin éxito. Aparentemente, este tipo leía la mente, porque bloqueó eso también. Aun así, de ninguna manera me rendiría sin luchar.

Intenté golpearlo, patearlo, gritar mientras él permanecía allí de pie como un gigante inmóvil. Me levantó sin esfuerzo, me echó por encima del hombro y entonces el mundo se volvió oscuro.

Cuando desperté, me dolía todo el cuerpo, torcido en un ángulo extraño y la cara aplastada contra la almohada. Abrí los ojos y un dolor agudo me atravesó la cabeza.

—*Ugh* —me quejé, levantando la cabeza.

No tenía la cara aplastada contra la almohada. Estaba pegada al asiento trasero de un coche. ¿Cómo demonios me había metido en un coche?

Entonces, recordé. Michail, Anastasia, *Russian Orchid*. Intenté levantarme y me di cuenta de que tenía las manos y las piernas atadas.

—¿Qué demonios? —solté—. Michail, si estás ahí, será mejor que me desates ahora mismo —exigí.

—No lo creo. —Ninguna explicación, ninguna justificación... nada.

—¿Por qué no? —inquirí—. ¿Y adónde vamos?

—No te voy a dar la oportunidad de que me mates por la espalda —murmuró. Eso debía ser lo máximo que este tipo había hablado—. A algún lugar seguro —añadió. Fruncí el ceño, preguntándome qué

tenía eso que ver y entonces recordé que le había preguntado adónde íbamos.

—¿Por qué me secuestraste?

—Vuelve a dormir —estableció—. Llegaremos en dos horas.

Como si pudiera volver a dormir. La única razón por la que dormí fue porque me noqueó.

—¿También secuestraste a Anastasia? —inquirí, media esperanzada y temerosa a la vez. ¿Quién demonios era este hombre con el que mi padre arregló mi matrimonio? Estaba recurriendo al secuestro. Eso no podía ser bueno.

—¿Quién es Anastasia? —respondió. La forma en que lo preguntó me hizo pensar que no tenía ni idea de quién estaba hablando. Deseé poder verle la cara, era más fácil leer las expresiones de la gente que el tono de su voz.

«Mierda, ¿le había hecho daño mi futuro esposo a Sergei?».

Nunca se lo perdonaría. Se me estrujó el corazón de miedo. Me había enamorado de Sergei, esperando como una tonta un final feliz con él. La realidad era otra, pero eso no me impidió soñar. Envié plegarias silenciosas a quien estuviera escuchando. «*Por favor, que Sergei esté a salvo».*

16

SERGEI

Dos semanas después

—Demonios, ¿qué están esperando? —mascullé por lo bajo, leyendo otro mensaje de mi hombre infiltrado en el grupo de Boris. Dos malditas semanas y todavía tenían a esa chica. Tenía ganas de ir allí y acabar con todo yo mismo. Quería ir a St. Petersburg; necesitaba arreglar las cosas con Scarlett.

Todo este maldito asunto me salió contraproducente como nunca.

El padre de Scarlett amenazó con matarme si su hija tenía un rasguño. Estuve de acuerdo en que debía hacerlo. Una semana después de ordenar que *secuestraran* a mi futura esposa, llamé al que pronto sería mi suegro y le dije que había una amenaza contra Scarlett y que tenía que asegurarme de que estuviera a salvo. Por supuesto, no le conté toda la historia.

El tipo de seguridad, Brian, estaba de vuelta en el país y seguía husmeando también. Me estorbaba cada vez que me daba la vuelta. Seguía haciendo preguntas peligrosas, indagando sobre Anastasia y Scarlett.

¡Debería centrarse en Anastasia, no en Scarlett! Scarlett era mi responsabilidad.

Estaba en mi despacho de *Russian Orchid*. Era el último lugar donde quería estar, pero tenía que mantener mi rutina normal.

Ya que Michail estaba vigilando a Scarlett, tenía que dirigir a los hombres para interceptar el segundo cargamento de mujeres y niños que la zorra de Irina y su marido estaban contrabandeando. Más de cien mujeres y niños fueron obligados a entrar en un pequeño contenedor. Se me retorcía el estómago verlos tratados como ganado. Estaban maltratados, hambrientos y sucios. Irina y su esposo eran la peor escoria por dirigir un negocio así.

Conseguimos salvarlos a todos, pero hubo un niño que no sobrevivió. No fue suficiente. Nadie debería haber muerto. El niño murió en brazos de su madre; su cuerpecito frágil y flaco. Murió de hambre y de agotamiento por el calor de haber estado encerrado en el contenedor tanto tiempo.

La rabia ardió en mi interior al ver el dolor en el rostro de su madre, que sostenía al niño como si estuviera durmiendo. Fue desgarrador verlo. La mirada en sus ojos mientras observaba a su hijo fue una puñalada en mi corazón. Había una esperanza persistente en ellos, como si su hijo fuera a abrir los ojos en cualquier momento y fueran a salir juntos de esa pesadilla.

La mujer no estaba en buen estado, pero se negaba a separarse de su hijo. Tuve que obligarla a que me dejara sacarlos del contenedor y llevarlos al médico que teníamos en plantilla. Todo el dolor y el sufrimiento que padeció y lo único que le importaba era su pequeño.

No pude evitar compararla con mis propios padres a los que no les importaba una mierda. Dimitry fue la razón por la que no terminé como este chico. Y en ese instante me sentía como si le hubiera fallado a este niño, su cuerpo sin vida mientras su madre le lloraba. La pena por su dolor y la rabia contra los que le causaron dolor eran como ácido, carcomiéndome por dentro.

Más tarde, ese día, todo el suceso seguía pesando en mi mente. Era una mierda difícil de olvidar o superar. Me reuní con algunos de los contactos y tuve que centrarme en la conversación mientras mi mente estaba en cualquier sitio menos aquí. Me importaba una mierda quién se metía en el territorio de quién. Todos estos malditos hombres eran iguales. Lo único que les importaba era mostrar su poder mientras se escondían detrás de sus guardaespaldas. Si

aprendieran a confiar los unos en los otros y a respetarse, no habría siempre una especie de guerra. Y si aprendieran a trabajar juntos, no tendríamos traficantes de personas secuestrando mujeres y niños, llevándolos a través de los mares para ser vendidos.

Tenía que encontrar la manera de acabar con Irina y su marido. Esos dos se escondían en alguna parte, y mi misión sería encontrarlos y destruirlos. Tenía hombres buscándolos y Michail estaba ayudando desde St. Petersburg. Estaba siguiendo varias pistas. Era obvio que los polacos no abandonarían su línea de negocio bajo el liderazgo de Irina y Bartek. Así que los capturaría y los torturaría durante meses, les haría sentir el dolor que sentiría esa madre el resto de su vida por haber perdido a su hijo.

—Malditos desgraciados —murmuré.

Mi teléfono emitió un pitido y estuve a punto de estrellarlo contra mi escritorio. Ese niño nunca debería haber muerto. Anastasia debería haber dejado ese lugar hacía tiempo, estar a salvo de vuelta en casa con su familia. ¿Se negaban sus padres a pagar? Bajé los ojos hacia el teléfono y, sorprendido, vi que era Nikolai.

Nikolai: Hermano, ¿tienes un momento?

Sabía que Dimitry y Nikolai estaban ocupados asegurando la legalización de nuestros dos últimos negocios y seguían encontrándose con problemas.

Yo: Para ti, siempre.

Las burbujas del teléfono mostraban que Nikolai estaba tecleando.

Nikolai: Envíanos las grabaciones de vigilancia del club de hace dos semanas.

Fruncí el ceño, preguntándome por qué necesitaría eso. Luego, continuó con la fecha e inmediatamente maldije. No podía ser una puta coincidencia. Fue exactamente la misma noche que secuestré a Anastasia. ¿Pero cómo se enteraron?

Nikolai: Llama cuando tengas un momento.

Mierda, ¿ya lo sabían? Podría explicárselo a Nikolai, pero Dimitry se volvería loco. No me preocupaba que me matara, aunque tal vez debería. Me había rescatado demasiadas veces. No quería que se preocupara por esto también.

Yo: Enviando ahora. Dame dos minutos y te llamaré.

Recordé la noche que los tres decidimos hacernos tatuajes a juego.

—Ya hemos hecho suficientes cosas malas. —Las palabras de Dimitry resonaban en mi mente, ese recuerdo de hace mucho tiempo—. Esto es algo que podemos controlar. No herimos a gente inocente. No hacemos daño a mujeres y niños.

Nikolai, Dimitry y yo compartimos una mirada. Era nuestra promesa solemne a los demás y al mundo.

—No somos como Boris —siseó Dimitry el nombre de ese hombre como si fuera una maldición. Estuve de acuerdo. Ese hombre era despreciable, la peor podredumbre de esta tierra.

—De acuerdo —comentó Nikolai.

—De acuerdo —añadí—. Deberíamos sellarlo con un tatuaje.

Dimitry me miró exasperado.

—Sergei...

—Hablo en serio —interrumpí—. ¿Qué mejor recordatorio que un tatuaje en el pecho que represente nuestra promesa de proteger? Lo veremos todos los días.

—Me da miedo preguntar —respondió Dimitry con una pequeña sonrisa. Rara vez sonreía, así que esto era un gran logro—. ¿Tienes alguno en mente?

Sonreí.

—En realidad no, pero podríamos encontrar uno juntos. Con un significado.

Volviendo al presente, me encontré frotando mi pecho donde yacía el tatuaje. Mierda, esto se sentía como una decepción y un fracaso. Había deshonrado a mis hermanos y todo lo que representábamos.

No tenía sentido retrasarlo. Agarré el teléfono y marqué a la oficina de Dimitry.

La respuesta fue rápida.

—*Sergei. Gracias por enviármelo tan rápido.*

—No hay problema, hermano. —A pesar de nuestros temperamentos ligeramente incompatibles, amaba a Dimitry. Era el hermano mayor que siempre había querido tener. Siempre lo admiré. Nikolai y él eran la única familia que había conocido. Sin ellos, habría perecido en ese orfanato.

Dimitry empezó a hablar:

—*Hubo tres mujeres estadounidenses que fueron al* Russian Orchid *hace dos semanas. ¿Cómo entraron?*

—*Hmmm*, ese fue el día que tenía asuntos que tratar, así que no fui al club —contesté y me maldije en silencio por mentirles. Sasha entró en ese preciso momento y cavé mi tumba aún más con mis mentiras—. Déjame preguntarle a Sasha si las recuerda.

Aparté el teléfono de mi oreja, Sasha esperaba pacientemente.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—¿Recuerdas a las mujeres estadounidenses que visitaron el club hace dos semanas? —Le di la fecha exacta, aunque no hacía falta. No había mujeres así en nuestro club ni meses antes ni después de esa noche.

—Sí, las recuerdo. Extremadamente hermosas. —No me sorprendió que se acordara. Esas tres chicas no se mezclaban exactamente con la multitud, estadounidenses o no.

—¿Cómo entraron? —cuestioné.

—El portero pensó que eran *sexys*. Estaban *supersexys.* Deberías haber visto el culo de la chica que cantaba. Los hombres estaban babeando, incluso algunas mujeres también.

Sabía que esta respuesta enfadaría a Nikolai. Era el que más miedo daba y el que más intimidaba de los tres, pero era un gran oso de peluche cuando se trataba de garantizar la protección de

mujeres y niños. *«Maldición, podría ser él quien me mate por esto. No Dimitry».*

Nikolai odiaba cuando los hombres pensaban con la polla en vez de con el cerebro. Dimitry no soportaba a la mayoría de la gente, punto.

—¿Viste algo inusual? —continué interrogándolo.

—No más de lo normal. Bailaron casi toda la noche. Había un tipo con ellas, y antes de que acabara la noche, la chica que cantaba se fue sola. El hombre y las dos chicas se quedaron un poco más. Parecía enfadado cuando se iba con las otras dos.

—Gracias, Sasha —declaré—. Puedes irte. —En cuanto salió de la habitación, hablé a mi teléfono:

—¿Oíste eso?

—*Sí* —replicó Dimitry secamente—. *Pensó que estaban buenísimas y no sabe mucho más.*

—Ojalá hubiera estado en el club esa noche —comenté a mi hermano y me sentí aún más como un imbécil—. Mira la grabación que te envié. Quizás algo ayude.

Sabía que el video no les diría mucho. Llevaba semanas mirándola, como un maldito adolescente acosando a su chica. Scarlett se veía tan hermosa en él que no podía apartar mis ojos de ella. No le había hablado en dos semanas y cada día había sido tortuoso para mí.

—*Lo haré, hermano* —respondió Dimitry—. *Llamaré si necesitamos algo más. Gracias.*

Terminé la llamada con un sabor amargo en la boca. Su agradecimiento fuera de lugar no me sentó bien. Maldita sea, nada me había sentado bien en las últimas dos semanas. Desde que los hombres de Boris se me acercaron, todo se fue por el retrete.

Scarlett estaba a salvo y cómoda, pero furiosa. Recibía actualizaciones de Michail a diario y ya había intentado escapar dos veces, había atacado a un guardia causándole una conmoción cerebral y se había quedado encerrada en un armario mientras intentaba escapar. Michail tenía nervios de acero, aunque incluso a él lo estaba agotando. ¡Pobre idiota!

Justo cuando pensaba que no podía ir peor, recibí la llamada de mis hermanos. Ni siquiera les pregunté por qué estaban investigando a las tres mujeres. Si se detenían a pensarlo, seguro les parecería extraño. Siempre solía acosarlos con preguntas.

—¡Maldita sea! —Y en ese segundo, había adquirido el hábito de hablar conmigo mismo con bastante frecuencia.

Y aquí pensaba que iba a ser más fácil arreglar mi matrimonio. Parecería que la broma era para mí. Ya ni siquiera estaba seguro de que Scarlett me perdonaría por todo lo que había pasado en las últimas dos semanas. No importaba cuánto la cautivara o cuánto pudiera amarme... si es que en este momento podía amarme.

Mi teléfono volvió a sonar. Ni siquiera quería leer lo que llegara esta vez. Era imposible que fuera bueno. Forcé mi mirada hacia la pantalla y lo más probable… Toda esta mierda podría provocarme un infarto a mi tierna edad de treinta y cuatro años.

> Dimitry: Iremos a Rusia. El padre de Anastasia Manciatti nos contrató para encontrarla. Como pago, nos conseguirá los dos últimos votos que necesitamos.

—Anastasia Manciatti —repetí. El nombre me sonaba familiar. ¿Dónde lo había escuchado? Entonces, caí en cuenta—. ¡Hijo de puta!

Manciatti era el fiscal del Estado que condenó a Boris a cadena perpetua y consiguió que lo condenaran a muerte.

—Demonios —escupí. Justo cuando pensaba que el día no podía empeorar. No me extrañaba que siguieran reteniendo a Anastasia. Apostaría toda mi fortuna a que el rescate no era solo dinero, sino también la libertad de Boris—. Mierda, mierda, mierda —murmuré.

Sin duda esta era la peor cagada de mi vida. Les entregué a la hija del único hombre que mantenía encerrado a Boris.

«Sí, Nikolai y Dimitry podrían unirse en esto y matarme juntos. ¡Maldita mierda!».

Cuando todo esto terminara, sería una mierda. No había logrado cagarla tan mal en mucho tiempo. En realidad, nunca la había cagado tanto y eso que había hecho algunas idioteces. Me debatí

entre ir y sacar a la chica de allí yo mismo en ese momento. Quizás aún tenía tiempo de redimirme.

«Sí, como no», resoplé para mis adentros. Ya era muy tarde para redimirme. Si iba a buscarla en ese momento, podrían relacionarlo con Dimitry y Nikolai. Todas sus oportunidades de llevar sus negocios de manera legal serían destruidas. Manciatti no perdonaría eso. Todavía podía recordar la implacable persecución del viejo tras Boris. Juraba que si no tenía todas las pruebas, ese hombre iba a plantarlas para asegurar que lo condenaran. Y eso era mucho decir para un fiscal del Estado que era conocido por su imparcialidad y obediencia a la ley.

«¡Hablando de un mundo pequeño! ¡Demasiado pequeño!».

Scarlett era amiga de Anastasia Manciatti… ¿Cómo era eso posible? A menos que estuviera usando a Scarlett para obtener información para su padre. Scarlett apenas hablaba de sus amigas cuando estábamos juntos. Tal vez aún no confiaba en mí. Mierda, nada de esto saldría bien.

Mi teléfono volvió a sonar.

—Maldito teléfono —musité, mirando hacia abajo—. Es como una gran estación central.

Dimitry: Hermano, investiga lo que puedas en la calle. Vamos por la chica. Rápido: entrar y salir.

Juré que tenía plomo en la boca del estómago. No culparía a Dimitry si me mataba a balazos por esto. No tenía ninguna excusa o razón que fuera lo suficientemente buena. Era la razón principal por la que Dimitry era bueno como líder. Yo lo odiaba, joder. Solo quería una vida normal. Sí, podía darle una paliza a cualquiera, matar y disparar, pero lo odiaba todo. Odiaba el derramamiento de sangre, vigilar constantemente nuestras espaldas. Siempre había alguien que nos quería muertos, por una razón u otra. Estaba cansado de eso el primer año que empezamos esta vida en la mafia. En este momento, simplemente lo odiaba.

Escribí un mensaje de vuelta.

Yo: Lo haré. Nos vemos pronto.

«Probablemente debería dejar listo mi testamento», pensé.

Los latidos de mi corazón empezaban a acelerarse y supe lo que vendría a continuación. Intenté respirar hondo, pero fue en vano. Era como si el oxígeno alimentara la rabia que me quemaba por dentro. Mi sangre bombeaba con fuerza, provocando un *shock* en mi interior ante las intensas emociones de odio propio que casi había olvidado. Mis oídos retumbaban, ahogando todos mis pensamientos. Esto ya no debería estar pasando. Ya no era aquel niño indefenso.

Maté a ese hombre, le corté cada maldita extremidad. Se había ido para siempre. Nada de eso importaba en ese instante. Mi razón había desaparecido. Puntos rojos nadaban en mi vista, mi corazón acelerado me dificultaba la respiración.

Con un movimiento rápido y brusco, tiré todo el contenido de mi escritorio. El ruido del papel, la *laptop* y el teléfono al chocar con la ventana, la pared y el suelo fue el único sonido que rompió el martilleo en mi cabeza. Nada de eso se registraba en mi cerebro. Lo único que podía sentir y pensar era la rabia y el asco propio que sentía dentro de mí.

El escritorio de caoba siguió. Lo empujé, con la fuerza reforzada por la adrenalina que corría por mis venas. Cayó de lado, la madera que se quebró resonó en la habitación. El piso tembló bajo mis pies. La niebla roja era todo lo que veía a mi alrededor. No estaba seguro de si era sangre o rabia, o una mezcla de ambas. En cualquier caso, me estaba ahogando en ella. Amenazaba con tragarme, llevándose mi mente con ella.

La puerta se abrió. Sasha estaba allí con el arma apuntando, y sus ojos buscando una amenaza.

—¡Fuera! —vociferé.

—¿Qué pasó? —preguntó, lleno de asombro. No lo culpaba. Nunca me había visto tan furioso. Había pasado tanto tiempo que me había dejado llevar por una falsa sensación de seguridad. Fui estúpido al pensar que se había ido para siempre.

—¡Fuera! —bramé. Sasha salió rápido de allí, como si el mismo diablo lo persiguiera. También podría ser el diablo. Había hecho lo

suficiente para que me pusieran en la misma categoría.

Respiré hondo y luego otra vez, intentando desesperadamente de despejar la mente. Inhalé. Exhalé. Repetí. Inhalé. Exhalé.

«Mi Scarlett». El pensamiento de mi mujer empujó a través de la niebla. *«Scarlett»*, era un susurro tranquilizador, el único que podía oír.

Lentamente, el martilleo en mi cabeza y el estruendo en mis oídos se ralentizaron. La niebla roja empezó a disiparse.

El nombre de Scarlett resonaba en cada respiración que hacía. Inspiré. Exhalé.

—Scarlett —murmuré con un suspiro. La habitación a mi alrededor parecía como si un ciclón la hubiera barrido. Normalmente, las consecuencias eran peores. Mucho peores. Fue el pensamiento de Scarlett lo que hizo que este incidente fuera bastante corto.

«Mierda, si ella alguna vez me viera así, me dejaría atrás en un santiamén. No debería atarla a alguien como yo. Pero maldita sea, soy demasiado débil. No puedo dejar que me abandone».

Era el *Mad Russian Sinner*.

17

SCARLETT

—¡Michail! —grité mientras golpeaba la puerta de madera. Intenté escapar... otra vez. Michail me atrapó y puede que lo hubiera llevado a su límite. El hombre era estoico, paciente, sin emociones, pero no lo fue cuando le di un rodillazo en las pelotas con todas mis fuerzas.

El dolor en su cara quedó grabado en mi cerebro y me sentí mal en cuanto vi lo mucho que le dolía. Sin embargo, eso no le impidió levantarme y echarme sobre su hombro. Prácticamente, me tiró sobre la cama y me encerró en este lujoso dormitorio que había sido mi prisión durante las últimas dos semanas.

Me dolía el puño de tanto golpear la puerta, pero me negaba a parar.

—¡Lo siento, Michail! —grité a través de la puerta—. Por favor, déjame salir.

Nada. Solo silencio, lo que me enfureció aún más.

—¡Michaail! —chillé con todas mis fuerzas. Me apoyé en la puerta, con lágrimas cayendo por mi cara—. Por favor —gemí mientras mi cuerpo se deslizaba hacia abajo por la puerta—. Por favor, déjame ir —supliqué, con las lágrimas saladas mojándome los labios. Sabía que no podría escapar del acuerdo de mi padre y aun así dejé que Sergei me conquistara.

Rezaba todos los días para que estuviera bien. Y si estaba bien, esperaba que supiera que no lo había abandonado. Quería quedarme con él. Eso demostraba más que nada que era una chica

estúpida. Era la hija de un mafioso, por el amor de Dios. Debería ser más fuerte.

Pensar en Sergei me producía una sensación de tristeza y pérdida. Mis días estaban llenos de preocupaciones por Anastasia y Olivia. ¿Llegó Olivia a casa? ¿Habría agarrado ya a Olivia ese maldito abusivo de Malcolm? ¿La mataría? El miedo se apoderó de mí al pensar en el secuestro de Anastasia. Era como si nuestro inolvidable verano se hubiera convertido en un verano de pesadillas. Rezaba para que mis amigas estuvieran sanas y salvas.

Sin embargo, las noches eran aterradoras. Las pasaba soñando con Sergei, extrañando su tacto, sus brazos a mi alrededor. Era un alivio y una tortura. Lo echaba de menos con un dolor que solo él podía curar.

¿Por qué no estaba en el club nocturno? En el poco tiempo que lo conocía, siempre estuvo presente. ¿Le habían hecho daño Michail y mi futuro esposo? Quería preguntar, pero tenía miedo de descubrir que estaba muerto o de revelar a Sergei a estos horribles hombres. Si no sabían sobre él, no quería alertarlos. Maldita sea, era un dilema imposible de resolver.

Me llevé las rodillas al pecho y permanecí sentada en el suelo. Nunca me había sentido tan vulnerable en toda mi vida. Mi familia no vendría por mí, ya que querían que me casara con este hombre, que aún no había mostrado su cara.

Apoyé la frente en las rodillas mientras las lágrimas corrían empapando mis *leggings*. Había estado llorando como una estúpida todos los días. Había llorado más en las dos últimas semanas que en toda mi vida. Había llorado por mis mejores amigas, por Sergei y por mí misma. No se suponía que el verano acabara así.

—Todo saldrá bien —me dije en voz baja, por enésima vez en las últimas dos semanas. El problema era que ya no lo creía del todo. No estaba segura de lo que esperaba, pero no era que me dejaran a merced de mi futuro esposo. La idea de él me asustaba ahora más que nunca.

Mi mano bajó hasta mi abdomen, donde crecía una nueva vida. *«El bebé de Sergei».*

Si bien no me había hecho una prueba de embarazo, estaba bastante segura. Mi menstruación siempre era puntual, y hasta ese momento llevaba dos semanas de retraso. El problema era que la duda rondaba constantemente mi mente. Sí, estaba sensible, aunque quién no lo estaría en estas circunstancias. Mi apetito se había ido por el retrete. Pero, de nuevo, era comprensible con todo lo que estaba pasando.

Ojalá pudiera hacerme una prueba de embarazo. Ni siquiera podía imaginarme pidiéndole a Michail que fuera a buscarme una. Probablemente me dispararía en el acto, en nombre de su jefe.

¿Cómo podría explicarle la necesidad de una prueba de embarazo? ¿Y dónde estaba mi futuro esposo? Aunque se me erizaba la piel con solo pensar en otro hombre que no fuera Sergei tocándome. Si este bebé y yo íbamos a sobrevivir, necesitaba que mi futuro marido llegara ya. Puede que simplemente tenga que soportarlo y acostarme con el hombre.

Tan solo de pensarlo me hacía llorar con más fuerza. A papá le haría gracia. Siempre decía que era demasiado terca para llorar y aquí estaba, llorando a mares. ¿Cómo pudo dejar que este hombre me tomara así?

Mi mente volvió a ocho semanas atrás, la última vez que vi a mis padres y la primera vez que conocí a Michail. Deseé que el hombre de la oficina de mi padre se hubiera dado la vuelta. De momento, lo único que sabía era que tenía el cabello claro.

En cuanto llegué a casa de mis padres, supe que algo estaba mal. Delante de la entrada había un Aston Martin negro. Mi padre odiaba ver vehículos delante de nuestra gran entrada. Decía que le quitaba vista a la casa. Particularmente, no me gustaba la residencia, era demasiado grande y llamativa. Ahora solo vivían en ella mis padres, e incluso antes de que me mudara, era demasiado grande para nosotros. Mis hermanos tenían sus propios penthouses *de lujo en New York y preferían quedarse allí.*

—Bueno, a quien sea que pertenezca este coche —murmuré mientras estacionaba mi Jeep rojo brillante detrás del Aston Martin —. Si ellos pueden hacerlo, yo también.

Tenía previsto pasar el fin de semana con mis padres en el norte del estado de New York antes de comenzar el verano con Anastasia y Olivia. No podía esperar a que empezara nuestro viaje por Europa. Ya había hecho las maletas y tenía una cuenta regresiva en mi teléfono que indicaba cada segundo que nos acercábamos a nuestras vacaciones.

Al salir de mi Jeep, no pude evitar sentirme al menos un poco impresionada por el lujoso vehículo. Eché un vistazo en él, curiosa por cómo lucía el interior de un coche tan caro.

—No está mal —comenté—. Aunque tampoco es súperimpresionante.

Alguien aclarándose la garganta justo detrás de mí me hizo alejarme del auto de un salto. Solo llevaba un vestido corto, y no sería ideal que me atraparan con el trasero al aire.

Me di la vuelta y vi a un tipo detrás de mí. No me resultaba familiar, aunque encajaba perfectamente en la categoría de los socios de mi padre. Y lo dije entre comillas en mi cabeza. Mi padre no llevaba precisamente todos sus negocios de forma legal. No era el tipo de vida del que quería formar parte, así que con frecuencia fingía ignorancia hasta que pudiese acabar con él. No podía esperar.

El desconocido y yo nos quedamos viendo. No era feo, aunque no era mi tipo. Era alto y musculoso. Con su cabello oscuro, piel bronceada, tatuajes y ojos verdes, apostaría a que las mujeres lo perseguían.

Me preguntaba si Anastasia y Olivia lo encontrarían tan encantador como para hacerlas suspirar.

«Probablemente no»*, me burlé. Los tatuajes que cubrían su cuello eran demasiado.*

—Hola. —Rompí por fin nuestro concurso de miradas—. ¿Quién eres?

—Michail.

—¿Estás aquí para ver a mi padre? —pregunté.

—No.

Puse los ojos en blanco. No importaba. No conseguiría ninguna información de este tipo. Para otros, este tipo sería demasiado aterrador. Pero crecí entre hombres bastante aterradores, así que estaba acostumbrada. Y estaba en el territorio de mi padre, así que no podía tocarme.

—De acuerdo, entonces —anuncié—. Voy a entrar. Adiós.

No dijo nada, solo me observaba. Cuando me alejé de él y me dirigí a la casa, lo oí decir algo en un idioma extranjero. Juré que sonaba a ruso, y me hizo preguntarme qué estaría tramando mi padre.

En cuanto entré en la casa, me saludó Seamus, el amigo más antiguo de mi padre. Los dos crecieron juntos en las calles de Dublín y vinieron juntos a Estados Unidos. Cualquiera pensaría que son hermanos de verdad.

—Hola, tío Seamus —saludé. Más tarde me enteré de que no eran hermanos de verdad, pero para entonces, el título de tío se había quedado; no tenía sentido cambiarlo.

—Hola, preciosa —replicó con un beso en la mejilla.

—¿Tienen invitados? —inquirí, y él elevó una ceja.

—No, ¿por qué lo preguntas? —Había una verdadera sorpresa en su voz, desconcertándome.

«Vaya, esto es raro»*, pensé. Miré por encima del hombro y vi que el Aston Martin negro seguía allí. Michail no estaba a la vista, aun así, no me cabía duda de que estaba al acecho en alguna parte. Pero no entraría en un debate con mi tío. Aprendí hacía mucho tiempo que debatir con él o mi padre no me conseguía nada.*

Volví a mirar a mi tío y me encogí de hombros.

—Por nada —declaré—. Iré a buscar a mamá.

—Me parece bien —contestó.

Siempre sabía dónde encontrarla. Me dirigí a la biblioteca y, efectivamente, estaba allí, leyendo sus libros. Su pequeño cuerpo acurrucado en la esquina del sofá, con un libro entre las manos. Su cabello siempre me asombraba. Estaba en un moño perfecto, ni un mechón fuera de su sitio. Mi melena, en cambio, siempre estaba hecha un desastre. Tenía demasiado cabello. Aunque heredé el color

oscuro de mi madre, desgraciadamente no era tan suave ni fino como el suyo. Mi pelo tenía mente propia.

—Hola, mamá —saludé en cuanto entré, sin querer asustarla.

Siempre estaba aquí, mientras papá estaba en su oficina. Casualmente, su despacho estaba conectado a la biblioteca. Creo que lo hizo a propósito cuando diseñó la casa. Esos dos siempre querían estar cerca el uno del otro; era bastante inquietante.

Sus ojos azul claro se alzaron hacia mí y sus labios se curvaron en una gran sonrisa. Esa era otra de las cosas que no había heredado, sus ojos azules. En cambio, los míos eran oscuros, como los de mi padre.

—Scarlett —llamó, tendiéndome la mano.

Me acerqué enérgicamente y le tomé la mano. Aunque no quería tener nada que ver con los negocios de mi familia ni con ese modo de vida, seguía queriéndolos a todos. Formaban parte de mí, igual que yo de ellos.

Me incliné y le di un beso en la mejilla, el olor a canela llegando a mis sentidos. Mi madre era panadera antes de conocer a mi padre. Hasta el día de hoy, le seguía gustando hornear, así que parecía que siempre olía a canela.

—Te extrañé —murmuré contra su mejilla.

Y realmente lo hacía. Simplemente, evitaba venir a casa cada vez más a medida que me hacía mayor. Cuando me enteré de que papá había arreglado que me casara con un extraño, un colega de trabajo, me aseguré de que volver a casa fuera una rareza. Estaba furiosa con él por haberme hecho algo así.

—Nosotros también te extrañamos, cariño. —La voz de mi madre era suave—. Nos has estado evitando.

Sí, no me digas. Quería asegurarme de quedarme lo más lejos posible, no quería arriesgarme a encontrarme con cualquier hombre con el que mi padre decidiera que debía casarme. Sí, a la mierda con eso.

Aunque todavía no estaba segura de cómo saldría de eso, de ninguna manera me casaría con un perfecto desconocido. Era ridículo que él pensara que eso era aceptable, incluso en los tiempos actuales.

Pero aquí estábamos, tanto Olivia como yo. Aunque, al parecer, mi situación era ligeramente mejor que la de mi amiga. Ese maldito monstruo debería ser ejecutado en el acto.

«Bueno, ahora estoy pensando como la hija del mafioso»*, pensé irónicamente para mí misma. Sedienta de sangre y vengativa, qué perfecto.*

—¿Dónde está papá? —inquirí. No iba a opinar sobre su comentario. No tenía sentido fingir o mentir al respecto. Me conocían demasiado bien.

—Está en su oficina —respondió, sonriendo suavemente—. Hazle saber que estás aquí y luego vuelve y siéntate un rato conmigo.

—De acuerdo, ahora vuelvo —prometí.

Supongo que, después de todo, mi padre no tenía ningún invitado. Si lo tuviera, mamá no me habría dicho que lo interrumpiera.

Mientras me acercaba a su despacho, habría jurado que escuchaba varias voces procedentes de él. Pero sabía que mi madre nunca nos permitía a mis hermanos y a mí interrumpir a papá durante sus reuniones me hizo ignorar lo que creí oír.

Toqué a la puerta y se oyó la voz retumbante de mi padre.

—¿Sí?

Abrí de golpe la pesada puerta de caoba y mi paso vaciló a medio cruzar el umbral de la entrada. Mi padre no estaba solo y me quedé allí confundida, indecisa si debía disculparme y cerrar la puerta o ir a saludarlo apropiadamente.

—Um*, lo siento papá —murmuré, mirando la parte posterior de la cabeza rubia de un hombre. El hombre nunca se giró, tenía la espalda apoyada despreocupadamente en el asiento y el tobillo cruzado a la altura de la rodilla. Su forma de sentarse reflejaba poder y dominio. Aunque estaba en la oficina de mi padre, juraría que parecía que era mi padre el visitante—. No sabía que tenías un invitado.*

Aunque en el fondo realmente sabía que lo tenía. Mi padre se levantó rápidamente y caminó hacia mí.

—Scarlett, mi niña. —Me rodeó con sus brazos, como hacía cuando era pequeña—. Me alegro tanto de que estés en casa.

Mis ojos viajaron hacia el hombre sentado, pero él seguía sin moverse, como si no le importara lo que lo rodeaba.

—¿Está todo bien, papá? —Era raro que no me regañara por interrumpir su reunión.

—Sí, por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

Mis ojos se desviaron entre mi padre y el desconocido.

—Por nada —terminé respondiendo—. Estaré por aquí hoy y mañana, pero me voy el domingo. ¿De acuerdo?

Me dio un beso en la mejilla y me empujó fuera de su despacho, siguiéndome detrás.

—Sí, de acuerdo —manifestó—. Pero cuando vuelvas, tenemos que seguir adelante con tu compromiso.

Lo miré con incredulidad. No habían pasado ni diez minutos y no había podido resistirse a sacar el tema.

—¿En serio? —siseé—. Literalmente acabo de entrar por la puerta y ya estamos otra vez con eso. Te lo dije, no hay manera...

—Scarlett. —Su voz era una advertencia.

—No me vengas con Scarlett. —Me enfurecí—. ¿Cómo puedes siquiera pedirme eso? No soy una propiedad para que uses.

—No es así, hija.

—Pues así me parece —contesté en un tono ligeramente elevado —. ¿Cómo se te ocurre pedirme que me case con un perfecto desconocido?

—Bueno, podrías conocerlo...

Fue mi turno de interrumpirlo.

—Claro que no, no quiero conocerlo. Quiero que tú y él terminen con esta ridícula idea —exigí—. Esta es mi vida, no la tuya y ciertamente no la de este maldito viejo.

—No es viejo.

Resoplé.

—No es lo que quería decir. Solo quise decir... —Luego me interrumpí rápidamente al darme cuenta de que me estaba desviando del tema—. No importa la edad que tenga. Cuando me case, será porque amo a un hombre y quiera casarme. Y deberías querer eso para mí. No hacer un maldito arreglo, a costa mía. Tenía

diecisiete años, por el amor de Dios, cuando decidieron eso. ¿Es eso siquiera legal?

Los ojos oscuros de mi padre me observaban, dejando que me desahogara. Por desgracia, su actitud calmada me enfureció aún más.

—¿Por qué me molesté en volver a casa? —me quejé, arrepintiéndome ya de haber venido. Debía de ser un récord. Menos de una hora y ya estaba lista para irme—. Solo agarraré mi pasaporte y algunas cosas. No me voy a quedar.

—Cariño. —Era la suave voz de mi madre justo detrás de mí—. Vamos a calmarnos todos.

La puerta de la oficina de mi padre estaba ligeramente abierta, y me pregunté si su invitado estaría oyendo esta inquietante conversación. Parecía tan descuidado que papá la dejara entreabierta.

—Estoy tranquila —le dije a ambos, mi atención abandonando al extraño en la oficina y de vuelta a mis padres—. Ustedes actúan como si debiera estar saltando de alegría, porque prácticamente me vendieron. Y luego se sorprenden de que lleve siete años evitando volver a casa. Cada vez que pueden, intentan convencerme de que es algo bueno. Pues, no lo es. No tenían derecho a hacer algo así. No los veo arreglando un matrimonio para uno de mis hermanos.

—No es lo mismo. —Intentó suavizar las cosas mi madre.

—Eso es mentira, mamá —solté, tratando de bajar la voz—. Están siendo muy hipócritas.

—Scarlett, es por tu propio bien —declaró mi padre. Y el silencio que siguió fue como la calma antes de la tormenta.

—Bueno, tendremos que acordar no estar de acuerdo entonces —respondí, mi voz calmada que era tan contraria a la ira hirviente que sentía dentro de mí—. Voy a agarrar mi pasaporte.

—Cariño. —Mi madre intentó calmar la situación, sin embargo, no había forma de salvarla.

—Les enviaré un mensaje cuando llegue allá —comuniqué y salí corriendo de allí.

Corrí a mi antiguo dormitorio, pasando a mi tío Seamus en el camino. Mi habitación estaba exactamente como la dejé. No había

cambiado absolutamente nada, como si estuvieran esperando a que volviera a casa en cualquier momento. Excepto que nunca quería volver. Ni siquiera recordaba la última vez que dormí en mi cama, bajo este techo. Dolía demasiado que mis propios padres me entregaran a un extraño como si fuera nada.

Agarré mi pasaporte y algunas otras cosas y las metí rápidamente en una bolsa que probablemente era de mis años de preparatoria. No habían pasado más de treinta minutos desde mi llegada, pero juré que se habían sentido como treinta horas.

Cuando salí de casa de mis padres, el tipo rubio que estaba en el despacho de mi padre estaba entrando en su Aston Martin, de espaldas a mí... otra vez. Michail sostuvo la puerta abierta, con la mirada recorriendo el lugar como si esperara que la policía irrumpiera en cualquier momento. Una vez más, no pude vislumbrar al hombre excepto por la parte posterior de su cabeza y apenas un vistazo a su perfil. Aunque lo poco que vi, no se podía negar, era un espécimen guapísimo.

—¿Ya te vas, lass*? —La voz de tío Seamus me hizo girar la cabeza hacia mi izquierda. Ni siquiera lo oí acercárseme.*

—Sí.

—¿Estarás bien?

—Sí. —Ya sonaba como Michail.

El fuerte sonido del motor encendiéndose me hizo regresar la mirada al coche y a su visitante mientras daban la vuelta en círculo y se dirigían fuera de la propiedad.

Exhalé profundamente y volví a centrarme en tío Seamus.

—Sí, estaré bien. Ha sido un placer verte. Te enviaré un mensaje cuando aterricemos en Europa.

Asintió con una mirada solemne.

—Si necesitas algo, llámame. —Me despedí de él con un abrazo y me dirigí a mi Jeep. Tal vez fue bueno que no me quedara. Papá probablemente me habría arrancado la cabeza si hubiera visto que me estacioné delante de la casa.

En cuanto arranqué mi auto, la música sonó a todo volumen por los altavoces. Como tenía la capota abajo, me recogí el cabello en una coleta apretada y me puse los lentes de sol. En cuanto dejé

atrás la propiedad de mis padres, puse la música al máximo, sin prestar atención a mis pensamientos, y aceleré por la autopista más allá del límite legal de velocidad. Era una imprudencia, una estupidez, pero se sentía bien. La autopista estaba vacía, excepto por mí y un vehículo que iba adelante. Mantuve la velocidad, no había razón para quedarme atascada detrás de un vehículo cuando no había nadie más. Cambié al carril izquierdo y pisé con más fuerza el acelerador con la intención de adelantar al coche.

Demasiado tarde, me di cuenta de que era el Aston Martin que estaba estacionado delante de la casa de mi padre. Me sentí como si me hubieran atrapado robando chocolate y mi padre se fuera a enterar, pero iba demasiado rápido como para frenar. Pisar los frenos ahora definitivamente me haría ser notada. A lo mejor tenía suerte y el hombre que conducía no se daba cuenta. Después de todo, había toneladas de Jeeps alrededor. ¡Aston Martins no tanto!

Pasé a toda velocidad junto al Aston Martin, con el velocímetro marcando ciento sesenta kilómetros por hora, sin mirar a ningún lado. Era como si me persiguiera el mismísimo diablo, o tal vez intentaba escapar de mi destino; ya no lo sabía. De algo sí estaba segura, cuando volviera de Europa, mis días de libertad estarían contados. No me engañó el hecho de que mi padre me dejó irme ese día. Era mi último hurra antes de que soltara el martillo y tuviera que doblegarme a su voluntad.

Porque en su mundo romper el acuerdo significaría guerra y muerte.

Debería haberlo sabido. No, tacha eso. Lo sabía, pero elegí ignorar la razón. Ahora, mira el lío en el que me metí. Y arrastré a Sergei en él. Con el corazón pesado, me levanté del suelo y me metí en la cama, cubriéndome la cabeza con las sábanas. Apretando los ojos, obligué a mi cerebro a dejar de pensar y me concentré en mi respiración. Estaba agotada. Solo quería olvidarlo todo.



Las manos de alguien me dieron un empujoncito.

—Vete —murmuré. No quería despertarme. El sueño era mi respiro y Sergei estaba conmigo. Su cabello rubio y alborotado, suave bajo mis dedos, y su cuerpo apretado contra mí. Apreté mi mejilla contra la suya, sintiendo su calor.

«Te he echado de menos, Solnce». Podía escuchar su susurro, profundo y *sexy*... Me producía deliciosos escalofríos por el cuerpo. Y sus cálidos ojos marrones volvieron a clavarse en mí, hambrientos y apasionados.

—Scarlett. —Una voz desconocida me estaba sacando de mi escape. *«¡No!».* No estaba segura de si lo había dicho en voz alta o lo había pensado. Quería quedarme con Sergei. Me gustaba aquí. Las manos de un hombre me sacudieron con más fuerza—. Despierta, Scarlett.

El rostro de Sergei se desvaneció, mis manos intentaron alcanzarlo.

—No te vayas —rogué. Lo quería conmigo. Lo amaba. Tenía que decirle algo importante.

—Soy Michail. No iré a ninguna parte. ¡Despierta! —Manos me envolvieron, pero se sentían extrañas. Se sentían incorrectas.

Me obligué a abrir los ojos y miré al hombre que tenía adelante. Era el hombre equivocado, ojos equivocados, cabello equivocado, cara equivocada. Parpadeé confundida. ¿Dónde estaba Sergei? Entonces, me acordé de todo. Michail me secuestró, en nombre de mi futuro esposo. Hablando de un duro despertar. Ese pensamiento fue más poderoso que una ducha helada.

Me aparté de Michail.

—¿Qué? —Mi voz sonó áspera, más dura de lo que pretendía.

Michail me miraba pensativo. Me preocupaba que viera demasiado. Dios, estaba cansada de esto. Quería volver dos semanas atrás y abandonar aquel maldito club junto con Anastasia. En ese momento, estaríamos juntas si nos hubiéramos ido todas al mismo tiempo.

—Has dormido veinticuatro horas seguidas —señaló Michail suavemente.

—¿Y qué? —siseé, llevándome las rodillas al pecho—. No es que tuviera algo más que hacer.

Mierda, estaba tan cansada. Podría simplemente volver a dormirme. Al menos en mis sueños, tenía a Sergei conmigo.

—Siento haberte encerrado en esta habitación. —Me sorprendió con su disculpa—. Estaba adolorido y no pensaba con claridad.

Fue mi turno de observarlo pensativa. No esperaba sus disculpas. Después de todo, le hice más daño.

—Siento haberte dado una patada en las... —Me aclaré la garganta incómoda—. *Um*, en la zona sensible. ¿Estás bien?

—Sí, todo mejor. —Sonrió, de verdad sonrió. Y mi boca cayó abierta. Este hombre era bastante hermoso cuando sonreía. No era mi tipo, pero aun así. Era un crimen tener tal transformación en cualquier ser humano. Fue inesperado.

—Jesucristo, Michail —refunfuñé, echándome un poco hacia atrás —. Cuando sonríes estás guapísimo. No deberías sonreír.

Su sonrisa se transformó en una todavía más grande.

—¿Es un cumplido, Scarlett?

—*Umm*, supongo que sí. Simplemente no lo vi venir. —Intenté justificarme, consciente de que lo estaba mirando—. ¿Tienes novia?

No estaba segura de dónde venía la pregunta. Sabía que no era una conversación apropiada para tener. Acababa de salir del sueño con Sergei fresco en mi mente. Y él trabajaba para mi futuro marido. Dios, ese era el mayor punto contra Michail.

—No. Ni una novia a la vista —respondió—. ¿Qué tal si hacemos una tregua?

Parpadeé confundida. ¿Estaba sonriendo a propósito para despistarme de mi plan de escape?

—¿Qué tienes en mente? —cuestioné con desconfianza.

—No más escapes —sugirió—. Y te dejo vagar por todo el recinto.

—¿Recinto? —¿Dónde estaba exactamente? Cuando llegamos estaba oscuro y no había estado afuera en dos semanas, aunque la vista desde mi balcón era preciosa.

—La propiedad —explicó—. Lo llamamos recinto. Toda la propiedad está protegida.

Nos mirábamos en silencio, como midiendo si podíamos confiar el uno en el otro. La cuestión era que no tenía muchas opciones. Podía ponérmelo difícil o llegar a un acuerdo con la situación y sacar lo mejor de ello.

—Entonces, ¿cuándo vendrá mi futuro esposo? —inquirí. Porque si estaba embarazada y él aparecía en seis meses, estaría condenada. No habría forma de esconderlo en ese momento. Lo necesitaba aquí en ese instante.

—Pronto. —Fue todo lo que dijo—. ¿Tenemos una tregua?

—Claro, Michail —manifesté con un suspiro—. Tenemos una tregua.

Me tendió la mano y la miré. ¿De verdad esperaba que la sellara con un apretón de manos? Eso era tan bueno como un contrato en el mundo de la mafia. ¿Me estaba resignando a este destino?

—Bien. —Tomé su mano y la estreché. Si eso mantenía a Sergei a salvo, valía la pena el sacrificio.

18

SERGEI



En cuanto recibí la notificación de que Dimitry y Nikolai habían entrado en mi recinto, salí. Les di la dirección donde Anastasia estaba retenida. Se trataba de una supuesta pista que venía de la calle. Cada día lograba cavar más hondo mi tumba.

Esperé en el estacionamiento mientras el coche se acercaba. Debió de producirse un tiroteo porque estaba prácticamente destrozado. Ventanas reventadas, y el lado del vehículo estaba cubierto de agujeros de bala. Al principio, iban a marcharse en cuanto rescataran a la mujer, pero las cosas debieron salir mal. Planeaban volver solo en caso de que ella no pudiera regresar a casa.

Nikolai conducía; sin embargo, Dimitry no estaba en el asiento del copiloto. Durante una fracción de segundo, mi corazón se detuvo, angustiado por la preocupación, pero entonces lo vi en el asiento trasero. Antes de que pudiera siquiera debatir por qué se sentaría ahí, la vi.

—Maldición —murmuré. Nikolai estacionó el coche a mi lado. Con una inclinación de cabeza, Nikolai salió del vehículo, cerrando la puerta ligeramente. Dimitry hizo lo mismo.

Anastasia Manciatti dormía en el asiento trasero. Parecía haber vivido un infierno. La mujer joven y despreocupada que había visto en el vestíbulo del hotel casi un mes atrás había desaparecido.

¡Demonios!

Dormía con las rodillas pegadas al pecho y el cuerpo hecho un ovillo. Se rodeaba a sí misma como si tratara de protegerse incluso mientras dormía. Seguía con la misma ropa con la que la secuestré. Le habían puesto la chaqueta de Dimitry, mas no la cubría lo suficiente como para ocultar todos esos moretones. Quedarían grabados para siempre en mi mente.

«Debería haberle conseguido un cambio de ropa. ¡Maldita sea!».

Su piel de marfil tenía moretones por todas partes, incluso en la mejilla y el cuello. ¿No les dije a esos hombres que la mantuvieran a salvo? No parecía que estuviera a salvo en absoluto. Con un miedo desgarrador, me pregunté por lo que había pasado. Contuve mi rabia, inspirando y exhalando profundamente. Lo hice para salvar a Scarlett, aunque en este momento parecía una excusa muy pobre.

Y la culpa me quemaba como ácido. Había violado todo lo que mis hermanos y yo representábamos. Para cuando este calvario terminara, podría perderlo todo y a todos. Y no podía decir que los culparía por finalmente lavarse las manos de mí. No merecía nada mejor.

—Hermano —saludó Nikolai, sombríamente. Sus ojos regresaron hacia la forma dormida de Anastasia, rodeada de cristales rotos y balas por todas partes.

Tragué saliva con fuerza.

—¿Está bien?

Dimitry se nos unió, su rostro era una máscara de furia y rabia que reflejaba lo que yo sentía hacia mí.

—Lo estará —respondió Nikolai sombríamente—. Es fuerte.

—Irrumpimos en la casa cuando uno de esos malditos desgraciados se disponía a violarla. —La voz de Dimitry era puro hielo, aunque hablaba bajo para asegurarse de que no nos oyera ni la despertara.

—Maldición —solté entre dientes. Era peor que esos hombres, porque la había entregado. Todo esto era culpa mía.

Misha, uno de los hombres de Dimitry, vino a reunirse con nosotros. Sus ojos se desviaron hacia la figura de la joven y la compasión cruzó su rostro.

—¿Está bien? —preguntó en voz baja.

—Lo estará —aseguró Dimitry—. ¿Puedes agarrar la bolsa del maletero y ponerla en la habitación que hemos designado para ella? Cuando se despierte, estoy seguro de que querrá asearse. Nos quedaremos unos días.

—Entendido. —Misha le lanzó otra mirada preocupada a la mujer, y luego fue a buscar la bolsa.

—Matamos a un buen número de ellos —informó Nikolai, observando a la mujer. Era muy protector con las mujeres, lo cual era comprensible. Su hermana había pasado por cosas muy malas—. No puedo creer que después de dos semanas de lo que sea que haya soportado, aún haya luchado contra ellos.

Los ojos de Dimitry se suavizaron al mirar a la mujer. Una revelación impactante, Dimitry nunca se ablandaba hacia nadie. A veces me preguntaba si esta vida que llevábamos había borrado por completo cualquier emoción suave de él.

Estuvo fuera casi toda la mañana. ¿Qué pudo haber pasado en tan poco tiempo? Resoplé para mis adentros. No tardé mucho en enamorarme de Scarlett. Observé a mi hermano mayor y estaba seguro de que le gustaba Anastasia Manciatti. Tal vez ni él mismo se daba cuenta. Era la primera vez que lo veía observar a alguien con anhelo y hambre.

«Sí, necesitaré una tumba aún más profunda, una sin nombre. ¡Mierda!».

—¿Y ahora qué? —cuestioné a mis hermanos.

—Estará bajo nuestra protección hasta la ejecución de Boris —contestó Dimitry. Todos compartimos una mirada y no necesitábamos palabras para estar de acuerdo. Sabíamos que era su mejor oportunidad de seguir con vida.

Un movimiento en el coche hizo que los tres giráramos la vista hacia Anastasia. Sus ojos verdes eran muy llamativos. Nos observaba con recelo y no podía culparla. Las dos últimas semanas debieron de ser una pesadilla para ella. Lo peor era que yo pude haberlo evitado. Me merecía lo que la vida me deparara, porque lo que había hecho era imperdonable.

Dimitry se acercó al coche y abrió la puerta. Los ojos de Anastasia observaban todos sus movimientos. Al mirarse a sí misma,

frunció un poco el ceño y sus manos se movieron para quitarse la chaqueta que llevaba puesta.

Dimitry la detuvo.

—Déjatela puesta.

—Gracias —murmuró. Aunque lo observaba con recelo, había algo en sus ojos mientras observaba a mi hermano. No podía precisar qué era... desconfianza, necesidad de protección o algo totalmente distinto.

Cuando salió del coche, hizo un gesto de dolor que sentí como un puñetazo en el estómago. Sus nudillos se volvieron blancos agarrando la gran chaqueta a su alrededor, ocultando su cuerpo. La tristeza y el arrepentimiento, como nunca había sentido, me golpearon en la cara. No merecía a mis hermanos, ni a Scarlett, ni nada bueno en mi vida.

Anastasia seguía observándonos, tratando de parecer fuerte, pero podía ver el miedo y la ansiedad en su rostro.

—¿Te acuerdas de Nikolai? —inquirió Dimitry en voz baja. Ella asintió, con la mano visiblemente temblorosa mientras se apartaba un mechón de cabello de la cara. Un suspiro agudo la abandonó al notar sangre por toda la mano y sus ojos recorrieron frenéticamente su cuerpo buscando una fuente.

—No es tuya —dijo Nikolai con suavidad.

—*Oh*, está bien.

«Demonios, ¿qué he hecho?». Lo que tuviera que hacer, se lo compensaría a esta mujer. Lo juraba por mi propia vida. Tal vez no fuera capaz de profesárselo, pero mantendría esa promesa. Se lo compensaría. Aunque me costara la vida, le debía mi protección.

—Ya que Dimitry no quiere presentarme, soy Sergei. —Fui a presentarme y di un paso adelante, extendiendo la mano para un apretón de manos. Anastasia se estremeció e inmediatamente dio un paso atrás, hacia Dimitry.

Pasó un latido de silencio.

—Lo siento —susurró, con los ojos muy abiertos—. Yo... fue un reflejo.

—No te preocupes. —No podía culparla. Debería escupirme a la cara, golpearme, pegarme un tiro después de lo que ella había

sufrido. No merecía menos.

—Hay un médico que puede revisarte y asegurar que estás bien —informó Dimitry, manteniendo la voz baja y calmada. Pero conocía a mi hermano. Estaba furioso debajo de esa máscara, quería volver y matar a todos los hombres que le causaron dolor a esta mujer.

Anastasia desvió la mirada hacia él y sus ojos brillaban con lágrimas. Luego, parpadeó varias veces. La vi respirar tranquilamente varias veces, y me sentí totalmente identificado.

—Gracias —expresó suavemente a mi hermano. Parecía sentirse segura cerca de Dimitry, su cuerpo se movía hacia él—. Me gustaría darme una ducha primero. —Luego, como si se diera cuenta de que no había usado suficientes modales, añadió—: Por favor.

Scarlett me odiaría para siempre si se enteraba de que había secuestrado a su amiga. Incluso si no eran cercanas. Aunque en ese momento me preguntaba. *«¿Qué he hecho?».*

—Claro —contestó Dimitry—. Puedo enseñarte tu habitación y tu baño.

—¿Estás seguro de que es lo mejor que tú le enseñes el dormitorio, Dimitry? —le cuestioné en ruso. Aunque tuviera que proteger a Anastasia de mi hermano, lo haría. Se lo debía después de lo que le había hecho—. *Pareces bastante cautivado por la mujer. Es lo último que necesita ahora.*

Dimitry se puso un poco rígido y me espetó en ruso:

—Métete en tus malditos asuntos, Sergei. Ella está bajo mi protección.

—Estoy harta de que los rusos hablen ruso a mi alrededor —se quejó Anastasia, fulminándonos con la mirada—. Si alguno de ustedes quiere decir algo que me involucre, hablen en inglés. Al menos hasta que pueda aprender este maldito idioma. —Sus ojos nos miraron a los tres y luego volvieron a Dimitry—. Si mi padre insiste en que no pueden llevarme a casa, me gustaría *Rosetta Stone* para ruso... por favor.

Mi labio se torció ligeramente. Ciertamente tenía modales. Incluso cuando estaba enfadada, no se olvidaba del por favor y el gracias.

Un latido de silencio y lo rompió la risa de Nikolai.

—Me agradas —afirmó sonriendo. Ella lo miró como si estuviera loco.

—Es una respuesta extraña, pero está bien —murmuró.

Le sonreí y dije:

—De acuerdo, princesa. Hablaremos en inglés cuando conversemos sobre ti. ¿Quieres saber lo que le dije a Dimitry?

Nos miró a ambos y finalmente contestó:

—No. Prefiero ducharme ahora.

Nikolai y yo la vimos entrar en casa con Dimitry. En cuanto los perdimos de vista, me dirigí a mi otro hermano.

—¿Te parece inteligente que nos quedemos aquí? —indagué—. Este lugar no es precisamente secreto.

—Dimitry mencionó que nos moveríamos en uno o dos días —respondió, observándome—. ¿Cómo estás, hermano?

—Bien —contesté secamente. No podía decirle que había empezado toda esta mierda por doblegarme ante los hombres de Boris, porque habían seguido a Scarlett hasta mí.

Su mano se acercó a mi hombro.

—¿Estás seguro?

—Sí. —No los merecía. Hicieron tantos sacrificios por mí y todo lo que había hecho era mentirles. Sobre esto, sobre mis padres. Debería haberles dicho quién era mi padre en cuanto lo descubrí. En vez de eso, lo enterré profundamente y me aseguré de que nunca lo supieran. No quería perderlos, no quería que me miraran con odio.

Respiró hondo.

—Siempre recuerda, Sergei. Nos tienes y siempre estaremos aquí para ti. Aunque estemos al otro lado del océano, lo dejaríamos todo para venir aquí por ti.

«Esa afirmación me hizo sentir aún peor».

—Entiendo y lo mismo digo —declaré. También lo decía en serio. Haría cualquier cosa por ellos, aunque si esto salía a la luz, quizá no me querrían cerca. Demonios, incluso podrían matarme y ni siquiera podría discutir con ellos. Había matado hombres por menos—. Entremos.

—Buena idea. —Estuvo de acuerdo Nikolai—. También necesito una ducha.



Me quedé en la biblioteca de mi casa leyendo el mensaje de Michail. Le preocupaba que Scarlett se estuviera deprimiendo y me instaba a volver a casa. Realmente deseaba poder hacerlo, pero en ese momento no era una opción. ¿Cómo podría explicarle que estaba tratando de redimirme ayudando a Anastasia? Se lo debía. Si iba a estar bajo nuestra protección durante los próximos cinco meses, tenía que quedarme aquí.

Aunque me destrozaba no ver a Scarlett. La extrañaba con cada latido de mi corazón y cada respiración que tomaba. Ella no estaba tratando de tener mi corazón, pero lo logró.

Escribí un mensaje rápido.

Yo: ¿Qué te hace pensar que se está deprimiendo?

Me respondió rápidamente.

Michail: Todo lo que quiere hacer es dormir. Apenas come también.

Carajo, y sabía de primera mano lo mucho que le gustaba comer.

Yo: Vigílala. Volveré tan pronto como pueda.

La puerta de la biblioteca se abrió y Dimitry caminó hacia mí, con una expresión sombría en el rostro. Acababa de llevar a Anastasia a que la revisara nuestro propio médico para asegurarse de que estaba bien y parecía dispuesto a matar a alguien.

—¿Está bien Anastasia? —pregunté, aunque temía oír la respuesta. La culpa se acumulaba rápidamente.

—No la violaron, pero está llena de moretones —gruñó—. Esos desgraciados deberían ser torturados.

No podía estar más de acuerdo. Incluso esos idiotas que planté allí. Demonios, también deberían torturarme ya que fui quien la entregó.

—Mataste a la mayoría. —Intenté calmarlo, aunque mi propia rabia bombeaba por mis venas—. ¿Podríamos volver y matar al resto?

Dimitry respiró hondo y se pasó la mano por el cabello. Aún llevaba la misma ropa con la que rescató a Anastasia y una funda. Rara vez se relajaba, y no importaba donde estuviéramos, siempre llevaba un arma encima.

—No, no quiero dejarla aquí sola —murmuró y confirmó mis sospechas. La mujer le agradaba... y mucho. Metió la mano en el bolsillo y me entregó un iPhone.

—Gracias, pero ya tengo uno —dije con sarcasmo.

—Es de Anastasia, listillo —replicó secamente—. Su padre lo tenía para ella en la bolsa que envió. Nikolai lo revisó, eliminó todas las cuentas de redes sociales y descargó *Rosetta Stone* en ruso.

Agarré el teléfono y me sorprendió que estuviera desbloqueado.

—Vaya, su padre debe confiar en ti.

—Es muy poco probable. —Sonrió.

—Lo revisaré. —Fue todo lo que dije en su lugar. No tenía sentido provocarlo cuando estaba tan tenso—. ¿Por qué no vas a ducharte y cambiarte?

—¿Intentas decirme que huelo mal?

—No, pero hueles a sangre y pólvora. Tu mujer no lo apreciará.

—Sergei. —El gruñido de Dimitry fue mi advertencia.

—Ve a asearte —indiqué—. Iré a buscar a Anastasia. Le daré un pequeño *tour* por el lugar para que se sienta cómoda durante los pocos días que estaremos aquí. Luego, podremos trazar el plan a seguir.

—Gracias, hermano. —La mano de Dimitry se acercó a mi hombro—. Y gracias por toda la ayuda para localizarla. Llegamos justo a tiempo.

Su gratitud era un trago amargo. Si supiera que todo fue mi culpa, me estrangularía con sus propias manos. O posiblemente me destriparía vivo. Con una rápida inclinación de cabeza, salió de la habitación.

Revisé su teléfono para asegurarme de que todas las aplicaciones y la seguridad del iPhone funcionaban y luego me dirigí en busca de

la mujer de Dimitry. No tardé mucho en encontrarla.

—Hola, Anastasia —la saludé con una sonrisa. Le regresé el teléfono—. Nikolai me pidió que te diera esto. Eliminó todos los accesos a redes sociales. Por motivos de seguridad. No obstante, Dimitry pidió que añadieran la aplicación *Rosetta Stone* que ya contiene ruso.

Asintió con una pequeña sonrisa. Esta mujer realmente era especial, todavía tenía fuerzas para sonreír después de todo lo que había pasado.

—Gracias. Espero con impaciencia comenzar con el *Rosetta Stone*.

—¿Quieres que te dé un *tour* de este sitio? —Ofrecí.

—Claro, pero tal vez solo el primer piso. Este lugar es enorme.

Me reí y añadí burlonamente:

—¿No creciste en un palacio, princesa?

¿Por qué la llamaba princesa? La noche que la secuestré, la llamé así. Debía de ser un idiota, deseoso de que descubrieran mi participación en todo el plan.

—No, crecí en una casa demasiado grande —replicó, tratando de ocultar el desinterés en su rostro. No le interesaba el *tour*, pero aceptó solo para apaciguarme—. Una casa innecesariamente grande con mucho espacio desaprovechado, ya que soy hija única.

—Aun así, debió de ser agradable —respondí—. Eres una de esas chicas que probablemente eran muy populares y tenían amigos en casa todo el tiempo.

—La verdad es que no. —Rio suavemente—. Crecí con Olivia y su hermano mellizo. Conocimos a Scarlett en la preparatoria y era tan parecida a nosotras que la hicimos amiga nuestra. Así que éramos prácticamente solo nosotras. Oliver tenía su propia habitación, mientras que Olivia, Scarlett y yo compartíamos la mía la mayor parte del tiempo a pesar de que cada una tenía la suya.

Al oír el nombre de Scarlett en sus labios, me tensé ligeramente, pero me recuperé rápidamente.

—Suena como una casa llena —murmuré, con el lío que había causado... calando hondo en mi alma. Ante el pensamiento de perder a Scarlett y mi oportunidad de hacerla feliz, me sentí vacío y

triste. Aunque mi mente susurraba que no merecía nada mejor. De hecho, debería obtener algo mucho peor.

Distraídamente, acompañé a Anastasia de habitación en habitación, señalándole cosas que creía que le interesarían. Sin embargo, todo el tiempo, Scarlett y el posible futuro que podríamos tener juntos estaban en mi mente. La deseaba más que a nada en mi vida. Dejando atrás el pasado y este jodido desastre, disfrutaríamos el uno del otro, seguiríamos aprendiendo lo que nos gustaba y lo que no, y tal vez tendríamos hijos juntos.

—¿Cómo se conocieron? —La pregunta de Anastasia me sacó de mis pensamientos—. ¿Tienes hermanos?

—Dimitry, Nikolai y yo crecimos juntos en un orfanato. —Sus ojos verdes brillaron de sorpresa—. Nikolai tenía una hermana, pero, por suerte, un familiar pudo acogerla.

Tener a Nadia con nosotros durante nuestra estancia en el orfanato y bajo la tutela de Boris habría sido un gran problema. Apenas podíamos mantenernos a salvo, habría sido imposible para Nadia. Y vigilarla las veinticuatro horas al día no era posible, incluso yo lo sabía. Dimitry y Nikolai lo intentaron conmigo. Como era el más joven, me protegían a toda costa, todo el tiempo. No obstante, incluso con toda su feroz protección, no pudieron protegerme de ese maldito desgraciado enfermo. Solo ocurrió unas pocas veces, pero la vergüenza y la desgracia permanecían.

Irónicamente, hizo falta que Dimitry destripara al maldito tipo que se jactaba de que me convertiría en su puta para que el abuso se detuviera. Dimitry me salvó sin siquiera saberlo. Cuando me hice lo bastante fuerte, perseguí al hombre y lo hice pagar. Él fue mi venganza.

—¿Qué edad tenían? —La voz de Anastasia era baja y suave.

—Dimitry tenía unos dos años cuando lo dejaron en la puerta del orfanato.

—¿Y tú y Nikolai? —preguntó gentilmente. Anastasia era una buena mujer y, por su expresión, me di cuenta de que le importaba.

—Dimitry es el mayor. Llegó primero, y cuando mataron a los padres de Nikolai y su tío lo dejó en el orfanato, lo tomó bajo su

protección. Seguí a Nikolai cuando mis papás me entregaron, y ambos me hicieron parte de su grupo.

Mantuve la voz carente de toda emoción, aunque seguía doliendo. No importaba la edad que tuviera, seguía doliendo bastante. Mis malditos padres. Me borraron por completo de su árbol genealógico, incluso me quitaron su apellido. Dejarme con un apellido real era demasiado para ellos.

No obstante, tras saber quién era mi padre, ese apellido no valía nada. Al igual que él. Mierda, igual en lo que me había convertido. Lo que le había hecho a Anastasia se parecía muchísimo a algo que ese desgraciado haría.

El dicho de que *la sangre es más espesa que el agua* era una estupidez. Todo lo que mi sangre me traía era dolor. Me hacía llenar de odio. Era el *Mad Russian Sinner* gracias a mi maldito padre.

Mi mayor miedo era llegar a ser como Boris. Era cruel, malvado y despiadado, disfrutaba con el dolor y el sufrimiento ajeno. Nada ni nadie significaba algo para él. Lo experimenté de primera mano.

—¿La hermana de Nikolai vive cerca de él ahora? —cuestionó, sacándome de mis furiosos pensamientos—. Debe amar tener a su familia cerca.

—No, la mataron —confesé, con la rabia hirviendo en mi interior, pero conteniéndola. Uno de los hombres del poderoso círculo político la mató y se salió con la suya—. Tiene una sobrina que vive bajo su techo.

Caminamos en silencio durante el resto del recorrido, ambos perdidos en nuestros pensamientos. Salimos de la casa y la llevé a la gran piscina eterna con vistas de las montañas que se extendían por kilómetros.

—¡Esta es mi parte favorita de tu casa, Sergei! —exclamó. Noté que hacía una mueca de dolor cada vez que sonreía y eso me recordaba lo mucho que la había jodido. Mas aun así le devolví la sonrisa ante su entusiasmo—. Es hermosa.

Sonó mi teléfono y contesté en ruso.

—*Hay un extraño en el pueblo* —anunció uno de mis hombres a través de la línea—. *¿Deberíamos enviar a alguien a comprobarlo?*

—*Sí, discretamente* —ordené, ciñéndome al ruso. Luego, colgué, regresando mis ojos a esta mujer atormentada. No me cabía duda de que, quien fuera el desconocido, venía por ella—. Me tengo que ir. Si quieres nadar, siéntete libre de hacerlo.

—No nadaré, pero me quedaré por aquí si te parece bien —expresó. También parecía cansada.

—Por supuesto —contesté rápidamente—. Enviaré a alguien con bebidas.

La dejé sin mirar atrás y fui en busca de mis hermanos. Por el camino, vi a Sonia.

—Sonia, por favor, envía a alguien con vino, queso y galletas a la piscina para nuestra invitada. —Asintió y continué mi camino.

Encontré a mis hermanos en mi estudio. Dimitry debió de haberse duchado y cambiado en un tiempo récord. Ni siquiera se le había secado el cabello. Llevaba la chaqueta desabrochada y la funda de la pistola se asomaba por debajo. En realidad era irónico, los tres estábamos en nuestro propio territorio y caminábamos con un arma asegurada en una funda. Nunca se sabía cuándo se iban a poner peor las cosas.

—Puede que haya un extraño en el pueblo —notifiqué sin andarme con rodeos—. Envié a alguien a revisarlo.

—Demonios —soltaron al unísono Dimitry y Nikolai—. Puede que tengamos que irnos antes de lo que pensaba —continuó Dimitry.

No me sorprendería. Ya que fui quien se la entregó, mi casa sería la primera en la que buscarían.

—Esperemos a ver con qué vuelven. Podría ser una falsa alarma —añadió Nikolai con una razón calmada, aunque pude notar que no creía que fuera una coincidencia.

—¿Cuándo estabas pensando que era mejor trasladar a Anastasia? —inquirí a Dimitry, porque ella era suya y él tomaría todas las decisiones. Igual que yo lo haría con Scarlett, si ella no me mataba primero.

Tanto si Dimitry quería admitirlo como si no, estaba completamente cautivado por Anastasia. Si Nikolai o yo la mirábamos o la tocábamos, se volvía loco. Solo le estaba tomando un poco más de tiempo para darse cuenta. Y aunque Anastasia

había pasado por cosas feas, le gustaba mi hermano. Esos dos serían buenos el uno para el otro y mi hermano merecía ser feliz.

—Esperaba que tuviéramos dos o tres días aquí para permitirle recuperarse un poco —explicó—. Después del cautiverio, necesita un poco de normalidad. Pensaba llevarla a mi casa de St. Petersburg, pero si ya hay hombres acechándola, eso no funcionará.

—¿Cómo es que Boris se las arregla para causar problemas incluso tras las rejas y con una sentencia de muerte? —espeté furioso. Desde el momento en que sus hombres se me acercaron, todo se fue a la mierda. No importaba para nada que fuera mi padre. Odiaba saberlo. Solía soñar con mis padres, cómo se alegrarían cuando los encontrara y me recibirían con los brazos abiertos. Eso fue antes de descubrir que mi madre era una vulgar prostituta y mi padre era Boris. De todos los malditos hombres en este mundo, mi padre tenía que ser el único lunático que nos causó dolor a mis hermanos y a mí. Nunca me molesté en decírselo a Boris. No significaría nada para él. El único que le importaba a Boris era Boris.

—Pronto terminará. —Nikolai trató de calmarnos. Honestamente, no podía entender cómo mantenía la calma considerando que esa cicatriz en su rostro fue culpa de Boris. Ese maldito imbécil podría haberlo dejado ciego. Era otra razón por la que nunca pude reunir el valor para contárselo a mis hermanos. Descubrí la identidad de mis padres poco después de que Boris le hiciera esa cicatriz a Nikolai—. Centrémonos en mantener a la mujer y a nosotros a salvo, y fuera de su alcance —continuó.

—Tienes razón —murmuré, pero no sirvió de nada para calmar mi ira.

—Voy a ver cómo está —anunció Dimitry.

—La dejé junto a la piscina —dije.

En cuanto salió de la habitación, hablé con Nikolai.

—¿Ha estado así desde el momento en que la salvó?

Se rio entre dientes.

—En realidad, desde el momento en que vio su foto. El vídeo del club lo empeoró.

—¿Crees que es inteligente? —pregunté. No era como si su padre fuera a darle su bendición. Probablemente lo encerraría por solo mirar a su hija—. No queremos ponernos en el lado equivocado de Manciatti y su familia. Son bastante influyentes.

—Dimitry puede encargarse de ellos —aseguró con su siempre sabia manera—. Además, tengo la sensación de que cuando Anja quiere algo, nadie puede disuadirla de ello. Ella y Dimitry tienen eso en común, eso es seguro.

—¿Anja? ¿Le pusiste un apodo? —cuestioné—. ¿Tanto te agrada?

—Leí en alguna parte que su padre la llama así —explicó—. Además, me gustan los nombres más cortos.

No pude evitar poner los ojos en blanco. Asustaba demasiado, pero le gustaban los apodos. Algún día arruinaría su reputación como el *Scary Russian Sinner.*

Salimos del estudio y nos dirigimos a las escaleras, ambos nos detuvimos bruscamente en seco. Dimitry tenía a Anastasia en brazos y caminaba por el vestíbulo hacia nosotros. Ella parecía profundamente dormida. Alcé las cejas ante la visión y miré a Nikolai, quien estaba a mi lado. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de complicidad en el rostro, su enfoque centrado en nuestro hermano mayor.

—*Tomó demasiado vino* —explicó Dimitry en ruso. Tanto Nikolai como yo soltamos un pequeño resoplido—. *Nikolai, necesito que hagas otra búsqueda de sus antecedentes.*

—*¿Por qué?*

—*Quiero saber si fue secuestrada antes de esto.*

—*¿Qué?* —inquirí sorprendido, ciñéndome al ruso—. *Eso sería tener muy mala suerte. ¿Qué te hace pensar que fue secuestrada anteriormente?*

—*Algo que dijo antes de quedarse dormida.*

—*¿Crees que fue secuestrada antes por Boris o su gente? ¿Qué está marcada?* —Nikolai hizo la pregunta que yo estaba pensando. Si fue secuestrada antes y escapó, la misma gente vendría tras ella. La marcarían como objetivo, correrían la voz en el mercado negro y ofrecerían un buen premio hasta que la atraparan.

«Y yo la entregué. Debería haber investigado en lugar de pensar con la verga».

—*No lo sé* —murmuró Dimitry, y sabía que odiaba no saberlo. Siempre investigaba. Debía de ser algo que su familia ocultaba.

—*¿Alguno de ustedes sabe algo de Vlad?* —Nos preguntó tanto a Nikolai como a mí.

—*Sí, fue al* Russian Orchid *hace unas semanas* —comenté—. *Enfureció a los italianos. Otra vez. Ya sabes, la misma historia de mierda. No deberíamos darles negocios, podemos hacerlo todo por nuestra cuenta. Está empeñado en mantener el negocio como se ha hecho durante los últimos treinta años. Me cansé de escucharlo y le dije que se fuera a otra parte. Dijo que pasaría desapercibido en Naryan-Mar.*

—*Está empezando a causar más problemas de los que vale* —maldijo Nikolai en voz baja. Vi que miraba a Anastasia para asegurarse de no despertarla.

—*Estoy de acuerdo*. —Deseé que Dimitry acabara con el desgraciado. Tenía el presentimiento de que no tramaba nada bueno. No obstante, a Dimitry le gustaba mantener su palabra.

Vlad siempre andaba a escondidas y quería mantener nuestros negocios ilegales. Le gustaba trabajar en el mercado negro y ocuparse del contrabando ilegal. El problema era que nos ayudó a encerrar a Boris. Le pasó la información a Dimitry y este le dio su palabra de que sería protegido y se ocuparía de él cuando todo estuviera dicho y hecho. Vlad era el único que sabía dónde se deshacía Boris de los cuerpos. Cuando Dimitry entregó las pruebas contra Boris, quería asegurarse de que recibiera la peor sentencia posible. Fraude y asesinato eran un premio gordo. Si al menos no siguiera causando todos estos estragos desde detrás de los muros de la prisión.

—*Pero tenemos que cumplir nuestro trato*. —Opino Dimitry, lo cual Nikolai y yo conocíamos bien—. *Le prometimos una oportunidad cuando nos ayudó a encerrar a Boris*.

—*Si alguna vez hay que romper una promesa* —añadí a regañadientes—, *sería esta.*

Vlad me daba mala espina. Recordé lo rápido que se rindió la última vez que hablé con él. No era propio de él. ¿Podría estar coordinando todo esto con Boris? Ese maldito desgraciado de padre me costaría Scarlett y mis hermanos con los malditos juegos que estaba jugando desde el pabellón de la muerte. Era ciertamente revelador que si podía causar tanto daño desde la cárcel, cuánto peor sería si estuviera suelto.

—*A menos que me dé un motivo* —replicó Dimitry secamente—, *no romperé mi promesa*. —Ambos asentimos con la cabeza, aunque lo hice a regañadientes—. *Nikolai, deberíamos comprobar si hay alguna conexión entre Boris y la familia Manciatti* —continuó.

—*¿Por qué iba a haberla?* —Cuestionamos sorprendidos tanto Nikolai como yo.

—*Él era el fiscal, ¿no?* —añadió Nikolai—. *No creería que hubiera más conexión*

que esa.

—*Anastasia preguntó si Boris iba detrás de su familia* —explicó Dimitry—. *Hay una conexión; lo sé.*

—*Investigaré*. —Aceptó Nikolai.

El ambiente se estaba volviendo tenso y todos sentíamos que algo se estaba gestando. Estaban ocurriendo demasiadas cosas, todas a la vez... y ninguna de ellas era buena.

No pude evitar ayudar a aliviar la tensión en el ambiente, bromeando con mi hermano mayor:

—*Creo que le agradas.*

—*¿Por qué dices eso?* —indagó con curiosidad, mirando a la mujer dormida en sus brazos. Cada vez que sus ojos se posaban en ella, su expresión se suavizaba. Era agradable ver esa faceta de mi hermano.

—*Cuando me acerqué para presentarme, se acercó más a ti* —detallé—. *Y cada vez que hablamos, sus ojos te buscan.*

—*Se siente más amenazada por mí, que es probablemente la razón por la que sigue observándome.*

Nikolai se burló.

—*Sigue diciéndote eso, hermano.*

Sus ojos volvieron a ella y allí estaba de nuevo. Ese anhelo que conocía tan bien.

—*La gente de su estatus no se mezcla con gente como nosotros*. —No estaba seguro de si nos lo estaba recordando a nosotros o a sí mismo.

19

SERGEI

Estaba afuera, la cálida brisa ligera sobre mi piel caliente. Anastasia me dijo que esta piscina era su lugar favorito de la casa. También era el mío. No porque me importara mucho la piscina, sino que era el lugar más tranquilo. Las colinas circundantes brillaban bajo la luz de la luna haciendo que pareciera que estábamos en otro mundo. Un mundo más tranquilo.

Pulsé el botón de marcación. Necesitaba llamar a Michail y comprobar la situación con Scarlett.

—Michail, voy a enviar a Sonia a St. Petersburg —declaré—. Las cosas no están seguras aquí. Tendremos que movernos mañana.

Era casi medianoche, mas sabía que estaría despierto. Apenas dormía. Scarlett había estado en mi mente todo el día y me preocupaba por ella después del último mensaje de Michail.

Toda esta mierda se estaba saliendo de control. Los acontecimientos de ese día prometían unos próximos cinco meses horribles. Ya deberían haber ejecutado a Boris. En cambio, se les escapó de las manos y ahora andaba suelto.

El hombre que estaba al acecho, buscando a Anastasia, fue detenido. La información que obtuvimos de él después de torturarlo durante horas fue inquietante. Me heló la sangre.

Boris quería a Anastasia. No como ventaja para librarse de la cárcel, sino para terminar lo que había empezado quince años atrás. Yo no era mejor que Boris, ese maldito padre mío. Él mató a la madre de Anastasia y casi le costó la vida a Anja también. Aún no

podía creer lo que Manciatti había revelado. Anastasia y su madre fueron secuestradas hace quince años por Boris y él torturó a su madre. Sin saberlo, ayudé a mi padre a poner sus manos sobre Anja.

Me revolvía el estómago pensar lo que le habría hecho si la hubiera atrapado. Ese hombre era una abominación, un lunático cruel que caminaba por esta tierra. Mis hermanos me odiarían si supieran que ese hombre era mi padre. Especialmente Dimitry, ahora que sabíamos lo que Boris les había hecho a Anastasia y a su madre.

Y Anastasia... ¿Cómo podría superar el hecho de que mi padre había matado a su madre? La secuestré. Parecía que estaba trabajando con mi padre cuando en realidad estaba tratando de mantener a Scarlett a salvo.

—*¿Me necesitas allí?* —Michail preguntó. Sabía que hacer de "niñero", como lo llamaba, era difícil para él. Estaba acostumbrado a ir y venir a su antojo. Pero no había nadie más, aparte de mis hermanos, a quien confiara más con la seguridad de Scarlett.

—No, esta vez no —descarté—. Sé que no es lo ideal para ti. Con suerte, tener a Sonia allí ayudará. Ya le dije que no mencione ningún nombre. Por favor, asegúrate de recordárselo también. Estará allí dentro de unos cuatro días. —Gruñó algo al teléfono y supe que no estaba contento con la decisión—. Boris se escapó —revelé. Él era de confianza y tenía que ser consciente de los peligros potenciales—. Mantén la seguridad estricta. No dejes entrar a nadie de afuera, sea quien sea. Mantenlo con hombres de absoluta confianza.

—*Maldición, ¿cómo se escapó el viejo?* —murmuró.

—Tuvo ayuda del exterior —expliqué—. Estamos intentando reducirlo, pero estoy seguro de que Rusia será su primera parada.

—*Esto no es bueno. Es una bala perdida* —señaló lo obvio—. *Estallará una guerra total si intenta recuperar su antigua posición.*

Anastasia, mis hermanos y yo seríamos sus primeros objetivos, estaba seguro. Uno pensaría que ser su hijo biológico podría darnos alguna ventaja... Sin embargo, tenía bien claro de que no. Probablemente, me convertiría en el primer objetivo de la lista. Era mejor para todos, incluyendo a Boris, si no sabía que éramos parientes. Era una bala perdida, como dijo Michail. Si no tenía

reparos en matar a la mujer que amaba, desde luego no los tendría en matar a nadie más.

—Si pasa algo, Michail. —Empecé a darle instrucciones—. Asegúrate de agarrar a Scarlett y llevarla a nuestra casa de seguridad. Luego, sigue moviéndote. Ten vehículos en espera en caso de que necesites salir deprisa para que estés preparado en todo momento. Si me pasa algo, llévala de vuelta a Estados Unidos, bajo la protección de su padre.

Siguieron varios latidos de silencio, el pesado significado persistía en el aire.

—*Sergei, ¿por qué no estás aquí?* —Su tono era casi acusador. Había estado esperando esta pregunta. Michail y yo habíamos pasado por muchas cosas juntos. Había estado a mi lado todo el tiempo—. Esta es tu mujer. La mantendré a salvo por ti, pero nunca te perdonará si la mantienes enjaulada así. No deja de preguntarme dónde estás.

Aunque sabía que tenía razón, no podía estar en dos sitios a la vez. Por mucho que deseara estar con Scarlett en ese momento, y asegurarme de que era yo quien la protegía, tenía una deuda con Anastasia. Tenía que compensarla y ponerla a salvo. Se lo debía a ella y a mis hermanos.

—Manténla a salvo por mí —declaré—. Cuando pongamos a salvo a la mujer que busca Boris y la situación se estabilice, iré. Estaremos moviéndonos de lugar mañana.

Michail no contestó y supe que no estaba de acuerdo. Maldita sea, a mí tampoco me gustaba, pero no podía explicar la deuda que tenía sin divulgar todos los detalles.

Justo cuando iba a intentar explicarme, una fuerte explosión sacudió el suelo bajo mis pies.

—*¿Qué demonios fue eso, Sergei?* —soltó Michail a través de los auriculares.

—Nos están atacando —maldije en voz baja—. Te llamaré luego.

La rabia surgió dentro de mí como un volcán. Los años de intentar controlar mi furia se desataron cuando sonaron disparos en el aire. Saqué la pistola de la funda y la sostuve en mi mano mientras contemplaba la escena a mi alrededor. Ya era un caos.

Podía oír gemidos de dolor y maldiciones en voz baja. Lo bloqueé todo mientras me concentraba en el enemigo. Porque Boris y sus hombres eran exactamente eso. Hombres con pistolas colgados de un Mercedes todoterreno disparando con automáticas, mientras pasaban por encima de mi césped.

«Malditos bárbaros».

Apunté y mantuve la respiración firme, como Dimitry y Nikolai me habían enseñado cuando éramos niños. Mi mano nunca vaciló. Al exhalar, apreté el gatillo y le di al conductor justo a través del parabrisas. La sangre salpicó el cristal y el vehículo se estrelló a seis metros de mí, estropeando una de mis estatuas que Anastasia admiraba el día anterior.

Los hombres que no tenían el cinturón puesto salieron volando por los aires, algunos de cara, otros de lado. Se apresuraron intentando salir del coche, pero mis hombres ya estaban allí matándolos. Había más por toda la propiedad. Empecé a correr hacia ellos, disparándoles hasta matar a todos. Sonaban disparos a nuestro alrededor, mis hombres contra los atacantes.

Otra explosión estalló, demasiado cerca para mi comodidad y perdí el equilibrio, cayendo de rodillas.

—Demonios —murmuré, con un zumbido en los oídos.

Observé el terreno y vi que se acercaba otro vehículo.

—¿Estás bien? —Misha estaba a mi lado, poniéndome de pie.

—Gracias, todo bien. —Ambos levantamos nuestras armas al unísono y empezamos a dispararle al vehículo que se acercaba directamente hacia nosotros. Ninguno de los dos se movió, apuntando al conductor.

—Dispara a los neumáticos —ordené, sin apartar los ojos del objetivo—. Dispararé al conductor.

Misha le dio al neumático delantero del pasajero. *«Buen hombre»*, pensé mientras volvía a respirar tranquilamente y apretaba el gatillo, disparándole al conductor. Esta vez, le dio en el pecho. El impacto no lo mató, pero lo hizo desviar el coche hacia la izquierda, esquivándonos por escasos metros.

Me acerqué al vehículo en un abrir y cerrar de ojos. Abrí la puerta de un jalón, prácticamente arrancándola de las bisagras. A

quemarropa, disparé a todos los hombres dentro.

—Sergei, a tu izquierda. —La voz de Misha me hizo girarme, lamentablemente, era demasiado tarde.

Lo único que escuché fue el sonido de una bala volando y luego un dolor punzante en el hombro. Ignorándolo, levanté mi arma y Misha debió de hacer lo mismo, porque ambos disparamos al desgraciado al mismo tiempo. No tuvo ninguna oportunidad.

—¡Mierda, te dieron! —exclamó Misha algunas maldiciones.

—Estoy bien —aseguré. Había tenido heridas peores a lo largo de los años—. Pongámonos en marcha. Ve a los coches con los demás. Iré a buscar a Anastasia.

—Dimitry y Nikolai fueron por ella —me informó—. También había más mierda sucediendo en el otro lado de la casa.

—Maldito Boris —murmuré—. Ve a los coches, estate listo. Iré a checar a mis hermanos.

Con una rápida inclinación de cabeza, me dirigí a la parte delantera de la casa y me encontré con ellos junto con Anastasia. Estaba pálida, con el miedo escrito en su rostro, pero mantenía la calma. Gracias a Dios, la histeria en momentos así era lo peor.

En cuanto me vio, su miedo se transformó en preocupación. Me tendió la mano, queriendo examinar la herida de bala, mas no teníamos tiempo para eso.

Le tomé la mano.

—Estoy bien, princesa. Salgamos de aquí.

—¿Botiquín? —preguntó en voz baja. Ya no era una mujer asustada, sino una doctora. La que se graduó primera de su clase. La que estaba acostumbrada a salvar vidas en lugar de quitarlas. Y me hacía sentir orgulloso. No me extrañaba que mi hermano estuviera enamorándose de ella.

—Ya lo tengo —alegó Nikolai en voz baja. Seguimos avanzando, mis hermanos y yo rodeando a Anastasia como un escudo corporal.

Otra explosión estalló, el suelo tembló y mantuve los pies firmes en el suelo aunque me zumbaban los oídos por el sonido. No era el momento de perder el equilibrio. Mis hermanos hicieron lo mismo, pero Anastasia cayó de rodillas. Miraba frenéticamente a su alrededor.

Dimitry la levantó en brazos, con una mano aún sujetaba la pistola mientras corría, Nikolai y yo a su lado, hacia el bosque. Allí nos esperaban nuestros vehículos, estacionados y listos para partir. El plan era partir al día siguiente, aunque esto definitivamente aceleró nuestros planes. Menos mal que al menos estábamos preparados. Demonios, empezaba a sentirme débil y Nikolai se acercó a ayudarme. Me puso en el asiento trasero de la gran Ford Expedition negra. Anastasia ya estaba allí acercándose.

—Yo me encargo —le dijo a Nikolai. Él asintió con la cabeza, aunque me lanzó una mirada preocupada. Le di un ligero codazo para que se pusiera en marcha. No podía cuidarme para siempre.

Anastasia me sentó y empezó a quitarme la camisa.

—¿Qué tan grave es, princesa doctora? —cuestioné. Apenas podía esbozar una débil sonrisa.

—Nikolai, dame el botiquín. —Me miró a los ojos y sonrió segura de sí misma—. Nada que no pueda arreglar. Pero necesito que hables conmigo. —Mis ojos se cerraban, la fatiga se apoderó de mí. O tal vez era la pérdida de sangre—. Quiero que hables conmigo, Sergei. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —musité cansado—. Qué princesa tan mandona.

—¿Por qué sigues llamándome princesa? —inquirió mientras examinaba el botiquín.

Tal vez la muerte era lo que merecía, pero a la mierda... Quería vivir. Quería una vida con Scarlett, verla envejecer y amarla por el resto de mi vida.

—Me recuerdas a una princesa —susurré suavemente—. Al principio, pensé que eras una niña mimada y consentida. Pero ahora veo que eres hermosa y fuerte. Aunque das la impresión de que tu vida es fácil, no lo es en absoluto. Lo tienes todo, aunque no quieres nada de eso. —Levantó sus impresionantes ojos y se encontró con mi mirada—. ¿Tengo razón, princesa?

—Hay gente que lo tiene mucho peor. —Su respuesta fue sencilla, no obstante, caló hondo. Había sido secuestrada de niña, había visto cómo torturaban a su madre y había vuelto a sufrir un secuestro, pero se negaba a sentirse débil o a compadecerse de sí

misma. Debería aprender de ella; tal vez aún tenía mucho que aprender—. Así que ¿tienes novia?

Me reí entre dientes.

—¿Por qué? ¿Quieres ser mi novia?

Giró la cabeza hacia Dimitry y Nikolai.

—¿Podemos encender las luces aquí atrás? —Los ojos de Nikolai estaban clavados en mí. Siempre actuaba como un protector, un hermano mayor. Dimitry eliminaba las amenazas; sin embargo, Nikolai siempre era un gran hermano suave que daba miedo.

—Yo me encargo —le aseguró Anastasia a Nikolai con una sonrisa, y luego se giró hacia mí. Me pesaban los párpados y estaba muy cansado. Necesitaba descansar un poco.

—Sergei, ¿en serio? —La voz de Anastasia sonó un poco indigna —. ¿Me vas a preguntar si quiero ser tu novia y luego te vas a quedar dormido? —Me obligué a abrir los ojos—. Qué manera de hacer que una chica se sienta especial —me regañó suavemente.

Me reí entre dientes. Sin duda era la doctora más divertida que me había tratado en mi vida.

—Eres la chica de Dimitry —murmuré. *«Igual que Scarlett es mi chica».*

Mantuvo su concentración en limpiarme la herida y luego aplicó la presión del parche contra la misma.

—Debí haberme perdido ese memo —bromeó, aunque sus ojos me estudiaban. Me di cuenta de que se tomaba en serio su responsabilidad—. ¿Cuándo salió? —cuestionó.

—No estoy seguro.

—¿Así que todos viven en Moscú o en algún otro lugar de Rusia? —preguntó.

—Dimitry y Nikolai viven ahora permanentemente en Estados Unidos —contesté

débilmente—. Yo voy y vengo.

—¿Por qué te quedaste en Rusia?

—Por la misma razón que intentaste aprender italiano —mencioné. Habíamos oído antes su conversación con Sonia, cuando admitió que aprendió italiano, porque estaba enamorada de un chico —. Aunque en mi caso fue una mujer.

—¿Perdón? —No dejó de ocuparse de mí a través de nuestra conversación.

—Entramos en la cocina y escuchamos tu conversación con Sonia —expliqué—. Pero solo un poco.

—Ya veo.

Maldición, esperaba que saliéramos vivos de esta. Quería volver a ver a Scarlett, abrazarla, besarla hasta no poder pensar en nadie ni en nada más. Tendríamos hijos, pasaríamos los días holgazaneando en nuestro patio trasero o en algún lugar de la playa, envejeceríamos juntos. ¿Por qué era eso mucho pedir?

—Ella se lo pierde ¿sabes? —Me consoló Anastasia en voz baja. Por un segundo, pensé que se refería a Scarlett, aunque luego me di cuenta de que se refería a la mujer por la que me había quedado. Maldita Irina—. Mi madre solía decir —continuó limpiándome mientras me palpaba suavemente el hombro con sus dedos fríos—, que las cosas en la vida terminan exactamente como deberían. Puede que no lo veamos en ese mismo momento, pero al final siempre nos damos cuenta.

—Mujer lista —musité. Podía oír tristeza en su voz. Me destripaba pensar que mi padre había matado a su madre. No debería aceptar su amabilidad ni sus habilidades curativas.

—La más lista —confirmó—. ¡Ahí está!

—¿Quién? ¿Tu madre? —La miré, confundido, con la mente difusa. Me costaba concentrarme en sus palabras.

—No, tonto. La bala. —Puso sus labios en mi frente y tuve que admitir que se sintió bien. Sin duda tenía un tacto tierno y buenos modales.

—Me gusta cómo hueles —parloteé—. Como los lirios frescos en primavera. Puedes besarme cuando quieras.

De una manera extraña, el preocuparse por mí casi se sentía como el toque de una madre que nunca experimenté. O tal vez no podía recordarlo. Sí, debía de estar delirando de fiebre si comparaba a Anastasia Manciatti con mi madre.

Se rio entre dientes.

—Mis manos están ocupadas y quería ver si tenías fiebre.

—Tenías que reventar mi burbuja.

—Nikolai, dale dos paracetamol con agua, por favor.

Los tomé de mi hermano. Y allí estaba otra vez, observándome como un hermano mayor preocupado. Prefería recibir la bala que vernos pasar por eso a Dimitry o a mí. Incluso después de todos estos años, traté de averiguar si eso lo hacía débil o fuerte... definitivamente sobreprotector.

—¿Podríamos parar cinco minutos para que pueda sacar la bala? —inquirió Anastasia a mis hermanos.

—No —respondí antes de que alguno de ellos tuviera oportunidad.

—Pero... —No la dejé terminar.

—No. Podrían alcanzarnos en cinco minutos.

Miró a los hombres en el asiento delantero, pero mis hermanos pensaban lo mismo que yo. Los tres podríamos tener personalidades completamente diferentes, no obstante, en situaciones como esta, nuestros pensamientos estaban sincronizados.

A Anastasia no le gustó para nada.

—No quiero empeorar su hombro. Si pasas por encima de un bache, podría desgarrarle el músculo y hacerle más daño. Y ni siquiera puedo anestesiarlo.

«Me merezco todo el dolor que me da».

—Anastasia. —Dimitry buscó sus ojos en el espejo retrovisor—. He leído tu expediente. Eres brillante. Has hecho esto antes.

—Sí, en una mesa de operaciones. No en un coche en movimiento. Y las heridas de combate no son mi especialidad.

—Princesa —interrumpí. No quería que convenciera a mi hermano de que se detuviera y ponerlos a todos en peligro—. Si alguien puede hacerlo, eres tú.

No le gustaba esto, estaba escrito en su rostro.

—Sergei, si te me mueres, te juro que te mataré de nuevo. —Me hizo reír, pero maldición, dolió—. De acuerdo. —Empezó, poniéndose en modo médico—. Necesitaré que me hables todo el tiempo. Adormeceré la zona todo lo que pueda con el medicamento que tenemos, pero aún lo sentirás.

—Está bien. —Me miró como si quisiera asegurarse de que estaba bien.

—Debería presentarte a Scarlett —comentó y mi corazón se detuvo por un segundo. ¿Pensaba que Scarlett y yo seríamos buenos juntos?

—¿Quién es Scarlett? —pregunté, mi voz sonaba extraña a mis propios oídos. Escuchar a Anastasia mencionar su nombre de nuevo fue un doloroso recordatorio de lo que había hecho—. ¿Es quién te metió en problemas con viejos británicos? —Me maravillaría de mi tono despreocupado si no estuviera sufriendo tanto dolor.

—¿Cuánto tiempo estuvieron escuchando a escondidas? —cuestionó, una pequeña sonrisa apareció alrededor de sus labios—. No, esa fue Olivia. No serías bueno para Olivia.

—¿Por qué no?

—No lo sé. No eres realmente su tipo. —Empujó suavemente en el área de mi herida de bala y luego se puso a trabajar.

—¿Soy tu tipo? —inquirí sin razón alguna.

—No.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no me cuentas algo que te guste hacer? —soltó en su lugar, tratando de ignorarme. Podía ver que se concentraba en la tarea que tenía entre manos.

—Disfruto de las mujeres hermosas y me gustaría saber por qué no soy tu tipo.

—Hablas demasiado. —Casi sonaba exasperada.

—Podría hablar menos.

Se enderezó y me miró, como una doctora estricta o una madre que regañaba a su hijo.

—De acuerdo, Sergei. No más preguntas. Vas a recitar el alfabeto. Por favor.

No pude evitar dedicarle una sonrisa pícara. Anastasia era definitivamente una buena mujer. Mi hermano sería estúpido si la dejaba ir. Sin embargo, mis instintos me decían que Anastasia ya lo había elegido, lo supiera ella o no.

Recitando el alfabeto como me ordenó la bella doctora, sentí el empuje de los fórceps en mi músculo. La sensación estaba muy adormecida y lo agradecí. Debió agarrar la bala, porque rápidamente colocó el parche encima, sujetándolo para detener la hemorragia.

—¿Mejor? —cuestioné con una sonrisa, aunque sentía que mis fuerzas se debilitaban a cada minuto.

—¿Qué tipo de sangre tienes, Sergei?

—O negativo. —Asintió y pude ver cómo almacenaba la información en su brillante cerebro.

—Nikolai, toca su frente —le ordenó.

—¿No quieres besarme? —Me burlé de ella mientras la áspera mano de Nikolai tocaba mi frente. Sí, definitivamente prefería la mano fría de Anastasia.

—No estoy seguro —indicó mi hermano.

Se inclinó y posó sus labios en mi frente, igual que la última vez.

—¿Cuánto falta para nuestro destino? —le preguntó a Dimitry,

—Veinte minutos.

Podía ver la preocupación en su cara, y casi podía imaginarme su cerebro haciendo cuenta regresiva.

—¿Cuál es tu recuerdo más feliz de la infancia? —inquirí para distraerla.

Me miró a los ojos, con tanta tristeza en aquellas esmeraldas que cautivaron a mi hermano mayor. Se aclaró la garganta, como si necesitara aliviar el ahogo de su garganta.

—Bailaba desde... bueno, desde que podía caminar. Al menos, eso decía mi madre. —Sonrió con ternura al mencionarla. Fue agradable verla, porque pensar en mis padres solo me ponía furioso —. Fui a clases de *ballet* desde los cuatro años. A los nueve, mis padres y mi abuelo me llevaron a St. Petersburg a ver *El Cascanueces*. Aún puedo oler el escenario y escuchar el parloteo de las chicas. Hice que mi madre me llevara al baño varias veces durante el espectáculo para poder ver a escondidas a las hermosas bailarinas. Por supuesto, mi madre se dio cuenta de por qué insistía tanto en ir al baño. Cuando llegó la hora de ir de verdad, se negó, pensando que era otro truco mío. Cuando por fin la convencí de que tenía que ir de verdad, casi me orinaba encima.

—¿Por qué es ese tu recuerdo favorito? —pregunté con una risita débil—. Es casi vergonzoso.

—Fue la última vez que estuvimos todos juntos —dijo suavemente—. Estuvimos allí una semana, y podíamos ver el *Winter*

Palace desde nuestro hotel. Yo fingía ser la princesa y volvía loco a mi abuelo. Mi padre no trabajó en toda la semana, el teléfono de mi madre estuvo apagado durante todo el viaje y mi abuelo no encendió las noticias ni una sola vez. —Se quedó mirando la oscuridad absoluta del exterior del coche, con la mente claramente perdida en el recuerdo—. Unas semanas después, mi madre murió.

—Mierda, lo siento. —En ese momento deseé no haberle hecho esa pregunta. Puse mi palma sobre su mano libre ofreciéndole mi consuelo. Si supiera cuánto lo sentía.

—No te preocupes. Y no muevas el brazo; si no, tendré que atarte.

—Puede que me guste —repliqué, burlón, y ella sacudió la cabeza con incredulidad, pero una sonrisita apareció alrededor de sus labios.

—¿Por qué no seguiste? —cuestionó Dimitry. Elevó una ceja sin entender a qué se refería—. ¿Por qué dejaste de bailar?

Respiró hondo, y casi pude identificarme con el dolor y el arrepentimiento que se reflejaban en su rostro.

—No podía bailar sin pensar en ella. —Sus palabras se entrecortaron—. Yo... simplemente no podía hacerlo sin alterarme, así que paré.

Si me quedaran fuerzas, la abrazaría. Nunca debería haber pasado por un calvario como ese. Ella y su madre no merecían experimentar algo tan horrible como eso. El hecho de que mi padre fuera el causante era aún más inquietante.

No tenía ninguna duda de que Dimitry y Anastasia acabarían juntos. Era una de esas cosas que uno sabía instintivamente. Entonces sería mi hermana. A menos que Dimitry me matara antes.

20

SERGEI

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me sentía como si me hubiera atropellado un tren. Me dolía el hombro, pero no dije nada al respecto. Anja vino a verme, examinando el resultado. Hizo un gran trabajo curándome. Me obligué a unirme a los demás para desayunar, Anja detrás de mí asegurándose de que estaba seguro sobre mis pies.

Tras su lección de cocina con Dimitry y el estómago lleno de todos, salió a llamar a su padre. Escuchar la conversación de Anja con su padre hizo que mi angustia y autodisgusto crecieran a cada segundo. Estaba preocupada por Scarlett. Su padre debió de haberle dicho que la habían secuestrado. Maldición, quería decirle que Scarlett estaba a salvo. Quería decirle que había tenido que secuestrar a su mejor amiga para mantenerla a salvo, porque los mismos hombres que fueron tras Anastasia sabían de mi Scarlett. Y sobre todo, quería confesarle a Anja que fui yo quien la secuestró.

Detestaba la idea de terminar en algo parecido a mi padre. Prefería que Dimitry y Nikolai me mataran a tiros a permitir que me convirtiera en el maníaco cruel que era Boris. Sería misericordioso matarme antes que permitir que me convirtiera en el lunático que era mi padre.

Dimitry estaba en el bosque con Anja y en cuanto oímos un disparo, Nikolai y yo corrimos hacia allá. Aunque no estaba en condiciones de defender a Anja o a mis hermanos, lo intentaría. Y moriría en el intento, si fuera necesario.

Cuando llegamos junto a Dimitry y Anja, apenas me mantenía en pie. Sus ojos se posaron en mí y brillaban con fastidio.

—Sergei, te dije que no te esforzaras —me regañó.

—Escuchamos un disparo —informé, apenas manteniendo la voz uniforme. Mi respiración era más pesada por el cansancio físico. Bajé los ojos hacia la pistola que empuñaba, preguntándome por qué tenía una.

—Anastasia aprendió a disparar al blanco —explicó Dimitry.

Todos los ojos de los hombres, incluidos los míos, se desviaron hacia el blanco, y no pude evitar sentirme impresionado. Maldición, había dado en el blanco en su primer intento. Ni siquiera Dimitry había logrado eso. Aunque era un adolescente cuando disparó un arma por primera vez.

—¿Diste en el blanco en el primer intento? —Nikolai también sonaba impresionado.

—Solía practicar tiro con arco —musitó, como si eso lo explicara todo. Se me encogió el corazón de dolor por ella. Estaba claro que este mundo, la violencia, no era lo que deseaba o le gustaba en la vida. Obviamente, no mucha gente amaba la violencia. Debió de ser muy duro para ella. Luchaba para salvar vidas, no acabar con ellas.

—Mujer, podrías darme una erección. —Intenté burlarme de ella, con la esperanza de hacerla sentir mejor. Si quería abofetearme, también estaba bien. No me gustaba verla tan alterada—. Si no sintiera tanto dolor, me excitaría mucho.

Deseaba que Scarlett estuviera aquí. Era hora de confesar algo de esta mierda que había hecho. Podría perder a mis hermanos en el proceso, pero no podía vivir así. Y odiaba ver a Anja molesta y preocupada por sus amigas. Si podía tranquilizarla con respecto a una de sus amigas, valía la pena. Era demasiado buena persona, no podía dejar que se preocupara. Ya tenía bastante en su plato.

—Quiero irme a casa —anunció y me quedé boquiabierto. Si se iba a casa y abandonaba la protección de Dimitry, estaba más que muerta—. Permítanme reformularlo —agregó, con voz segura y confiada, aunque tenía la clara sensación de que era una farsa. Ocultaba su miedo y su preocupación. Para mí era fácil verlo, ya que

era algo que hacía frecuentemente—. Me iré a casa. No me voy a quedar aquí.

—¿Y qué piensas hacer entonces? —Dimitry estaba furioso con ella. Se preocupaba por ella y nunca permitiría que se pusiera en peligro.

—Lo resolveré en mi vuelo a casa. —Anastasia levantó la barbilla en desafío. ¿Por qué demonios me recordaba a mí mismo en aquel momento? Normalmente, solo yo hacía tonterías. Supongo que por fin encontré a alguien que me hiciera compañía cuando estaba en la lista mala. Aunque amaba la compañía, no podía permitir que Anja saliera lastimada.

—¿Le diste a un blanco y ahora crees que puedes pelear? —desafié.

—No creo eso. Pero no voy a esconderme aquí mientras mis mejores amigas... —Sus palabras salieron tensas. Seguía tragando saliva con fuerza, intentando mantener la compostura—. Ustedes tres no podrían entenderlo. No puedo esconderme aquí, sana y salva mientras una de mis amigas ha sido secuestrada por mi culpa y la otra está siendo obligada a casarse con un psicópata narcisista que la torturará el resto de su vida.

«Demonios». Ese sería el momento correcto para decirle que tenía a Scarlett. ¿Y quién era el psicópata narcisista que torturaría a su otra amiga? No podíamos permitir eso.

—Cálmate, Anastasia —exigió Dimitry, su tono tranquilo—. Sé cómo te sientes. Mis hermanos y yo haríamos lo mismo el uno por el otro. Pero si consigues que te maten, no podrás ayudarlas.

Esos dos iban y venían, luchando contra sus voluntades. *«Es como presenciar un juego previo»*, pensé irónicamente. Mis fuerzas se estaban agotando lenta pero inexorablemente. Sabía que ese día sería duro después de perder tanta sangre. No era la primera vez que me disparaban; aunque esperaba que fuera la última.

«No es probable».

Mi mente trabajaba en posibles escenarios y en cómo anunciar que Scarlett estaba a salvo. Y admitir que fui yo quien entregó a Anja a los hombres de Boris. Esperemos que sin ser enterrado en el acto.

La voz elevada de Anastasia devolvió mi atención a mi hermano y Anja.

Le señalaba el pecho con el dedo.

—Soy una mujer adulta. No tienes ningún control sobre mí, por muy bien que beses. —Mi labio se torció. Así que esos dos ya estaban en la fase de besarse. Ella continuó, probablemente sin saber que anunciaba con tantas palabras que le gustaba Dimitry—. Puedes decirle a mi padre que tampoco tiene nada que decir sobre lo que puedo o no puedo hacer.

—Anastasia, ¿qué tal si te ayudamos? —Ofrecí. Me agradaba. La quería para mi hermano. Se merecía lo mejor después de todo lo que había pasado para mantenernos a salvo a Nikolai y a mí. No podría estar más orgulloso de llamarlo mi hermano, aunque me enterraría vivo una vez que todo saliera a la luz.

—¿Cómo? —La cabeza de Anja se giró hacia mí, con un brillo de esperanza en los ojos.

Intervino Dimitry:

—Primero, tendríamos tu palabra de que te quedarás con nosotros hasta que sea seguro que te vayas.

Tenía razón al exigir eso. Si a Anja se le metía en la cabeza que se iría a salvar a sus amigas, lo haría. No sé cómo lo sabía, pero lo hacía. Era bastante parecido en ese sentido. Esta mujer era testaruda y probablemente una de las razones por las que sería buena para mi hermano. Una vez que decidiera quedarse con Dimitry, nadie la alejaría de él. Ni el mismo Dimitry sería capaz de disuadirla.

—No puedo darte mi palabra hasta que conozca el plan —le respondió Anja. Mas podía ver que su determinación se doblegaba. Confiaba en él.

—Te prometo que idearemos un plan para ayudar a tus amigas —prometió—. Hablaremos con nuestros contactos y averiguaremos la situación en cuanto volvamos a la cabaña. Pero quiero tu palabra de que te quedarás con nosotros y no intentarás nada estúpido.

No pude evitar más que sonreír. Casi sonaba como cuando me regañaba. Eran palabras que oía a menudo de Dimitry. *Quiero tu*

palabra de que no cometerás ninguna estupidez. Por supuesto, a menudo hacía alguna estupidez.

Dimitry añadió en tono serio:

—Nunca rompo mis promesas. —Y maldita sea, decía la verdad. Incluso si eso significaba dolor y sufrimiento para él, nunca rompía una promesa.

Nikolai y yo replicamos:

—También tienes nuestra promesa.

En el momento en que Anja tomó su decisión, pude ver resolución en su rostro. Tenía alivio escrito por todas partes.

—De acuerdo, tienen mi palabra. Me quedaré con ustedes hasta que sea seguro irme —aseguró.

—Gracias a todos los infiernos —musité, balanceándome ligeramente sobre mis pies. Mi fuerza era casi inexistente en este momento—. No creo que pueda aguantar parado mucho más tiempo.

—Es tu maldita culpa por insistir en venir —regañó Nikolai de buen corazón mientras colocaba mi brazo por encima de su hombro y Dimitry hacía lo mismo.



Me sentía como todo un recién nacido mientras Dimitry y Nikolai me ayudaban a volver a mi habitación. Una vez instalado, Anastasia nos hizo un resumen de la situación de su amiga Olivia y el lío en el que estaba atrapada. Toda la situación me produjo náuseas. Podía ser porque me sentía débil después de lo del día anterior o porque Malcolm Schmidt estaba demasiado cerca de mi Scarlett.

Y me había dado cuenta de que esas tres eran muy unidas. Lo que hizo que mi traición fuera aún peor.

—¿Y Scarlett? —le pregunté a Anja después de que terminara de hablar de la situación de Olivia.

Se pasó la mano por su cabello

—No lo sé —murmuró exasperada—. Mi padre dijo que la habían secuestrado del hotel. No tiene sentido, porque ya me habían

secuestrado. Me agarraron delante del club nocturno, *Russian Orchid.*

—Ese club es mío —declaré. No era tonta. Eventualmente acabaría atando cabos. No podía estar seguro de lo que Scarlett les había dicho, pero de cualquier manera, Anja se daría cuenta.

—¿Qué? —Sus cejas se fruncieron, y casi pude ver las ruedas girando en su cabeza.

—Ese club es mío —repetí.

En cuanto se dio cuenta de lo que eso significaba, su rostro mostró su rabia. Se levantó y caminó hacia mí.

—¡Fuiste tú! —*Ah*, estaba furiosa.

—¿De qué están hablando? —Dimitry y Nikolai le preguntaron al mismo tiempo, pero mis ojos estaban fijos en Anja. ¿Cuánto recordaba?

—Eres el tipo que le dijo que deberíamos ir a *Russian Orchid*. —Su tono era acusador, y tenía todo el derecho a estar molesta—. Eres la única razón por la que fuimos allí.

—Explícate. —Dimitry también estaba enfadado ahora. Había estado mintiéndoles a mis hermanos, la única familia que había conocido y que siempre me ha cubierto la espalda. Se me hizo un nudo en la garganta, todos los años y la mierda que pasamos pasaron delante de mis ojos. Amaba a mis hermanos, y aunque me preparé para perderlos, seguía doliendo, carajo.

—No llores, Sergei. —Dimitry y Nikolai se acurrucaban en la misma cama que yo. La cama chirriaba bajo mi peso, por no hablar de los tres. Mi cuerpo temblaba de frío y todo me dolía. Aún recordaba aquella hambre, lo mucho que me dolía el estómago—. Iré a primera hora de la mañana y traeré algo especial para ti. Te cuidaré.

Maldición, ¿cuántos años tenía? ¿Seis, siete? Nikolai y Dimitry usaron su calor corporal para mantenerme cálido, se aseguraron de que no pereciera y así era como les pagaba.

—Scarlett se encontró con un tipo el día que llegamos a St. Petersburg —explicó Anastasia a Dimitry—. Mi amiga no estaba muy interesada en hacer turismo. Al segundo día en la ciudad, solo hablaba del chico con el que había salido. Durante toda la semana que pasamos en St. Petersburg no paró de escaparse mientras Olivia y yo hacíamos turismo. Luego, cuando llegamos a Moscú, él también estaba ahí. Ella estaba completamente... —Se detuvo y respiró hondo. Nada que hiciese sería peor que lo que yo le había hecho—. Olivia y yo no estábamos interesadas en el club nocturno, pero Scarlett estaba toda emocionada contigo. —Sus ojos se encontraron con los míos y fue otro puñetazo en el estómago. ¿Me perdonaría Scarlett alguna vez? Ya no estaba tan seguro—. Quería que te conociéramos, así que pensamos, *qué demonios*. Hacía tiempo que no se interesaba por nadie. —Anja me observó, con un millón de preguntas en su mirada—. ¿Por qué le dijiste que fuera a ese club y luego no apareciste? Esa era la única razón por la que quería quedarse. Tenía la esperanza de volver a verte.

Mi mandíbula se quejó bajo el ataque de mis dientes apretados. Esto era todo. Era el momento que me costaría la única familia que tenía. La familia que no merecía.

—Basta, princesa —dije suavemente y el reconocimiento apareció en su rostro. Se acordaba. Por fin recordaba la voz y la palabra cariñosa con que la llamé la noche que la secuestré. La noche en que la jodí tanto que ya no había vuelta atrás.

—Maldito desgraciado. —Se abalanzó sobre mí y me abofeteó con fuerza. Podría haberla detenido, pero me quedé quieto. Merecía eso y más. Debería torturarme, destriparme vivo. Todo lo que me diera, me lo merecía. Mi puto culo pertenecía a las fosas del infierno —. ¡¿Cómo pudiste?! —gritó.

Antes de que pudiera golpearme de nuevo, Dimitry la rodeó con sus manos por detrás. Sin embargo, eso era porque él no lo sabía. Aunque pronto lo haría. Me preparé para el odio y el asco de los dos únicos familiares que tenía. Tal vez no fueran mis hermanos de sangre, pero eran mucho más.

Dimitry le exigía que se calmara, pero Anja estaba furiosa. Y con razón. Le mordió el brazo y su mirada enojada se clavó en mí. Le

gritaba, lo creía implicado en su secuestro, no obstante, yo era el único culpable.

—Por fin lo recordó —hablé, conteniendo mis emociones. Maldición, todo mi interior se estaba desgarrando. Perdería a Scarlett por esto y a mis hermanos—. Por fin recordó quién la secuestró.

—Sergei, será mejor que te expliques. —La voz de Dimitry era fría, pero no sonaba como su habitual enojo y decepción por mis decisiones equivocadas. Este era el tono que reservaba para sus enemigos.

Anastasia sollozó, su expresión de dolor me desgarró. Cada centímetro de mi interior sangraba y lloraba junto con ella. Mas hacía mucho tiempo que no lloraba. Así que lo único que podía hacer era sentarme y ver cómo mi familia se me escapaba de las manos. No podía hacerlo peor para ellos. Lo hice todo por mi cuenta.

—¿Tienes idea de lo aterrador que era, noche tras noche, sentada semidesnuda en aquella habitación oscura y fría, sola? —Las palabras de Anja me estremecieron hasta lo más profundo de mí. Le temblaban los labios y la voz—. Estaba segura de que acabaría igual que esa vez en que vi a mi madre...

No pudo terminar la frase, aunque sabía lo que quería decir. Su madre fue torturada y violada delante de ella. Era una niña pequeña arrastrada a este mundo de mierda, y en ese momento hice que le volviera a suceder. La hice revivirlo todo. Le temblaban los hombros mientras hundía la cara en el pecho de Dimitry.

Si fuera un hombre mejor, un hombre más fuerte, me metería una bala en el cráneo en ese instante. Dañé a una mujer inocente. La entregué a un grupo de hombres que sabía que eran criminales.

—Sergei, será mejor que te expliques —exigió Dimitry—. O te mataré yo mismo.

Mi hermano nunca hacía amenazas vacías. Nunca me había amenazado con hacerme daño, mucho menos con matarme. No obstante, en ese minuto sabía que lo decía en serio.

Mis ojos se desviaron hacia Anastasia.

—Eras tú o Scarlett —confesé. Fue una mala decisión de mi parte. No era una excusa, aunque seguro que sonaba como tal—. No

te conocía, y Scarlett apenas te mencionó, así que supuse que no eran tan cercanas.

—¿Qué quieres decir? —La cara de Anja estaba húmeda por las lágrimas, y no me sentaba bien. Me odiaría para siempre. Incluso si por algún milagro, Nikolai y Dimitry no me mataban o cortaban cualquier vínculo conmigo, cada vez que Anja me mirara vería al hombre que le causó dolor. Estaba seguro de que el futuro de Dimitry estaba ligado a esta mujer y perdí la oportunidad de tener una hermana.

¿Cómo podría explicarles a mis hermanos y a Anastasia lo que pasó? Scarlett me importaba tanto.

—Nos encontramos en St. Petersburg, en el vestíbulo del hotel. —Empecé, con los ojos fijos en Anja—. Probablemente, no te diste cuenta, porque estabas estudiando una guía de viajes o algo así, pero tu amiga pelirroja me vio. Scarlett y yo congeniamos. Ella es importante para mí. Los hombres de Boris debían de estar siguiéndolas, porque una noche rastrearon a Scarlett hasta mí. —Mis ojos se desviaron hacia mis hermanos—. Me ofrecieron un trato: dejarían en paz a Scarlett si les entregaba a Anastasia. No podía arriesgarme a perder a Scarlett, así que me pareció algo obvio.

—¿Por qué no nos llamaste? —cuestionó Nikolai, en un tono casi exasperado.

—¡Ni puta idea! —repliqué. No podía decirles que quería protegerlos, dejarlos fuera del maldito enredo. Pero esta mierda era mucho más grande de lo que imaginaba. Pensé que solo querían ganar dinero rápido y estaban tramando mucho más que un secuestro al azar—. Por una vez, quería arreglarlo todo por mi cuenta y dejar toda la mierda en el pasado.

También era la verdad. Estaba deseando salir de este tipo de vida igual que mis hermanos.

Anja levantó los ojos hacia Dimitry.

—¿Sabías que Sergei estaba involucrado?

—Joder, no.

—Nadie lo sabía excepto yo. —No quería que dudara de Dimitry. Se merecía una buena mujer y una familia en su futuro. Había

sacrificado mucho por nosotros y nos había protegido en todo momento.

—¿Por qué iba a creer algo de lo que dices? —Tenía razón en cuestionarme. Le había estado mintiendo desde el momento en que nos conocimos. Por la expresión de su rostro, me di cuenta de que estaba reflexionando algo—. Esa es la parte que no entiendo. ¿Qué quieren de mí los hombres de Boris? Está encerrado de por vida, esperando ser ejecutado.

—Demonios —maldijo Dimitry. No le habíamos contado lo que averiguamos el día anterior del hombre al que torturamos.

—La verdad es que no lo sabía, Anastasia. —No quería que arremetiera también contra mi hermano. Solo intentaba protegerla —. Mencionaron que tu familia pagaría el precio. Coloqué a tres hombres en ese grupo para asegurarme de que no te pasara nada.

En el momento en que salieron las palabras, supe que también había fallado en eso.

—¿En serio? —Se burló de mi afirmación—. Define nada.

—¿Has tomado alguna otra mala decisión como esta que debamos conocer? —La ira y la decepción de Dimitry llenaban su voz —. ¿Trabajaste en esto con Vlad? Porque te juro que suena a una mierda que él haría. Aunque también tiendes a cagarla bastante cuando se trata de mujeres.

Cerré las manos en puños. Lo peor era que tenía toda la razón. La había cagado bastante por mi cuenta.

Apreté los dientes para responder.

—No. Vlad apareció más o menos a la misma hora, pero no le dije nada. Todo esto es culpa mía.

El silencio se prolongó y cada segundo me pesaba en el corazón. Volvía a sentirme como ese niño pequeño, asustado de quedarse solo. Durante nuestra estancia en el orfanato, Nikolai y Dimitry se alternaban para quedarse conmigo, porque estaba muy jodido y asustado todo el tiempo. Esos dos habían sobrevivido en esa maldita casa de tortura, y sabían que yo no lo haría. Eso hizo que su sacrificio me pesara aún más.

—Todo el tiempo que me tuvieron cautiva, era como si estuvieran esperando —reflexionó Anastasia—. No entendía qué esperaban.

Y ahí estaba. Todos nuestros secretos estaban saliendo a la luz.

—Estaban esperando a Boris —expresó Dimitry. Anastasia lo miró, confusión en su mirada verde que parecía capturar a mi hermano tanto como mi Scarlett me capturaba a mí.

—Pero está en prisión.

Dimitry suspiró.

—Tu padre me dijo ayer que Boris se escapó. Creemos que salió de Estados Unidos y probablemente esté en Rusia ahora.

La tensión me invadió mientras veía como Anja nos estudiaba a los tres. Por una extraña razón, esperaba que no le diera la espalda a Dimitry. No solo porque era su mejor oportunidad de sobrevivir, sino también porque era buena para él.

Y él sería bueno para ella.

—Así es como vamos a hacerlo —habló en voz baja—. Todo lo que me concierne, quiero saberlo. No necesito que nadie tome decisiones por mí. No puedo tomar decisiones informadas si no conozco todos los hechos. —Sus ojos se giraron hacia mí y había una dura resolución en ellos. Demonios, si quisiera matarme en ese segundo, se lo permitiría—. Si algo le pasa a Scarlett, te mataré. —Su amenaza me sorprendió. Me demostró que era muy cercana a sus dos amigas—. Nunca he matado a nadie, pero haré una excepción esta vez. —Se me acercó y me miró a los ojos—. Y en cuanto puedas moverte sin desmayarte, irás a salvarla —requirió. Una vez que lo supiera, podría exigir que Scarlett fuera salvada de mí—. Si tiene un rasguño, se añadirá a la deuda que tienes conmigo. Porque Sergei... planeo darte el mismo tratamiento que soporté de los hombres de Boris en las últimas dos semanas.

Era demasiado blanda. Me merecía algo diez veces peor que lo que recibió en las últimas dos semanas bajo esos hombres. Ponerme una pistola en la cabeza podría ser demasiado bueno para mí. Realmente demostraba cuánto mejor era que nosotros.

Sonreí, con un pequeño atisbo de esperanza retumbando en mi pecho. Era estúpido y no lo merecía, pero ahí estaba.

—Es justo, y lo aceptaré todo sin protestar, Anastasia. —Me incliné, ya que ella estaba apoyada en el sillón, intentando parecer

enfadada. Le di un beso fraternal en la mejilla y parpadeó confundida—. Scarlett está a salvo —comenté.

—¿Cómo lo sabes? —Soltaron los tres.

—Porque hice que mis hombres la secuestraran. —Sonó mucho peor cuando se decía en voz alta.

Anastasia y yo nos miramos. Esperé a que cambiara de opinión y me matara después de todo. O que me abofeteara. Cualquier cosa. En lugar de eso, se rio, con diversión en los ojos.

—*Oh*, estás tan jodido, Sergei. Porque una vez que Scarlett se entere, el infierno se congelará antes de que te perdone.

«Mierda, eso es lo que me asusta». Mas no se lo admitiría. Apenas podría admitirlo a mí mismo. Le había estado mintiendo desde el momento en que nos encontramos.

—Verá que lo hice por su bien, para mantenerla a salvo.

Mierda, esperaba que viera mi razonamiento. Porque ya ni siquiera estaba seguro de verlo yo mismo.

SCARLETT



Habían pasado tres días desde que Michail y yo acordamos una tregua. Fiel a su palabra, me dejó andar libre por la propiedad y renuncié a intentar escapar. Cuando salía, Michail me acompañaba.

Dejando a un lado el secuestro y el hecho de que trabajaba para mi futuro esposo, era bastante entretenido. Hablaba de su infancia y de sus padres. Se metía mucho en problemas. Era bastante travieso.

—¿No hiciste eso? —Me reí ante sus palabras.

—Lo hice —admitió—. Y recibí una buena paliza por ello.

Me reí entre dientes.

—Te lo mereces. Meter una serpiente en la cama de tu hermana.

—Estaba muerta —argumentó, pero sus ojos brillaban con picardía.

—¡Aun así! Me daría un infarto —solté—. Y me negaría a dormir en esa cama para siempre.

—Todas las mujeres deben ser iguales, porque mi hermana pequeña hizo exactamente eso —señaló—. Así que también acabé con una cama pequeña.

Por la forma en que hablaba de su hermana, era evidente que se preocupaba mucho por ella. Me di cuenta de que cada vez que hablaba de ella, siempre lo hacía en pasado. Me preguntaba cuál sería su historia; sin embargo, mi instinto me decía que no me la revelaría. No quería arruinar esta frágil amistad, si es que podía llamarse así, con mis preguntas entrometidas.

En lugar de eso, me reí entre dientes.

—Aunque todos mis hermanos son mayores, ninguno intentó nada parecido. Pero consiguieron asustar a muchos chicos en la preparatoria. Era difícil conseguir una cita para la graduación con ellos rondando por ahí.

—Para eso están los hermanos —bromeó.

Justo cuando iba a preguntarle por sus otros hermanos, sonó su teléfono. Contestó en ruso.

—Es para ti. —Me pasó el teléfono.

Vacilante, le quité el teléfono y me lo puse en la oreja, sin saber qué esperar.

—¿Hola?

—*¿Scarlett?*

—¿A-Anastasia? —Normalmente, no tartamudeaba, pero juraba que tenía que ser una alucinación. No podía creer lo que estaba escuchando. Escuchar su voz fue un gran alivio—. ¿Cómo estás llamando? ¿No estás secuestrada?

—*No, ya no lo estoy* —respondió. Su llamada repentina e inesperada hizo que me costara entender el qué y el cómo. Me sentí como si acabara de despertarme y alguien me hubiera dado demasiada información mientras mi cerebro aún luchaba por despertarse y asimilarlo todo. ¿O quizá las hormonas del embarazo habían vuelto mi cerebro demasiado lento?—. *¿Estás bien?* —continuó preguntándome.

—Sí, pero ¿cómo supiste a quién llamar? ¿Dónde estoy? —Nada de esto tenía sentido. Le lancé una mirada a Michail, que me observaba, como si esperara que rompiera nuestra tregua en cualquier momento.

—*Es una larga historia y la escucharás pronto*. —Pude oír fastidio en su voz—. *Parece que fuiste secuestrada para que te mantuvieran a salvo por uno de los hombres que contrató mi padre. Por favor, no pidas lógica aquí. Así que estás medio secuestrada, aunque no realmente. Más bien metida en un lugar seguro. ¿Te asustaron?*

—Diablos, no. Me enojaron más que nada —dije. Era verdad. Estaba enojada al principio e intenté escapar. En ese momento, solo estaba resignada a mi destino, pero no había necesidad de descargar más preocupaciones sobre los hombros de Anastasia. No

necesitaba eso en ese minuto—. Entre tú y yo, este es como el secuestro más bonito de la historia, aunque mataré a quien lo haya hecho. —Intenté sonar tranquila y despreocupada. Además, no era como si pudiera darle a Anastasia un resumen de mis acontecimientos y preocupaciones acerca de estar embarazada mientras Michail estaba a mi lado—. *¿Estás* bien? —cuestioné en su lugar.

—*Mi secuestro no fue tan agradable* —explicó en tono seco. Me encogí al tratar de imaginar lo que eso significaba—. *Sin embargo, conocí al chico de tus sueños. En realidad, es un imbécil si quieres mi sincera opinión.*

—¡Dios mío! ¿Es él quien te secuestró? —inquirí incrédula. Mi cerebro era lento, muy lento para conectar todos los puntos.

—*No, no fue quien me secuestró* —aclaró tras unos segundos de silencio—. *Forma parte de los chicos buenos que me están ayudando... supongo*. —Nada de esto tenía sentido. Sabían dónde estaba, ¿y uno de los buenos me secuestró? Mis ojos se desviaron hacia Michail. Me había estado reteniendo para mi futuro marido. Anastasia siguió explicando, ajena a mi agitación interna—. *Quería asegurarse de que los hombres de Boris no te agarraran también. Es una larga historia. Lo estoy curando e irá a buscarte pronto. Dos días máximo*.

—¿Curándolo? —repetí, estupefacta.

—*Sí, le dispararon*. —Inhalé con fuerza—. *No te preocupes, no se está muriendo*. —Luego añadió burlonamente—: *Aunque quizá desearía estarlo.*

—Gracias a Dios —murmuré, pero las ruedas de mi cabeza estaban girando*. «Sergei recibió un disparo. Anastasia lo curó. Vendrá aquí. Michail me secuestró para mi futuro esposo... ¿y fue para mantenerme a salvo de los hombres de Boris, como dijo Anastasia?».*

—*Tengo que irme. Solo quería asegurarme de que estabas bien* —comentó Anastasia en voz baja. *«¿Era Sergei mi futuro esposo? ¿Qué demonios estaba pasando?».*

—¿Segura que estás bien? —pregunté preocupada.

—*Sí, lo estoy. Ten cuidado.*

—Estoy tan feliz de que estés bien —comenté. Y realmente lo estaba, pero en este momento tenía un nudo en el estómago—. Tenemos que llegar a Olivia pronto —añadí. Olivia y Anastasia eran mis únicas amigas y odiaba que le pasara algo a cualquiera de ellas.

—*Iremos por ella*. —Sonaba segura y me cuestioné si tendría un plan. No era como que estuviera en posición de ayudar en ese momento—. *Cuando Sergei vaya a verte, ya sabe cómo ponerse en contacto conmigo.*

¡Y ahí estaba mi confirmación! Esta no podía ser una coincidencia. Tenía que ser el mismo Sergei.

—De acuerdo. Te quiero mucho. —Ni siquiera estaba segura de cómo las palabras salieron de mi boca.

—*También te quiero. Adiós*. —Y la línea se cortó.

En un movimiento robótico, le devolví el teléfono a Michail, encontrándome con su mirada.

—Ya viene —susurré, con la traición amarga en la lengua. Sergei me había mentido desde el primer día—. Mi futuro esposo, el hombre para el que trabajas. Sergei vendrá.

—Bien. Ya era hora —contestó Michail.

Casi esperaba que preguntara quién era Sergei, mas no lo hizo. Una mezcla de emociones nadaba por mi cuerpo. De la traición, al alivio de que Sergei estuviera vivo e ileso, a la ira, y de nuevo a la traición.

Mi familia arregló un matrimonio con Sergei. ¿También era un mafioso?

—Michail, estoy cansada —informé—. ¿Te importa si vuelvo a mi habitación?

Tenía que pensar en paz. ¡Sergei era el hombre al que me habían prometido durante los últimos ocho años!

SERGEI

Anja estaba empacando. Una hora más y nos iríamos cada uno por caminos separados. Dimitry estaba enfadado conmigo. Ni siquiera quería estar en la misma habitación que yo. No era como que pudiera culparlo. Ni siquiera estaba seguro de cómo arreglarlo.

Solo sabía que no quería perder a ninguno de mis hermanos. Ni a Scarlett. Después de su llamada con Anastasia, no había más que fingir. Sabría que era su prometido y se lo oculté todo el tiempo. Demasiado para mi plan de cortejo. En retrospectiva, no era tan brillante, pero a la mierda. Ya estaba hecho.

—Sergei. —La voz de Nikolai me hizo levantar la cabeza. No estaba en la mejor forma después de recibir un disparo, no obstante, la recuperación iba bien. Anja me había limpiado las heridas y me había curado una vez más. También me llenó de medicamentos para que sintiera menos dolor.

—*Hermano* —respondí en ruso. ¿Seguiría teniendo permiso de llamarlo así? ¿Me dirían que por fin se habían cansado de mí? Realmente tenía que controlarme. Si quería un futuro, una buena vida con Scarlett, tenía que arreglar toda esta mierda.

La mano de Nikolai se acercó a mi hombro.

—*¿Estás bien?*

Resoplé.

—*Me sorprende que no quieras matarme* —murmuré, ciñéndome al ruso. No necesitaba que Anja siguiera siendo testigo de mi caída —. *Solo estoy esperando que Dimitry apriete el gatillo.*

—*Pase lo que pase, sigues siendo nuestro hermano*. —Las palabras de Nikolai me hicieron que levantara la cabeza para encontrarme con sus ojos. No estaba seguro de creerlo. Se sentó frente a mí y se tronó el cuello. Estaba cansado. Maldición, los tres estábamos agotados. Cansados de esta vida, cansados del derramamiento de sangre, tratando constantemente de seguir vivos —. *Dimitry está echando humo, pero ya se calmará. Quiero saber si estás bien.*

Mi mirada recorrió su cicatriz. El recuerdo de ese día aún estaba fresco en mi mente. Boris acuchilló a Nikolai en la cara, en uno de sus momentos de rabia. Solo porque Nikolai se negó a herir a un hombre inocente. Había mucha sangre cuando Dimitry y yo volvimos de una misión, pero nada comparado con lo que quedó tras la ira de Dimitry. Entró en un ataque de locura, y al final, todos los hombres que estaban en esa habitación cuando Nikolai recibió esa cicatriz estaban muertos. Excepto Boris.

Era un lunático paranoico desde que tenía memoria. Gobernaba con sus emociones, no con la cabeza clara. Ese era mi mayor temor: llegar a ser como mi padre.

Irónicamente, más o menos un mes después de que Boris le hiciera esa cicatriz a Nikolai, descubrí el nombre de mi padre y de mi madre. Demonios, quería contárselo todo a Nikolai y a Dimitry. Cómo busqué desesperadamente a mis padres, solo para descubrir que el hombre que torturó a mis hermanos era mi padre. Me avergonzaba saber que era mi progenitor. Nos dio a mis hermanos y a mí nada más que dolor y brutalidad. Hubo tanta mierda que pasó en nuestras vidas y la mayoría fue por culpa de Boris.

—*Sí, hermano* —aseguré finalmente—. *Estaré bien.* —Dos respiraciones profundas y continué—: *No quiero perderlos a Dimitry y a ti.*

Nikolai me observó y, al igual que cuando era niño, sentí que podía verlo todo... Mi miedo, mi vergüenza, mis sueños que no tenía derecho a desear, todo.

—*Nunca nos perderás, Sergei* —animó en ruso—. *Somos hermanos, para bien o para mal. Y tienes que aceptar finalmente que eres lo suficientemente bueno.*



Estábamos a menos de treinta minutos de mi casa de St. Petersburg, y no veía la hora de poner por fin los ojos en Scarlett. Sentía como si no la hubiera visto en años. Las palabras de Anastasia resonaban en mis oídos. Dijo que Scarlett nunca me perdonaría por la traición.

«¿Había ido demasiado lejos?».

Sabía que mis hermanos estaban decepcionados. Nada había salido según lo planeado, pero me lo merecía. ¡Qué desastre!

Eran casi las nueve de la noche. Había sido un largo viaje desde que dejamos a Dimitry y Anastasia. Lo que se suponía que iba a ser un viaje de nueve horas, acabó siendo mucho más largo debido a las paradas que hicimos.

Mientras las luces de la ciudad de St. Petersburg brillaban en la distancia, odiaba admitir que estaba nervioso. Maté a muchos hombres, vi cosas jodidas, aun así, estaba nervioso por la reacción de Scarlett. ¿Le importaba lo suficiente como para darnos una oportunidad?

No había duda de que por fin se daba cuenta de quién la había secuestrado y de quién era su futuro esposo. Después de todo, Michail le dijo que era un secuestro por su futuro marido, solo que nunca mencionó mi nombre. Sin embargo, después de la llamada de Anastasia, todo salió finalmente a la luz. Me sentí mejor teniendo todas las mentiras y los engaños expuestos, solo deseaba que se hubiera enterado de una manera diferente.

Apoyé la cabeza en el reposacabezas del asiento trasero. Tomé el medicamento como me había indicado Anja; lamentablemente, no pude descansar durante el viaje. Andrey, el hombre de Nikolai, no paraba de darme lata para que me durmiera, pero ¿quién demonios iba a poder dormir en ese momento? Me rasqué la cara, notando la aspereza de mi barba. Llevaba dos días sin afeitarme.

Mi teléfono zumbó y leí el mensaje de Michail.

Michail: Scarlett está actuando inquieta.

Sí, ¡no me digas! Probablemente estaba pensando en cómo matarme.

Yo: Solo son nervios.

Miré por la ventana y los edificios de St. Petersburg se alzaban a nuestro alrededor. No me gustaba particularmente Moscú y no importaba dónde estuviera, siempre había un recordatorio del pasado, los crímenes y la pobreza por la que pasamos. Pero aquí, en esta ciudad, olvidaba los barrios de los que veníamos, los hombres a los que matamos, la comida que robamos para sobrevivir. No me gustaban esos recordatorios.

Nos detuvimos ante la puerta de mi recinto y los guardias nos dejaron pasar al vernos. Scarlett no debería afectarme tanto como lo hacía. Se convertiría en mi esposa, de cualquier manera. Su padre tenía una deuda que pagar y una palabra que mantener. Lo arreglaríamos.

«Aunque podría llevar meses o años», pensé irónicamente.

El coche se detuvo en la casa y Andrey se acercó rápidamente para ayudar. Odiaba necesitar ayuda, no obstante, pasarían otros días antes de que pudiera volver a la normalidad.

Michail debía de estar esperando, porque salió enseguida.

—Te ves terrible —saludó, tratando de ocultar la preocupación en sus ojos.

—Gracias —contesté secamente—. Tú te ves como un imbécil.

Andrey me tomó por un lado mientras Michail lo hacía por el otro.

—Ayúdenme a subir las escaleras —ordené—. Luego, puedo seguir desde allí.

—Claro que puedes —murmuró Michail.

No quería que Scarlett me viera así. Si bien me preguntaba dónde estaba, también temía oír la respuesta. Casi esperaba que Michail me dijera que se negaba a verme o a hablar conmigo, que exigía volver a casa. En vez de eso, no dijo nada... solo estaba actuando nerviosa.

Al final de las escaleras, la amplia puerta de entrada estaba abierta de par en par.

—Gracias por la ayuda, chicos. Desde aquí puedo solo.

Ambos me soltaron, pero aún permanecieron cerca, como si esperaran que me desmayara en cualquier momento. Entré lentamente en mi casa y fue entonces cuando la vi. Fue como si alguien me hubiese golpeado en el pecho. Parecía la misma, aunque no exactamente. Estaba más pálida de lo que recordaba, con el cabello largo y oscuro recogido en un moño desordenado. Llevaba una camiseta grande y holgada y unos *leggings* ajustados.

Su cuerpo estaba apoyado contra la pared, con los brazos sobre el pecho, mirándome fijamente. A diferencia de las otras veces, no me saludó con una suave sonrisa, ni me rodeó con sus brazos. No lo esperaba, pero maldición... lo deseaba.

Me acerqué y me detuve a escaso metro y medio de ella.

—Hola Scarlett —hablé primero. Demonios, la echaba tanto de menos. Tuve que contenerme o arriesgarme a atraerla a mis brazos. Sus ojos oscuros contenían ira y resentimiento. Nos mirábamos fijamente, el silencio se alargaba con cada latido.

Justo cuando pensaba que se negaría a hablarme, se enderezó.

—Eres un maldito imbécil —reviró.

—Déjame explicarte...

—¡No! No quiero escuchar nada de lo que tengas que decir.

—No seas ridícula —declaré—. Nos vamos a casar. Tendrás que oír al menos algunas cosas que tengo que decir.

Se giró, agarró el jarrón que tenía más cerca y me lo lanzó. Apenas lo esquivé en el último segundo antes de que se estrellara contra la pared.

—Ese jarrón era para ti —declaré.

—¡Que se joda ese estúpido jarrón! —gritó—. Y jódete, idiota. Tú... tú. —Buscó desesperadamente una palabra para llamarme—. ¡Imbécil! Todo este tiempo… —Sus ojos brillaban de ira—. Todo este maldito tiempo me estuviste mintiendo.

Alargó la mano para agarrar otro jarrón y, a pesar de que apenas podía subir las escaleras, la adrenalina hizo efecto. Acorté la distancia que nos separaba y tomé sus manos entre las mías.

—¡Suéltame, idiota! —bramó. Me elevaba por encima de ella, pero eso no le preocupaba en absoluto.

—Basta, *Solnce*.

—Métete tu *Solnce* por el culo. —Sí, estaba furiosa. Tal vez necesitaba un año para calmarse.

—Déjame explicarte. —Aunque intenté tranquilizarla, nada funcionaba. Estaba tan alterada que me sorprendería que hubiera escuchado una sola palabra que dije.

—Lo entiendo perfectamente —replicó—. No quiero tus explicaciones ni tus mentiras.

Me empujó, se dio la vuelta y se alejó sin mirar atrás. No era exactamente la *bienvenida a casa* que esperaba, aunque seguí siendo positivo. No intentó matarme. Un jarrón en la cabeza solo me habría dolido un poco. Y si no estuviese enfadada, significaría que no le importaba.

«¿Verdad?».

—¿Deduzco de ese encuentro que ya habías conocido a tu futura esposa? —preguntó Michail en ruso.

—No empieces, Michail —gemí—. *Realmente no estoy de humor.*

—¿Cuándo la conociste? —cuestionó Andrey con curiosidad.

—Hace más de cuatro semanas en St. Petersburg, en el hotel en el que se alojaba —declaré, sintiéndome cansado de repente—. *Salimos esa semana, y cuando se fue a Moscú, la seguí.*

—¿Y no hubo ni un momento en ese tiempo para dejarle saber quién eras? —inquirió Michail, con una clara incredulidad en la voz—. *¿Qué demonios esperabas?*

Me dirigí a mi habitación.

—Me voy a la cama. Nos vemos por la mañana.

23

SCARLETT

El corazón me latía desbocado, la adrenalina aún me recorría las venas. Cuando vi a Sergei cruzar esa puerta, tuve que forzar a mi cuerpo para no moverme. Me causaba dolor físico no correr y lanzarme sobre él. Parecía que estaba con dolor, con la barba mucho más oscura que su cabello rubio. Me picaban los dedos por rozarla y sentir su piel bajo mis manos.

Sin embargo, en el momento en que me saludó así... como si no me hubiera secuestrado, como si no me hubiera mentido, un detonador se disparó dentro de mí. La preocupación y la necesidad por él se convirtieron en ira por las mentiras y el engaño.

No hubo un *lo siento*. No tenía ni idea de qué demonios pensaba que podía explicarme que justificaría mentirme. Durante las dos últimas semanas, me preocupaba si estaba vivo o muerto, si mi futuro esposo lo había matado. Y *él* era mi futuro marido.

«Bueno, también le mentiste», susurró mi mente. Sí, no fingí ni mentí como él, aun así, le omití que estaba prometida a otro hombre. Esperaba una aventura de verano, un milagro, pero en el fondo siempre supe que nunca podría hacerles daño ni poner en peligro a mis padres ni a mis hermanos. Si me negaba a respetar el acuerdo de mi padre, toda mi familia se habría convertido en un objetivo. ¿Los mataría Sergei si me negaba a casarme con él? No estaba segura de conocer bien a este hombre.

«¿Lo conocía siquiera?».

Escuché pasos en el pasillo. Me quedé quieta, esperando, conteniendo la respiración mientras mi corazón se aceleraba. Por un momento, los pasos se detuvieron frente a mi puerta.

«¿Iba a entrar?». El corazón me latía con impaciencia. Era una idiota.

Aun sabiéndolo todo, lo deseaba. Mi cuerpo zumbó de deseo en el momento en que sus manos me agarraron de la muñeca para evitar que le tirara otro jarrón. Cada vez que me tocaba, mi cuerpo se derretía. Incluso sabiendo sus mentiras y engaños. Me había estado manipulando todo el tiempo.

«Y yo lo estaba utilizando tontamente como una posible escapatoria a mi matrimonio concertado».

Esperaba escapar y me metí de lleno en él. Ahora, si eso no era irónico, no estaba segura de que lo era.

Los pasos reanudaron y una exhalación me abandonó, aunque no sentí alivio. Más bien decepción.

«¡Maldito sea!».

No, no, no. ¡Qué se joda! Debería haber irrumpido en su dormitorio y exigirle que me devolviera mi teléfono y mi libertad. Me acerqué a la puerta, con la mano en el pomo, dispuesta a llevar a cabo mi plan. No obstante, en cuanto me vino a la mente la imagen de Sergei desnudándose, me detuve. Al instante, mi cuerpo se estremeció de necesidad por él. Un gemido grave escapó de mis labios.

No podría resistirme si lo veía desnudarse, lo sabía. No estaba delirando.

«Esperaré».

Al día siguiente, exigiría mi teléfono y que me llevaran al aeropuerto. Si mis padres pensaban que aguantaría esta mierda, estaban locos.



Michail y yo estábamos sentados a la mesa del comedor, ambos desayunábamos en silencio. Corrección, él estaba comiendo. Yo solo

empujaba la comida alrededor de mi plato. El olor de la comida no me molestaba, sin embargo, comer huevos por la mañana me estaba enfermando. De vez en cuando, me metía un trozo de fruta en la boca. Era lo único que no me enfermaba.

Me debatí entre preguntarle a Michail si Sergei nos acompañaría para desayunar o a comer. Justo cuando abrí la boca, entró. Sus ojos se cruzaron con los míos y, cuando se sentó a la cabecera de la mesa, su mirada no vaciló en ningún momento. Se veía mejor, no tan pálido y agotado como el día anterior. A pesar de que se me aceleró el corazón, por fuera mantuve la calma. En realidad, estaba impresionada conmigo misma. Estaba recién duchado, pero no se había afeitado. Me pregunté por qué. Lo prefería sin barba. Llevaba unos *jeans* negros y una camisa blanca. Aún tenía el cabello húmedo de la ducha y quería pasar mis dedos por él, como lo hice cuando nos duchamos juntos en su *penthouse* en St. Petersburg.

El cocinero trajo un plato lleno de comida y lo puso delante de Sergei. Continuaba mirándome como si esperara algo. Lo que fuera, no iba a conseguirlo. Miré a Michail y noté que sus ojos se desviaban entre Sergei y yo. Parecía que iba a ser yo quien rompiera el silencio.

Esperé y esperé. En cuanto Sergei se llevó la comida a la boca, hablé.

—Quiero mi teléfono y mi pasaporte —demandé—. Me iré a casa, de vuelta a Estados Unidos.

Se hizo otro silencio, y el aire se llenó de una tensión que podría cortarse con un cuchillo.

Esperé sin darme cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Sergei siguió masticando despacio y bebió un trago de jugo de naranja. Resoplé mentalmente. Un mafioso ruso bebiendo jugo de naranja por la mañana. Se sentía erróneo.

Dejó el vaso sobre la mesa.

—No —expresó.

—No puedes tenerme como rehén —siseé—. Y cuando mi padre y mis hermanos se enteren de cómo...

—Ya lo saben —informó, con sus duros ojos clavados en mí—. Te quedarás.

—No —protesté—. Si crees por un segundo que voy a tener algo contigo, estás loco.

—Probablemente, estoy loco —concertó con calma—. La gente me llama el *Mad Russian Sinner*.

—¿Qué?

—La gente me llama...

Lo interrumpí.

—Me importas una mierda o cómo la gente te llame. Quiero que me devuelvas el teléfono. Llamaré a mis padres y les contaré lo que ha pasado. De ninguna manera me quedaré aquí ni me casaré contigo.

—Ya les informé a tus padres sobre lo que pasó. —¿Quién demonios era este tipo? No era el Sergei que conocía.

—No te creo —objeté—. Mi padre te mataría si supiera lo que hiciste.

—Bueno, lo sabe. —No quería creerle, pero tenía el mal presentimiento de que no mentía—. Después de desayunar, te dejaré llamar desde mi teléfono para que puedas hablar con ellos.

La sangre me hervía y tenía el cuerpo tan tenso que se me acalambraban los músculos de la tensión. Eché los hombros hacia atrás y escuché crujir los huesos de mis hombros. Sentí que todo mi cuerpo podía quebrarse junto con mi falsa bravuconería.

—Scarlett, pareces demasiado tensa. Quizá deberías salir a correr —sugirió causalmente. ¿Se estaba burlando de mí? ¿Intentaba insinuar algo?—. Podría ayudar a relajarte.

Juré que quería matarlo con la mirada. Estaba intentando agitarme a propósito. No había ni rastro del hombre encantador de hacía unas semanas.

—Al diablo correr —solté—. ¿Qué intentas decir? ¿Qué mi trasero es grande?

—No, tu trasero es perfecto —eligió con calma.

—¿Lo es? —La pregunta se me escapó antes de pensarlo mejor. Sacudí la cabeza. Intentaba distraerme—. Quiero llamar a mi padre.

Miré a Sergei con desconfianza, tratando de determinar cuál era su juego. Mis ojos se desviaron hacia Michail e inmediatamente levantó las manos.

—No sé nada —murmuró y se levantó—. Estoy aquí solo para mantenerlos a salvo. Voy a checar con los de seguridad.

Se marchó, y un denso silencio envolvió la habitación, los cubiertos de Sergei contra su plato de porcelana eran el único sonido. Las señales del hombre del que me enamoré habían desaparecido. El hombre que tenía adelante era una máscara inmóvil.

—Te odio a muerte —susurré. No sabía por qué sentía la necesidad de decirlo. No significaría nada para él. Ni siquiera paró de comer, ni siquiera movió la mano. Ninguna emoción cruzó su rostro.

—Es una delgada línea entre el odio y el amor —pronunció, sus ojos de nuevo en mí.

Me quedé viendo al hombre que tomó mi cuerpo, mi corazón y mi alma, dándome cuenta de que era un completo desconocido para mí. Me enamoré de él rápida y fuertemente, sin conocerlo en absoluto. Amé a un hombre que era producto de mi propia imaginación. Esa primera semana que estuvimos juntos, pensé que era genuino, pero todo era mentira. No era esa persona en absoluto. Aunque mi cerebro lo entendía, mi cuerpo no.

Me levanté, sin ganas de seguir cerca de él.

—Quiero hablar con mi padre lo antes posible. Estaré en el jardín trasero.

Lo dejé sin mirar atrás y caminé con pasos apresurados. No lloraría. Maldita sea, ¡no lloraría!

Enojada, sequé las lágrimas que amenazaban con derramarse. No valía la pena. Él no merecía mis lágrimas, mi angustia ni mis noches en vela. No se merecía ninguna de mis emociones... bueno, excepto el odio. Tenía razón, había una delgada línea entre el amor y el odio.

El problema era que ni siquiera estaba segura de odiarlo. Estaba herida y quería hacerle daño, o que me dijera cuánto lo sentía y cuánto me amaba. ¡No me dio nada! Estaba claro que no tenía ninguna de esas emociones suaves hacia mí de nuestra primera semana juntos. Quería el tipo de amor que tenían mis padres, para que cuando las cosas se pusieran feas, fuera nuestro amor el que nos sacara adelante durante esos tiempos difíciles.

Dios, y estaba embarazada de él. ¿Qué había hecho? Recordé que habíamos conseguido la píldora del día después. Y la olvidé en su coche. ¿La olvidé o inconscientemente lo hice a propósito? Después de todo, estaba pensando en embarazarme para que papá no pudiera forzar mi matrimonio. ¡El karma era una perra!

Aun así, no podía arrepentirme. Me cubrí el vientre bajo con la mano. No había nada que palpar y mi vientre seguía plano. ¿Y si todo era una falsa alarma? Me estaba volviendo loca no estar cien por ciento segura.

—Scarlett. —La voz de Michail me sobresaltó.

Levanté los ojos para encontrarme con su mirada. Detecté lástima allí y fue como un puñetazo en el estómago.

—Michail, por favor, no me compadezcas —musité—. Solo recuerda cómo te pateé en tu zona sensible y borra cualquier piedad hacia mí.

Sonrió.

—Todo se arreglará. —Me limité a asentir, deseando tener su optimismo—. Está listo para ti, si quieres llamar a tus padres.

—¿Dónde?

—En su despacho. Sígueme.

La oficina de Sergei estaba en el ala separada de la casa, donde normalmente no me aventuraba desde mi tregua con Michail. Prefería estar afuera, en lugar de vagar por la casa.

Cuando llegamos, Sergei estaba sentado detrás de su escritorio y apoyado en su silla, con los ojos cerrados. Parecía cansado.

—Sergei, ¿estás bien? —Se me escaparon las palabras antes de pensarlo mejor.

Sus ojos se abrieron de golpe y se giró hacia mí, su rostro volvió a ser la máscara impasible.

—Mejor que nunca —confirmó.

—¿Te tomaste la medicina? —cuestionó Michail.

—¿Qué medicina? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Sí, Michail, y no es nada de lo que debas preocuparte, Scarlett. —Me entregó su teléfono sin decir otra palabra.

Michail se marchó y, de repente, la habitación me pareció demasiado pequeña para estar a solas con Sergei. Lo miré con

recelo, preocupada por acercarme demasiado. Sabía que era una estupidez, aunque parecía que era una estúpida cuando se trataba de este hombre.

—¿Quieres el teléfono o no, Scarlett? —Su voz profunda me estaba haciendo todo tipo de cosas deliciosamente horribles. Mi cuerpo hormigueaba en respuesta, y mi corazón bombeaba de emoción. Necesitaba que un médico revisara si las hormonas del embarazo tenían un efecto negativo en mí, porque estaba segura de que se sentían así.

Miré por encima del hombro, hacia la puerta abierta, tentada a salir corriendo. Sin embargo, nunca me había acobardado, así que no empezaría en ese momento. Di un paso adelante y tomé el teléfono, nuestros dedos se rozaron. Un suspiro agudo salió de mis labios y lo disimulé rápidamente aclarándome la garganta.

Con los dedos ligeramente temblorosos, marqué el número de mi padre.

Papá contestó al primer timbrazo.

—Sergei.

—Soy yo —solté—. Scarlett.

Como si no lo supiera. Todo era culpa de Sergei. Me ponía nerviosa.

—Hola, cariño. —La voz de mi padre se suavizó al instante—. *Extrañaba oír tu voz. ¿Cómo estás?*

—Quiero volver a casa. —Fui directa al grano de esta conversación—. No quiero quedarme aquí.

—¿Alguien te hizo daño? —La voz de mi padre tomó un tono serio.

«Sí, Sergei me rompió el corazón».

—No —respondí en su lugar. Era consciente de los ojos de Sergei clavados en mí. Deseé que se fuera para poder tener esta conversación en privado—. No quiero quedarme aquí y esto es ilegal.

—¿Qué cosa?

—Me secuestró —espeté, agitada.

—No, hija. Te puso en un lugar seguro. Había gente que te amenazaba. —Mi padre deliraba. No podía creer que creyera más en

la palabra de Sergei que en la mía.

—Bueno, estoy a salvo ahora y quiero volver a casa. Tus hombres pueden mantenerme a salvo.

—Scarlett...

—Papá, por favor. —Casi lloriqueé—. No me dejes aquí.

—¿No puedes darle una oportunidad? —cuestionó mi padre con una exhalación cansada.

—No.

—Ni siquiera lo conoces.

—Lo conozco lo suficiente —reviré, mirando a Sergei. Su falta de emoción era como echarle leña al fuego—. Ustedes pueden resolver la disolución de su acuerdo, pero quiero volver a casa. Hoy mismo.

Sonaba malcriada, probablemente no mejor que los niños de preescolar de mi clase, lamentablemente, no podía evitarlo. Con la distancia de Sergei, podría recuperarme. Volvería a ser la de antes y todo volvería a la normalidad.

«Bueno, excepto por lo del bebé».

Si es que estaba embarazada. Jesucristo, ahora estaba teniendo conversaciones completas en mi cabeza.

—Hija, sabes que no puedo hacer eso —refutó mi padre—. *Iremos para la boda.*

No podía creer lo que escuchaba. Tardé unos segundos en asimilar las palabras y mi ira estalló.

—¡No habrá una maldita boda! —exclamé al teléfono—. ¡El infierno se congelará antes de que me case con este... este idiota! Lo que sea que le debas, es tu deuda. No mía. ¡¿Por qué demonios la estoy pagando?!

La línea se quedó en silencio. Esperé, conteniendo la respiración... por qué, no sabía.

—Vuelve a poner a Sergei al teléfono. —La voz de mi padre era fría y de negocios. La poca esperanza que tenía fue aplastada tras sus palabras. Sabía que no vendría por mí. No había esperanza de escapar de Sergei.

Cuando le devolví el teléfono a Sergei, las manos me temblaban visiblemente y me mordí el labio con fuerza para evitar que se me escaparan los sollozos. En cuanto agarró el teléfono, me di la vuelta,

corrí a mi dormitorio y entré directamente en mi baño privado, encerrándome en él.

SERGEI



Vi cómo Scarlett se marchaba enfadada y me costó todo lo que tenía no ir tras ella. Estaba visiblemente disgustada y me destrozaba ser la causa. Ya no me quería. No había forma de cortejarla, no podía soportar estar en la misma habitación conmigo.

—Patrick —saludé al padre de Scarlett en la línea.

—*¿Por qué está enfadada mi hija?* —O'Brady estaba molesto, y tenía todo el derecho a estarlo. Era su hija y la hacía infeliz—. *Sergei, si me entero de que le has hecho daño a mi niña...* —Lo escuché respirar hondo, como si intentara calmar su rabia—. *No hay ningún sitio donde puedas esconderte. Te mataré y este acuerdo se puede ir al infierno.*

«La lista de gente a la que estoy haciendo enojar va en aumento», pensé irónicamente. Debía estar aspirando a un premio.

—No le dije a Scarlett quién era cuando nos conocimos —informé, en un profundo suspiro. No tenía nada que perder. Si exigía que le devolviera a su hija, no me opondría—. Las cosas iban bien, pero seguía esperando el momento oportuno para decírselo. Por desgracia, aparecieron los hombres de Boris y todo se fue al carajo.

Siguió el silencio y me resigné a que Patrick me exigiera que llevara a Scarlett a casa. La sola idea de perderla y no volver a verla hacía que mi vista nadara con una neblina roja y que la rabia hirviera por mis venas. Podía identificarme con mi padre en esto. Después de todo, era lo que lo volvía loco. Perder a la mujer que amaba lo llevó al límite y lo sumió en una espiral de locura.

—*¿Salió contigo sin saber quién eras?* —No estaba seguro de por qué hacía la pregunta que ya había explicado.

—Sí.

—*Sergei, ¿Mi hija…?* —Se aclaró la garganta y me pregunté adónde quería llegar con su línea de interrogatorio—. *¿Pasó la noche contigo?*

Fruncí el ceño ante la extraña pregunta. ¿Por qué me estaba preguntando si me había acostado con su hija?

—Eso no es asunto tuyo, Patrick. —Si quería respuestas a esas preguntas, podía preguntarle a su hija. Estaba bastante seguro de que lo mandaría al demonio.

—*Ya veo* —respondió y luego soltó una risita. Maldición, esto era raro. Pero bueno, ¿cómo demonios iba a saber lo que hacían los padres? Nunca tuve uno. Tampoco Dimitry ni Nikolai.

Su padre siguió hablando cuando permanecí en silencio.

—*Avísame cuando sea la boda. Scarlett tiene un corazón indulgente, Sergei. No te aproveches de eso, maldición. Sé bueno con mi hija. Si no, te demostraré lo mucho que ella significa para mí. Mi familia lo es todo para mí. No me hagas arrepentirme de este acuerdo.*

Patrick O'Brady era el tipo de padre que quería ser algún día.

—La haré feliz —juré. Solo tenía que averiguar cómo hacer que me perdonara primero.

—*Bien*. —Pareció aceptar mi promesa—. *Ahora háblame de las amenazas.*

Me rasqué la cara, con la barba áspera bajo los dedos.

—No es nada bueno. Boris anda suelto, fue visto en Moscú.

—*¿Sería más seguro traer a Scarlett de vuelta a los Estados Unidos?*

No quería tener a Scarlett lejos de mí. En las últimas dos semanas, fue duro no verla. Lo único que me mantenía cuerdo era saber que estaba en mi casa. Me preocupaba lo que haría por mi cordura si estaba fuera de mi alcance.

—Tal vez, aunque no estoy seguro de quién está metido en todo esto —comenté con sinceridad. Mi cordura no importaba aquí. Era mantener a Scarlett a salvo—. Alguien poderoso ayudó a Boris a

escapar, y tuvo que ser alguien en los Estados Unidos. Nadie de aquí habría tenido recursos ni dinero para hacer una maniobra así.

Patrick meditó mis palabras. Sabía que tenía razón, pero si me exigía que la llevara de vuelta a casa, lo haría.

—Hmmm*, tienes razón* —agregó finalmente y casi exhalé de alivio—. *Mantenla allí. Si pasa algo o necesitas más recursos, házmelo saber. Quiero que Scarlett esté a salvo. Lo entenderás algún día, cuando Scarlett y tú tengan sus propios hijos, Sergei.*

Escucharlo hablar de que Scarlett y yo tendríamos nuestros propios hijos movió algo dentro de mí. No había nada que deseara más: Scarlett y nuestros hijos en nuestro hogar.

—*Recibí una llamada de los polacos* —Patrick interrumpió mis pensamientos.

—Esos hijos de puta —refunfuñé.

—*Bartek dijo que interceptaste dos de sus cargamentos de productos secos*. —Patrick no me acusaba, pero sabía que no estaba contento. Todos hacíamos negocios ilegales, no obstante, algunos seguíamos un código. A diferencia de la maldita Mafia Polaca.

Patrick O'Brady mantenía una relación de negocios civilizada con los polacos, aunque sabía que no le agradaban. Creía firmemente en la frase: *mantén a tus enemigos más cerca*.

—No eran mercancías secas. —Apenas solté entre dientes, con la rabia hirviendo a fuego lento en mi interior—. Traficaban con mujeres y niños. Sí, interceptamos dos cargamentos y en el segundo había un niño muerto. No recuperarán a esa gente. Puedes decirles que se jodan y pienso interceptar todos los cargamentos de humanos.

—*Esos desgraciados sucios* —espetó—. *No nos dedicamos al contrabando humano. Hiciste bien en hacerlo*. —Me alegré de que al menos mi futuro suegro y yo estuviéramos de acuerdo en ese aspecto—. *Si necesitas ayuda para luchar contra esa escoria de Bartek, házmelo saber.*

—Gracias. —A menos que fuera absolutamente necesario, la intención era eliminar a Bartek y a su esposa por mi cuenta. Pagarían por la muerte de aquel niño y por hacerles pasar un infierno a todas esas mujeres y niños.

Discutimos algunos puntos más antes de colgar. Me recosté en la silla y cerré los ojos.

Mi teléfono zumbó y miré la pantalla. Era un mensaje de Nikolai. Estaba secuestrando a Olivia. No se me escapó la ironía de todo ello. En este momento, cada una de las tres amigas estaban secuestradas.

«Y yo empecé todo».

No obstante, si algo más grande estaba en juego aquí, el peligro estaba al acecho. Si Dimitry, Nikolai y yo trabajábamos juntos, podríamos eliminarlo.

25

SCARLETT

Me apoyé en la puerta cerrada del baño y me deslicé hacia las baldosas. Todos los años sintiéndome querida y amada por mis padres y en ese momento en que los necesitaba, mi padre me rechazó. Me abandonó a mi suerte. Bueno, si esos dos hombres creían que no haría nada al respecto, mejor que lo pensaran otra vez.

¡Maldita sea, esto dolía! Me sentía sola y abandonada.

No estaba segura de cuánto tiempo estuve sentada en el baño perdida en mis pensamientos cuando un golpe en la puerta me sobresaltó.

Por una fracción de segundo, esperé que fuera Sergei. Una idea tan estúpida que me habría reído si hubiera podido.

—¿Scarlett? —llamó una voz de mujer.

—¿Sí? —respondí vacilante.

—Soy Sonia —contestó como si eso debiera significar algo para mí—. Conocí a tu amiga Anastasia. Me habló mucho de ti.

No me molesté en levantarme, simplemente quité el seguro de la puerta y me aparté de ella para que pudiera abrirla. Al otro lado de la puerta había una mujer joven. Era hermosa, con el cabello oscuro y unos grandes y brillantes ojos azules.

—¿Puedo pasar? —Su voz era suave, pidiendo permiso.

Asentí, entró y se sentó en el suelo, frente a mí. Volví a cerrar la puerta del baño.

—¿Por qué estás aquí y cómo conoces a Anastasia? —cuestioné sospechosamente.

—Trabajo para Sergei —respondió. *¡Primer strike!*—. Sus hermanos rescataron a Anastasia y la llevaron a casa de Sergei. Habló mucho de ti y de Olivia. Entonces, Sergei me envió aquí, pero primero tenía que ayudar a mis padres.

—*Oh.*

—¿Estás bien? —Había una sincera preocupación en su voz, aun así, me sentí vulnerable. ¿Cómo se suponía que una persona debía responder a una pregunta así? Mi padre y Sergei organizaron un matrimonio sin consultarme. Me enamoré de un hombre hacía cuatro semanas, pero me engañó y me ocultó que era mi futuro marido. Y luego, para colmo, no había ni rastro del hombre del que me enamoré en este Sergei que volvió.

—Supongo que sí. —Acabé contestando—. Anastasia llamó dos días atrás.

—Sí, atacaron la casa de Sergei. —Sonia estiró las piernas—. Supongo que debieron pensar que iba a suceder, y fue la razón por la que me envió aquí. Me preocupaban, pero siempre salen adelante.

—¿Lo hacen?

—Sí, lo hacen —alegó—. Y como Anastasia estaba con ellos, sabía que también estaría a salvo. Además, Dimitry nunca dejaría que le pasara algo.

Fruncí el ceño, sin entender.

—¿Quién es Dimitry?

—Es el hermano de Sergei. Dimitry y Nikolai son sus hermanos. —Estaba a punto de hacer una pregunta, cuando continuó—: Bueno, no son hermanos de verdad. Los tres crecieron juntos en un orfanato. Por lo que sé, siempre se han mantenido juntos.

La observé sorprendida. Estaba segura de que Sergei no me había contado eso sobre sí mismo. A decir verdad, no me había contado casi nada.

—¿Por qué dijiste que Dimitry no dejaría que le pasara nada a Anastasia?

Se rio entre dientes.

—Sinceramente, no tengo en qué basarme para decir eso —susurró como si pudieran escucharnos—. Pero el aire chisporroteaba cuando esos dos se miraban.

—¿Chisporroteaba?

—Sí. —Volvió a reírse, como si fuera lo más gracioso—. Básicamente la devoraba con los ojos. Tengo que admitir que, de los tres... él era el más estoico, así que quizá por eso se destacaba tanto.

¿Mencionó Anastasia que le gustaba durante nuestra breve llamada telefónica? No, no lo habría olvidado.

—Tendré que preguntarle a Anja si le gusta —añadí.

—*Ah*, le gusta —manifestó Sonia con seguridad—. Créeme, le gusta mucho.

—¿Supongo que también es ruso? —inquirí, y mi voz sonó un poco amarga y enojada—. ¿Y parte de la mafia?

Sonia me vio atentamente, estudiándome como si intentase entenderme. Sí, ¡buena suerte con eso!

—Esos tres han estado trabajando para salir de ella.

—¿Y cómo lo sabes?

—Llevo dos años trabajando para Sergei —contestó, encogiéndose de hombros—. Y mi padre todavía le ayuda de vez en cuando. Escuchas cosas aquí y allá.

—*Hmmm*. —No estaba segura de qué decir a eso. Por todo lo que había oído, normalmente los hombres que estaban en ese tipo de vida no salían o no podían salir de ella. Guardé la información para el futuro. No era algo de lo que pudiera preocuparme en ese momento.

Apoyé la cabeza contra la pared y cerré los ojos. Necesitaba un plan, desgraciadamente, ni siquiera sabía por dónde empezar. Tal vez una tregua temporal con Sergei hasta que se me ocurriera un plan. Normalmente, estaba llena de ideas, pero, en ese instante, no se me ocurría absolutamente nada.

—¿Por qué estás aquí? —pregunté—. ¿Te envió Sergei?

No me molesté en abrir los ojos. Su respuesta no importaba.

—En realidad, Michail me pidió que viniera a ver cómo estabas. —La miré por debajo de mis pestañas y noté un rubor subiendo por

su cuello. Le gustaba Michail—. Dijo que estabas disgustada, te oyó gritar y quería asegurarse de que estabas bien.

Bueno, eso era encantador. Michail quería asegurarse de que estaba bien, pero a Sergei, el hombre con el que se suponía que me iba a casar, le importaba una mierda.

—Sí, Michail es así de agradable —respondí—. Me sorprende que me tolere después de que le diera una patada en las pelotas.

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron de par en par.

—Estaba enfadada y quería volver a Moscú para encontrar a Sergei. —Ahora, ¿qué tan estúpido fue eso?

—*Oh*. —Había confusión en su cara, sin embargo, claramente no quería entrometerse. De todos modos, ya había terminado de hablar de ello. Ese día, era agotador hasta pensar, así como también hablar. Odiaba sentirme tan cansada. Y odiaba no estar segura de si se debía al embarazo, aunque seguía sin tener la menstruación.

Me pregunté si podría utilizar a Sonia para ello. Me estremecí al pensarlo. *«Bueno, no utilizarla exactamente»*. Acababa de conocerla, aun así, no tenía muchas opciones. Y no podía ir a buscarla yo sola.

—Sonia, ¿puedo pedirte ayuda? —Empecé y ella ladeó la cabeza.

—¿Me meteré en problemas?

Fue mi turno de reírme, aunque mi situación apestaba.

—¿Alguna vez te metería en problemas?

Sonrió.

—Anastasia dijo que Olivia y tú la metían en problemas constantemente.

—¿Ah, sí? En realidad era al revés —bromeé—. No creo que esto deba meterte en problemas. Esperaba que pudieras conseguirme algunas cosas... hoy, si puedes. No tengo permitido salir de este recinto y, ya que me quedaré aquí, me gustaría tener algunas cosas que suelo tener o usar. —Había sospecha en su rostro, mas no dejé que me detuviera—. Ropa, loción que prefiero, cosas así. Ya sabes, para sentirme más en casa.

Se le iluminó la cara.

—Sí, por supuesto. Me encanta ir de compras.

—A mí también —repliqué secamente—. Podría preguntar si podemos ir juntas, pero si no lo permiten, quizá te dejen ir a ti.

Resopló.

—Que intenten detenerme. —Ya me caía bien.

—De acuerdo, vamos a preguntar. —Me levanté rápidamente y la jalé con impaciencia. Estaba ansiosa por ponerme en marcha. No me atrevía a esperar que Michail o Sergei me permitieran ir de compras. Odiaba la idea de tener que pedírselo. Odiaba aún más tener que pedir dinero. Quizá Michail se acordó de agarrar mi cartera cuando me secuestró.

Salí de prisa de la habitación, en busca de Michail, arrastrando a Sonia detrás de mí.

—¡¿Michail?! —grité por toda la casa.

Apareció de la nada, Sergei justo a su lado y maldije en silencio. No quería verlo tan pronto.

Ambos eran altos, aunque de complexiones completamente diferentes. Sergei le sacaba unos centímetros a Michail, y su cabello rubio era todo lo contrario al oscuro de Michail.

—*Oh*, ahí estás. —Le sonreí a Michail, ignorando a Sergei—. A Sonia y a mí nos gustaría ir de compras.

Sus ojos se desviaron hacia Sonia y ella sonrió confirmándolo.

—Estaría bien —comentó—. Así se sentirá como en casa aquí.

—Dame una lista de lo que quieres y podemos enviar a uno de los hombres a buscarlo —intervino Sergei.

—Michail, por favor, dile al hombre que está a tu lado —solté entre dientes—, que no voy a tener hombres seleccionando mi ropa interior y pijamas.

Michail puso los ojos en blanco y me hizo querer sonreír.

—Scarlett, te escuchó —replicó exasperado.

Me encogí de hombros.

—Bueno, si me escuchó, también sabrá que quiero que me devuelvan mi cartera. La que estaba en mi habitación cuando organizó mi secuestro. O que suelte algo de dinero. Y mucho, porque pienso comprar mucho.

Sonia jadeó detrás de mí. Supongo que no sabía que Sergei me había secuestrado. *«Bien»*, pensé con suficiencia. No era una estrella brillante. Era el diablo, disfrazado en un cuerpo guapo y ardiente.

Levanté la barbilla, retando a Sergei a decir algo. Sus ojos se oscurecieron y apretó los labios con fuerza. Lo había hecho enojar. Bien.

—Ahora mismo no es seguro ir de compras. —Finalmente contestó Sergei con la voz tensa.

—Pues proporciona seguridad —demandé—. Si no eres capaz de mantenerme a salvo mientras voy de compras, entonces ciertamente no puedes mantenerme a salvo de nada más.

Apenas parpadeé, Sergei estaba sobre mí, inmovilizándome contra la pared.

—Michail, llévate a Sonia y asegura un vehículo junto con guardias —ordenó Sergei, sin apartar los ojos de mí—. Nos reuniremos con ustedes en quince minutos.

Ambos se fueron, mientras yo permanecía con la espalda pegada a la pared y la respiración agitada. Intenté desesperadamente calmar mi acelerado corazón y aparentar que no me afectaba su cercanía, pero fracasé estrepitosamente. Quería rodearlo con mis brazos y no soltarlo jamás. Lo extrañaba mucho.

Seguía esperando, sin saber qué. Tenerlo tan cerca no era bueno para mi cuerpo. Quería, literalmente, arquear la espalda contra la pared para sentirlo aún más cerca. El cuerpo me ardía por su tacto, queriéndolo contra mí. Y eso me enfurecía aún más. Que era tan débil que no podía resistírmele.

—¿Y ahora qué, Sergei? —Quise sonar desafiante, pero lo único que conseguí fue sonar necesitada.

26

SERGEI

Scarlett intentó apartarse de mí, la rebeldía brillando en esos ojos oscuros suyos. Inhalar su dulce aroma alivió la rabia enjaulada que llevaba dentro. Usaba un champú diferente, aun así, el olor seguía siendo único a ella. Lilas en primavera. Durante las últimas dos semanas, esto era todo lo que soñaba. Tenerla tan cerca de mí. Sin embargo, este momento era agridulce. No me quería. Si bien su cuerpo aún me respondía, ella odiaba que lo hiciera.

«¡Lo arruiné todo, maldición!».

Pero hablaba en serio cuando se lo dije a su padre. Ahora que Scarlett estaba en el radar de Boris, haría cualquier cosa para mantenerla a salvo. Estaba bajo mi protección y mataría a cualquiera que la amenazara.

Tomé su cara con una mano y empujé su cabeza hacia atrás hasta que no tuvo más remedio que fijar su mirada en la mía. Me incliné y apreté los labios contra los suyos. Esperaba que me mordiera, que me apartara. En lugar de eso, se le escapó un gemido de necesidad y su suave cuerpo se apretó contra el mío.

Así era como amaba a mi Scarlett. Entregándose a mí y solo a mí. Le pasé la lengua por los labios y los abrió de inmediato. Era perfecta para mí. Ahora que sabía quién era, no había nada más que se interpusiera entre nosotros. Sería mi esposa… *mía* para siempre.

Me zambullí en su boca ansiosa. Sabía que era demasiado brusco, demasiado posesivo, no obstante, todo mi autocontrol desapareció con ella en mis brazos. Después de dos semanas sin sus

caricias ni sus sonrisas, solo sus dulces gemidos podían hacer que me corriera. Ninguna otra mujer había llegado a mí como Scarlett. Era mi futuro. Todos los sueños de mi propia familia estaban a mi alcance con ella... pero *solo* con ella. Ya nadie más ocuparía ese lugar.

Sus manos me rodearon la nuca, acercándome. Esta era mi mujer, cálida y suave. No la furiosa con la que me encontré. Así era como la quería todo el tiempo.

Empujé mi entrepierna contra ella y un gemido salió de su boca, mientras enganchaba una pierna a mi alrededor.

—Sergei, estamos listos. —La voz de Pavel fue como una ducha fría. Era otro guardia en el que confiaba con mi vida, mas en ese instante, quería pegarle un tiro. Scarlett me alejó, su cuerpo ya no me daba la bienvenida.

—Disculpa —soltó Pavel rápidamente—. Esperaremos afuera.

—Suéltame, idiota —comentó entre dientes apretados. Su furia estaba de vuelta.

Tomé sus mejillas entre mis manos y se tensó al instante.

—No hasta que establezca unas reglas básicas —indiqué con firmeza. Puede que me doliera la verga por ella, sin embargo, en este momento seguía con la cabeza fría—. Iremos de compras, pero no intentes nada estúpido. Si lo haces, te traeré de vuelta y te daré unas nalgadas.

Dio un jadeo indignado.

—¿Quién demonios te crees que eres?

—Seré tu esposo y no te pondrás ni a ti ni a mis hombres en peligro actuando imprudentemente —exigí—. Quiero tu palabra.

—¡Jódete!

Tan desafiante. En retrospectiva, debería haberle dicho quién era el día que nos conocimos. Pero demonios, ¿cómo iba a saber que todo se iba a ir a la mierda?

—O me das tu palabra o no vamos —amenacé.

Sabía que quería ponerme en mi lugar otra vez; no obstante, mi instinto me decía que había algo que quería hacer en este viaje de compras, y maldición, desearía haber podido averiguar qué. Lo único que me venía a la mente era que quería huir. Por eso quería su

palabra. El peligro en el que podía ponerse era diferente a cualquier miedo que hubiera sentido antes.

—Tu palabra, Scarlett —insistí—. O les diré a mis hombres que vuelvan a sus otros deberes.

Apretó los labios mientras yo le pasaba suavemente la mano por el brazo. Quería entrelazar mis dedos con los suyos, como hicimos esa primera semana juntos. Era sencillo aunque íntimo, y quería eso con ella.

—¿Deberíamos quedarnos en casa?

Respiró hondo y percibí que se rendía.

—De acuerdo —respondió—. Te doy mi palabra. No pondré a tus hombres en peligro.

—¿Y? —Realmente pensaba ser más astuta que yo. Aunque no tenía ninguna duda de que podía cuando se lo proponía, esta vez no era el momento.

—Y tienes mi palabra de que no me pondré en peligro.

—Buena chica. —Sonreí mientras me fulminaba con la mirada.

—Necesitaré mi cartera o la tuya —siseó.

Me empujó y se dirigió a la parte delantera de la casa. Caminaba con la cabeza alta y no pude evitar admirar su hermoso trasero. Quería agarrar esas nalgas y fóllarmela como una bestia. Quería embestirla y quedarme dentro de su apretado coñito. Solo recibiría mi verga, porque era mía.

Mierda, mejor me concentraba en lo que pasaba a mi alrededor en vez de soñar despierto con coger a mi futura esposa.

—Tendrás mi cartera —declaré y se sobresaltó, como si esperara que siguiera de pie donde me había dejado—. Eres mi mujer y atenderé todas tus necesidades.

Tropezó ante esas palabras y el carmesí coloreó sus mejillas. Era hermosa. Ambos nos detuvimos, mientras se giraba para mirarme.

—De acuerdo, entonces dame tu cartera —pidió, extendiendo la mano—. No hace falta que me acompañes al coche.

—Pero *Solnce* —le hablé seductoramente al oído—. Iré contigo.

Su cara de sorpresa me hizo reír. Si esperaba que me quedara atrás y dejara que otros hombres vigilaran a mi mujer, no me conocía en absoluto.

SCARLETT



—¿P-pero no estás ocupado? —tartamudeé. No esperaba que viniera.

—No, hoy soy todo tuyo. —Ahí estaba el encantador Sergei del que me enamoré, lamentablemente, sabía que era todo falso. No caería esta vez. Era ridículo lo fácil que llegaba a mí.

—Da igual —refunfuñé—. No quiero pedirte una tarjeta o dinero cada vez que vaya a hacer una compra. Así que me gustaría tu tarjeta de crédito o la mía.

Me empujó hacia delante, con la mano en la parte baja de la espalda. Mi cuerpo zumbó en anticipación. Dios, las hormonas me estaban matando. Esto no era normal, no podía serlo.

Cuando salimos, todo el mundo estaba ya en los vehículos, a excepción de Sonia y Michail. Parecía exagerado tener cinco vehículos para un viaje de compras.

—¿Estás lista? —preguntó Sonia, con la mirada moviéndose entre Sergei y yo.

—Sí. —Me giré hacia Michail y le dije—: ¿Podrían Sergei y tú ir en otro vehículo para que Sonia y yo podamos...? —No llegué a terminar cuando Sergei me interrumpió.

—No, iremos juntos.

Puse los ojos en blanco.

—Prefiero ir con Sonia, así podemos hacer la lista de compras tranquilamente. De esa manera, sería de entrada y salida.

—Dudo que sea algo rápido contigo, Scarlett —replicó—. Bueno, excepto cuando...

—Si lo dices, maldición, te mataré —espeté, y luego tomé la mano de Sonia—. Siéntate a mi lado, Sonia.

Se rio entre dientes.

—De acuerdo, noto más atracción *chisporroteante* en el aire.

Si mi mirada pudiera matar, estaría muerta.

—No, esto es *chisporroteo* asesino.

—*Hmmm.* —Fue todo lo que contestó, pero había una mirada cómplice en su cara.

Una vez que todos estábamos en el SUV, los vehículos se movieron.

—Esto es ridículo —me quejé en voz baja—. Es solo ir de compras, no a un campo de batalla.

Ni Michail ni Sergei comentaron nada.

—De acuerdo, Scarlett. —Sonia trató de mantener el tema ligero —. Dime qué necesitas para que sepamos a qué tiendas ir.

—Necesito ropa y una farmacia.

—¿Eso es todo? ¿Qué tipo de ropa? ¿Y necesitas medicinas?

Sentí los ojos de Sergei sobre mí, pero lo ignoré.

—No, como donde compras todo tipo de cosas. Como champú, jabón, gel de baño, preservativos.

Sonia se quedó boquiabierta. Pero ¿qué se suponía que tenía que decir? ¿Pruebas de embarazo? Normalmente, los preservativos y las pruebas de embarazo estaban muy cerca en las tiendas de Estados Unidos. Esperaba que también lo estuvieran en Rusia.

—De acuerdo, supongo que podemos parar en la farmacia — acordó Sonia y fui consciente de que Sergei y Michail me observaban. Juré que me ardía la cara, aun así, me abstuve de abanicarme—. ¿Por qué necesitas condones?

—*Oh,* no los necesito —respondí, intentando parecer indiferente. Odiaba no tener un teléfono que pudiera fingir que observaba—. Solo te estaba dando ejemplos. Pero primero vayamos a una tienda de ropa, una que tenga de todo para no tener que saltar de tienda en tienda.

Sinceramente, me importaba una mierda tener más ropa. No obstante, para disimular la compra de una prueba de embarazo, quería muchas bolsas para poder esconderla.

El viaje de compras fue eficiente. Agarré un poco de todo y le pedí a cualquier guardia que estuviera cerca de mí que llevara los montones de cosas al mostrador, y empecé con Sergei. Justo después, me dio su tarjeta y esperó justo a la entrada de la tienda. Hizo que el gerente cerrara la tienda al público para que estuviéramos seguros. Así que me sentí obligada a comprar un montón de cosas. Sonia, en cambio, estaba disfrutando demasiado de las compras. Continuaba manteniéndose cerca, enseñándome esto o aquello. Estaba de acuerdo en que era bonito y lo añadía a la pila. Aunque en la tienda de ropa no fue gran cosa, no estaba segura de cómo conseguiría comprar la prueba de embarazo sin que se diera cuenta.

Una vez que terminamos con la tienda de ropa, nos detuvimos en la farmacia. Con satisfacción, observé que todos los chicos recorrían la tienda para asegurarse de que era segura y se detenían en cada entrada de la tienda en lugar de quedarse cerca de mí.

Agarré una cesta y la llené de todo y de nada. Recorrí la tienda, buscando desesperadamente una sección donde mantenían preservativos y pruebas de embarazo, pero lo escrito en las cajas estaba en ruso. ¡Pequeño problema! Normalmente, tenían un dibujo de más y menos en la caja, ¿verdad? Esa podría ser mi pista. Habría sido más fácil si le hubiera pedido a Sonia que me ayudara, pero se lo habría dicho a Sergei o a Michail. Estaba segura de ello.

Así que seguí batallando pasillo tras pasillo, y continué mandando a Sonia a misiones inútiles. Por fin, después de recorrer toda la farmacia dos veces, estaba perdida. Me encontré con una mujer que estaba reponiendo los estantes. Fingí mirar la pasta de dientes del último estante. Echando un vistazo por encima del hombro, observé que ni Sonia ni los hombres de Sergei estaban cerca ni podían verme.

—Disculpe —susurré a la mujer—. ¿Habla usted inglés?

Me miró con desconfianza.

—Un poco.

—¿Sabe dónde están las pruebas de embarazo? —inquirí, sintiendo que el calor me subía por el cuello—. Por favor —añadí en voz baja, volviendo a mirar detrás de mí.

Como si comprendiera mi situación, asintió.

—Quédate aquí.

Desapareció y regresó en medio minuto. El corazón se me aceleró como loco, temiendo que Sergei decidiera buscarme en ese momento. Ambas observamos a nuestro alrededor antes de que me entregara tres de ellas. Las escondí rápidamente bajo las demás cosas que llevaba en la cesta.

—Te cobraré —informó—. Ven.

Esperaba que quisiera decir lo que yo pensaba. Agitó la mano y la seguí.

—Scarlett, ¿ya casi terminas? —indagó Sergei, mirando mi cesta. Estaba rebosante de cosas que no necesitaba. Sí, algunas las usaba y amaba, aunque otras eran tonterías.

—Sí, pagaré y podremos irnos.

—Gracias a Dios —murmuró uno de los guardias.

La mujer que me ayudó a conseguir la prueba de embarazo miró a Sergei y luego a mí. No podía decirle nada, pero esperaba que mantuviera nuestro secreto no dicho.

Dijo algo en ruso y me quedé paralizada. La miré fijamente, esperando que no estuviera diciendo nada sobre pruebas de embarazo. Anastasia tenía razón, deberíamos haber intentado aprender algo del idioma.

—Dame —pidió la mujer y señaló mi cesta. Comprendí y traté de levantar la pesada cesta, gruñendo.

—Deja que te ayude —declaró Sergei detrás de mí y levantó la cesta para entregársela a la mujer.

Debí de parecer asustada, porque me quedé viendo la cesta y luego a Sergei.

—Gracias. —Apenas pude pronunciar las palabras. Mis ojos se desviaron hacia la mujer, que se limitó a sonreír y guiñar un ojo. Esperaba que eso significara que podía ocultar de algún modo las pruebas.

Lo único en lo que podía concentrarme era en el zumbido que producía cada objeto que escaneaba y luego embolsaba. Luego repetía, y otra vez. Le dio dos bolsas a Sergei. Él se las pasó a otro guardia e interiormente gemí. No debía estar a mi lado mientras ella me pasaba las pruebas de embarazo.

Sus ojos estaban en alerta, mirando a su alrededor y a la mujer. Me aclaré la garganta y sus ojos se fijaron en mí. Elevó una ceja, pero cuando no dije nada, se dispuso a desviar la vista de nuevo.

—Sergei, me pica la garganta —murmuré—. Creo que tengo alergia. ¿Podrías traerme algo?

Abrió la boca y supe que se disponía a pedirle a uno de sus hombres o a Sonia que se lo trajera.

Rápidamente, le agarré la mano.

—*Oh,* mira. —Señalé la estantería de la esquina—. ¿Podrías traerme de eso?

—Son caramelos —contestó mirándome con desconfianza. Su atención se dirigió a nuestras manos unidas y volvió a verme a los ojos. Dios, extrañaba su tacto. Sus ojos se oscurecieron y mi cuerpo respondió al instante.

«Concéntrate, Scarlett».

—¿Podrías traerme el caramelo, por favor? —Mi voz era ronca, como si le estuviera suplicando que me follara aquí mismo, en la tienda.

Sus ojos volvieron a nuestras manos conectadas antes de que me soltara de mala gana. En cuanto me dio la espalda, miré a la mujer, que hizo sonar las tres pruebas de embarazo y las metió en la bolsa. Tragué saliva y asentí con la cabeza justo cuando Sergei regresaba.

Le entregó los caramelos a la mujer, también los cobró y los metió en la misma bolsa. Aunque me dijo el precio en ruso, no tenía ni idea de cuánto era. Le di la American Express negra de Sergei. La tomó y a su vez me dio la bolsa con las pruebas de embarazo. Sergei se estiró por ella, pero la agarré rápidamente.

—Esta la cargo yo —solté. Me miró con curiosidad, pero ignoré sus ojos, temerosa de que leyera algo allí.

La mujer me devolvió la tarjeta y el recibo.

—Puedes tener la tarjeta de vuelta —indiqué. Agarró ambos y se los metió en la cartera—. ¿Tienes efectivo? —le pregunté a Sergei.

—¿Vamos a hacer más compras? —cuestionó, con una media sonrisa que lo hacía parecer guapísimo.

—No, me gustaría darle algo como agradecimiento —susurré—. No sé leer ruso y ella me ayudó. —Era la verdad, aunque no toda.

Inmediatamente, sacó un montón de billetes.

—¿Por eso tardaste tanto? Deberías habérmelo pedido a mí o a Sonia.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par cuando Sergei le entregó los billetes.

—Gracias por tu ayuda —musité. Sergei tradujo detrás de mí, aunque estaba bastante segura de que la mujer había entendido.

—Buena suerte —respondió, sonriendo. Sergei frunció el ceño, pero lo ignoré.

Le devolví la sonrisa.

—Gracias.

Inclinando la cabeza en señal de despedida, salí de la tienda, con Sergei a mi espalda. Sonia esperaba con Michail junto al coche y no pude evitar sonreír. Le gustaba, y no podía culparla.

—Hola a los dos —saludé—. Estamos listos.

—¿Compraste toda la tienda? —Sonia se burló.

—No, pero nos compré un tentempié. —Saqué la bolsa de caramelos y la agité—. Postre.

Sonia se rio.

—Qué rico.

Le di la bolsa de dulces y subimos todos al coche, pero esta vez Sonia se sentó al lado de Michail y Sergei, a mi lado. Su pierna se apretó contra la mía y fue la tortura más dulce. Sostuve la bolsa de la farmacia cerca de mí y me concentré en las vistas que pasaban por la ventana... calles conocidas y edificios familiares.

No, no podía ser.

Miré con los ojos muy abiertos la calle Nevsky Prospekt. Nunca olvidaría esta calle. Sergei me llevó por esta calle en nuestra primera cita, me mostró St. Petersburg en su máximo esplendor formal. Era la calle más famosa, que atravesaba el corazón de la ciudad.

—¿Estamos en St. Petersburg? —inquirí asombrada. Sonia me miró con extrañeza—. ¿Qué? —repliqué a la defensiva—. Me secuestraron y vinimos en plena noche.

Giré la cabeza de vuelta para contemplar la concurrida calle. Las imágenes de mi primera semana con Sergei pasaban por mi mente y me dolían muchísimo, como si alguien me hubiera apuñalado en el corazón.

Deseé que los recuerdos no importaran. Quería no desearlo. En lugar de eso, sentí que me destripaban viva. Me clavé las uñas en las palmas de las manos, mientras mantenía las manos cerradas en puños. El dolor físico era mejor que todo este dolor interior.

La mano de Sergei cubrió la mía.

—Scarlett. —Su voz era suave; sin embargo, en ese minuto sabía que no era real. Quería que volviera el antiguo Sergei... Relajado, bromista y cariñoso.

Aparté las manos.

—No me toques —susurré. Algo brilló en sus ojos, pero no pude leer qué. No podía permitir que me tocara. Si me tocaba, cedería. Sabía que lo haría. Lo anhelaba, su amor.

El resto del viaje transcurrió en un silencio incómodo. Sergei se sentó rígido a mi lado y miré por la ventana. En cuanto llegamos a su recinto, fui directo a mi habitación y cerré la puerta.

—Scarlett, ¿dónde quieres las bolsas? —La voz de Sonia entró por la puerta.

Me olvidé completamente de ellas.

—Dile a los guardias que las dejen delante de la puerta. Las agarraré más tarde.

Rebusqué en mi bolsa y abrí la primera prueba. Por supuesto, las instrucciones estaban en ruso, pero el aparato se parecía a los que había visto en casa.

—¿Puedo ayudarte en algo? —Sonia seguía delante de mí puerta.

—No, te veré en la cena. —Necesitaba hacer esto sola. Sus pasos resonaron en el pasillo mientras se alejaba. Entré en el baño y oriné en el palito. En cuanto terminé, me lavé las manos y me preparé para el resultado.

Me senté en el borde de la bañera de lujo y no tuve que esperar mucho. El signo de más descolorido ya empezaba a verse. No podía decir que estaba sorprendida, pero el susto seguía ahí. Mis manos cubrieron mi abdomen.

«Un bebé».

Respiré hondo. La situación no era la mejor y me sentí engañada por Sergei. Recordé haberle preguntado por qué no le preocupaba embarazarme. Suponía que ahora tenía sentido. En lugar de usar protección después de la primera vez, no lo hice. Así que, en realidad, ambos éramos culpables. ¿Cuántas veces se me pasó por la cabeza quedarme con él? Incluso deseé quedar embarazada para no casarme con el hombre al que mi padre me había prometido. Por supuesto, habría sido más fácil desde el principio si hubiera sabido que eran la misma persona.

Mi mayor objeción al matrimonio concertado era que era con su socio. No quería tener nada que ver con alguien que se dedicaba a negocios ilegales. Sí, crecí en ellos, incluso así, quería salir de eso desde que tenía uso de razón. Mi madre no había nacido en este mundo y mis abuelos siempre habían sido mi ventana a una vida *normal*. Me enseñaron una vida sencilla; era lo que quería.

Tendría que contarle a Sergei lo del embarazo. Era lo justo. Tendríamos que sacar lo mejor de ello. Cuando lo conocí, me conquistó. Ese era el momento de conocerlo. Y si nos casábamos, tendría que conocer sus planes a futuro y tener voz en ellos. De ninguna manera me sentaría y dejaría que él decidiera toda nuestra vida.

«¡Hablando de extremos!». Esta mañana grité que nunca me casaría con él y en ese instante intentaba encontrar la mejor manera de salir adelante.

Tiré la prueba de embarazo al bote de basura y fui al dormitorio. Me quedé de pie en medio de la recámara, sintiéndome perdida. ¿Qué debía hacer? Desde el momento en que aterrizamos en Rusia, parecía que mi mundo empezó a girar y ni siquiera lo sabía.

Salí del dormitorio y me fijé en las bolsas de compras apiladas junto a la puerta. Pavel traía otra. Me sentí culpable por hacer que

los hombres de Sergei trajeran todas esas bolsas de cosas que ni siquiera necesitaba.

—Gracias, Pavel —afirmé—. Deja que te ayude.

—No te preocupes. —Sonrió de buena gana—. Esta era la última.

—Debería haberte ayudado. Lo siento.

—No te preocupes por eso. De verdad te gusta ir de compras, *¿eh?*

Me reí entre dientes.

—Antes sí. Hoy fue un poco diferente. —Esperó a que lo explicara, pero realmente no podía. No había nada que decir. «*Quería ir de compras para hacerme una prueba de embarazo*». En cuanto a explicaciones iban, esa estaba fuera de lugar.

—¿Sabes dónde está Sergei?

—Lo encontrarás en su despacho.

Le sonreí y me dirigí a su oficina. No sabía muy bien qué decir. Tal vez podría empezar por averiguar por qué arregló un matrimonio con mi padre ocho años atrás. Sí, parecía un buen punto de partida.

Al acercarme al despacho, escuché varias voces elevadas. Mis pasos vacilaron. No podía evitar preguntarme si tal vez a Sergei no le gustaba que lo molestaran mientras estaba en su oficina. Las normas de mi padre eran no entres nunca en su despacho ni merodees por él. Mi madre me explicó una vez que era por nuestra protección y la suya. Era mejor que no supiéramos todo en lo que estaba metido.

Por supuesto, mi respuesta a mi madre fue que si él no estuviera en la mafia no habría necesidad de una regla como esa.

—*¡Me costaste millones de dólares!* —gritó una voz de mujer por el altavoz.

—Me importa una mierda, Irina. —Sergei sonaba tranquilo, casi aburrido.

—*Te arrepentirás de esto, Sergei.* —Siguió gritando la mujer, con voz áspera—. *A menos que nos pagues los daños de los bienes robados, te arrepentirás de esto.*

Sergei se rio. No era su risa alegre y ligera. Era una risa amenazadora.

—Haré que la misión de mi vida sea interceptar cada uno de sus cargamentos hasta que acabe contigo y tu marido. Esos cargamentos no eran bienes robados. Eran humanos que pretendías vender. Mujeres y niños inocentes. Será mejor que reces para que nunca te ponga las manos encima ni a ti ni a tu maldito esposo. Porque te retorceré el cuello hasta que vea apagarse la luz de tus ojos.

—*¡Eres un maldito loco!* —gritó la mujer—. *Maldito* Mad Russian Sinner*. Y luego te preguntas por qué no quise casarme contigo. No eres nadie y seguirás siéndolo mientras vivas.*

¿Qué quería decir? No quiso casarse con Sergei. ¿Cuándo fue eso? Tantas preguntas se agolpaban en mi cabeza. Apenas sabía algo de él. Por el amor de Dios, había estado prometida a él durante ocho años y ni siquiera sabía su nombre. Me avergonzaba no haber enfrentado la realidad. Fue una estupidez, y como hija de mi padre, nunca debí permitirme ser tan voluntariamente ciega y sorda.

—Y tú, Irina, seguirás siendo una zorra sin corazón en la corta vida que te queda —lanzó Sergei. Su fría voz me produjo escalofríos, y no los habituales. Este Sergei era peligroso y duro.

La línea se cortó y una retahíla de maldiciones salió de la boca de Sergei. Algunas en inglés, aunque muchas en ruso. No necesitaba el traductor para saber que eran maldiciones.

—Un día quiero torturar y destripar viva a esa mujer. —Me sorprendió la voz de Michail. No me había dado cuenta de que también estaba allí—. Nunca quiero hacerle daño a las mujeres, pero esa... esa no es una mujer. Es una zorra chupasangre, avariciosa y malvada.

—Podría añadirle unos cuantos adjetivos más —murmuró Sergei —. Mira a ver si puedes hacer hablar a alguien dentro de la Mafia Polaca. Tendremos que encontrar una manera de poner fin a sus actividades de contrabando humano. Tanto ella como Bartek tendrán que ser eliminados.

Sí, por fin entendí por qué mi madre me prohibía merodear por la oficina de mi padre. Con el tiempo, mis hermanos pudieron entrar en su despacho, y supe que los preparaba para hacerse cargo del negocio. Era una información muy difícil de digerir. Aunque no podía

decir que estuviera en desacuerdo con Sergei. Si esa mujer traficaba y vendía humanos, merecía ser asesinada.

—Scarlett. —La voz de Michail me sobresaltó—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí parada?

—Lo suficiente —admití. Llevaba un traje de tres piezas, igual que Sergei, y una funda de pistola debajo. Era desconcertante que llevaran armas dentro de su propia casa—. Deberían aprender a cerrar la puerta del despacho cuando traten con sus *negocios.* —Hice hincapié en la última palabra. Mierda, realmente no quería estar en este mundo. No quería formar parte de él en Estados Unidos, y desde luego no lo quería aquí en Rusia.

Pasé junto a él, entré en el despacho y cerré la puerta. Sergei estaba sentado en su silla, con sus hermosos ojos fijos en mí. Cuando me miraba, mi cuerpo respondía. No sabía si eso era bueno o malo. Mi atracción por él era muy fuerte, no obstante, sabía que sin amor, disminuiría. Quería su amor, porque le di todo el mío. Mi madre decía que tardó cinco minutos en darse cuenta de que amaba a mi padre. Pero nunca mencionó dolor o bloqueos en el camino al altar.

—Siéntate, Scarlett.

Me senté en la silla, sus ojos nunca me dejaron. Observaba cada uno de mis movimientos, cada una de mis respiraciones. Ahora que lo observaba, no podía creer que estuviera tan ciega para no ver su crueldad y dureza. Sí, podía ser suave, cariñoso y protector, mas también peligroso. Mi padre emitía las mismas vibras. Al crecer rodeada de gente como mi padre, mi tío y mis hermanos, debería haber detectado esas cualidades a kilómetros de distancia. Sin embargo, no me di cuenta.

Diablos, realmente me gustaba. Lo amaba. Lo deseaba. Y ahora iba a tener a su bebé. Pero a menos que tuviéramos alguna base para construir nuestro futuro, ambos terminaríamos miserables. Quería criar a mis hijos en un hogar feliz con padres amorosos.

Las palabras de Sonia diciéndome que Sergei había crecido en un orfanato volvieron a mí. Me hizo darme cuenta de lo poco que sabía de este hombre.

—¿Querías hablar de algo? —La voz de Sergei me sobresaltó. Lo había estado mirando fijamente, perdida en mis pensamientos.

Respiré hondo y exhalé.

—Me he dado cuenta de que en realidad no sé casi nada de ti. —Empecé—. Llevo ocho años prometida a ti en un matrimonio concertado y ni siquiera sabía tu nombre hasta recientemente.

Aunque eso era cosa mía. No quería saberlo.

—¿Qué quieres saber? —Se recostó en su silla, completamente relajado. Jaló la corbata para aflojársela. Aunque no me engañaba. Estaba tenso debajo de todo eso.

—Bueno, para empezar, ¿por qué no me dices por qué estamos en un matrimonio concertado? —inquirí—. Así que hace ocho años, tenías veinticinco o algo así. Qué casualidad, ¡eras de mi edad ahora! Pero tengo que confesar que nunca se me ocurrió buscar esposo a mi edad. De hecho, no me habría importado esperar hasta los treinta o treinta y cinco. —La figura inmóvil de Sergei me observaba, con ojos intensos. Continué con voz suave—: Para los hombres, imagino que casarse a una edad tan temprana no es una prioridad. Entonces, ¿por qué lo haces, Sergei?

Por un momento pensé que no contestaría. Permaneció en silencio, con el único sonido del *tictac* de su antiguo reloj.

—Me comprometí cuando tenía veintidós años —reveló finalmente—. Resultó que la mujer solo me utilizaba para llegar a peces más gordos. Me dejó porque no era nadie. Mis padres me abandonaron, no me dieron un apellido y no tenía todo el dinero ni el poder que tengo ahora.

—Lo siento —murmuré. Y realmente lo sentía. Nadie merecía ser tratado así.

—Fue lo mejor —contestó—. Ella no era quien creía. De todos modos, mis hermanos y yo trabajamos sin parar durante los años siguientes y acumulamos riqueza. Los negocios de tu padre estaban teniendo dificultades y vi una oportunidad. Compré dos de sus casinos y estaba listo para comprar el tercero, cuando nos llamó a mis hermanos y a mí. Pensó que estábamos robando su territorio. No estábamos interesados en apoderarnos de él. De hecho, Dimitry y Nikolai no estaban interesados en sus casinos. Solo yo. Aceptamos

reunirnos con él. Apenas empezábamos a hablar de negocios cuando recibió una llamada. Al parecer, por la pequeña conversación que escuché, te metiste en problemas en la escuela. ¿Cómo lo dijo tu padre? —Sergei esbozó una media sonrisa y se me detuvo el corazón—. Dijo que estabas pasando por tus años de adolescencia rebelde y que le dabas más problemas que todos sus hijos juntos.

No pude evitar soltar una risita.

—Eso es solo porque mis hermanos eran mejores en no ser atrapados —expliqué divertida.

—Estoy seguro —convino—. Hizo un comentario medio en broma sobre casarte y se me ocurrió la idea. Me ofrecí a sacar a tu padre de su situación a cambio de una novia. Tu padre se mostró reacio al principio, pero le aseguré que esperaría hasta que tuvieras veinticinco años por lo menos. Estaba convencido de que ninguna mujer querría formar una familia conmigo, teniendo en cuenta mis antecedentes. Salí de la nada y no podía ofrecer gran cosa, salvo el dinero que había acumulado.

Me quedé mirándolo estupefacta. Realmente pensaba que no tenía nada que ofrecerle a una mujer. ¿No se daba cuenta de que lo único que quería una mujer era su corazón? Tal vez esa mujer que lo rechazó, aplastó todos sus ideales.

—¿La mujer del teléfono rechazó tu propuesta de matrimonio? —Mi voz sonaba extrañamente distante. Los celos no eran una emoción familiar para mí, no obstante, en ese instante los sentía. Estaba celosa. Ella tuvo su corazón y lo aplastó. Y ahora, todo lo que ofrecía era seguridad monetaria.

—Sí, Irina —escupió su nombre, ira y odio en su tono.

¡Mierda! No era de extrañar que Sergei arreglara un matrimonio y se mantuviera cerrado. Sus padres lo abandonaron, la mujer que amaba lo utilizó y lo dejó.

—Ella se lo pierde, ¿sabes? —aseguré en voz baja. Aunque me partía el corazón saber que no me amaba, aun así quería ofrecerle consuelo. Nos miramos el uno al otro y había tantas cosas que quería decirle, pero mis hormonas del embarazo estaban trabajando en mi contra. Ya me estaba volviendo demasiado emocional y las lágrimas me punzaban los ojos. Me puse de pie, con la necesidad de

salir de allí antes de que empezara a llorar a mares—. Y no necesitas padres perfectos, ni dinero, ni un apellido para encontrar esposa, Sergei. Solo necesitas un corazón.

Me di la vuelta y salí de su despacho. En cuanto se cerró la puerta, mis pasos se aceleraron. Me apresuré a entrar en mi dormitorio y cerré la puerta tras de mí. Las lágrimas se derramaron y mi corazón sangró. Definitivamente, mi madre nunca me habló de esta parte. Tenía la sensación de que, aunque hubiera conocido a Sergei como mi marido concertado, me habría enamorado de él. Detenerlo sería como intentar controlar un huracán. Era imposible. Desgraciadamente, hacía tiempo que había perdido su corazón.

Era media tarde, pero me sentía agotada, física y emocionalmente. Me metí en la cama y busqué consuelo en el sueño.

El Sergei en mis sueños me amaba.

SERGEI

—Y no necesitas padres perfectos, ni dinero, ni un apellido para encontrar esposa, Sergei. Solo necesitas un corazón.

Las palabras de Scarlett permanecieron en el aire cuando salió de mi despacho. Esas palabras por sí solas eran un reflejo de su naturaleza. Para Irina, el corazón daba igual. Pero para Scarlett, era lo único que importaba. Probablemente, por eso me enamoré de ella tan fácilmente. Le di mi corazón, y quería el suyo a cambio.

Quería correr tras ella, gritarle que tenía mi corazón. En lugar de eso, me quedé pegado a mi asiento, mirando fijamente su partida.

No estaba seguro de cuánto tiempo permanecí con la vista fija en la puerta, como si Scarlett fuera a volver. Sonó mi teléfono y fruncí el ceño, al notar que era Dimitry. Esperaba que siguiera enojado conmigo, sin hablarme durante al menos otro año.

—¿Hola? —contesté al teléfono.

—*Le dispararon a Anastasia.* —La voz de Dimitry era estrangulada, sus palabras apenas audibles.

—¿Qué? ¿Cómo? —Mi corazón tronó de miedo.

—*¿Qué?* —Escuché a Nikolai hacer la misma pregunta. Debió de habernos puesto en conferencia.

—*Vlad nos traicionó*. —Se atragantó—. *No sé si...*

Dimitry no pudo terminar. Nikolai y yo escuchábamos, el silencio era ensordecedor a medida que crecía el miedo por mi hermano y su mujer. Si algo le ocurría, lo destruiría.

—*Se los diré*. —Escuché la voz de Misha—. *El doctor quiere hablar contigo.* —Más movimientos—. *Habla Misha.*

—¿Qué pasó? —pregunté.

—*Anja fue una* svideteli *en mi boda. En la recepción, Vlad le dijo algo a Anja y ella abandonó la boda* —explicó—. *No sabemos qué le dijo, pero ella agarró las llaves del coche y se marchó. Hubo una emboscada y los hombres de Boris embistieron su vehículo. Vlad lo tenía todo preparado, es el traidor. La seguimos hasta un almacén gracias al dispositivo de rastreo de su collar. Hubo un tiroteo entre Boris, sus hombres y nosotros. Anastasia se tiró delante de Dimitry. Recibió una bala por él.*

—Maldición —susurré. Ella también lo amaba. No se suponía que su vida juntos fuera corta.

—*Ese hijo de puta de Vlad...* —Nikolai maldijo, la furia en su voz reflejaba la rabia que hervía dentro de mí.

—*La segunda bala iba a matarla* —continuó Misha—. *Pero Boris se interpuso. Murió.*

—¿Qué? —soltamos Nikolai y yo al mismo tiempo. Debí haberlo oído mal. Era imposible que Boris recibiera una bala por alguien.

—*Es su hija, joder* —reveló Misha, y si no estuviera sentado, estaba seguro de que estaría en el suelo, junto con mi mandíbula—. *Ella no lo sabía, tampoco Boris. Manciatti se lo reveló justo antes de que empezara el tiroteo. ¿Pueden creerlo? ¡La hija de Boris!*

No, no podía creerlo. Anastasia era mi hermana. ¡Mi hermana de sangre!

—¿Se recuperará? —inquirí, con la angustia carcomiéndome por dentro.

—*Está en cirugía. No se ve bien, pero los médicos están haciendo todo lo que pueden.*

Dios no podía dejarla morir. La vida no podía ser tan cruel. Mi hermano merecía ser feliz. Había dado su vida protegiéndonos a Nikolai y a mí. Dios no se lo quitaría todo en ese minuto.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

¡Mi hermana! Ella era fuerte, sabía que lo era. Saldría adelante. Tenía que hacerlo. ¡Por mi hermano! ¡Por mí!

—*Vlad orquestó el secuestro de Anastasia* —murmuró Misha por teléfono—. *Ambos.*

—¡Maldita víbora! —espeté. Sabía que debería haberle retorcido el cuello en *Russian Orchid*. Debería haber seguido mi instinto—. Nikolai, concéntrate en Malcolm. Empezaré con Vlad.

Con una especie de plan, colgamos. Misha nos mantendría informados. Dimitry no estaría en un buen estado mental hasta que Anja se recuperara. Lo cual haría; lo creía firmemente.

Fui a buscar a Michail y le conté lo que había pasado. Lo único que no sabía era que Anja era mi hermana. Nadie conocía mi relación con Boris. Ni siquiera el propio Boris sabía que era mi padre. Al parecer, tampoco sabía que era el padre de Anja.

La pregunta seguía siendo: ¿cómo lo sabía el extorsionador en el teléfono?



Fui en busca de Scarlett. Tenía que asegurarme de que estaba bien, de que estaba a salvo. Era casi la hora de cenar, y estaba a punto de ir a buscarla cuando mi teléfono zumbó.

Al mirarlo, vi el nombre de Nikolai. Lo abrí. Era un mensaje corto. Planeaba volver a Rusia en unos días. Nikolai había puesto a Olivia, la amiga pelirroja, en su casa de St. Petersburg. Tal vez las dos amigas podrían conectar una vez que fuera seguro para todos. Le envié un rápido mensaje a mi hermano y le ofrecí ayuda.

Imaginé que se preocupaba por su seguridad, más aún ahora que Anastasia estaba herida. Al igual que yo estaba preocupado por Scarlett.

Nikolai estaba desesperado por acabar con Malcolm Schmidt, el hombre que mató a su hermana. El mundo era realmente un lugar pequeño, porque ese mismo hombre estaba comprometido con la otra compañera de viaje de Scarlett y Anastasia. Todavía la recordaba diciéndole a Scarlett que dejara de suspirar por mí.

Desde luego, escuchó. La forma en que me reviró que no la tocara en el coche fue una herida directa en mi pecho. Era como un

cachorro corriendo tras ella, muriéndome por sus abrazos, besos y sonrisas.

Y aunque me burlaba de mí mismo por ser tan débil, iba en su búsqueda. Siempre que me sentía al límite, verla o pensar en ella me ayudaba. Encontré a Michail afuera, hablando con los hombres en turno.

—¿Dónde está Scarlett? —pregunté.

—No está aquí afuera —respondió—. ¿Has mirado en su habitación? ¿Necesitas que la busque?

—No, yo me encargo.

Fui a su dormitorio y observé que todas las bolsas seguían delante de su puerta. Eso era raro. Intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada. Toqué suavemente, mas no obtuve respuesta. Un miedo frío me recorrió la espalda. Metí la mano por encima de la puerta, donde siempre se guardaban las llaves de repuesto. Rápidamente abrí la puerta, la puse en su sitio y entré para encontrarla durmiendo.

Me acerqué a la cama y me senté en el borde. Se veía cansada y pálida. Me di cuenta de que apenas desayunó y tampoco almorzó. Era inusual, ya que Scarlett tenía un apetito saludable.

Tenía un mechón de cabello oscuro en la frente y se lo aparté con suavidad. Mi corazón crecía de orgullo cada vez que la miraba. Era mía y nunca podría dejarla ir. Finalmente, entendía todos esos rumores en torno a Boris y la crueldad que infligió tras perder a la mujer que amaba. Hubo momentos en que sentí que la rabia abrumaba todos mis sentidos y ahogaba las partes decentes de mí. De la forma más extraña, Scarlett me tranquilizaba, me calmaba. Tal vez mi padre no me dio su apellido, aunque sin duda consiguió darme sus malos rasgos.

Recordé mis conversaciones con el padre de Scarlett. No estaba contento con el secuestro. Me sentí como un idiota esta mañana cuando le suplicó a su padre que viniera por ella. Últimamente, me sentía como un imbécil todo el tiempo. No podía esperar a que todo este lío quedara atrás. Estaba agradecido de que estuviera aquí conmigo, donde podía vigilarla. Su padre confiaba en mí para mantenerla a salvo y tenía la intención de hacerlo. Odiaba preocupar

a su padre con peligros, pero el hecho era que ella era un objetivo en Moscú, cuando la siguieron hasta mí. Si Vlad iba tras Anastasia y sabía lo de Scarlett, podría venir tras ella también.

Los ojos de Scarlett se abrieron.

—Hola —saludó somnolienta.

Su cerebro aún no se había puesto al día, porque me sonreía. Como solía hacerlo.

—Hola. —Le acaricié la mejilla y se inclinó hacia mí toque. Dios, amaba su tacto y sentirla cerca de mí. Echaba de menos esas pequeñas señales de su confianza. Odiaba haberlo arruinado por no ser sincero con ella desde el inicio. Tenía razón de odiarme. La intención era mantenerla a salvo, no obstante, debió de haber estado asustada. El remordimiento me carcomía y esperaba que mis acciones no destruyeran los sentimientos que empezaban a florecer entre nosotros. Lucharía por ella hasta que se entregara a mí de nuevo. Esta atracción entre nosotros era real. Pero no era solo eso, me encantaba todo de ella. Maldición, la amaba.

—Es casi la hora de cenar. Deberías intentar comer algo. —Mantuve mi voz baja, esperando que esa mirada suave en sus ojos no disminuyera.

—Lo haré —musitó y sus ojos se cerraron de nuevo—. Estoy muy cansada.

—¿Llamo al doctor? —No debería sentirse tan cansada. Apenas hicimos algo ese día.

—No, es normal. Solo déjame dormir un poco más. —Fruncí el ceño. ¿Qué quería decir con eso? Un suspiro salió de sus labios y habló en voz baja—. Luego se me pasará.

Sus palabras no tenían sentido, pero probablemente era porque seguía dormida. La dejaría dormir un poco más. Podíamos cenar un poco más tarde de lo habitual.

29

SCARLETT

Cuando desperté de la siesta, eran casi las ocho de la noche. Me di una ducha rápida y me cambié en un vestido floral que me llegaba hasta las rodillas. Un vistazo al espejo me dijo que me veía presentable, aunque seguía teniendo ojeras y me veía pálida. Supongo que el agotamiento era un efecto secundario del primer trimestre.

Mientras salía de mi habitación, miré a mi alrededor. Las bolsas de compras seguían sin abrirse. No necesitaba nada, mas tendría que guardarlo todo. Al parecer, este sería mi nuevo hogar. Quizá Sonia podía ayudarme; era buena compañía. Era fácil hablar con ella, como con Anja y Scarlett.

Me apresuré a ir al comedor esperando que Sergei y Michail estuvieran a punto de terminar su cena, pero en lugar de eso encontré el lugar vacío.

«Tal vez ya habían terminado de comer».

Justo cuando me daba la vuelta para marcharme, me tropecé con Sergei.

—*Ey.* —Sus manos me sostuvieron—. ¿Estás bien?

Levanté los ojos hacia su cara y el corazón me dio un vuelco. Sentí la necesidad de rodearlo con mis brazos y pedirle que me abrazara. En lugar de eso, di un paso atrás.

—Sí, todo bien —declaré—. Tomé una siesta y se me hizo tarde. Estaba a punto de ir a la cocina a pedir lo que quedó de la cena.

—No te has perdido la cena —comentó—. La tendremos ahora.

—*Oh*, de acuerdo.

—Scarlett, hay algo que quiero decirte. —Sus palabras me sorprendieron. Alcé la vista y esperé a que continuara—. Algo malo sucedió. Un hombre que trabaja para mis hermanos y para mí resultó ser un traidor.

Asentí, aunque no estaba segura de por qué.

—¿Estarás bien?

—Sí —me aseguró—. Sin embargo, no será seguro salir de la propiedad para ir de compras hasta que lo atrapemos. Quiero asegurarme de que estés a salvo.

Sonaba preocupado.

—Está bien. —Sonreí—. No más salidas de compras.

Mi recompensa fue su sonrisa y mi interior se derritió.

—Gracias, *Solnce* —murmuró, inclinándose hacia delante, presionando sus labios contra mi frente—. Me volvería loco si te pasara algo.

Escuchar su cariñosa admisión me hizo estremecer de deseo y necesidad por él. ¿Quizá realmente le importaba? Tenía en la punta de la lengua preguntarle qué sentía por mí, si alguna vez pensó que podría amarme.

—¿Debería ir a contarle a Michail sobre la cena? —Ofrecí en su lugar. Era más seguro cuando él o Sonia estaban cerca.

—Ya lo hice. —Me empujó de vuelta al comedor—. Él y Sonia ya vienen. ¿Podrías sentarte a mi lado durante la cena, por favor?

Levanté la cabeza, me encontré con sus ojos y asentí aturdida. Justo cuando nos sentamos, Michail y Sonia se nos unieron. Sorprendentemente, la cena acabó siendo agradable. La comida estaba deliciosa y no había ni una sola cosa en el menú que molestara a mis sentidos.

Sonia habló mucho de sus hermanos y de su familia. Michail añadió algunas historias más sobre la suya.

—Me alegra saber que no solo torturabas a tu hermana —me burlé de él.

—No, repartí amor por igual entre mis hermanos.

—Sergei, ¿te contó Michail? —Lo miré—. Que puso una serpiente muerta en la cama de su hermana. ¡Una serpiente muerta!

—No, se le olvidó mencionarlo durante su entrevista —replicó secamente.

—No me extraña. —Le sonreí a Michail—. Te habría tenido en tiempo fuera. ¡Durante un año! —Todos nos reímos—. ¿Desde hace cuánto que se conocen?

Michail y Sergei parecían trabajar bien juntos, como si llevaran mucho tiempo haciendo esto.

—Unos quince años o más —mencionó Michail—. Me metí en una pelea fea contra otros cinco chicos. En vez de ser listo y huir, decidí luchar. Sergei lo vio y decidió unirse. Para igualar las probabilidades, ya sabes.

—¿Y ganaron ambos? —No me sorprendió oír que Sergei quería ayudar al indefenso. Por alguna razón, parecía del tipo protector.

—Sí, lo hicimos —respondió Sergei.

—Aunque, nos metimos en problemas con los hermanos mayores de Sergei —añadió secamente Michail—. Esos dos son muy protectores con él. Y dan mucho miedo cuando quieren.

—Sí, normalmente los hermanos mayores lo son —comenté—. ¿Cuántos años tienen?

—Dimitry tiene treinta y ocho y Nikolai treinta y seis —contestó Sergei.

—¿Y tus hermanos, Scarlett? —inquirió Michail de la nada. Durante las dos últimas semanas se había limitado a temas neutros —. Mencionaste unos hermanos, ¿verdad?

—Sí, tengo tres hermanos mayores. Cillian, Brennan y Liam —respondí—. Cillian es el mayor y el más odioso. Brennan es el siguiente y es el más tranquilo. Liam es el rebelde. —Sonreí al pensar en ellos. Aunque no los veía seguido, seguía amándolos y extrañándolos.

—Tú y Liam deben de llevarse bien —agregó Michail.

Me reí entre dientes.

—No estarás todavía haciendo pucheros, porque te di una patada en la zona sensible, ¿verdad? —Toda la mesa se rio, incluido Michail —. Además, tienes que agradecérselo a Brennan. Él me enseñó a hacerlo.

—Recuérdame agradecérselo —bromeó, haciendo una mueca de dolor. No pude evitar

reírme.

—Apuesto a que son protectores contigo —comentó Sonia.

—Lo son —dije—. Lo cual es molesto.

—¿Están casados? —indagó Sonia con curiosidad.

Negué con la cabeza.

—No. Nuestros padres son muy devotos el uno del otro. Probablemente nos arruinó a todos. Creo que cada uno de ellos busca ese tipo de devoción.

—¿El matrimonio de tus padres no fue concertado? —preguntó Sergei, sorprendido.

Negué con la cabeza.

—Mi madre tenía una pequeña panadería. Una mañana, papá se detuvo a comprar un pastelito y ¡bum! —Puse los ojos en blanco—. Mi madre siempre me decía que tardó exactamente cinco minutos en darse cuenta de que era el indicado. —Respiré entrecortadamente. Dios, los echaba de menos. Había estado evitando volver a casa durante años, pero aún los extrañaba y los amaba—. Ella todavía hornea todo el tiempo. Le gusta mucho. Desde que tengo memoria, juraba que olía a canela.

—De acuerdo, ahora quiero roles de canela —anunció Michail riendo.

—No me mires —pronuncié bromeando—. No sé hornear. ¿Y cómo es que sabes sobre roles de canela? Creía que era un pastelillo estadounidense.

—Cada vez que vamos a Estados Unidos —comentó Sergei—, Michail se queja como un bebé para ir a comprar roles de canela.

Eché la cabeza atrás y me reí.

—Será mejor que tengas cuidado. Van directo a tus caderas.

—Valen la pena —afirmó sonriendo.

—Le pediré a mamá que te haga unos la próxima vez —aseguré —. Los suyos son los mejores.

—¿Cuál es tu favorito, Scarlett? —cuestionó Sergei.

—Supongo que el pastel de zanahoria. —Pensé un segundo—. Sabes, no estoy segura de si tengo un favorito. Me gustan todos,

pero no me vuelven loca los roles de canela. ¿Y a ti?

—No me gustan mucho los dulces —admitió frunciendo el ceño.

—Es verdad —añadió Sonia—. Creo que nunca te he visto comer un postre.

—Pero compartimos ese... —me interrumpí, sintiendo cómo se me sonrojaban las mejillas—. ¿Por qué no te interesan los dulces? —Curioseé en su lugar.

—Mis hermanos y yo crecimos en un orfanato —explicó Sergei, con los ojos clavados en mí—. Cuando teníamos hambre, robábamos de una panadería por la misma calle. Ocurría con frecuencia, así que he tenido suficientes pasteles para durarme toda la vida.

Me sorprendió su sinceridad. Le tendí la mano.

—Lo siento.

—Ya está en el pasado —contestó. Sus ojos me observaban atentamente y ardían con deseo. Me derretí por dentro. Aparté rápidamente la mano y miré hacia otro lado, temiendo quemarme si lo contemplaba fijamente durante demasiado tiempo.

Justo cuando estábamos terminando de cenar, el teléfono de Sergei zumbó. Compartió una mirada con Michail y ambos se excusaron.

Miré a Sonia y se encogió de hombros, pero no pareció alarmarla.

—Hacen eso todo el tiempo —comentó—. Solo ignóralo.

30

SERGEI

En la verja había un desconocido que intentaba entrar en el recinto. Tanto Michail como yo corrimos hacia allá, donde los guardias lo detuvieron.

—¿Dónde está? —pregunté en cuanto llegamos al portón. Había un pequeño edificio que permitía a los guardias usar el baño y tener una pequeña cocina y zona de estar.

—Está ahí dentro con Pavel.

En cuanto entré en el edificio y lo miré, lo reconocí. Era Brian, el tipo de seguridad que viajó con Scarlett y sus amigas durante el verano.

Sus ojos se encontraron con los míos y algo parpadeó en ellos.

—Me dijeron que buscabas al dueño de esta casa. —Empecé. Asintió y continué—: Lo encontraste. ¿Qué puedo hacer por ti?

Se levantó y me tendió la mano. La estreché y me senté, él hizo lo mismo.

—Soy Brian Ryker —se presentó—. Estoy buscando a Scarlett O'Brady. Creo que está siendo retenida aquí.

—¿Y cuál es tu asunto con Scarlett? —cuestioné.

—Fue secuestrada hace tres semanas —contestó con tranquilidad. Tenía que reconocérselo, mantenía la calma—. Antes de volver a Estados Unidos, quiero asegurarme de que esté a salvo y quiera quedarse aquí.

—¿Y qué te hace pensar que está aquí?

—He recibido una pista de que la retienen aquí. Llevo dos días vigilando la casa. La he visto.

Nos mirábamos en silencio. Sabía que estaba en desventaja, estando solo mientras yo tenía cuatro hombres dentro del edificio y muchos más afuera. Era valiente. Bueno, valiente o estúpido. Sabía que había estado preguntando por Scarlett por todo Moscú, pero esta era la primera vez que nos encontrábamos cara a cara y hablábamos.

—Sí, está aquí y está a salvo —informé finalmente—. Pero no volverá a Estados Unidos. Sus padres se reunirán con nosotros dentro de unas semanas para nuestra boda.

Sorpresa apareció en su rostro.

—Si no te molesta, me gustaría verla y asegurarme de que está bien.

Hice un rápido gesto con la cabeza a Michail y fue a buscarla. Mientras esperábamos, ninguno de los dos intentó entablar conversación. Era lo mejor, porque no estaba de humor.

Scarlett no tardó en aparecer. En cuanto entró en el edificio, sus ojos se agrandaron.

—¿Brian? —exclamó y corrió hacia él, dándole un fuerte abrazo. Tuve que apretar los puños para obligarme a no separarlos. Sabía que no había nada entre ellos, sin embargo, mi posesividad no era racional. Esa era la bienvenida que esperaba, en cambio Brian la recibió—. ¿Qué haces aquí?

Le sonrió.

—Buscándote, en realidad.

—¿A mí?

—Sí. Manciatti se sentía responsable y quería asegurarse de que estabas bien. —La miró de arriba abajo como si buscara algún signo de maltrato—. ¿Estás bien?

—Sí. Lo siento, todavía estoy en *shock* de verte. —Lo abrazó de nuevo. El maldito imbécil estaba teniendo una mejor bienvenida que yo—. ¿No llamó Anja a Manciatti para decirle que estaba bien?

—Supongo que no —replicó secamente.

—¿Olivia está bien?

—Volvió a Estados Unidos —respondió—. Anastasia y tú desaparecieron, así que éramos solo los dos.

—Sí, lo siento —murmuró ella—. Anastasia llamó hace unos días y fue rescatada.

No parecía sorprendido. Manciatti debía de mantenerlo al corriente.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Brian miró fijamente a Scarlett, y me tensé—. Manciatti sabía que habían rescatado a Anja, pero nadie le informó de ti. Acabo de hablar con él hoy mismo.

No quería derramar sangre con este hombre, aun así, no le permitiría que me la arrebatara. Fue como si toda la habitación se tensara y todos contuvieran la respiración esperando la respuesta de Scarlett.

—Me encantaría volver a casa —habló Scarlett en voz baja y la rabia retumbó en mis oídos. Todo mi cuerpo se tensó y un infierno hirvió por mis venas, listo por estallar. Antes de que actuara, continuó—: Pero no en este momento. Por ahora me quedaré con Sergei.

Sin más, la furia se evaporó y la paz me inundó.

—¿Segura? —Me miró y me puse de pie.

—Ya te contestó —advertí.

Brian me miró con desconfianza, como si sintiera que estaba al borde. Porque la verdad era que caería en la locura si perdía a Scarlett.

—Scarlett, es peligroso que te quedes aquí. —Brian tomó su mano y mantuvo su mirada en mi mujer, palabras no dichas flotaban en el aire.

—¿Qué quieres decir? —Scarlett miró a Brian y luego a mí.

—Desde que volví a Rusia, me he centrado en los alrededores de Moscú buscándote. —Los ojos de Brian nos recorrieron a todos—. No tenía pistas, nadie que viera algo. Y entonces, hace una semana, recibí una pista anónima de que estabas en St. Petersburg.

—¿Recibiste una llamada con una pista sobre Scarlett? —lo cuestioné.

—Primero fue una nota bajo la puerta de mi hotel —contó molesto—. Solo decía *St. Petersburg*. No tenía más pistas, así que

vine aquí. Tras días de búsqueda, recibí una llamada. Era una voz disfrazada, aunque estoy bastante seguro de que era la voz de una mujer. Todo lo que conseguí fue la calle. Ningún número de casa.

Compartí una mirada con Michail. Esto no era bueno. Significaba que alguien quería ponerle las manos encima a Scarlett o la quería fuera de la escena.

—¿Todavía tienes el número de teléfono que te llamó? —Tal vez podríamos rastrearlo y averiguar quién estaba detrás de Scarlett. No podría ser una coincidencia que Brian recibiera pistas claras sobre cómo encontrarla. Sin embargo, el hecho de que creyera que era una mujer quien lo había llamado me desconcertó.

—Así es —confirmó Brian—. Intenté rastrearlo, pero fue en vano. Tal vez tú tendrás suerte.

—Mándamelo a mi teléfono —intervino Michail y recitó su número.

Brian lo puso rápidamente en su teléfono y le envió el número.

—Ya deberías tenerlo. —Su mirada se dirigió a Scarlett—. ¿Estás segura de que quieres quedarte? Estoy preocupado por ti.

—Sí, estoy segura, Brian.

—De acuerdo, entonces. —Se levantó, mirándome sospechosamente—. Me quedaré unos días para que puedas pensarlo.

Gruñí y me incliné hacia delante dispuesto a abalanzarme sobre él. La mano de Scarlett se acercó a mi pecho, y al instante me detuve.

—No cambiaré de opinión, Brian —anunció con calma, con los ojos fijos en mí—. Gracias por encontrarme. Pero estoy bien. Vuelve a Estados Unidos y dile a Manciatti que estoy bien.

No le dedicó ni una mirada, toda su atención se centró en mí y lo disfruté.

—Cómo acabaron las tres en Rusia es un maldito misterio —musitó.

—¿Qué quieres decir? —Scarlett se irguió y lo miró interrogante.

—Olivia también volvió a Rusia —explicó Brian—. Estuvo en Estados Unidos unas semanas y luego desapareció. Todo el mundo

sospechaba de un secuestro pero, al parecer, un amigo de Anja la trajo de vuelta.

—¿Olivia está bien? —Por su tono me di cuenta de que Scarlett se preocupaba mucho por sus amigas.

—Sí, Manciatti dijo que estaba a salvo. —Scarlett dio un suspiro de alivio—. Juro que este verano me ha envejecido por lo menos cinco años más —se quejó Brian en voz baja.

—Lo siento. Fuiste genial todo el verano.

Brian sonrió cansado.

—Adiós, Scarlett.

—Buen viaje, Brian.

—Michail, escolta al señor Ryker fuera de la propiedad. —Quería estar seguro de que no estuviera merodeando.

Esos dos se fueron, junto con los guardias, dejándonos a Scarlett y a mí solos.

—Vamos. —Me tomó de la mano y jaló—. Volvamos a la casa.

La seguí. Nadie había sido capaz de calmar mi ira como ella. Su solo tacto bastaba para que toda mi razón y cordura volvieran.

Caminamos en silencio, todo el camino hasta mi oficina.

—Siéntate —ordenó suavemente, empujándome a un sillón—. ¿*Whiskey*?

Asentí, observando cada uno de sus movimientos. Se movía con gracia, cómoda en su piel. Y se veía hermosa. En cuanto se encontró conmigo, quise decirle lo impresionante que estaba. El vestido se ceñía a sus curvas de un modo que me puso la verga dura.

Me entregó el vaso y me sorprendí cuando se quedó. Se sentó en el reposabrazos del sillón. Bebí un trago y le ofrecí un poco. Negó con la cabeza.

—¿Por qué te quedaste? —inquirí. Era su oportunidad perfecta para irse y, sin embargo, se quedó—. Brian habría luchado con todos nosotros para llevarte de vuelta a casa.

—¿Preferirías que me fuera? —respondió con una pregunta.

—Sabes que te quiero aquí —pronuncié. Asintió levemente mientras se me quedaba viendo pensativa. Me pregunté qué le pasaba por su cabeza. Anhelaba su confianza y su amor.

Lamentablemente, no me lo había ganado exactamente, ¿verdad?—. Scarlett, quiero empezar de nuevo.

Se mordió el labio, con los ojos fijos en la ventana, aunque estaba oscuro afuera y no se veía nada a través de ella. El pavor se instaló en la boca de mi estómago y el miedo se apoderó de mí. «*Ella también me va a dejar».*

—No quiero volver a empezar —comentó, con voz tranquila. Todo lo contrario de la angustia que sentía en ese minuto. Volvió a mirarme y ladeó la cabeza mientras me observaba—. Quiero saber por qué me mentiste. ¿Por qué quieres casarte conmigo si amas a alguien más? ¿Por qué me secuestraste? Si vamos a hacer esto, quiero sinceridad. Ambos empezamos esto mal.

Sus palabras me dieron esperanza. Pero tenía razón al pedir honestidad. Se lo merecía; se merecía lo mejor. *«Carajo, ¿por dónde empiezo?».*

—Te dije que Irina iba a casarse conmigo. Fue antes de que mis hermanos y yo acumuláramos nuestra riqueza y poder. La verdad era que me estaba mintiendo hasta que consiguió un candidato mejor. Más rico, más poderoso, con una línea de parentesco que realmente lo reconociera.

Scarlett no se movió ni dijo nada. Se quedó sentada esperando a que continuara, y me pregunté si se marcharía después de saber la verdad.

Respiré hondo.

—Lo sentí como una traición y no me lo tomé bien. Después de eso, trabajé más duro para acumular más dinero y ganar más poder para demostrar que valía algo. O demostrarle a la gente que me había abandonado... mis padres, esa mujer... que soy mejor de lo que me creían. Pero todo el tiempo, luché con el conocimiento de que no era digno.

Su pequeña mano se posó en mi hombro y apretó suavemente. Su tacto fue el consuelo que necesitaba.

—Eres digno —declaró suavemente—. Pase lo que pase, siempre debes recordarlo. —Incluso después de todo lo que le había hecho, todavía pensaba lo mismo—. Y no olvides a tus hermanos.

Mi labio se curvó en una media sonrisa.

—Sí, tengo a mis hermanos. Siempre me han ayudado. —Scarlett era perspicaz y exactamente el tipo de mujer que necesitaba a mi lado—. Nosotros tuvimos una crianza dura. Primero el orfanato. —Respiré hondo. Nunca imaginé que desahogarme sería tan difícil—. Dimitry y Nikolai habrían estado bien, pero yo me seguía enfermando. Solo sobreviví gracias a ellos. Dimitry robaba comida para alimentarme. En los fríos inviernos, él y Nikolai me abrigaban lo mejor que podían con lo poco que teníamos. Cuando la oportunidad de unirse a la mafia apareció, Dimitry la aprovechó. Nunca lo dijo, no obstante, lo hizo para mantenerme con vida. Le preocupaba que moriría si pasábamos otro invierno en el orfanato sin calefacción.

Los brazos de Scarlett me rodearon.

—Lo siento mucho, Sergei.

Demonios, necesitaba su consuelo.

—Dimitry y Nikolai me enseñaron a disparar, a matar, a defenderme, pero siempre me han protegido. Cuando Boris, el líder de la mafia en aquella época, se volvía loco y se lanzaba a hacerle daño a cualquiera, mis hermanos siempre me protegían. Dimitry se burlaba de él para recibir la paliza, no yo. —Nunca le había contado nada de esto a Irina. Tal vez instintivamente sabía que no era la indicada para mí. Tal vez una parte de mí se aseguró de que no pudiera tener una ventaja sobre mí—. Nikolai tiene una cicatriz en la cara. Boris se la hizo porque protegió a un hombre inocente. Apenas tengo cicatrices, porque Nikolai y Dimitry obtuvieron la mayoría.

—Deben de ser increíbles —murmuró.

—Imagínate mi disgusto cuando supe que Boris era en realidad mi padre biológico. —Su aguda inhalación fue el único sonido en la habitación—. ¿Cómo iba a decirles a mis hermanos que mi padre biológico nos hizo pasar un infierno? Soportaron palizas y cicatrices por mi culpa y mi padre las repartió todas.

—¿Por qué haría eso tu padre? —Su voz era un susurro.

—Estaba bastante loco —señalé—. Demente. Nunca le dije que había descubierto que era mi padre, y tampoco se lo dije a mis hermanos. Eres la primera persona a la que se lo digo en voz alta. Y luego Irina prácticamente me escupió. Estaba seguro de que ninguna mujer decente me querría.

—Espero que sepas que lo que te hizo Irina no es decente. —Sus dedos rozaron mi mejilla.

—Ahora lo sé. Sin embargo, cuando estaba haciendo el arreglo con tu padre, estaba tan perdido y alimentado por la rabia y el autodesprecio. Me sentía indigno, mas aun así quería una familia. Mi propia mujer y mis hijos. Tu padre tenía el tipo de familia que quería tener algún día. Así que aproveché la oportunidad cuando se presentó. Ayudaría a tu padre financieramente y mantendría sus deudas en secreto, aunque él te entregaría a mí en matrimonio. Él era un hombre de palabra y sabía que la cumpliría.

Resopló.

—¿No pensaste que era demasiado joven para ti?

Sonreí a pesar de la situación.

—Fue la razón por la que acepté esperar ocho años y no casarme contigo en tu decimoctavo cumpleaños.

Puso los ojos en blanco.

—Mis hermanos te habrían enterrado si papá hubiera aceptado casarme el día de mi cumpleaños número dieciocho.

Probablemente tenía razón. Su hermano mayor se opuso al acuerdo desde el principio. Mierda, sus tres hermanos se opusieron de todo corazón. Pero el mayor estaba dispuesto a matarme.

—Probablemente tengas razón. —Acepté—. Tu padre ha estado intentando romper el compromiso y devolverme el dinero al cien por ciento de ganancia. Se preocupa mucho por ti. —Los ojos de Scarlett brillaban. También amaba a su familia—. Cuando lo visité hace ocho semanas, creo que quería mostrarme de primera mano cuánto te molestaba la idea de casarte conmigo.

Exhaló pesadamente.

—Eras tú en el despacho de mi padre. —Sus ojos me miraban atentamente—. No hice la conexión de que mi padre tuvo una reunión con mi futuro esposo ese día hasta que Michail vino a secuestrarme. No supe que eras tú hasta que Anja me llamó.

—Sí, era yo. No obstante, con lo que tu padre no contaba era con que, en cuanto te vi, estaba decidido a tenerte. Eras hermosa, y sabía que no te merecía, pero maldición, Scarlett... Te deseaba. Quería todo contigo.

Arrugó esas delicadas cejas suyas.

—Pero ni siquiera te diste la vuelta.

—Vi tu reflejo en el espejo que tu padre tiene sobre su marco de la chimenea —confesé—. Discutiste con tus padres y luego te fuiste enojada.

—Ese día vi a Michail, pero nunca vi tu cara. —Nos miramos en tenso silencio y supe que cada palabra que pronunciaba probablemente hacía crecer la brecha entre nosotros. Aunque si no se lo contaba todo, seguro que la perdería—. ¿Orquestaste encontrarte conmigo en el vestíbulo del hotel?

—No, fue pura suerte. —Todavía no podía creer que funcionó de esa manera—. No podía creer que estuvieras delante de mí. Lo tomé como una señal. Quería que me conocieras sin las restricciones de un matrimonio arreglado. Me decía a mí mismo que si nos dabas una oportunidad, quizá no te alejarías de mí. Me convencí de que solo necesitaba tiempo contigo para que me conocieras y yo te conociera.

Bajó la vista, observando sus manos cruzadas en su regazo. Seguía sentada en el reposabrazos del sofá.

—Tampoco fui exactamente sincera. No debería haber aceptado cenar con un desconocido, sabiendo que estaba prometida a otro.

Supongo que ambos teníamos cosas que resolver. Mientras ambos trabajáramos en ellas *juntos,* seríamos capaces de superarlas.

—No más engaños —prometí—. Quiero ser un buen hombre para ti, *Solnce*. Te amo.

—¿Qué? —Había sorpresa en su rostro—. ¿Me amas?

—Sé que destrocé lo que empezábamos a construir —confesé, con el miedo apretándome el corazón. Este miedo al abandono era difícil de eliminar—. Pero te amo y quiero ganarme tu amor. Sé que la he jodido. Primero te mentí, secuestré a tu amiga y luego te secuestré a ti para mantenerte a salvo de los mismos hombres.

—Espera, ¿qué? ¿Secuestraste a Anastasia?

Me zumbaban los oídos, me dolía la cabeza.

—Sí, recibí una amenaza. Las estaban siguiendo a ambas. Amenazaron con hacerte daño si no les entregaba a Anastasia.

—Dios mío, Sergei. —Su cara retrataba incredulidad y me sentí como el peor de los imbéciles—. ¿Cómo pudiste? ¿Y por qué Anja no me dijo que la secuestraste?

—Quería darme una oportunidad contigo, supongo. Es mucho mejor persona que yo. —Inhalé profundamente y luego exhalé—. Siento mucho todo lo que te he hecho pasar, Scarlett. Pero créeme cuando digo que solo quería protegerte. Siempre te protegeré a ti y a nuestra familia.

Scarlett se levantó, alejándose de mí. *«La estoy perdiendo».* Y demonios, dolía más que cualquier bala. Aunque no podía culparla. Ninguna mujer pasaría por todo esto con nadie. Menos aún con alguien tan indigno como yo.

—Lo siguiente que tengo que decirte va a ser duro. —Empecé. Le prometí no más mentiras y engaños. Tendría que cumplirlo, sin importar las consecuencias—. Boris secuestró a Anja. Hubo un tiroteo. Ella se tiró delante de mi hermano y recibió una bala por él. Boris recibió la segunda bala destinada a matarla. Resulta que Boris también es el padre de Anja. Su padre biológico. Ella está en el hospital. Los médicos están haciendo todo lo que pueden. Pero la conoces, es fuerte. Saldrá adelante. —Tenía que hacerlo. Porque ese día me enteré de que era mi hermana de sangre.

Tictac. Tictac. Ese maldito reloj era el único ruido en mi oficina. El reloj y la sangre bombeando en mi cerebro.

—¿Cómo pudiste ocultarme eso? —La voz de Scarlett era suave y baja, una acusación en sus ojos.

—Quería esperar a que se despertara para decírtelo.

—Quiero ir a verla.

—Lo siento, no podemos. La pondrías en peligro y a ti misma. —Respiré hondo—. Por favor, Scarlett. No quiero perderte también.

Mi mujer estaba allí, a solo un metro de distancia de mí, pero bien podría estar en otro continente. Con cada palabra que decía, se alejaba más y más. Quería gritarle que la amaba, que la necesitaba. En lugar de eso, la observé, intentando memorizar cada curva de su cuerpo, cada línea de su rostro.

—Esto es demasiado —murmuró y mi corazón se hundió aún más —. Necesito tiempo para asimilarlo todo.

Se dio la vuelta y se fue, sus pasos apenas audibles. O tal vez mi corazón gritaba tan fuerte en agonía, ahogando los sonidos de todo lo demás.

31

SCARLETT



Había pasado una semana entera desde la confesión de Sergei. No lo había visto desde entonces, salvo de pasada. Me hubiera gustado poder retroceder el tiempo y abrazarlo. Había derramado su corazón, me brindó sinceridad como lo pedí y luego huí de la situación como una cobarde.

Cada vez que intentaba buscarlo, estaba ocupado con alguien o no aparecía por ninguna parte. En momentos como este, extrañaba hablar con Olivia y Anastasia. Michail me dijo que Anastasia se había despertado y que se recuperaría. Fue un gran alivio. Y Olivia también estaba en Rusia. Había sido un torbellino desde el momento en que pisamos este país.

«Me ama».

El pensamiento resonó en mi mente por millonésima vez. Repetí sus palabras una y otra vez. Cada vez que me detenía en su confesión de amor, mi corazón crecía. También lo amaba. Debería habérselo dicho, pero nuestra conversación terminó inesperadamente mal.

Me llevé la mano al vientre bajo. Aún no le había hablado del bebé. Su confesión fue tan impactante que lo olvidé por completo. Y este Boris… Era el padre de Anastasia y Sergei. Eso los convertía en hermanos. ¡Santos cielos!

Aún tenía demasiadas preguntas, aunque ninguna era tan importante como el amor que sentía por él. Y por nuestro bebé. Podíamos tener un futuro juntos; solo teníamos que darle una

oportunidad. *«Juntos».* Sí, juntos, como mis padres. De repente, me di cuenta de que había tardado menos de un minuto en enamorarme de Sergei. Lo miré por primera vez y el corazón me dio un vuelco. Era el indicado para mí todo este tiempo.

Recorrí la casa llena de hombres de Sergei. Sabía que estaba dentro del recinto, aun así, debía de estar evitándome. Estuve medio tentada de empezar a gritarle.

«En realidad, no es mala idea».

Justo cuando me disponía a gritar a todo pulmón, oí su voz. Me quedé quieta, escuchando. Eran casi las diez de la noche y la casa estaba a oscuras. Normalmente, me estaría cayendo de sueño, pero había tomado una siesta en la tarde, así que aún me quedaba una reserva de energía en mí. Tener un bebé creciendo dentro de ti era un asunto que seriamente drenaba mucha energía.

Me acerqué de puntitas a la parte trasera de la casa. Sergei estaba en su despacho. Sonaba como si estuviera en una conferencia telefónica. *«¿Es la voz de Anastasia?».*

—*Jesucristo, ustedes dos*. —Una voz de hombre desconocida habló a través del altavoz—. *Esta es una llamada seria.*

—*¿Primero Olivia y ahora tú también, Anastasia? De verdad que no necesito estas imágenes en mi cabeza*. —*«¿Qué demonios?».* Parecía la voz de Oliver, el hermano mellizo de Olivia.

Una mujer se rio. Juré que sonaba como la risa de Anastasia.

—*¿En serio, Oliver? Tu hermana y yo te daremos una paliza cuando te veamos. Y tú, Nikolai… he oído que te gusta mucho cuando Olivia está en tu regazo.*

Hubo risas en la línea. Me sentí tan fuera de contexto. Olivia estaba en el regazo de Nikolai. Recordé que era el hermano de Sergei.

—*¿Olivia te lo dijo?* —cuestionó una voz grave.

Sí, era la risa de Anastasia. Era imposible equivocarse.

—*No* —respondió entre risitas. Sonaba contenta—. *Pero acabas de confirmarlo. Aunque escuché que hay que felicitarte. ¿Podríamos tener una boda doble?*

«¡Quéééééééé!».

—¿Qué? —Sergei parecía igual de sorprendido. La voz de otro hombre hizo la misma pregunta—. ¿También te vas a casar? —preguntó con incredulidad. Suponía que tampoco se lo esperaba. Olivia y Anastasia se iban a casar. Bueno, maldita sea... Me lo estaba perdiendo todo. No había ninguna posibilidad en el infierno. Las vería casarse. Y demonios, también quería casarme. Aunque solo con Sergei.

—*Sí, Olivia y yo nos vamos a casar*. —Tuve que quedarme quieta o arriesgarme a que me atraparan espiando. Quería saltar de alegría. Olivia estaba a salvo y se había enamorado. Era la única razón por la que aceptaría casarse con alguien—. *Volviendo al propósito de esta llamada. Malcolm y Vlad son parientes y esto debe de haber estado en marcha desde el principio*. —*Oh*, ese pedazo de mierda de Malcolm. Esperaba que el hermano de Sergei lo matara. En realidad, tacha eso… Que lo torturara—. *El único contratiempo en su plan somos nosotros tres. Nunca anticiparon que Manciatti llamaría a Dimitry para salvar a Anastasia.*

—*Ves, tenía razón*. —La voz de Anastasia era feliz—. *Sergei inició una reacción en cadena positiva.*

—¿Eso significa que ya no estás enfadada conmigo, Anja? —inquirió Sergei. ¿Sabía que estaban emparentados? ¿Se lo dijo Sergei?

—*No, no significa eso* —refunfuñó una voz de hombre. Supuse que debía de ser el hermano mayor de Sergei.

—*No respondas por mí* —lo regañó Anja—. *Significa, Sergei, que soy más blanda contigo. Y mi castigo para ti no será tan duro como había planeado inicialmente.*

Resoplé ante eso. Me costó no reírme a carcajadas. Anja nunca le haría daño a una hormiga, y menos a otro ser humano. Escuché en silencio el resto de la conversación. Hubo mucho diálogo. Como no estaba al corriente, era difícil de seguir, pero parecía que planeaban capturar a Malcolm. Parecía que se estaba escondiendo aquí en Rusia.

«Rusia debe ser un destino popular últimamente», bromeé en mi cabeza.

Lástima que Malcolm no estuviera muerto; sin embargo, por el tono de voz de Nikolai, si ese hombre le ponía las manos encima... Sí, sufriría mucho. *«Bien, Malcolm se merece todo el sufrimiento que reparte a los demás».*

—*Sergei, ¿qué opinas?* —La voz de un hombre devolvió mi atención a la llamada.

—Si no hacemos nada, vendrán más y más hombres tras Olivia. Seríamos blancos fáciles. Tenemos más posibilidades de ir por él y terminarlo. —El hecho de que Sergei se preocupara por lo que le pasara a Olivia, alguien a quien realmente no conocía, me decía mucho. Era un buen hombre. Y lo amaba aún más por ello.

—*Entonces, ¿estamos todos de acuerdo?* —Llegué a reconocer la voz de Nikolai—. *Oliver, tienes que pensar en tu carrera militar, así que vigila nuestra seguridad y sé nuestros ojos*.

—*Pero...*

—*Sin peros. Cuida del casino y sé nuestros ojos.*

Ohhhh, realmente me agradaba Nikolai. Sería bueno para Olivia. Podía darme cuenta con solo escuchar esta conversación, que le importaba y sería protector con ella. La mantendría a salvo mientras ambos vivieran. *«Ah, eso suena como un voto matrimonial».*

Nikolai continuó hablando.

—*Sergei, no podemos permitirnos que pierdas de vista a Vlad y lo que está haciendo con los polacos. Así que sigue vigilándolo.*

—Entendido.

Se concretaron algunos detalles más y la llamada terminó. Me quedé quieta, escuchando en la oscuridad. Tantos sentimientos revoloteaban en mi cabeza y en mi corazón. Escuchar que Olivia había encontrado su amor y su confianza en el hermano de Sergei me avergonzaba. Había soportado tanto y aun así no reprimía sus sentimientos. ¡Y mírame! Mis padres me habían mimado toda la vida, y cuando Sergei me dijo la verdad como le pedí, en vez de darle mi amor, tuve que pensar.

—No te quedes en la puerta, Scarlett. —La voz de Sergei me sobresaltó. No me había dado cuenta de que me había oído. Apenas me había movido y me había mantenido en las sombras—. Puedo oler tu perfume.

—No llevo perfume —dije al entrar.

Parecía cansado. Tenía el cabello alborotado, como si se hubiera pasado las manos por él demasiadas veces.

Estaba sentado en el sofá con un vaso de líquido marrón en las manos. Lo vi tomar un trago, y se me apretaron las entrañas al ver la gota de alcohol en su labio. Mis manos se apretaron a un costado de mi cuerpo, la necesidad de tocarlo abrumaba todos mis sentidos.

32

SERGEI

El amor de mi vida estaba frente a mí, sus ojos oscuros clavados en mí. ¿Qué pensamientos le pasaban por la cabeza mientras me miraba? ¿Odio? ¿Disgusto? ¿Arrepentimiento?

Mantenerme alejado de Scarlett durante la última semana me estaba matando. Ella no lo sabía, pero me colaba en su habitación todas las noches y la veía dormir. Sí, había algo seriamente mal en mí. Pero a menos que la viera, mi mente entraba en una espiral y la locura amenazaba con descender. Tal vez esta era la mierda que hizo que Boris se volviera loco. Amaba tanto a la madre de Anja que perdió la cabeza cuando no le correspondió.

«No puedo perder a Scarlett». Era mi sol y mi luna, mi vida entera. La vida sin ella no valía la pena vivirla.

Con su rechazo, me concentré en cazar a Vlad y derribar a los polacos. Vlad andaba suelto, maquinando y amenazando a todos mis hermanos como una nube oscura. La Mafia Polaca se había vuelto más audaz y había redoblado sus esfuerzos con el tráfico de personas. Me enfurecía que las mujeres y los niños estuvieran sufriendo por la codicia de los polacos. El hecho de que Irina colaboraba en todo ello me revolvía el estómago. Empezaba a parecer que Irina movía los hilos y dirigía las cosas en la Mafia Polaca mientras Bartek seguía siendo la cara ante todos.

Esa mujer nunca fue digna de mi amor. Las palabras de Irina de doce años atrás se burlaban de mí. Me di cuenta de que la sensación de indignidad que me otorgó no era nada comparada con el miedo

agonizante que sentía al perder a Scarlett. Me arrastraría de rodillas hasta dejarlas en carne viva, solo por mantenerla en mi vida.

Cerré los ojos, asustado de perder la cabeza solo de pensar en que mi mujer me dejara. ¿Era esto lo que Boris sentía? La locura y la obsesión eran lo único que mi padre me había regalado. El estruendo en mis oídos aumentaba, la sangre burbujeaba a fuego lento bajo mi piel. La locura se acercaba, cada respiración que daba la alimentaba más y más. Sentí más que escuché los suaves pasos de Scarlett en el suelo. Tenía tantas ganas de alcanzarla y tocarla. Necesitaba sentir su piel. Ella me centraba y me mantenía cuerdo. No obstante, otro rechazo me destrozaría.

—También te amo, Sergei. —Las palabras de Scarlett fueron tan bajas que estaba seguro de que las había imaginado. Estaba alucinando. Si había una manera de ir y perderme en la locura, esta podría ser la mejor manera—. Te amo tanto que duele.

—¿Qué dijiste? —Me aclaré la garganta, abriendo los ojos. Tenía que asegurarme de que mi mente no se había vuelto loca.

—Te amo, Sergei. —Sus ojos brillaban—. Te amo y a nadie más. No hay nadie mejor que tú. No hay nadie más para mí.

Esperé, pero no dijo nada más. *«Me ama».* Scarlett me dio esperanza. Dejé el vaso en la mesita lateral, me acerqué a ella y la subí a mi regazo. No se resistió, no me apartó. No podía soportar perderla.

—Scarlett —suspiré, hundiendo la cara en su cuello. Me pasó las manos por el cabello y sus dedos rozaban mi cuero cabelludo—. No me dejes, *Solnce*.

Sonaba como un debilucho, pero me importaba una mierda. Quería ser su todo, como ella se había convertido en mi todo.

—No me iré —susurró.

La agarré por la nuca y la besé con fuerza. Quería conquistarla, recuperar la rendición que me había dado durante nuestra primera semana juntos. No me conformaría con menos. Gimió en mi boca, su cuerpo apretándose contra mí.

Las semanas sin ella habían sido una tortura. Ninguna otra mujer serviría ahora que había tenido a Scarlett.

Rompiendo el beso, levanté su trasero para poder bajarle las bragas por las piernas. Sus ojos estaban empañados con deseo, reflejando el mío. Su aroma era suficiente para llevarme al precipicio. Era exclusivamente suyo y lo necesitaba como mi marca personal de cocaína.

Le subí el vestido por las caderas. Con movimientos apresurados, buscó y desabrochó el cinturón con avidez, luego bajó la cremallera y me abrió los pantalones. La sorpresa brilló en sus ojos cuando vio que no llevaba nada debajo. Mi verga estaba lista para ella.

—Ponte a horcajadas sobre mí —demandé, y obedeció al instante.

SCARLETT

Nunca había sido así con Sergei. Había una desesperación y una necesidad profundas que nos empujaban a ambos a un frenesí mutuo. Su boca sobre mí era despiadada, sus manos ásperas, y quería más.

—Ponte a horcajadas sobre mí —ordenó, y no dudé en obedecer. Mi mente se había ido, el deseo y la necesidad por él dictaban mis respuestas.

Mis manos se movieron para agarrar sus hombros, alineando su miembro con mi coño adolorido. Sentirlo duro en mi entrada fue casi suficiente para hacerme llegar al orgasmo.

—Abajo —gruñó. Sus dedos se clavaban en mis caderas y me guiaban hacia su longitud.

—*Oh,* Dios —gemí—. Te extrañé, Sergei.

Ambos respirábamos con dificultad y, desde el rincón más alejado de mi mente, me alegré de que estuviera tan afectado como yo. Me levantó las caderas y volvió a bajarme de golpe contra su regazo. Todo mi cuerpo ardía con la necesidad por él. Y sabía que era el único que podía saciarla. Lo cabalgué más rápido, arriba y abajo, con su polla llenándome hasta la empuñadura.

—¡Maldición, Scarlett! —exclamó mientras echaba la cabeza hacia atrás—. ¡Justo así!

Mis dedos se clavaron en sus hombros mientras lo cabalgaba con fuerza. Mis muslos temblaban y mis adentros se apretaban alrededor de su miembro, como dándole la bienvenida a casa. Los dos

estábamos perdidos en ello. Levantó las caderas de la silla, igualando mis movimientos y follándome con fuerza. Todo mi cuerpo ardía y temblaba mientras el corazón me latía con fuerza en la garganta.

—Mi Scarlett —dijo. Era suya de todo corazón. Se inclinó hacia delante y me mordió suavemente la garganta. El leve dolor disparó el placer directamente a mi centro.

—¡Sergei! —grité su nombre, persiguiendo el placer. Cada vez con él era diferente y mejor. Siguió penetrándome mientras movía mis caderas contra él.

Su mano me agarró por la nuca y acercó nuestros rostros a escasos centímetros.

—Eres mía —declaró, mientras me movía más y más rápido, persiguiendo el placer.

—Dilo —demandó.

—Por favor, Sergei —gemí, suplicando liberación. Me ardían los muslos, estaba tan cerca.

—Dilo —repitió en tono duro. Me estaba conquistando.

—Soy tuya. —Me rendí. Me mordió el labio inferior y envió chispas como brasas por mis venas. Cada nervio en mi cuerpo explotó y envió ondas de placer ardiente.

Poco a poco, el placer se convirtió en un zumbido y mi vista volvió a centrarse en Sergei. Su mirada reflejaba reverencia, amor, y me dieron ganas de llorar.

—Mi *solnce* —murmuró con voz ronca—. Te amo.

Me agarró con fuerza de las caderas y me sujetó mientras me penetraba una y otra vez, y lo absorbí todo. Cada bombeo de su dura longitud provocaba una nueva excitación y el placer se encendía dentro de mí. Me folló con fuerza una y otra vez, y en el momento en que mi coño se estrechó alrededor de su verga mientras otra oleada de placer me recorrió, su propia liberación lo arrastró y me siguió hacia el abismo.

Con un gruñido, cayó hacia delante y enterró su cabeza en mi cuello. Lentamente, me incliné hacia delante y lo rodeé con mis brazos. Fue todo lo que necesité, y mi corazón latió con ternura por este hombre.

El silencio envolvió la oficina, los únicos sonidos eran nuestras respiraciones entrecortadas. Pero había mucho más, muchas palabras no dichas que flotaban en el aire.

—Dímelo otra vez —musitó contra mi oído—. Dime que me amas... por favor.

Levanté la cabeza y tomé sus manos entre las mías, nuestros ojos se clavaron.

—Sergei, te amo —declaré. No quería que lo dudara nunca—. Siempre te amaré. Solo a ti.

Me dolía el niño pequeño que era, tan asustado y solo, sin sus padres para ofrecerle consuelo. Sus hermanos estaban allí para él, pero también eran niños. También debieron haberlo pasado mal. Luego, su basura de padre.

Esto se sentía como un comienzo. No más esconderse ni mentirnos el uno al otro.

—Sergei —susurré suavemente—. Tengo que decirte algo.

Se puso un poco rígido y sus músculos se tensaron bajo mi palma.

—No me alejes, Scarlett —agregó suavemente. Había una pizca de desesperación en su voz—. No me rendiré contigo.

—Confío en ti y te amo —aseguré. Tendría que escuchar esas palabras frecuentemente y tenía la intención de darle mi amor y seguridad por el resto de mi vida. Aspiré su aroma hasta lo más profundo de mis pulmones. Cada vez que respiraba, él era la razón detrás de ello. Y ese conocimiento me asustaba, sabiendo con qué facilidad me enamoré de él. Aunque tenía miedo, también había esperanza retumbando en mi pecho.

—No te apartaré, pero necesito que me escuches —repliqué, levantando la cabeza para poder mirarlo a los ojos. Necesitaba que viera lo serio que era—. Necesito saber quién eres, quién eres de verdad. Mis padres tienen un buen matrimonio, porque se aman y porque se conocen mejor que nadie. Mi padre confía incondicionalmente en mi madre y viceversa. —Respiré hondo—. De entrada, estamos en desventaja. Quizá no pueda tener un matrimonio como el de ellos, aun así, no me conformaré con solo existir como tu esposa. Así que quiero conocerte, al *verdadero* tú.

No al encantador de hace cuatro semanas. Quiero conocer tus preocupaciones y miedos, y ayudarte a superarlos. Y quiero estar segura de que me cubrirás la espalda cuando te necesite. Si bien sé que siempre me protegerás, también quiero protegerte. No necesito que seas perfecto, sin embargo, quiero que sepas que, pase lo que pase, te seguiré amando. Y no te dejaré.

Me hubiese gustado saber lo que estaba pensando mientras me observaba. Este hombre no era fácil de leer y se mantenía a raya. Tenía todo mi corazón, cuerpo y alma. Podía entender que tuviera sus miedos después de que tanta gente lo abandonara, sin embargo, no podía ser feliz con menos.

La paciencia nunca fue mi virtud, así que solté.

—¿Crees que podrías trabajar con eso?

Asintió y no me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración esperando su respuesta.

—Sí, Scarlett. Puedo trabajar con eso. —Ambos seríamos idiotas, pero al menos estaríamos juntos—. Te amo tanto, carajo. Me preocupaba convertirme en mi padre si me dejabas. La locura me carcomía, al pensar en la vida sin ti.

—No te convertirás en tu padre. —Estaba segura de eso—. Eres un buen hombre y nunca te dejaré. —Me incliné hacia sus labios y antes de besarlo, murmuré—: Y será mejor que nunca me dejes.

Respondió con una risita y su sonrisa me dejó sin aliento.

—Nunca. —Fue su promesa—. Quiero casarme contigo esta noche para que no puedas dejarme.

No me importaría en absoluto. Seguía dentro de mí, yo estaba a horcajadas sobre su regazo, y me preparé para dar una de las mayores noticias de mi vida.

—Tengo que decirte otra cosa. —Recordaba lo que me había dicho antes sobre salir embarazada, así que no pensé que se tomaría a mal la noticia de mi embarazo, pero aún estaba nerviosa —. Estoy embarazada —anuncié con un suspiro—. No quería decir nada hasta hacerme la prueba pero... sí, definitivamente lo estoy.

Lo que no esperaba era que una amplia sonrisa apareciera en su rostro.

—¿En serio? —Sus brazos me apretaron con fuerza—. ¿Vas a tener a mi bebé?

No pude evitar soltar una risita. Siempre culparía de todos estos cambios en mis emociones a las hormonas del embarazo. O eso, o estaba a punto de perder la cabeza.

—Sí, tu bebé —murmuré suavemente—. Nuestro bebé. —Sus ojos brillaron y no pude evitar ahogarme. Apoyé la palma de la mano en su mejilla con ternura. Sabía sin duda que sería un buen padre—. Y serás un padre maravilloso, Sergei. Lo sé.

Lo rodeé con los brazos y lo abracé con fuerza.

—Nuestros hijos te amarán tanto como yo —le susurré al oído.

—¿Quieres más hijos? —Su voz tembló ligeramente, y solo podía imaginar todas las emociones por las que estaba pasando.

—Claro que sí. Pero solo contigo. —Quería que nuestros hijos tuvieran un hogar como el que había tenido al crecer—. Lo quiero todo contigo.

34

SERGEI



Nada me había hecho tan feliz como escuchar las palabras de Scarlett. Iba a tener a mi bebé, *nuestro* bebé. Sabía que era un imbécil, porque cuando dejó la pastilla del día después, no me molesté en recordárselo. Esperaba tener una familia con ella. Maldición, recé por ello. Mi corazón latía de alegría. Scarlett y nuestros hijos serían el regalo más preciado y valioso. No lo merecía, pero lo quería. Lucharía contra todo el que intentara arrebatármela.

—¿Estás contenta con el bebé? —pregunté con cautela. Aún era joven y yo le fui impuesto.

—Lo estoy. Surgió de una forma poco ortodoxa —pronunció. Fruncí el ceño ante sus palabras y se apresuró a explicarme—: Se suponía que ibas a ser una aventura de verano, Sergei. Y todo se descontroló. Y luego el secuestro, temer tu muerte y descubrir que eres el hombre con el que mi padre insistió en que me casara durante los últimos ocho años.

De acuerdo, le concedería eso. Era poco ortodoxo.

—Pero sí —dijo suavemente—. Estoy feliz por el bebé.

Suspiré aliviado. Sería una buena madre. No tenía ninguna base para ser un buen padre, pero ella sí. Haría lo correcto por ella y nuestro hijo.

—Te prometo que seré un buen esposo y padre —juré—. No tuve progenitores que me enseñaran lo que es ser un buen padre, no obstante, mataré y torturaré a cualquiera que intente dañar a nuestra familia. Te amo y a nuestro bebé. —Puse mi mano

suavemente sobre su vientre bajo. Demonios, hasta podría comenzar a llorar de felicidad. ¿Quizá las hormonas del embarazo de Scarlett también me estaban afectando?

Volvió a reírse suavemente y era el mejor sonido.

—Podemos empezar con eso. Y, Sergei —añadió—, serás un gran padre. No lo dudes nunca.

Noté que no dijo un gran marido, no obstante, se lo demostraría. Tenía el resto de mi vida para demostrarle que sería un buen esposo para ella.

—Vamos a la cama, *Solnce.* —Le mordisqueé la oreja—. Duerme en mi habitación esta y todas las noches.

Se encogió de hombros.

—Claro. —No pude evitar sonreírle y ella negó con la cabeza—. Cedo ante ti con demasiada facilidad —refunfuñó.



Me desperté con Scarlett acurrucada conmigo y el mundo parecía estar bien. Como debía ser. La miré dormir y algo se movió en mi pecho. Nunca esperé esto; nunca la esperé. Todo el engaño volvió como un huracán y no había nadie más a quien culpar que a mí. Sin embargo, la vida me dio otra oportunidad, no la desperdiciaría. No habría más mentiras persistentes entre mi mujer y yo. Quería aclararlas todas con ella. Haría feliz a mi mujer.

También tenía que encontrar la manera de hablar con mis hermanos. Les debía la verdad. Después de todo lo que habían hecho por mí, era lo menos que podía hacer por ellos. Scarlett tenía razón. Ellos siempre me cubrían la espalda, incluso cuando no lo merecía. Debería haberles confiado la información sobre la identidad de mi padre.

Mi teléfono zumbó y eché un vistazo para ver a Michail pidiendo hablar. Apenas eran las seis de la mañana. Debía de ser importante si sentía la necesidad de enviarme un mensaje tan temprano. Me levanté de la cama con cuidado para no despertar a Scarlett. Murmuró algo y hundió la cabeza en la almohada donde había

estado acostado hace unos segundos. No pude evitar una risita. Si nuestro bebé dormiría así, tan profundamente como Scarlett, tendríamos los dos primeros años maravillosos.

«Mi familia». Sonaba demasiado bueno para ser verdad. Lo deseaba tanto, pero siempre pensaba que no me pasaría.

Me puse rápidamente unos *jeans* y una camisa, y agarré mis botas de combate. Le puse la mano en la cabeza y le di un beso en la coronilla, luego salí de la habitación descalzo. Michail me esperaba delante de ella.

—*Maldición, Michail* —espeté en ruso—. *¿Te quedaste parado ahí toda la noche?*

Su labio se torció en una media sonrisa, y rápidamente me coloqué las botas de combate.

—*No, pero tú y tu mujer deberían aprender a cerrar las puertas.*

Alcé una ceja.

—*La puerta de nuestro dormitorio estuvo cerrada toda la noche.*

—*Sí, pero la puerta de tu despacho no.* —Se rio entre dientes.

—*Enfermo* voyeur*.* —Lo empujé. Ni Scarlett ni yo nos dimos cuenta de que habíamos dejado la puerta abierta hasta que nos fuimos a la cama, aunque para entonces ya era demasiado tarde.

—*No te preocupes* —se burló—. *No vi nada, solo oí un poco.*

—*¿Por qué demonios viniste a mi oficina de todos modos?*

—*Para compartir contigo cómo Brian Ryker encontró a Scarlett.*

Eso despertó mi interés.

—*¿Cómo?*

—*Irina.*

—*¿Qué?* —No debí haberlo oído bien.

—*Irina* —repitió—. *Ella fue la pista anónima. El número del que lo llamó era ilocalizable aunque, al parecer, volvió a ponerse en contacto con él. Anoche vino a avisarnos.* Accidentalmente*, se encontró con él. No le agrada y no confía en ella.*

—*Hombre inteligente* —murmuré.

Aunque no tenía ningún sentido. Ella ni siquiera podía saber sobre este lugar. No compré esta propiedad hasta años después de que abandonó mi vida.

—*¿Cómo iba a saber de este lugar?* —Michail cuestionó. Seguíamos hablando en voz baja, manteniéndonos al ruso.

—*No lo sabría* —declaré—. *No debería. Vamos a la oficina. No quiero despertar a Scarlett.*

—*No quiero sentarme en esa silla* —resopló, sus ojos brillando con diversión.

—*Maldito enfermo*. —Le di un puñetazo en el brazo—. *Será mejor que no hayas puesto tus ojos en mi mujer.*

—*No fue mi intención, aunque es difícil no ver ahora lo poco que vi* —murmuró riendo—. *Pero me alegro de que lo hayan solucionado.*

Lanzándole un vistazo pude ver que era sincero, dejando a un lado todas las bromas.

—*Estamos trabajando en ello.*

—*Bien. Es una buena mujer, y te tratará bien* —comentó—. *Y tú la tratarás bien a ella. No lo dudes.*

—*Gracias* —agradecí sus palabras más de lo que él nunca sabría —. *Está embarazada.*

La expresión de sorpresa en su rostro no tenía precio, pero se recompuso rápidamente.

—*¡Felicidades! Supongo que ahora tienen sentido sus extraños hábitos de sueño y estados de ánimo.*

Estábamos en mi despacho y cerré la puerta.

—*No dejes que Scarlett te oiga decir eso. Podría destriparte... y a mí* —bromeé, y ambos nos reímos entre dientes—. *Gracias por mantenerla a salvo* —mencioné sombríamente, apoyándome en mi escritorio. Confiaba en Michail tanto como en mis hermanos. Y eso ya era mucho decir.

—*Siempre* —respondió sin reservas—. *Después de todo lo que has hecho por mí*. —Hice un gesto con la mano. Pensaba demasiado en eso; no valía la pena mencionarlo—. *Lo digo en serio, Sergei* —continuó—. *Si no fuera por ti, habría perdido a todos mis hermanos*. —El problema era que la única hermana que habíamos perdido seguía siendo una pesada carga para ambos. Ninguno de los dos descansaría tranquilo hasta averiguar qué le había pasado.

— *Una sola vida perdida ya es demasiado* —cité con un pesado nudo en el estómago. Nunca pudimos averiguar qué le había pasado

a su hermana, pero ambos temíamos que estuviera muerta.

—*Estoy de acuerdo* —reconoció, con la pena evidente en su rostro—. *Pero gracias a tu ayuda, puedo buscar respuestas.*

El pesado silencio perduró en el aire. Sabía muy bien lo mucho que Michail necesitaba respuestas. Y quería ayudarlo a obtenerlas.

—*Bien, volvamos al tema que nos ocupa. Irina sabe sobre tu casa.*

—*Quiero saber cómo sabe Irina de este lugar. Si los polacos vienen por nosotros, puede que tengamos que movernos* —afirmé. Me enfurecía que ella lo supiera. ¿Qué más sabía esa mujer?—. *Ahora que Vlad va abiertamente contra nosotros, tendremos que asegurarnos de que la seguridad sea estricta. Y fue visto en St. Petersburg.*

No me gustaba que ese hombre estuviera en el mismo país que Scarlett, por no hablar de la misma ciudad. Sabía que fue quien condujo a los hombres de Boris hasta Scarlett y a mí, en su intento de capturar a Anastasia.

—*Ese hombre es una serpiente*. —A Michail tampoco le agradaba Vlad. No había estado con él tanto tiempo como Nikolai, Dimitry y yo, y aun así, sus sentimientos reflejaban los nuestros. Conocíamos a Vlad desde que éramos niños. No estaba tan loco como Boris, aunque era astuto e igual de cruel.

Michail tenía buenos instintos.

—*Sobre Irina, pedí algunos favores. Pensé que era poco probable que hubieras compartido alguna información con ella, así que estoy siguiendo algunas pistas.*

—*¿Algo de lo que valga la pena hablar?* —inquirí. Confiaba plenamente en Michail y sabía que podía contar con él.

—*Todavía no, pero puedo decirte esto* —respondió—. *Me confirmaron que Irina dirige toda la operación de la Mafia Polaca. Bartek es solo una marioneta*. —Eso pensábamos, y esta era nuestra confirmación—. *Se metió en la cama con los libaneses en su negocio de contrabando de personas. Se rumora que los polacos no están contentos con ella. No les importaba Bartek, pero la odian. No quieren formar parte del tráfico de personas, lamentablemente,*

tienen demasiado miedo de hablar, porque gente aparece muerta por mucho menos.

Las palabras de Anastasia resonaban en mis oídos. *«Mi madre solía decir que las cosas en la vida acaban exactamente como deberían. Puede que no lo veamos en ese mismo momento, pero con el tiempo nos daremos cuenta».*

Empezaba a ver que eso era cierto. Irina nunca fue la indicada para mí.

Sonó un suave golpe en la puerta y supe quién era antes incluso de que se abriera. El cabello oscuro y desordenado de Scarlett se asomó.

—Hola a los dos —murmuró—. ¿Trabajando ya?

—Entra —pedí. Quería rodearla con mis brazos, aunque no quería asfixiarla con mi afecto.

Entró con una sonrisa vacilante, intercalando la vista entre Michail y yo. Deseaba que cayera en mis brazos, pero no lo esperaba. En lugar de eso, se sentó en la silla en la que nos entretuvimos la noche anterior y Michail desvió la mirada rápidamente, aclarándose la garganta.

—¿Quizás deberías sentarte aquí, Scarlett? —Michail sugirió una silla de madera, junto a la mesa.

Lo fulminé con la mirada. Le pegaría un tiro si la hacía sentir incómoda.

—¿Por qué? —preguntó, con confusión en los ojos. Llevaba unos *shorts* de dormir y una camiseta blanca de tirantes.

—Era solo una idea —explicó, apartando los ojos de la silla. Ya veía que tendría que cambiarla de sitio. *«Quizás a nuestro dormitorio»*, pensé con suficiencia.

—Sergei, estaba pensando. —La voz de Scarlett me sacó de las cosas sucias que quería hacerle a mi mujer—. Creo que debería ver a un doctor.

Me enderecé de inmediato, olvidando las cosas sucias. La miré en busca de cualquier signo de enfermedad.

—¿No te encuentras bien?

—No, no —aseguró rápidamente—. Pero creo que tal vez debería ver a un ginecólogo. Necesito tomar vitaminas prenatales y hacerme

análisis de sangre, ese tipo de cosas.

Maldición, quería acercarme y abrazarla fuerte. Nuestro bebé. Le sonreí. Tenía razón, por supuesto.

—Sí, conseguiré una cita —dije—. Hoy mismo. Mi amigo conoce al mejor ginecólogo de la ciudad. Vienen a verlo mujeres de todas partes del mundo.

Se rio entre dientes.

—Creo que son casi todos iguales, pero asegúrate de que sea un médico de verdad.

Juré que cuando me sonreía así, quería empujar a Michail por la puerta y follarla de nuevo.

—Felicidades, Scarlett —participó Michail—. Ahora me siento estúpido por no haberme dado cuenta, con lo cansada que estabas. Mi prima tenía el mismo cansancio. Me alegro por los dos.

Los ojos de Scarlett brillaban como diamantes.

—Gracias, Michail. Es demasiado pronto para anunciarlo, así que no deberíamos decírselo a la gente. Además, probablemente sea mejor que primero veamos a un doctor.

Ya estaba tecleando un mensaje, solicitando la cita.

—Ah, y no se lo digas a mis padres —murmuró—. Definitivamente no se lo digas a mis padres.

Levanté los ojos sorprendido por esa petición. Habría pensado que querría decírselo de inmediato.

—¿Por qué no? —cuestioné con curiosidad.

—Esperemos un poco —suplicó—. Si no, se subirán a un avión y exigirán que nos casemos mañana.

La observé, tratando de entender lo que pasaba por su mente.

—Michail, ¿puedes darnos un minuto? —inquirí, sin apartar la vista de Scarlett.

—Por supuesto. Me pondré en contacto contigo más tarde.

En cuanto se fue, me acerqué a Scarlett.

—¿Cambiaste de opinión sobre nosotros? ¿Sobre la boda? —pregunté. A veces, los viejos fantasmas eran más difíciles de aplastar.

—No, estoy comprometida —aseguró, tomando mi mano con las dos suyas—. Solo quiero hacerlo despacio y ellos me obligarán a

hacerlo mañana.

—Yo no me opondría —comenté.

—Pero yo sí. —Se sentó erguida, con la agitación escrita en su bonito rostro—. No quiero que me obliguen. Será bajo nuestras condiciones.

—¿Nuestras o tuyas?

—Sergei, por favor, intenta comprender. Quiero que sea bajo nuestras condiciones. Hay tanto que no sabemos el uno del otro. Danos algo de tiempo. Te amo, pero cuando nos casemos, quiero a Anja y Olivia en nuestra boda. Y a tus hermanos también.

—De acuerdo. —No quería que se rebelara, y sabía que si forzaba la situación, Scarlett apuntaría a lo contrario. Además, tenía un punto válido. Queríamos que mis hermanos y sus amigas estuvieran allí. Se merecía una boda de ensueño—. Pero tengo una condición firme.

—¿Sí? —Había cautela en su voz.

—Tenemos que casarnos antes de que nazca nuestro bebé. Quiero que el nacimiento de nuestro hijo empiece con el pie derecho.

Scarlett se levantó y me rodeó con sus brazos.

—Estoy de acuerdo. Añadiré otra condición. —Inclinó la cabeza para encontrarse con mi mirada—. Nos casaremos antes de que me ponga enorme y redonda.

—De acuerdo, *Solnce.* —Agaché la cabeza y le di un beso en los labios. Sus palabras también insinuaban que no me haría esperar mucho tiempo.

—Te amo —murmuró contra mis labios, con los párpados pesados. Nunca me cansaría de escuchar sus palabras. Ella hacía mi mundo más brillante y cálido.

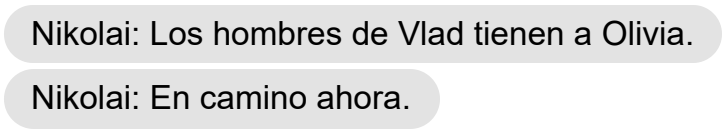
—Yo también te amo —declaré—. Eres mi sol, mi tierra y mi luna.

Me gustaba esta faceta de Scarlett y amaba que estuviéramos juntos. Esta mujer me demostraba que me amaba con cada caricia y cada mirada que me otorgaba.

El ruido vibrante de mi teléfono interrumpió el momento. Pensé que era Michail otra vez con algún comentario sabelotodo. Era

demasiado temprano para que alguien más enviara mensajes. Ni siquiera había salido el sol, por el amor de Dios.

Fruncí el ceño al ver el mensaje de Nikolai.



—¡Maldición!

—¿Qué pasa? —La cara de Scarlett mostraba preocupación.

Mi primer instinto fue decirle que todo estaba bien. No quería que se preocupara por nada en su estado. Justo cuando estaba a punto de decirle que no se preocupara por nada, cambié de opinión. Acordamos hacer esto juntos.

—No te alteres. —Intenté calmar el golpe—. Olivia fue secuestrada.

La forma en que su rostro palideció me alarmó.

—¿Cómo?

Mi teléfono sonó y el nombre de Dimitry parpadeó en la pantalla. Acerqué a Scarlett hacia mí, rodeándola con mis brazos. Quería consolarla y que oyera de primera mano la conversación con mi hermano.

—Dimitry —contesté el teléfono.

—*¿Estás bien, hermano?* —preguntó, con voz preocupada—. *¿Tu mujer está a salvo?*

—Sí, todo está bien aquí. —Escuchar la voz de Dimitry y su preocupación no hizo más que confirmar mi resolución previa de sincerarme con ellos, pero primero teníamos que ayudar a Olivia—. ¿La están llevando a Moscú?

—*Sí, abordaron el avión hacia allá.*

—Saldré ahora y estaré en Moscú en dos horas, máximo tres.

—*Sergei, quédate y vigila a tu mujer*. —Dimitry me detuvo—. *Si la situación se va a la mierda y nos pasa algo a Nikolai y a mí, eres el único en quien confío para mantener a salvo a Anastasia y a Scarlett.*

Busqué la mirada de Scarlett. Llevaba en su vientre a nuestro bebé. Mi hermano tenía razón. Si algo sucedía, Anastasia y Scarlett

quedarían vulnerables. Michail protegería a Scarlett pero no sería capaz de sacarla a ella y a Anja del país.

—Entendido —juré—. Ustedes asegúrense de estar a salvo. Y traigan a Olivia sin rasguños. Si no, Scarlett se enfadará y no puedo permitir que se altere en su estado.

—¿Su estado?

Scarlett asintió en silencio, con lágrimas brillando en sus ojos.

—Vamos a tener un bebé.

—¿Mi hermano pequeño va a tener un bebé? —La voz de Dimitry estaba llena de incredulidad. Y la verdad era que tenía razón al dudar un poco de mí. Había sido el más irresponsable de los tres—. *¿En serio?*

—Sí. Así que será mejor que se aseguren de que todos salgan de allí a salvo. Quiero que mi hijo tenga tíos.

Dimitry se rio entre dientes.

—Claro que sí, hermano. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias. No estaría aquí sin ti. —Lo decía en serio. Había tanto que le debía y a Nikolai—. Mantente a salvo. Hay mucho de lo que tenemos que hablar.

—Felicidades a ti y a tu mujer. Y dile a Scarlett: bienvenida a la familia.

Colgué y los brazos de Scarlett me rodearon con fuerza.

—Todos estarán bien, ¿verdad?

Acariciando sus mejillas, acuné su cara entre mis palmas.

—Nikolai y Dimitry son los mejores hombres que conozco. Salvarán a tu amiga. Confía en mí.



La tensión fue alta toda la mañana. Scarlett se paseaba de un lado a otro, incapaz de calmar sus nervios. Sonia trató de mantenerla distraída, pero no funcionó. En todo caso, la ponía más tensa. Deseé poder ayudarla a relajarse, a tranquilizar su mente. Le aseguré que Nikolai nunca dejaría que le pasara algo a Olivia. La protegería, sin importar el costo.

Conocía a mi hermano. Era sobreprotector con las mujeres y los niños, pero a los que amaba, era totalmente brutal en su necesidad de protegerlos. Él y Dimitry, ambos. Demonios, lo vi de primera mano. Me cuidaron desde el momento en que puse un pie en ese orfanato. No recordaba nada de esa edad. Sin embargo, por lo que supe, estaba desnutrido y no podía hablar. El personal del orfanato dijo que me abandonaron en su puerta en mi segundo cumpleaños. Dijeron que mi madre les había dicho que era un idiota. Ella no podía cuidar a un niño que no podía hablar.

Dimitry y Nikolai me enseñaron todo: a hablar, a sostener una cuchara, a leer, a escribir y a pelear. Si alguien intentaba acercárseme, le daban una paliza.

Dimitry no sabía nada del hombre que me atrapó. Había otro desgraciado que se jactaba ante los hombres de hacerme daño y convertirme en su perra. Dimitry lo cazó y lo mató. Esa acción consecuentemente me salvó de mi abusador también. Porque Dimitry hizo una declaración, que cazaría a cualquiera que se metiera con nosotros. Por eso no tuve ninguna duda de que mis hermanos salvarían a la amiga de Scarlett y estarían a salvo.

El recuerdo de esa noche en que salí a la caza del hombre que me hizo daño de niño aún estaba fresco en mi memoria. Apenas tenía diecinueve años, y con el entrenamiento de Dimitry y Nikolai, me sentía fuerte. La rabia me había alimentado durante años y la sed de venganza me hacía seguir adelante cuando Dimitry me presionaba en los entrenamientos.

La humedad persistía pesada aquel día. El hedor en el aire era un olor que me recordaría para siempre esa noche. Había estado observando sus movimientos durante semanas y esperé el momento perfecto para atacar. Vivía en la parte lujosa de la ciudad, donde no solían producirse asesinatos.

No obstante, eso cambiaría esta noche. Porque finalmente pagaría por lo que había hecho con su vida. Mientras el crepúsculo

caía sobre la calle, vi cómo su coche se detenía ante su lujoso hogar, vi cómo salía y entraba a su casa.

El vehículo se alejó, dejando al desgraciado solo, pero permanecí quieto, esperando en las sombras, acechando. Tenía todo el tiempo del mundo. Cuando desapareció la última luz del día, me dirigí hacia la casa.

Fui por detrás, donde me esperaba la puerta sin cerrar. Entré, el único sonido era el tictac *de un reloj. Era la cuenta regresiva del tiempo que le quedaba a este hijo de puta en esta tierra.*

Atravesé la cocina y el pasillo, subí las escaleras donde sabía que lo encontraría. Conocía la distribución de esta casa como la palma de mi mano. La había estudiado a detalle.

—Arrodíllate. —Escuché la voz áspera de ese imbécil. Un gemido seguido por un latigazo golpeando en el aire y entonces lo vi. Había un niño de unos diez años, arrodillado, desnudo en su ropa interior. Este idiota enfermo estaba azotando su espalda, excitándose, torturando al niño. No había visto al niño salir del coche con él y pensé que el desgraciado enfermo debía tenerlo encerrado en algún lugar de la casa. Se puso detrás del chico, con el látigo colgando de su mano. Se había despojado del traje que llevaba y estaba descalzo, en camiseta blanca y pantalones de vestir.

Abrí la puerta de un tirón, sin perder más tiempo para ponerme manos a la obra. Hice crujir mis nudillos y, contra el silencio de la habitación, sonó áspero y amenazador. Ambas cabezas se giraron hacia mí y un destello de reconocimiento en los ojos oscuros del viejo fue todo lo que necesité.

—¿Cómo te llamas, chico? —pregunté, sin apartar los ojos del hijo de puta enfermo al que mataría muy pronto. Unas furiosas llagas rojas marcaban la pálida piel de su pequeña espalda, y agradecí que aún no se la hubiera roto.

—Ivan, señor. —Su voz era débil, asustada. Había miedo en sus ojos azules cristalinos, y me sentí arrastrado a los tiempos en que había sido quien estaba en su lugar. Los recuerdos amenazaban con invadirme en ese momento, pero luché por mantener mi cabeza despejada.

—¿Estás bien? —cuestioné al chico.

Los ojos del viejo desgraciado que tenía ante mí no se apartaban de los míos ni abrió la boca para objetar. Sabía que esto era solo entre nosotros.

—S-sí —tartamudeó—. Solo me ha azotado dos veces.

—Vete a casa —indiqué—. No le digas a nadie que viste a este hombre hoy. Y nunca vuelvas aquí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Gracias. —En un movimiento apresurado, el chico se vistió y pasó junto a mí—. Gracias, señor.

Lo reconocí con una rápida inclinación de cabeza y salió corriendo de la casa.

—Ahora, pásame ese látigo —dictaminé.

—Jódete.

Saqué mi pistola y le disparé en el pie. Chilló como un bebé, mientras la sangre se filtraba por su calcetín y caía de cara sobre la alfombra persa.

—Pásame el látigo, imbécil —repetí—. La próxima vez, te atravesará el cerebro enfermo.

Debió de entenderlo, porque me lanzó el látigo. El miedo brilló en sus ojos y me deleité en él. Lo agarré con la otra mano y guardé la pistola, y en su lugar, desenvainé mi cuchillo. Una muerte rápida sería demasiado buena para este desgraciado.

—Arrodíllate —ordené. Ahora era su turno. Podía ver la objeción en sus ojos, pero sabía que el miedo en su cuerpo estaba anteponiéndose a todo. Porque era el mismo miedo que había sentido de niño cada vez que él venía por mí. Hizo lo que le ordené, con las piernas temblándole visiblemente. Ya no eres tan duro, hijo de puta.

Me le acerqué y agarré un puñado de su cabello, jalando de su cabeza hacia arriba. Levanté el cuchillo y se lo clavé en el ojo. La sangre caliente y carmesí brotó de la cuenca y la locura que llevaba dentro rugió de emoción al verlo. No dejé que se moviera y observé con rabia dentro de mí cómo la sangre se acumulaba y corría por su cara. Chilló como el cobarde que era, pidiendo clemencia.

No se la daría. En su lugar, clavé mi cuchillo en su otro ojo con cuidado de no empujarlo demasiado, golpear su cerebro y terminar su tortura demasiado pronto. Otro chorro de sangre salió del otro

ojo. Sus gritos desgarraban por la casa y saboreé el sonido que resonaba a nuestro alrededor.

Observé cómo su cuerpo se retorcía de dolor y una parte de mí quería cortarlo lentamente en rodajas, pero mantenerlo vivo para que aguantara durante horas. Para cualquiera que lo viera, habría sido repugnante ver cómo disfrutaba sus gemidos de dolor. La euforia me inundaba con cada grito, con cada gemido. Años de soñar con mi venganza y fue mejor de lo que esperaba. Debía de haberme pasado algo. Por supuesto que sí; yo era el loco, el psicópata del grupo. Pero no importaba, porque este hombre se lo merecía.

Si alguna vez le hacía daño a un inocente, les pediría a mis hermanos que me mataran. No me dejarían hundirme en la locura. Sabía que ellos me matarían primero.

Fui en contra de mi necesidad de torturarlo lentamente y escuchar sus gritos agonizantes toda la noche. Ya había pasado suficiente tiempo dejando que consumiera mi vida de una forma u otra. En lugar de eso, le clavé el cuchillo directamente en el corazón, atravesando la piel y resquebrajando el hueso. Su cuerpo cayó al suelo como un saco de papas. Me quedé de pie junto a él, viendo cómo se extinguía la luz de sus ojos, y me invadió la paz.

Mi teléfono sonó, sacándome del horrible pasado. Contesté de inmediato, esperando a Nikolai o Dimitry.

—*Da?*

—*Hola, Sergei* —saludó la voz de Anja.

—¿Está todo bien? —pregunté alarmado. Inmediatamente me maldije, porque la cabeza de Scarlett se dirigió hacia mí preocupada.

—*Sí, sí* —aseguró rápidamente Anja—. *Es que me estoy volviendo loca y esperaba poder hablar con Scarlett. La extraño y solo necesitaba hablar.*

Interiormente, me maldije. No le había dado un teléfono a Scarlett. Necesitaba ser un mejor novio, marido, futuro esposo... lo que fuera.

—¿Este es un buen número para llamarte? —cuestioné en su lugar.

—Sí.

—Dame dos minutos y haré que Scarlett te llame desde otra línea —dije—. Quiero mantener esta línea abierta por si Dimitry o Nikolai necesitan algo.

—De acuerdo. Sí, tiene sentido. Debería haberlo pensado.

Me reí entre dientes, porque en realidad no era una forma de pensar habitual en alguien de su origen.

—Dos minutos —repetí y colgué.

Agarré la mano de Scarlett y me dirigí a mi habitación.

—¿Adónde vamos? ¿Quién era?

—Era Anja. —Scarlett lanzó un grito ahogado, pero antes de que pudiera decir algo más, continué—: He sido un novio terrible.

Scarlett se rio.

—Creo que eres algo más que un novio. ¿No crees?

Sonreí, feliz por mi ascenso.

—Eso esperaba. En cualquier caso, te mantuve alejada de tus amigas y de tu familia. Es imperdonable.

Llegamos a mi habitación y revolví el cajón en busca de su teléfono. En cuanto lo encontré, lo puse rápidamente en el cargador. Mientras se encendía, me di la vuelta y encontré a Scarlett sonriendo.

—Creo que tienes razón, Sergei. —Sus ojos brillaban con picardía —. Has sido un casi marido horrible. Me merezco un beso y *quizás* te perdone.

Agaché la cabeza y tomé su boca en un beso. Sus manos rodearon mi cintura, su pequeño cuerpo se fundió con el mío. Le daría todos los besos que quisiera y necesitara.

—Por favor, perdóname... por todo —murmuré contra sus labios. Abrió los ojos y me besó, mientras sus labios se curvaban en una sonrisa.

—¿Cómo podría no hacerlo cuando me besas así? —habló suavemente contra mi boca.

Nunca había sido un hombre tan feliz como en ese momento, incluso con la amenaza de Vlad y Malcolm acechando a mi alrededor.

Esta mujer y nuestra familia eran lo que le daba sentido a la vida… nuestro hijo, mis hermanos, y sus amigas que se convertirían en mis hermanas.

—Llama a Anja para que no se preocupe. —La insté a su teléfono. Se sentó en la cama, cruzó las piernas y agarró el teléfono de la mesita de noche, que seguía conectado al cargador. Así, parecía apenas mayor de edad.

Me sorprendió mirándola y una sonrisa volvió a elevarse en su rostro.

—¿Quieres quedarte aquí conmigo? —Ofreció, tendiéndome la mano. La tomé y le di un beso en la palma.

—No, dejaré que te pongas al corriente. Estaré en mi despacho, por si mis hermanos llaman al teléfono fijo.

Asintió.

—¿Me avisarás en cuanto sepas algo, por favor?

—Lo haré. No te preocupes por nada.

35

SCARLETT



—*Scarlett, ¿estás bien?* —Anja contestó al primer timbrazo.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Siento como si hubieran pasado años!

—*Lo sé* —concordó—. *¿Te encuentras bien? ¿Está Sergei tratándote bien?*

Me reí.

—¡La pregunta es si tú estás bien! Escuché que te dispararon.

—Oh*, eso fue hace mucho tiempo. Pero estoy bien. Solo preocupada por Dimitry, Nikolai y Olivia.*

También estaba preocupada por ellos, pero no quería aumentar la ansiedad de ninguna de las dos.

—Sergei dijo que Dimitry y Nikolai son los mejores. Y Nikolai no dejará que le pase algo a Olivia.

Ambas exhalamos profundamente.

—*Tienes razón. Solo odio que Malcolm la tenga de nuevo en sus garras.*

—Lo sé. —Ese hombre era un desgraciado enfermo—. Espero que Nikolai lo mate y haga que le duela tanto que llore como una niña.

—*Vaya, sanguinaria* —se burló, aunque no parecía molesta en absoluto—. *Espero que lo torturen durante días.*

Resoplé.

—Y me llamas sanguinaria —bromeé—. Entonces, ¿Dimitry y tú son pareja? Deben serlo si recibiste una bala por él.

—*Lo amo*. —Sonreí ante su simple proclamación.

—¿Tu familia lo acepta? —Después de todo, Anastasia era hija de un fiscal del Estado.

—Sí. Papá y el abuelo están aquí conmigo. Dimitry les dijo que podían quedarse todo el tiempo que quisieran, así que nunca se fueron.

Me eché a reír.

—Lo siento. Me cuesta imaginármelo.

Se rio entre dientes.

—¿Verdad? ¡Quién lo iba a decir! Pero dime, ¿cómo estás?

—Estoy bien. Al principio fue duro y estaba enfadada con Sergei por secuestrarme, pero lo superamos. Aunque todavía hay muchas cosas que tenemos que resolver, lo haremos juntos.

—Eso es maravilloso. —Por su voz me di cuenta de que estaba contenta—. *Nosotras tres y ellos tres.*

—Eso es extraño, ¿no?

Ya me imaginaba a Anja encogiéndose de hombros.

—Estaba destinado a ser así. Pero ¿y tu matrimonio concertado?

—Ahora sí asegúrate de estar sentada —dije—. Sergei es con quien mi padre arregló el matrimonio.

—¡¿Qué?! —Básicamente lo gritó al teléfono.

—¿Verdad?

—Pero no dijiste eso cuando salías con él.

—No sabía que era él. Nunca supe su nombre y ahora *bum...* aquí estamos.

—Santo Dios. Entonces de verdad le gustas, ¿eh?

—Bueno, realmente no me conocía cuando hizo el acuerdo con papá. De cualquier manera, funcionó. Lo amo y vamos a tener un bebé.

—¡¿Qué?! —gritó de nuevo—. *¿Intentas provocarme un infarto?*

—Nunca lo haría —repliqué bromeando—. Pero en serio. Estoy embarazada. Y espero que Olivia y tú no me dejen sola. Sería genial que todas tuviéramos hijos juntos. Así podríamos quejarnos la una con la otra de las noches sin dormir.

La estruendosa carcajada de Anja resonó en la línea.

—De acuerdo, en cuanto vuelva Dimitry, empezaremos a trabajar para crear una familia. Me gusta especialmente el acto que conduce

a ello.

—Me gusta esta faceta promiscua tuya —me burlé de ella—. ¿Cuándo ocurrió?

—Poco después de que él y Nikolai me salvaran.

Eso me recordó que Sergei fue la razón por la que fue capturada.

—Sergei me dijo que te secuestró y te entregó a esos hombres. Lo siento mucho, Anja.

La línea se quedó en silencio y me pregunté si había cometido un error al sacar el tema, no obstante, era un acontecimiento demasiado importante como para esconderlo bajo la alfombra. Amaba a Sergei y a mi amiga. No estaba dispuesta a renunciar a ninguno.

—En realidad, estoy orgullosa de él por contártelo. Honestamente, cuanto más se desarrollan las cosas, parece que en realidad nos salvó a todas. Sé que no lo hizo para hacerme daño. Estaba tratando de salvarte. ¿Y cómo podría culparlo por ello?

Se me hizo un nudo en la garganta, con las emociones a flor de piel.

—Ah, maldita sea —murmuré en un sollozo.

—¿Por qué estás llorando? —Anastasia parecía desconcertada—. *No estoy enfadada con él. De hecho, me cae muy bien. Será un cuñado estupendo.*

Mierda, ella no sabía que Sergei era en realidad su hermano. No podía decírselo. Era Sergei quien tenía que confesárselo a sus hermanos y a Anja.

—Estas hormonas del embarazo son asesinas. Lloro cuando estoy feliz y cuando estoy triste. Es ridículo.

Se echó a reír.

—Estupendo. Quieres que quede embarazada para que pueda estar toda loca emocional como tú.

Hablamos durante otros diez minutos, mientras la preocupación por Olivia y los hermanos de Sergei seguía presente en nuestras mentes. Me alegré de que al menos pudiéramos pasarlo hablando y haciéndonos compañía.

Se abrió la puerta del dormitorio y apareció Sergei.

—¿Todo bien? —cuestioné, y asintió al mismo tiempo que Anastasia murmuraba por los auriculares.

—Escucha, Dimitry me está llamando. Luego hablamos. ¿De acuerdo? Te quiero.

—También te quiero.

Pulsé el botón de fin de la llamada y corrí hacia Sergei, arrojándome a sus brazos abiertos.

—¿Así que Olivia está a salvo? ¿Tus hermanos también?

—Sí, todos están bien. Nikolai y Olivia vuelven a su casa y Dimitry vuelve con Anja.

Sentí un gran alivio recorrerme.

—Gracias a Dios.

Permanecí en sus brazos, disfrutando de sus fuertes manos a mi alrededor. Sabía que también se preocupaba por sus hermanos. Era inevitable. Por muy fuertes que fuéramos, siempre nos preocuparíamos por nuestros seres queridos.

—¿Te encuentras bien? —Su boca se presionó contra la coronilla de mi cabeza.

—Sí. Le dije a Anja que íbamos a tener un bebé. Pero no le conté nada de lo demás.

Asintió con solemnidad.

—Dejaré que mis hermanos descansen un poco. Quiero contárselos. Les oculté ese secreto demasiado tiempo.

Apoyé mi mano en su mejilla.

—Te seguirán amando. Eres su hermano ante todo. Para ser padre hace falta mucho más que concebir un bebé. Boris nunca mereció ese título.

Observando a Sergei, me pregunté si debía plantearle lo que me rondaba por la cabeza. No quería disgustarlo. Ese día ya había sido bastante estresante.

—Pregúntame. —Podía leerme con demasiada facilidad—. Lo que tengas en mente, pregúntamelo.

Inhalando profundamente, fui por ello.

—Me preocupa seguir en este mundo del crimen. Una de las razones por las que luché contra el matrimonio arreglado fue porque

no quería ser parte del mundo de la mafia. No quería formar una familia entre tantas amenazas y peligros. Te apoyaré, solo...

—Mis hermanos y yo nos estamos retirando —me interrumpió—. Llevamos tiempo trabajando en retirarnos.

—¿En serio? —No podía creer que todas las piezas encajaran tan perfectamente—. Sonia mencionó que tus hermanos podrían estar intentando legalizarse, pero no estaba segura.

—Quiero dejar todo esto atrás. Una vez que Vlad sea eliminado, quiero casarme y disfrutar de nuestra vida juntos. Tú, nuestros hijos y yo. —Sonreí ante su amplia sonrisa—. Algunas semanas invitaremos a tus padres y a mis hermanos, sin embargo, la mayoría del tiempo seremos solo nosotros. Porque soy así de avaricioso.

—Me gusta tu avaricia. —Sonreí—. Pero no lo olvides. Necesitaremos niñeras, así que tenemos que mantener a la familia cerca.

—Ah, tienes razón —contestó riendo—. Quiero tener muchas citas con mi esposa.

La vida era buena y se volvía mejor a cada minuto.

SERGEI

Era la primera semana de noviembre y el clima ya empezaba a volverse frío. Odiaba el invierno y la nieve. Hasta el día de hoy, no le encontraba ningún atractivo a las nevadas. Prefería cortarme las piernas que ir a esquiar voluntariamente. Por qué alguien saldría a congelarse las pelotas en la nieve, no lo comprendía.

Scarlett y yo seguíamos hablando de nuestra situación de vivienda. Ella quería vivir en Estados Unidos, y acordamos visitar Rusia en los veranos. No me importaba mientras estuviéramos juntos... y no hiciera maldito frío.

Estaba ansioso por empezar mi vida con Scarlett. Aunque tratar con las amenazas se volvió agotador, sabía que a menos que las elimin——áramos en ese momento, seríamos perseguidos por el resto de nuestras vidas. Y no estaba dispuesto a pasarme los años mirando por encima del hombro, preocupado por si les harían daño a mi esposa, mis hijos o mis hermanos. Porque Vlad no tendría reparos en hacerle daño a mi familia. Tampoco Irina y Bartek. Tenían que ser eliminados.

Dejé a Scarlett dormida en nuestra cama. Había pasado apenas una semana desde el rescate de Olivia. Mis hermanos llegaron a St. Petersburg a última hora la noche anterior. Planeábamos sorprender a las tres chicas con una reunión.

Sin embargo, primero, tenía que hablar con ellos. Apenas eran las siete de la mañana. Estaba seguro de que Dimitry y Nikolai me maldecían por haberlos sacado de la cama tan temprano, no podía

culparlos. Hubiera preferido quedarme en la cama para despertarme con la lengua entre las piernas de mi mujer.

Sin embargo, esto no podía esperar más.

—Joder, hermanito —refunfuñó Nikolai—. Espero que al menos tengas café caliente para mí.

—Demonios, Sergei —se quejó Dimitry—. ¿Esto no podía esperar hasta que trajéramos a las chicas?

—No, quería decírselos primero.

Nos amontonamos en la caseta de vigilancia. Les di a mis guardias de la entrada las próximas horas libres para que no nos interrumpieran.

—¿Ni siquiera nos llevarás a la casa? —preguntó Nikolai con una ceja levantada—. Te prometo que seré un buen tío para tu bebé.

Tanto Dimitry como él se rieron entre dientes. Dimitry sonreía mucho más desde que conoció a Anja. Se sentaron uno frente al otro en la pequeña mesa y dejaron el asiento del medio para mí. No pude evitar sonreír. Ciertos hábitos eran difíciles de romper. Esos dos siempre me ponían en medio, intentando mantenerme a salvo.

—Espero que sigan queriendo ser tíos de mi bebé después de que les cuente lo que les he estado ocultando —mencioné con seriedad.

De repente, sus rostros se tornaron sombríos. Les serví una taza de café recién hecho y me senté. No necesitaba una taza. La adrenalina que corría por mis venas ya me había alterado bastante. Ocupé el asiento del medio.

—Serg, ¿qué pasa? —Dimitry solía llamarme así cuando éramos niños.

Respiré hondo y luego exhalé.

—Ni siquiera sé por dónde empezar con esto. —Me pasé la mano por el cabello y pensé en Scarlett. Le debía ser un hombre mejor. No podía guardar un secreto así para siempre—. ¿Recuerdas cuando Boris te hizo esa cicatriz? —Hice una pregunta estúpida a Nikolai. Por supuesto que lo recordaba. Ninguno podría olvidarlo nunca—. Unos meses después, supe quiénes eran mis padres. Llevaba meses buscándolos, sin descanso. Quería saber cómo pudieron abandonarme así.

—Hermano, eso es cosa de ellos. —Dimitry me puso la mano en el hombro—. Créeme. Busqué a mis padres y solo encontré a mi madre. No se arrepentía de nada. Ella no merecía mi amor.

—Sí, mi madre tampoco se arrepintió de abandonarme —murmuré—. Pero me dio mi verdadero certificado de nacimiento en el que aparecía mi nombre de nacimiento y quién era mi padre.

Alcé la vista y se me revolvió el estómago. Torturé a hombres, los destripé vivos, y nunca me sentí enfermo. Pero saber que Nikolai y Dimitry sufrieron muchas palizas y soportaron cicatrices para protegerme de Boris, mi propio padre, me revolvía el estómago. Nunca deberían haberlo soportado.

—Hermano, sea lo que sea —aseguró Nikolai—, estamos juntos en esto. Siempre.

—Ustedes me han criado y protegido.

—De acuerdo, si me llamas madre, tendré que darte una paliza —bromeó Nikolai.

—Mientras yo sea el padre —añadió Dimitry burlonamente.

Tragué saliva.

—Recuerden que, pase lo que pase, seguiré considerándolos mis hermanos. Y no los culparé si ya no quieren tener nada que ver conmigo.

—Sergei, estás empezando a preocuparme —protestó Nikolai—. Le prometí a Olivia que no diría más malas palabras, ya que estamos intentando formar una familia, pero maldición... me estás haciendo sudar.

Saqué el acta de nacimiento del bolsillo y la puse sobre la mesa. Destruí todas las pruebas de mis padres y la trazabilidad hasta ellos. Esta era la última pieza.

—Boris era mi padre. —Respiré hondo—. Debería haber dicho algo antes, pero sabiendo todo lo que él había hecho, todos los sacrificios que hicieron por mí… Me arrepentí de haberlo descubierto. Era mejor no saberlo.

Ya por fin había salido a la luz, sentí como si me quitara un gran peso de encima. Aunque el temor de perderlos aún persistía. Mis hermanos debieron de dejar de respirar. Los observé, esperando. ¿A qué? No estaba seguro.

—Carajo, hermano —soltó Nikolai—. ¿Y llevas catorce años con esto ardiendo por dentro?

Dimitry levantó el acta de nacimiento y sus ojos la recorrieron. Volvió a bajarla y su mirada gris como el acero se encontró con la mía. Dimitry hacía que la gente se orinara encima. También Nikolai. Su brutalidad no me asustaba; era perderlos como mi familia. Pero ¿qué podía decir en mi defensa?

—¿Lo sabía?

Negué con la cabeza.

—No lo creo. No se lo dije y la mujer… —Ni siquiera podía decir *mi madre*, porque en realidad no lo era—. Ella afirmó que nunca se lo dijo.

—¿Cómo un desgraciado así acaba procreando dos hijos estupendos? —pronunció Dimitry.

Sacudió la cabeza con incredulidad mientras yo lo miraba estupefacto. Si había algo que esperaba, no era esto.

Giré la cabeza hacia Nikolai, esperando ver disgusto en su rostro. Mas no había nada.

—Hermano, no eres él. Nada de lo que ha hecho Boris es culpa tuya. —Maldición, realmente los amaba—. Eres de la familia. Me importa una mierda quiénes son tus padres. En el momento en que te dejaron allí, eras nuestra familia.

—Lo mismo digo, hermano. Y no olvides que él no te perdonó todas las palizas.

—Pero tú te llevaste la peor parte —le recordé—. Tú y Nikolai... porque siempre desviabas su atención de mí hacia ti.

—Eras tan joven cuando nos unimos a su grupo. Apenas ocho años —murmuró Dimitry. Siempre sería el protector.

—También tuviste ocho años —señalé—. Y no tenías a nadie que te protegiera en el orfanato. Tú y Nikolai son la única razón por la que llegué a la edad adulta.

—No —discrepó Nikolai—. Sobrevivimos hasta la edad adulta gracias el uno al otro. Puede que no lo veas, hermano, pero cuando queríamos rendirnos, nos ayudaste a salir adelante. Juntos somos más fuertes.

—Sí, hermano —añadió Dimitry—. Juntos somos invencibles, carajo.

—Demonios —murmuré, me dolía la garganta por las emociones repentinas—. Creo que las hormonas del embarazo de Scarlett son contagiosas.

Los tres estallamos en carcajadas.

—Maldición, hermanito. ¿Te das cuenta de que eres medio hermano de Anja? —reflexionó Dimitry.

—Sí, me pasó por la cabeza —admití—. Y cómo casi hice que la mataran entregándola a los hombres de Boris.

No quería sacar a relucir mis errores, sin embargo, no podían quedarse ahí.

—Sí, lo hiciste —coincidió Dimitry—. Pero también te estás castigando lo suficiente por todos nosotros. Aunque Anastasia tiene razón; si no lo hubieras hecho, no estaríamos aquí. Nosotros tres con ellas tres.

—De acuerdo. Y ya que estamos en la fase de confesiones, también podría decírselos —agregó Nikolai.

—Joder, ¿no me digas que Boris también es tu padre? —medio bromeó Dimitry.

—Mierda, no. Olivia y yo nos casamos.

—¿Qué demonios? ¿Cómo pudiste hacerlo sin nosotros? —me quejé, aunque me alegré por él.

—Fuimos solo los dos. Haremos una boda para la familia y todos los demás.

—Pues más te vale. Porque ahora Anja quiere hacer una boda triple. Así que será mejor que le sigas el juego.

El mundo estaba bien mientras veía a mis hermanos bromear. Al crecer, rara vez teníamos tiempo para jugar. Una vez que entramos en la mafia, el patio de recreo se convirtió en un campo de batalla. En ese instante, finalmente después de tantos años, casi estábamos ahí.

—Casi lo olvido. —Dimitry se giró hacia mí—. ¿Y el matrimonio concertado en Boston?

Fruncí el ceño.

—¿Qué pasa con eso?

—Bueno, vas a decirles que se cancela el trato, ¿no? No creo que Patrick se enfade mucho, ya que ha estado intentando pagarte. Se preocupa por su hija.

Me reí entre dientes.

—Scarlett es la hija de Patrick.

—¿Qué? —Era raro que Dimitry y Nikolai se quedaran boquiabiertos.

—Sí, Scarlett es su hija. Me la encontré por casualidad cuando llegaron las chicas. La reconocí, pero ella no sabía nada sobre mí, así que se me ocurrió el brillante plan de cortejarla antes de revelar quién era. No salió exactamente a lo planeado, aun así, acabamos aquí.

Nikolai gimió.

—Sergei, realmente tienes que empezar a pensar las cosas. No me extraña que te lanzara un jarrón.

Dimitry sacudió la cabeza, no obstante, aún tenía una sonrisa en los labios.

—Estará muy ocupada contigo.

—Más bien al revés —repliqué, con una amplia sonrisa.

—Ahora, si pudiéramos matar a Vlad —añadió Dimitry—, podríamos disfrutar realmente del resto de nuestras vidas en paz con nuestras familias.

Las bromas cesaron de inmediato. Todos sabíamos que él era peligroso.

—Michail ha estado siguiendo algunas pistas. Vlad está metido con los polacos y libaneses. —No era sorprendente, pero me enojó —. Y cuando digo con los polacos, me refiero a Irina. Su marido es más o menos una marioneta y ella dirige el espectáculo allí. Trabajan con los libaneses traficando y vendiendo mujeres y niños.

—Nunca me agradó esa zorra —maldijo Dimitry en voz baja.

—Mierda, tenemos que hacer algo —opinó Nikolai.

—Hermano, tienes que dejar de maldecir —comenté—. Hoy voy a conocer oficialmente a Olivia, y si empiezas a maldecir, me culpará.

—Sabe cómo ponerme en regla. —Nikolai sonrió ampliamente. Me hacía tan feliz verlos felices.

—De todos modos, Irina se puso en contacto con Brian, el chico de seguridad que tenían las chicas. Manciatti lo contrató.

Dimitry refunfuñó algo y alcé la ceja. No era propio de él juzgar a la gente sin verla.

—No le hagas caso —intervino Nikolai—. Vio el video del club donde su mujer bailaba con él. El pobre Brian está en la lista negra desde entonces.

Me reí entre dientes. Mi hermano mayor no solía ser celoso, pero aquí estábamos. Los tres obsesionados con nuestras mujeres.

—Irina intentó atraer a Brian para que secuestrara a Scarlett —declaré a ambos.

—¿Confías en él? —Dimitry gruñó.

—Sí. Él fue quien se presentó y nos dijo que la única razón por la que encontró a Scarlett fue por las pistas anónimas que recibió. Bueno, fue Irina, cosa que él no sabía en ese momento. Cuando Brian vino y habló con Scarlett, estaba satisfecho de que estuviera a salvo. Scarlett le dijo que se quedaba, así que se fue. Imagínese la sorpresa cuando llamó unos días más tarde. Irina se puso en contacto con él, pidiéndole ayuda. Afortunadamente, el hombre tiene buenos instintos por lo que nos contactó.

—¿Qué podría posiblemente querer con Scarlett? —Nikolai reflexionó.

—No lo sé. —No podía imaginar lo que estaba tratando de lograr, aunque lo que fuera, no me cabía duda de que Irina no tramaba nada bueno. Era cruel y vengativa—. Pero no puedo arriesgarme a que le ponga las manos encima a Scarlett.

—¿Qué quieres hacer? —Nikolai cuestionó con voz sombría.

—Creo que lo mejor es que la saque de la ciudad después de hoy. —No quería arruinar su sorpresa y estaría feliz de ver a sus amigas—. Justo después de que ustedes y sus mujeres se vayan esta noche.

—Eso es inteligente. Mantenerla a salvo. Especialmente ahora. No podemos permitir que Irina ponga sus sucias garras sobre Scarlett y tu bebé nonato —dijo Dimitry. Había una mirada reflexiva en su rostro—. ¿Crees que hay una conexión entre Vlad e Irina?

Fruncí el ceño.

—¿Además de que trabajan juntos?

—Sí. Recuerdo haber oído hace tiempo que tuvo una hija.

—No podría ser Irina —murmuré—. Lo habría sabido. Conocí a su madre.

—¿Conociste a su padre? —inquirió Nikolai.

—La madre dijo que había muerto. —Recordé aquella noche. Fue la noche en que le pedí a Irina que se casara conmigo y aceptó por un par de semanas. Fue la única vez que Irina me llevó con su familia. Solo por mi insistencia en obtener el permiso de sus padres —. Sabes, es raro ahora que lo pienso. Insistí en que habláramos con sus padres y obtuviéramos su bendición. Irina dijo que a sus padres no les importaría. Pero luego, cuando llegamos y pedí hablar con el señor y la señora Popov, su madre dijo que solo existía una señora Popov: ella misma. Que el señor Popov había muerto.

—¿Podría Vlad haber ocultado a su familia de Boris durante tanto tiempo? —Nikolai reflexionó.

—Sí, creo que pudo —replicó Dimitry—. Todos sabemos lo astuto que es. Además, Irina tiene más o menos esa edad. Se rumoraba que tenía tu edad, Sergei.

—¿Podríamos realmente haber pasado por alto esa conexión durante todos estos años? —reflexioné.

—A decir verdad, nunca nos interesó ese tipo de control sobre la gente —justificó Dimitry—. Nunca utilizaríamos la familia contra nuestros hombres. Así que era fácil pasarlo por alto. Primero, intentábamos sobrevivir; luego, trabajamos para establecernos y ahora trabajamos para salir de todo esto.

Podía ver su punto.

—Es plausible que Irina y Vlad estén conectados en algo más que negocios. —Estuve de acuerdo—. Si nos elimina, estaría al mando de la mafia rusa y polaca. Ahora está claro que Bartek es solo una marioneta. Desde luego, no me extrañaría la codicia de ninguno de ellos. Sinceramente, no puedo creer que Vlad tuviera suficiente cerebro para llevarlo todo a cabo.

—Pero Irina, esa perra astuta lo haría —declaró Nikolai.

Tenía razón. Irina no era estúpida. Era manipuladora, codiciosa, cruel, mas no estúpida. Mierda, ¿podía haber estado tan ciego para

no verlo todos estos años?

—Sería mejor que todas nuestras mujeres no se quedaran en la ciudad. ¿Deberíamos trasladarlas a todas? —Ofrecí. Mis hermanos podían protegerlas, pero seguía preocupado. Eran familia y me importaban tanto como ellos.

—Creo que tienes razón —coincidió Dimitry—. No quiero que ese hijo de puta ni esa mujer se acerquen a nuestras mujeres. Casi le cuesta a Anja...

Ni siquiera pudo terminar la frase. Dimitry siempre había estado en control, pensando con la cabeza fría... no como yo. Ver a mi hermano tan alterado no me agradó para nada.

Le puse la mano en el hombro.

—Está a salvo y viva. No tendrá otra oportunidad de hacerle daño... ni a ninguno de nosotros.

—De acuerdo, entonces tenemos un plan —anunció Nikolai, poniéndose de pie. Sabía que no podía esperar para volver con su mujer—. Estaremos aquí alrededor del mediodía. Las chicas tendrán su tiempo y luego todos saldremos de la ciudad hasta que atrapemos a Vlad e Irina.

—También se lo haré saber a la familia de Scarlett. Ofrecieron su apoyo.

—Bien. Necesitaremos todo el apoyo posible contra Vlad, los polacos y los libaneses.

SCARLETT

Las cosas con Sergei estaban bien... *Hmmm*, en realidad estaban geniales. Había pasado una semana desde que Olivia fue rescatada. Anastasia, Olivia y yo hablábamos casi todos los días, a veces un par de veces al día. Sentía como si la vida finalmente volviera a ser algo normal.

Sergei y yo habíamos estado haciendo buen progreso. Se aseguraba de pasar algún tiempo de calidad conmigo todos los días. Siempre que no estaba dando órdenes en su teléfono, y estando tenso acerca de Dios sabe qué, estaba conociéndolo poco a poco.

Era muy sobreprotector. Y posesivo. ¿Y lo que era peor? En cierto modo me gustaba. Odiaba esas cualidades en mi padre y mis hermanos, pero diablos, me excitaba y me mojaba con Sergei. Bueno, eso o eran las hormonas del embarazo.

Cuando fuimos a ver al ginecólogo, estuvo a punto de sacar la pistola contra el pobre médico por pedirme que me subiera a la camilla y abriera las piernas. Todavía me ruborizo al recordarlo. Tuve que calmarlo y pedirle que me tomara la mano. En lugar de tranquilizarme él, yo tuve que tranquilizarlo durante todo el examen. Empecé a arrepentirme de haberlo llevado, sin embargo, era agradable verlo así de celoso.

No obstante, cuando llegó el momento de la ecografía y mi *cacahuatito* apareció en el monitor, pasó de ser un macho alfa posesivo a un charco de papilla. Me apretó la mano con fuerza y al

macho le brillaron los ojos. Me dieron ganas de llorar, pero me contuve.

Sergei se reunió con sus hermanos esta mañana y les contó lo de Boris. Se quitó un gran peso de encima y fue agradable ver que lo había dejado atrás.

Era la primera semana de noviembre y empezaba a hacer frío. Me enteré de que Sergei odiaba el clima frío, pero yo quería un poco de aire fresco, así que nos sentábamos en su patio, yo en su regazo. Solo así accedía a sentarse afuera. Decía que si me sentaba en su regazo, nuestro calor corporal nos mantendría calientes. No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Me alegro de que se lo contaras a tus hermanos —murmuré contra su fría mejilla—. Y de qué te apoyaran. Si no, habría tenido que cazarlos y matarlos.

Se rio.

—No dudo de que lo habrías intentado. Por eso te amo.

Sonreí.

—Bueno, tengo a mis propios hermanos para ayudarme. Y son tan rudos como los tuyos.

Me dio unas palmaditas suaves en el trasero.

—Menos mal que no será necesario.

—Entonces, ¿cuál es el plan de hoy?

Me había aburrido muchísimo. Extrañaba mi trabajo, una rutina diaria. Sergei tenía a sus hombres empacando cosas. Dijo que nos iríamos por la tarde, nos moveríamos a un lugar seguro.

—Tú solo espera. —Me mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Tengo una sorpresa para ti antes de irnos.

Me reí entre dientes, amaba su afecto. Y él también amaba el mío. Se me apretaba el corazón al pensar en él hambriento del amor de sus padres mientras crecía. Pero en ese momento nos teníamos el uno al otro y lo compensaríamos.

—Amo las sorpresas —confesé—. Y a ti te amo aún más.

Me agarró con más fuerza y hundió la cara en mi cuello.

—Me haces tan feliz —murmuró con voz ronca—. Algunos días no puedo creer en mi felicidad.

—Te pellizcaré para que estés seguro. —Ofrecí con una amplia sonrisa—. Tenemos toda la vida para convencerte de lo mucho que te amo.

Michail salió por la puerta y se detuvo en seco. Luego, puso los ojos en blanco.

—Por favor, no arruinen también esa silla —se quejó con picardía en sus ojos.

—Michail —gruñó Sergei, amenazador.

Miré entre los dos hombres, perdida sobre lo que estaba pasando.

—Siento que me estoy perdiendo algo aquí.

—No lo estás, *Solnce* —respondió Sergei rápidamente mientras Michail se reía entre dientes.

—Este hombre debe amarte mucho para sentarse a la intemperie en el frío. —Michail mencionó, e inmediatamente sonreí.

—Sí, la amo mucho —contestó Sergei, con la mano apretándome el muslo con ternura.

—Y yo lo amo —agregué, sin avergonzarme. Lo gritaría a los cuatro vientos si era necesario.

Michail sonrió de buena gana y parecía realmente feliz por nosotros.

—Sergei, ¿tienes un minuto? —Michail todavía tenía una sonrisa en el rostro, pero la diversión ya no estaba en sus ojos.

Me levanté del regazo de Sergei.

—Me quedaré aquí un rato más.

Me dio un beso en la mejilla y se dirigió adentro. Sergei y Michail estuvieron ocupados la semana pasada. Perseguían pistas constantemente, pero no tenía ni idea de en qué estaban trabajando. La mayor parte del tiempo se limitaban a hablar en ruso.

Mi madre me había dicho muchas veces que nunca interviniera en los asuntos de mi padre y hermanos. Intenté aplicarlo también aquí. Sin embargo, la preocupación persistía. Podía sentir la tensión en el ambiente, tanto con Sergei como con Michail.

Con un profundo suspiro, me levanté. Pronto acabaría todo. Sergei quería alejarse de esta vida tanto como yo. Tenía que dejar

que se ocupara de los asuntos que tuviera entre manos y luego tendríamos el resto de nuestra vida para disfrutarnos.

Vi a algunos de sus hombres cargar vehículos y me pregunté adónde iríamos. Nunca se me pasó por la cabeza preguntárselo. Mientras estuviera conmigo, eso era lo único que importaba. Me levanté y bajé del porche, necesitaba estirar las piernas. Estaba ansiosa por ver qué sorpresa me tenía reservada. Dijo que alguien nos visitaría esta tarde. Mi interés se había despertado.

Me quedé afuera mientras sus hombres lo preparaban todo. Entraban y salían de la casa. Sonia también ayudaba. Quería ayudarlos, mantenerme ocupada con algo... cualquier cosa. Pero Sergei enloquecía cada vez que agarraba algo. El ginecólogo le dijo que no me dejara cargar bolsas pesadas y Sergei llevó eso a un nuevo extremo. Así que aquí estaba, completamente inútil.

Era mi segunda vuelta a la casa cuando me di cuenta de que la puerta principal estaba abierta, sin ningún guardia a la vista. Fruncí el ceño. Los chicos estaban paranoicos por mantener la entrada asegurada y cerrada.

Caminé despacio hacia ella, preparada para dar media vuelta y salir corriendo si pasaba algo.

«Sí, esto es estúpido. Debería correr y gritar ahora».

Sin embargo, no quería parecer una paranoica que se asustó solo porque la puerta estaba abierta, y no pude encontrar un guardia. Quería decir, ¡en serio! No era una damisela en apuros. Era una damisela paseando por el jardín, muerta de aburrimiento mientras esperaba a que su hombre excesivamente posesivo y *sexy* me trajera mi sorpresa y luego nos llevara a un lugar súperseguro.

Sonreí ante mi ingeniosa descripción, cuando me di cuenta de que había un guardia tirado en el suelo.

—¡Mierda! —Me di la vuelta para correr hacia la casa cuando una mano me agarró por el cuello y me jaló hacia atrás.

—No tan rápido —dijo una voz de hombre con acento ruso marcado. Le di un fuerte codazo y luego pisé con fuerza su pie.

—¡Sergei! —grité con todas mis fuerzas mientras corría hacia la casa. Antes de que pudiera siquiera vislumbrarla, alguien me agarró del tobillo y caí hacia delante, plantándome de bruces sobre el

inmaculado césped. Al intentar incorporarme, alguien me golpeó con fuerza en la nuca y el mundo entero se volvió oscuro.

SERGEI

El grito de Scarlett envió terror a mi corazón. Lo dejé todo y salí corriendo, pero llegué demasiado tarde. Lo único que vi fue el automóvil alejándose a toda velocidad. Salté a mi coche, mas no pude alcanzarlos. Desaparecieron antes de que pudiera salir por la puerta.

No importaba, mi corazón latía desbocado mientras el terror y el pánico se apoderaban de mí. Presioné el embrague y metí segunda cuando el coche entró en la calle. La idea de perder a Scarlett se apoderó de todos mis sentidos mientras pisaba el embrague y metía tercera. No los veía, pero eso no me impidió continuar por la calle. El coche giró bruscamente al doblar la curva. Las bocinas de los vehículos sonaban a mi alrededor y apenas pude esquivar un taxi.

El oxígeno alimentaba mi rabia y la sangre bombeaba con fuerza por mis venas, haciendo que el velo rojo cayera ante mis ojos. Este es el legado que Boris me había otorgado. La rabia y la locura por las que ahora era infame.

«No puedo vivir sin ella».

Ella era el ancla que me sujetaba al suelo, la que ahuyentaba al demonio enloquecido que llevaba dentro suplicando ser liberado.

No vi el camión de basura a tiempo. Pisé el freno a fondo y giré el volante a la izquierda, estrellando el coche contra el lado de un edificio.

Se había ido... La había perdido...

—¡Sergei!

Maldición, me estaba volviendo loco. Mi mente estaba siendo tragada por esta neblina roja.

—Sergei, mi hermano. ¡Piensa en Scarlett! —La voz de Dimitry penetró en mi mente. No podía concentrarme, no podía entender que estaban parados afuera de mi coche, sacándome del desastre.

—Hermano, estamos aquí. —Siguió la voz de Nikolai.

—Déjame pasar, Dimitry. —La voz de la mujer me resultaba familiar, aun así, no podía identificarla. No era la voz de mi *solnce*. Era la única voz que necesitaba ahora mismo—. Hola. —La voz era tranquilizadora, las manos frías en mi cara. Pero era la mano equivocada—. Asegurémonos de que no estás herido.

Sentí las manos en la frente y luego en ambos hombros. El toque clínico para asegurarse de que no tenía ningún hueso roto.

—Eso está bien —murmuró—. No te has roto nada. Tuviste suerte. Puede que mañana tengas moretones, pero nada a lo que no estés acostumbrado.

Anastasia.

Era la voz de mi hermana. Me punzaba la cabeza de dolor. Respiré hondo, y luego otra vez, intentando desesperadamente despejar mi mente. Inhalé. Exhalé. Repetí. Inhalé. Exhalé.

—Sergei, tú puedes. —Su voz era tranquilizadora—. No te enfades. Molesté a Dimitry hasta hartarlo después de que regresó de su pequeña reunión esta mañana. —No estaba seguro a dónde quería llegar Anja con esto. Era difícil pensar más allá de todo el estruendo en mi cerebro y el dolor en mi corazón—. Me dijo que Boris también era tu padre.

Me convertiría en Boris sin Scarlett. No tenía ninguna duda al respecto. La necesitaba y a nuestro bebé como el aire que respiraba.

—Tienes que poner tus pensamientos en orden. Scarlett te necesita. —Hubo una pausa, como si Anja estuviera tratando de que yo asimilara las palabras. *«Sí, me necesita»*—. Y yo también, sabes. Siempre quise un hermano. Aunque nuestro padre era un poco loco.

«Mi Scarlett». El susurro de mi mujer empujó a través de la niebla. *«Inhala. Exhala.»* Me necesitaba. Tenía que mantener la cordura por ella. Poco a poco, el martilleo de mi cabeza y el

estruendo de mis oídos se ralentizaron y la niebla desapareció de mi mente.

Mi vista se aclaró para encontrar el rostro de Anja frente al mío. Detrás de ella, Dimitry, Nikolai y su mujer.

—Hola. —Volvió a saludarme Anja.

—Se la llevaron —murmuré, con la boca seca.

—La recuperaremos —juró Dimitry.

—Sí, la recuperaremos —confirmé. Y haré que paguen esos hijos de puta—. Volvamos a mi recinto. Necesitaremos un plan.



Había terminado con esta vida. Solo quería a Scarlett y salir. Los últimos dos días fueron una pesadilla. El sueño me evadía y el miedo permanecía. No podía permitirme siquiera considerar que Scarlett pudiera estar herida. La rabia descendió inmediatamente y no podía permitirme perder la cabeza en ese momento. Ella dependía de mí.

Sus padres y sus hermanos también estaban aquí, lo cual era bueno, necesitábamos todos los recursos. Quemaría este país y Polonia hasta los cimientos si fuera necesario. Mi única prioridad era encontrarla, sana y salva.

Los últimos dos días habían sido una ráfaga de actividad. Gracias a Dios que Dimitry y Nikolai trabajaban con O'Brady. Todo lo que quería era matar, incluso la más mínima provocación me ponía en modo ataque. Era incapaz de concentrarme en nada ni en nadie, todos mis pensamientos estaban consumidos por mi mujer y mi hijo nonato. Debería haberme recompuesto, mostrarle a los O'Brady que era fuerte. Pero no tenía fuerzas para ello. La verdad era que me importaba una mierda ser fuerte, porque sin Scarlett, no era nada.

—¿Qué demonios le pasa, *Sinner*? —Escuché a uno de los hermanos de Scarlett preguntarle a Dimitry o a Nikolai. Le encantaba agitarnos llamándonos *Sinners*—. Necesita poner su cabeza de nuevo en el juego.

No estaba seguro de cómo mi mano terminó alrededor de su garganta, ahorcándolo. Maldición, ni siquiera me di cuenta de que

me moví a través de la habitación para abalanzarme sobre él.

—Esto no es un juego —siseé.

—¡Todo el mundo tranquilo! —gritó Nikolai. Había conmoción a mi alrededor, aunque nada de eso se reflejaba por las pulsaciones de mi cerebro—. Hermano, suelta la garganta de Brennan. —Cuando no me moví, sentí una mano en mi hombro—. Serg, Brennan está aquí para ayudar. Piensa en Scarlett.

Finalmente lo solté, sin apartar los ojos del hermano de Scarlett. Si decía otra palabra, lo mataría. Por suerte para él, o para mí, permaneció callado. Recorrí la habitación con la mirada y me encontré rodeado de hombres listos para disparar ante el menor movimiento. Los hombres de O'Brady y los míos tenían sus armas desenfundadas, junto con los hermanos de Scarlett.

—Hijos, guarden las malditas armas —ordenó Patrick—. No sacamos armas contra nuestra familia. Y Brennan... mantén la boca cerrada y deja de provocar al esposo de Scarlett. —Cuando me di cuenta de lo que había dicho, mis ojos se clavaron en él. Asintió y continuó—: Tu hermana fue secuestrada y está embarazada, así que necesito que todos se concentren en rescatarla. No en ser *arseholes* «idiotas». Y si se entera de que provocaste a su hombre, tendrá tus pelotas. ¡Recuérdalo!

Los labios de Brennan se movieron en una pequeña sonrisa, pero no dijo nada más.

—De acuerdo, ahora que estamos todos cuerdos. —Dimitry cortó el rollo de demasiada testosterona en la habitación—. Traten de seguir las instrucciones. —Les lanzó una mirada mordaz a los hermanos de Scarlett. Quizás no hayan crecido en las duras condiciones que nos impusieron a mí y a mis hermanos, pero seguían siendo buenos luchadores—. Brian es nuestro hombre al que Irina contactó. Pudo averiguar dónde tienen a Scarlett. Nos está enviando una ubicación y luego saldremos. Se están preparando para cargar a las mujeres en el barco para completar la venta con los libaneses. Cuando lleguemos allí, necesito que todos estén donde se les diga. No quiero ninguna mierda de ser imprudentes y estúpidos, y arriesgar la vida de Scarlett o de cualquier otra mujer allí. ¿Entendido?

Mi visión se nubló con la familiar niebla roja. Estaba ocurriendo con más frecuencia en los últimos dos días y sabía que podría convertirse en mi vida si... *«Carajo, no puedo ni pensarlo».* Hizo falta todo mi autocontrol para no permitir que la rabia dictara mis acciones. Sin mediar palabra, salí de la habitación, dejando que mis hermanos se encargaran de la planificación. Mi única misión era rescatar a Scarlett. Nada más, nada menos.

No estaba seguro de cómo me encontré afuera, ni cuánto tiempo llevaba allí. Estaba de pie en el frío exterior, pero no sentía nada de eso. El frío no se comparaba con el hielo que sentía por dentro. Estaba armado y listo para partir. Dos días sin mi mujer, imaginando por lo que estaba pasando, era demasiado.

Una mano suave se acercó a mi espalda, y con sorpresa noté que era la madre de Scarlett.

—Tráela a casa. —Su voz era suave. No lloró ni gritó, aunque podía ver la preocupación dibujada en las líneas de su rostro. Era una mujer fuerte, como mi Scarlett.

—Lo haré —juré. Ni siquiera podía soportar pensar en qué estado se encontraría—. La traeré y a nuestro bebé a casa.

—Sí, tráelos a casa, Sergei.

Su padre y sus hermanos, junto con mis hombres y mis hermanos salieron de la casa. Todos subimos a los todoterrenos de color negro y nos dirigimos hacia los muelles.

—La rescataremos. —La mano de Nikolai estaba en mi hombro—. Mantén la cordura, por ella. Te necesitará.

—No podré seguir adelante sin ella —declaré entre dientes. Me importaba un carajo quién lo oyera. Afortunadamente para mí, solo mis hermanos y Michail estaban en nuestro coche.

—No tendrás que hacerlo. —La fría convicción de Dimitry en realidad me estaba ayudando—. Mataremos a Vlad e Irina, acabaremos con esto de una vez por todas. Viviremos el resto de nuestras vidas disfrutando de la familia que tanto nos ha costado conseguir.

Recorrimos el resto del camino en silencio. Cuando llegamos a los muelles, no hubo necesidad de esconderse. Veníamos listos para arrasar todo el lugar, si era necesario.

Cuando salimos del todoterreno, contemplé lo que teníamos delante. El imponente almacén gris plomo se alzaba frente a nosotros. Una neblina blanca y brumosa que llegaba desde el agua parecía dedos fantasmales que envolvían nuestros cuerpos, invitándonos a la tumba acuática más allá de los muelles. Cada nervio dentro de mí debería haber estado saltando en anticipación de lo que estaba por venir, pero mantuve la calma. No podía dejarme llevar por la locura. Brian se puso a mi lado, aunque no tenía ni maldita idea de dónde había salido. Quizá estaba tan ido que ni siquiera era consciente de mis alrededores.

—¿De dónde demonios saliste? —La pregunta de Dimitry me alivió. Si él no lo vio, yo no era un caso perdido.

—Se me da bien pasar desapercibido. —Se rio entre dientes—. De todos modos, estoy listo para poner esto en marcha. —Puso un mapa dibujado a mano con salpicaduras de sangre por todas partes en el capó de nuestro coche.

—¿Por qué hay sangre en tu mapa? —cuestionó Nikolai con una ceja levantada—. ¿Comenzaste la fiesta sin nosotros?

—Tuve que eliminar a dos tipos —explicó Brian con calma—. Fue un poco caótico.

El padre y los hermanos de Scarlett se nos unieron y todos estudiábamos el mapa mientras Brian hablaba.

—Scarlett está aquí. —Señaló el nivel inferior del edificio del muelle—. Tienen hombres vigilando aquí, aquí y aquí. Empezaron a trasladar mujeres al barco justo aquí. Apuntó al lado sur del edificio. No me extrañó que nos dijera que llegáramos por la parte norte. Estábamos en su punto ciego en este momento—. Están programados para salir en una hora, así que no tenemos mucho tiempo.

—De acuerdo, Brian, toma a los hombres que necesites y libera a las mujeres del barco —indicó Dimitry—. Nikolai y yo iremos con Sergei. Michail y algunos hombres serán nuestro refuerzo. Liam y Patrick, ¿podrían eliminar a sus hombres en el interior?

—Será mejor que no le pase nada a mi hermana —siseó Liam, mirándome fijamente.

—Liam, él se ocupará de tu hermana. —Patrick trató de calmar la tensión—. Es su mujer.

—Y es mi maldita hermana —gruñó.

No me molesté en contestarle. Me alejé hacia la entrada que me llevaría con *mi* mujer.

Aunque no sin antes oír a Nikolai advertirle a Liam:

—No amenaces a mi hermano.

—Cálmense todos —pidió Dimitry—. Si algo le pasa a Scarlett, perderemos a nuestro hermano. No lo logrará sin ella, así que mantén la boca cerrada y saquémosla de allí.

39

SCARLETT

Una aguda punzada en la sien fue lo primero que noté cuando desperté. Había ruido a mi alrededor, pero apenas podía captar palabras. Mi cerebro estaba en la niebla y el mundo entero seguía girando, me costaba concentrarme e incluso abrir los ojos. Se sentía frío y húmedo.

Intenté moverme y me encontré con las muñecas atadas. Me obligué a abrir los ojos y un dolor agudo me atravesó el cráneo.

«¡Ouch!».

¿Qué demonios pasó?

—Va a alcanzar un buen precio —afirmó una voz de mujer. Intenté abrir los ojos, buscando la voz, no obstante, era como si mis párpados pesaran una tonelada. Aguanté el dolor y me esforcé. Cuando por fin los abrí, miré a mi alrededor, buscando. No había nadie en la habitación, excepto yo. Parecía que estaba en una especie de habitación subterránea, con paredes de piedra, sin ventanas y suelo de cemento.

Se me apretó la garganta de miedo. ¿Era esta la amenaza que Sergei le mencionó a mi padre? ¿Era esto de lo que intentaba protegerme?

—Haz que pase por el examen —dijo una voz grave de hombre —, y luego ponla con las otras mujeres. El barco sale en una hora. Sergei no se atreverá a interceptarlo. De lo contrario, su preciada carga arderá en llamas.

Sentí una mano en el cabello y un puño apretado empujó mi cabeza hacia un lado.

—Eres bella. —Los fríos ojos azules de una mujer rubia me miraban. ¿Quién demonios era esta zorra?

—Sergei te matará por esto —siseé, aunque con la boca seca y un dolor de cabeza palpitante, no sonaba nada feroz. A la mierda ser feroz. En realidad estaba asustada, a punto de cagarme encima. Estaba embarazada y no quería que le pasara nada a mi bebé.

Se rio y el sonido fue áspero, haciendo que me doliera aún más la cabeza.

—Nunca tendrá una oportunidad. El maldito idiota no pudo ver lo que tenía delante de sus narices.

Reflexioné sobre lo que quería decir, aunque me negué a preguntar. Vendría por mí y la mataría. Estaba segura. Era ferozmente protector y despiadado cuando la ocasión lo requería. Y nada le importaba más a Sergei que su familia, éramos su familia. Tal vez aún no estábamos casados, mas formaba parte de mí tanto como yo de él.

—Nunca podrás sustituirme —se burló, seguido de una carcajada espeluznante.

Fruncí el ceño. ¿De qué demonios estaba hablando?

Se rio y un estruendo de asco me recorrió el cuerpo.

—¿No te lo dijo?

Ya odiaba a esta mujer.

—Suéltame o lo lamentarás. —Quise sonar más dura, pero mi voz no funcionaba tan bien—. Sergei vendrá por mí.

—La chica tiene garras. —Resonó la voz del hombre desde otro lugar de la habitación. Dios, mi cabeza palpitaba con fuerza. Era como si todo mi cráneo se estuviera moviendo y el martilleo aumentara a cada segundo. Me costaba mantener los ojos enfocados, la vista se me nublaba cada pocos segundos.

—Llevas dos día inconsciente. —Se rio entre dientes, como si acabara de decir el chiste más gracioso—. No ha habido ni rastro de Sergei.

No le creí. Estaba segura de que vendría por mí. Y si no lo hacía, lo harían mi padre y mis hermanos.

—Vendrá por mí —declaré con firmeza—. Y también mi padre. Entonces, te arrepentirás de haberme tocado.

Su cara se transformó en una mueca fea y empujó su cara hacia la mía.

—Sergei me ha costado millones en los últimos meses. Malditos millones. Ahora, pagarás su deuda. Y créeme, pequeña... todo lo que tengo que hacer es fóllarmelo y se olvidará de ti.

«¡Irina!». Esta era la mujer con la que Sergei se iba a casar.

La observé, realmente la miré. Podía ver la evidencia de la mujer que debió haber sido alguna vez. No se podía negar: debió de ser hermosa. Pero en ese momento, su alma horrible brillaba a través de ella. Su rostro se retorcía de celos. Solo se tenía a sí misma de culpar por haber perdido a Sergei.

—Sergei no te tocaría ni con un palo de tres metros —repliqué—. Perdiste tu oportunidad y eres la única culpable.

Era estúpido provocarla, sin embargo, mi orgullo no podía permitir que se saliera con la suya con su supuesta superioridad. No era más que una zorra codiciosa.

—Amordázala, papá —espetó la mujer, su ruso pesado hacía que su amenaza sonara más amenazadora—. Me está irritando.

Solté un grito desgarrador esperando que alguien viniera a salvarme. Fue una estupidez, porque permitió que el hombre me metiera un trozo de tela en la boca.

—Sí, alcanzará un buen precio. —El hombre apareció en mi vista. Era mayor, delgado, con cabello blanco y ojos crueles.

—Lástima que no hayas podido conseguir a las tres mujeres —se quejó ella—. Esos malditos *Russian Sinners* deberían estar muertos. Son un problema.

«¿Tres mujeres? ¿Se refiere a Anastasia, Olivia y a mí?».

—Tendremos que conformarnos con ella —comentó agitado el hombre—. Nikolai y Dimitry se lanzaron a matar a todo el mundo. Tuve suerte de escapar mientras Malcolm disparataba como un lunático contra esa pelirroja. ¡Maldito idiota!

—Ese primo tuyo era una bala perdida —respondió ella con indiferencia, como si no estuviera allí—. Tendría que haber acabado con el negocio de los satélites mientras tenía la delantera y haberse

metido en este negocio. Los libaneses están ansiosos por otro cargamento de chicas, y con el *inventario* que tenemos, pagarán una fortuna.

La ira se apoderó de mi pecho al oírla llamar *inventario* a las mujeres que había capturado.

—Eres algo más. —Me rascó la piel con la uña, notando la furia en mis ojos.

—No la arañes, Irina —advirtió el hombre.

—Sabes, Sergei y yo solíamos ser amantes —presumió—. Incluso me pidió que me casara con él. Fue hace doce años. Yo quería, lamentablemente, él no tenía mucho en aquel entonces. Estaba tan celoso que se infiltró en mi boda. Si hubiera sabido que le iría tan bien, lo habría hecho. Pero no importa, después de que te hayas ido… —añadió—. Verá que estábamos mejor juntos.

Sí, podría haberse ahorrado ese detalle. No quería saberlo. Aunque a decir verdad, no importaba. Perdió su oportunidad y él me amaba. Estábamos planeando una familia y el resto de nuestras vidas juntos.

Alguien llamó a la puerta y por fin dejó de hablar.

—*Ah*, el doctor.

«¿El doctor? ¿Por qué hay un médico aquí?».

Debió haber miedo en mis ojos, ya que mi mirada se desvió hacia todos lados.

Irina volvió a reír y odiaba ese sonido, maldición.

—No te preocupes —ironizó con veneno—. Abortará a tu bebé. No podemos permitir que te crezca la barriga mientras sirves a hombres que pagan mucho por ti.

La bilis me subió a la garganta y el miedo se apoderó de mi interior. Empecé a sentir pánico y a jalar de las esposas, causándome dolor en las muñecas. No podía dejar que lo hicieran. Era nuestro bebé, de Sergei y mío. Intenté gritar, pero la tela que tenía en la boca amortiguó el sonido y provocó que me ahogara.

—¡Basta! —Una mano me abofeteó y me di cuenta de que era la mujer.

El hombre al que llamaba *papá* se rio.

—Te está afectando, Irina.

—No es nadie ¡Es una puta! —bramó—. El doctor te sacará ese bebé bastardo del vientre y luego te venderemos a hombres que decidirán si serás una puta para preñar o solo una puta.

Mi estómago se revolvió ante esas palabras y la bilis amenazó con subir, provocando que me ahogara. Por un momento, no pude respirar y estaba segura de que me desmayaría. Pero de ninguna manera me rendiría sin luchar. Empecé a patalear y a gritar contra la mordaza. Las lágrimas ardían en mis ojos, rodando por mis mejillas.

—Tendrás que sujetar a la paciente —exigió la voz que supuse que pertenecía al médico.

Uno de ellos me sostenía las piernas abiertas, mientras la mujer me sujetaba las manos. Seguí luchando contra ellos, con la mente arremolinada y el pecho agitado de tanto luchar sin conseguir nada.

Sentí que las manos del hombre llegaban a la parte interior de mi muslo y las lágrimas rodaban por mi cara, mientras seguía luchando contra Irina y su padre que me sujetaban.

—¡Aléjate de ella, carajo!

Sergei. Esa era su voz. La reconocería en cualquier parte. Moví la cabeza de un lado a otro.

—Sergei, querido. —Esa zorra se atrevió a dirigirse a él.

Sonó un disparo.

—¡Maldito idiota! —escupió Irina—. Mataste a mi doctor. Sabes lo difícil que es encontrar un buen médico.

—Quita tus manos de mi mujer —soltó entre dientes Sergei. Escuchaba furia en su voz, estaba al borde—. Tú también, Vlad. O te destriparé vivo.

Sentí alivio al oír su voz, aunque la situación seguía siendo grave. Si alguien podía salvarme, era Sergei. Seguí girando la cabeza, la necesidad de verlo me retorcía por dentro.

—No hay adónde huir, Vlad. —La voz fría de un hombre se burló de él—. Sabía que al final te alcanzaríamos. También lo sabías, ¿verdad... cobarde? Ahora, por fin podremos oírte chillar como el cerdo que eres. —Quienquiera que fuera, me caía bien. Esperaba que le diera una paliza.

—No lo creo. —Irina puso un cuchillo contra mi garganta. Tendría que hablar con Sergei sobre su anterior gusto por las mujeres. Esta

mujer era una lunática.

—Si le haces el más mínimo rasguño, te arrepentirás de haber pisado esta tierra.

Irina rio desquiciadamente. Sí, la mujer estaba totalmente loca. Deseé que le pegara un tiro y acabara con esto.

Su cuchillo me presionó la garganta y sentí cómo un líquido caliente se deslizaba por ella.

—Te conseguiste una princesita caprichosa, Sergei —lo provocó —. Tú y yo éramos buenos juntos... podríamos haber gobernado el mundo.

Quería morderla, arañarla. Tuvo su oportunidad de tener a Sergei; no lo quiso. Él era mío.

Sergei resopló.

—Nunca hubo un *tú y yo* —se burló de ella—. Eras falsa. La mujer que creí que eras nunca existió de verdad.

—Córtale el cuello, hija —ordenó el viejo al que ella había llamado papá antes.

—Ni se te ocurra, Vlad —gruñó la voz de otro hombre. ¿Cuánta gente había aquí exactamente?—. ¿Crees que la gente llama a Sergei *Mad Russian Sinner* por nada? Si le haces daño a esa mujer, verás lo loco que está. Y disfrutaré viendo cómo los hace pedazos a ti y a tu hija, extremidad por maldita extremidad.

—Sé razonable, Vlad. —Sergei trató de mantener la voz fría, pero ya lo conocía lo suficiente como para leer sus signos de rabia—. Scarlett es la única hija del jefe de Boston. Está aquí. Si le haces daño, él y su familia te cazarán.

—¿Y tú no?

—Deberías haber pensado en eso antes de empezar esto. —Sergei no tenía remordimientos y tenía razón. Vlad e Irina se lo buscaron—. Casi me cuestas mis hermanos y hermanas. Mi mujer y nuestro hijo. Morirás. De ti depende cómo.

«Larga y dolorosa. Haz que le duela». Quise gritar, pero el maldito trapo seguía atascado en mi boca.

40

SERGEI

Dimitry tenía razón. No sobreviviría a perder a Scarlett. La necesitaba; era mi vínculo para mantener la cordura. Scarlett y nuestro bebé.

Sentí que Dimitry y Nikolai me seguían mientras nos dirigíamos al almacén. Se oyó el sonido de cristales rompiéndose y una fuerte explosión sacudió el suelo. Mis hermanos y yo compartimos una rápida mirada. Cada uno de nosotros agarró sus armas y justo a tiempo también. La puerta del almacén se abrió de golpe y empezaron a salir hombres.

Mis hermanos y yo empezamos a disparar. Nuestros hombres estaban en distintas posiciones, disparándoles también. Estos desgraciados no tenían ni idea de con quién estaban tratando. Afortunadamente, lo descubrirían muy pronto.

Escuché que uno de mis hombres me llamaba. Seguí su mirada y le hice un rápido gesto con la cabeza.

—En el tejado —informé a mis hermanos.

Al unísono, cada uno de nosotros empezó a disparar, derribando a los francotiradores. Los disparos sonaban a nuestro alrededor, pero mi corazón permaneció firme. Era por Scarlett. Ella me necesitaba con la cabeza despejada.

Un arma se disparó justo encima de mí y noté que era su hermano Liam. Había abatido a uno de los francotiradores. Incliné la cabeza en señal de agradecimiento y continué mi camino hacia mi mujer, disparándoles a esos desgraciados y corriendo al mismo

tiempo. Se me apretó el estómago de preocupación y poco a poco sentí cómo afloraba mi rabia.

—¡Sigue tú, Sergei! —gritó Dimitry por encima de las balas. Los tres estábamos disparándoles a esos imbéciles. Estos tipos eran como un enjambre interminable de moscas—. Estamos justo detrás de ti.

Asentí y corrí. La necesidad de llegar a Scarlett fue la única razón por la que dejé que mis hermanos me cubrieran la espalda. En cuanto abrí la puerta del almacén, uno de los polacos me atacó. Desenvainé mi cuchillo y con un movimiento de muñeca le corté la garganta. No esperé a que cayera al suelo antes de seguir avanzando.

Tres más se acercaron, aunque no estaba seguro de dónde venían. Nikolai y Dimitry estaban a mi lado, con sus propios cuchillos desenfundados.

Un grito desgarrador atravesó el edificio y se me heló el corazón. Dimitry lanzó un cuchillo directo al pecho de uno de los idiotas y pasó al ataque.

—¡Vete! —gritó Nikolai mientras atacaba al otro hombre, dejándome el paso libre.

Corrí por el edificio, siguiendo las voces y los gritos. En el momento en que atravesé la puerta, mi visión se nubló y la inquietante niebla roja nadó por mi vista.

—¡Aléjate de ella, carajo! —bramé.

Mi sangre tronaba con rabia al ver a Scarlett atada sobre esa sucia mesa, con las muñecas y las piernas esposadas. La miserable excusa de médico estaba entre sus piernas, dispuesto a utilizar una sucia herramienta en ella. Lo maté de un tiro en el acto.

En ese momento, todo lo que tenía que hacer era rescatar a mi Scarlett. Vlad e Irina eran como buitres sobre mi mujer. Los haría pagar.

Dimitry y Nikolai no tardaron en estar a mi espalda; siempre lo estaban. Tenían razón, juntos éramos más fuertes.

Hubo una conmoción y disparos fuera de la habitación. Probablemente, Patrick y Liam estaban matando a todos esos putos

desgraciados, pero me importaba una mierda. La única que me importaba era Scarlett.

—Se acabó, Irina. —Mi voz era fría y calmada. A diferencia del fuego que ardía por mis venas. Scarlett tenía los ojos muy abiertos por el miedo mientras luchaba por respirar. Su pecho subía y bajaba con movimientos bruscos—. Nuestros hombres y los de Boston se están apoderando de todo este edificio y no te quedará nadie cuando acabemos con esto. —Por si necesitaba más garantías, añadí —: Los polacos te vendieron. No te quieren de vuelta ni a tu padre traidor.

—*Malditos traidores* —espetó, con su ruso marcado—. *Les daré una lección*.

Su rostro era horrible, retorcido de odio. Nunca podría compararse con mi Scarlett.

—No les enseñarás nada —pronuncié con calma—. Te alejarás de mi esposa, de lo contrario, te destriparé viva. Mujer o no. Y luego, te torturaré durante días.

—¡Ustedes tres, malditos idiotas, son una vergüenza! —chilló Vlad como el cerdo que era—. El peor error que Boris cometió. Y tú, Sergei, eres la mayor desgracia de todos.

Me importaba una mierda lo que pensaba esa víbora.

—Boris era tan estúpido y estaba tan ciego de rabia que no veía lo que tenía delante de sus narices —continuó desahogándose Vlad —. No reconoció a su propio hijo. Pero yo sí. —Su horrible carcajada resonó en la habitación. Sentí alivio al confirmar que Boris nunca supo que era su hijo—. ¿Quién crees que envió a ese hombre a manosearte? A abusar de ti. Prosperé sabiendo que Boris era tan estúpido que no podía ver a su propio hijo siendo una putita con uno de sus hombres.

Un sudor frío recorrió mi cuerpo, los recuerdos oscuros y amargos. No obstante, antes de que tuviera siquiera la oportunidad de recomponerme, Nikolai estaba sobre él, con su gran mano alrededor del cuello traidor de Vlad.

—¿Quién es la perra ahora? —siseó, golpeando el cuerpo de Vlad contra el suelo de cemento—. ¡Jodido pedazo de mierda!

Aproveché la distracción de Irina y le retorcí el brazo con el cuchillo que sostenía contra Scarlett.

—A mi mujer no la tocas, maldición —gruñí. Dimitry estaba justo detrás de mí y agarró a Irina por el cabello, empujándola contra la pared. Se quejó, pero no sentí nada. Había amenazado a mi mujer y a mi hijo. No se merecía nada mejor.

SCARLETT



—No toques a mi esposa, maldición.

«Mi querido Sergei. Si salimos vivos de esta, me casaré contigo mañana».

La voz de Sergei estaba llena de furia y posesividad. Y me encantaba. Sabía que siempre nos protegería. Escuchar las palabras de Vlad sobre los abusos de Sergei fue una puñalada en mi corazón, pero no le quitaba nada. Lo hacía aún más grande ante mis ojos. Si sus hermanos decidían no torturar a Irina y Vlad, lo haría yo misma.

Escuchar a Sergei llamarme su esposa se sentía correcto. Aún no estábamos casados, sin embargo, suponía que para él ya era su mujer, y me gustaba como sonaba eso. Al diablo con todo. Parecía que mis padres sabían que era lo mejor después de todo.

Hubo varios disparos fuera de la habitación y el tintineo del metal contra el suelo de cemento. No podía ver lo que estaba ocurriendo y el miedo se apoderó de mí ante la posibilidad de perder a Sergei. Un fuerte pitido resonó en mis oídos e intenté tirar de mis ataduras.

—¡Scarlett! —El rostro de Sergei se cernía sobre mí—. Estoy aquí, *Solnce*.

Me quitó la mordaza de la boca y respiré profundamente. Sergei me acunó la cara con las manos mientras hombres corrían a nuestro alrededor, gritando órdenes. Pero para mí, nadie importaba excepto él. Vino por mí.

—Sabía que vendrías por mí —pronuncié con voz rasposa.

—Siempre. —Era su promesa solemne. Rápidamente empezó a desatarme las muñecas de los cinturones y luego los tobillos. Me levantó de la mesa y me sostuvo en sus brazos.

—¿Te hicieron daño? —preguntó.

Me llevé la mano al vientre bajo.

—No, llegaron justo a tiempo.

—Igual deberíamos ver a un doctor. —Enterró la cara en mi cuello. Podía ser su consuelo, mas también era el mío. Sentir su rostro tan cerca del mío, inhalar su olor único.

—Lo que tú quieras —murmuré.

—Demonios, me estaba volviendo loco. Casi te pierdo —susurró contra mi oído—. Habría perdido toda mi cordura sin ti.

—Estoy aquí. —Le rodeé el cuello con las manos—. Nos salvaste a ambos. Estoy aquí.

Un hombre con una cicatriz en la cara sujetaba al hombre contra el suelo en una llave de estrangulamiento. Y otro tipo con ojos grises como el acero tenía a Irina contra la pared, mientras ella le escupía palabras en ruso. No parecía molesto en absoluto, aunque tenía la sensación de que no lo estaba halagando para nada.

—Deberían torturarlos —declaré con rabia. Deberían sufrir por lo que se disponían a hacer y por lo que le habían hecho a Sergei—. Durante mucho tiempo.

Ambos hombres giraron sus miradas hacia mí.

—Maldición. Me agrada. Bienvenida a la familia, Scarlett. —Anunció el tipo con la cicatriz en su rostro.

Sergei habló:

—*Solnce*, te presento a mis hermanos. Dimitry, quien amablemente se está haciendo cargo de Irina. —Sonreí a su hermano mayor—. Y Nikolai que disfrutará jugar con Vlad durante los próximos meses.

Nikolai parecía aterrador.

—Pensé que habías dicho que es un gran oso de peluche —comenté—. No mencionaste un gran oso de peluche *aterrador*.

La cicatriz que cruzaba su cara le daba un aspecto rudo y malvado. Pero entonces sonrió y me quedé boquiabierta. No me extrañó que Olivia se enamorara de él. ¡Guapísimo!

Nikolai se rio.

—Encantado de conocerte, Scarlett. Mi esposa me ha hablado mucho de ti.

Fruncí el ceño.

—Creí que salías con Olivia. —Luego, lo fulminé con la mirada—: Será mejor que no...

—Olivia es mi esposa. —Sonrió.

Parpadeé, luego otra vez.

—¡No me digas!

—Sí.

—Maldita sea, Nikolai —gimió Dimitry, aunque había diversión en sus ojos—. Deja de anunciarlo. Mi mujer quiere una ceremonia de boda triple.

Miré entre los dos hombres y luego de nuevo a Sergei.

—Eso fue rápido, Nikolai —repliqué, sonriendo—. Tengo que admitir que nunca habría pensado que fueras su tipo. —Sonreí—. Sin ofender, pero te juro, ella nunca... *nunca*, se enamoró de ningún hombre. Y entonces *boom*. Tú. Voy a tener que hablar con ella. Estoy impresionada.

—Vivo para servir —bromeó Nikolai.

Miré al hombre al que aún mantenía estrangulado.

—Ahora, ¿qué debemos hacer con estos dos?

Si bien nunca quise ser parte de este tipo de vida, estos dos lastimaron a Sergei.

—¿No les advertí que no se metieran con mi familia? —Dimitry gruñó, sus ojos asesinos sobre Vlad mientras colocaba con fuerza a su hija junto a él—. ¿No fue suficientemente clara mi advertencia?

No entendía. Miré a Sergei, que permanecía inmóvil. Agarré su mano entre las mías y la besé.

—Te amo. —Articulé, y sus ojos se suavizaron al instante.

—¿Quién fue? —Dimitry le preguntó a Vlad, tenía el pie sobre la garganta de Irina—. ¿Quién fue el que abusó de Sergei? O aplastaré a tu hija como la basura que es.

—Lo maté —anunció Sergei con calma, con su mirada en sus hermanos—. Se escondió cuando mataste al otro tipo que intentó

acercárseme. Me costó un poco, pero lo cacé y le clavé un cuchillo en su negro corazón.

—Bien —afirmé—. Y a estos dos les pasará lo mismo.

Sergei me miró sonriendo.

—No me había dado cuenta de que tenías sed de sangre.

Sonreí tímidamente.

—Normalmente no, pero sacas todo de mí. Te amo demasiado.

Se inclinó y apretó su boca contra la mía.

—También te amo, *Solnce*.

—Y realmente quiero casarme mañana —añadí. La mirada en sus ojos no tenía precio. Sabía que casarme con él sería la mejor decisión de mi vida.

—Vamos ustedes —gimió Dimitry, con una amplia sonrisa—. Anja quiere una ceremonia de boda triple. Tengan piedad de mí.

Le sonreí.

—No quiero esperar. Quiero ser la señora Volkovsky lo antes posible.

Michail entró corriendo en la habitación con mis hermanos y mi padre a su lado.

—Scarlett, mi niña. —Mi padre corrió hacia mí y me rodeó con sus brazos. Sergei aún me abrazaba, así que también lo abrazó a él, pero no pareció molestarle a ninguno de los dos—. ¿Estás bien?

—Sí, papá. —Me estaba bañando la frente en besos y de repente me sentí como una niña pequeña—. Estoy bien. ¿Qué hacen aquí?

—¿Qué crees, hermanita? —Liam habló detrás de él—. Tu esposo pidió refuerzos y vinimos a patear algunos culos rusos.

«Qué incómodo». Miré a mi alrededor, aun así, Sergei y sus hermanos no parecieron ofenderse.

—Bueno, limítate a patear el culo ruso que está en el suelo —declaré y Liam respondió con una sonrisa.

—Me alegro de verte, hermanita. —Se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla. Brennan y Cillian hicieron lo mismo.

—¿Usaste las técnicas que te enseñé? —cuestionó Brennan, guiñándome un ojo.

Michail se rio detrás de él.

—Seguro que sí. Creo que mis pelotas aún no se han recuperado.

Todo el mundo se rio y demonios, se sentía como que nuestra familia acababa de crecer un poco más.

EPÍLOGO

SERGEI



Dos semanas después

Agarré la pata de un taburete con el pie y lo arrastré por el suelo de cemento. Era irónico que hubiéramos cerrado el círculo. Vlad, Irina y Bartek colgaban del techo en el sótano de cemento del almacén de Dimitry. Era su cámara de tortura especial. Al menos fuimos más amables y no los colgamos cabeza abajo.

Los tres se estremecieron al oír el ruido del taburete arrastrándose, y sus cabezas se movieron de un lado a otro. Tenían los brazos atados, colgando de un gancho para carne. Vlad y Bartek fueron golpeados... solo una o dos veces. Los desgraciados se lo merecían por todo el dolor que habían causado a muchas mujeres y niños a lo largo de los años. Torturar a una mujer no nos sentaba bien a ninguno de mis hermanos ni a mí, pero dejarla ir era impensable. Era incluso más peligrosa que su marido y su padre.

La venganza era dulce, aunque no tanto como lo que iba a ocurrir más tarde ese día.

Me senté en el taburete, observándolos. No tenían buen aspecto; no durarían mucho más. Pudimos obtener información sobre todos y cada uno de los cargamentos de los últimos quince años, menos de uno. Solo necesitábamos ese último dato y entonces podríamos poner fin a su sufrimiento.

Desde que rescatamos a Scarlett, todo mi mundo cambió. Las cosas estaban bien. La vida era buena. Nunca estuvo en mis cartas ser feliz, pero maldición, estaba feliz. Y ver a mis hermanos felices era la cereza en el pastel. Algunos dirían que no merecíamos ser felices, no obstante, le daba gracias a Dios de rodillas cada día por darme a mi mujer, mis hermanos y nuevas hermanas.

Observé a Michail caminar de un lado a otro. Estaba demasiado nervioso para sentarse. No podía culparlo. Ese último dato era la llave que ha estado buscando.

Dimitry y Nikolai llegarían en cualquier momento. Me preocupaba si estábamos haciendo lo correcto con Michail. Esperaba que así fuera. Me agradaba y quería para él todo lo que mis hermanos y yo habíamos conseguido. Mas él estaba hambriento de venganza. Hasta que no la consiguiera o encontrara a alguien que lo apartara de ese camino de venganza, no escucharía razonamientos para salir de esta vida.

Así que sí, estuve de acuerdo con Dimitry y Nikolai. Michail era el mejor para seguir con el negocio; por el bien de los inocentes. De lo contrario, otro Vlad o Irina tomarían el poder y llevarían a la gente a la ruina. Como lo hizo Boris.

Escuché el sonido de las puertas metálicas abriéndose y el eco de los pasos de mis hermanos por las escaleras de hormigón.

—Ya era hora, maldición —murmuré en cuanto estuvieron frente a nosotros.

—No nos culpes. —Rio Dimitry—. Tu mujer nos hizo repetir todos los pasos que teníamos que hacer hoy e insistió en que repasáramos el itinerario. —Me alegraba ver que ellos se llevaban bien con Scarlett. Anja y yo también nos habíamos acercado y Olivia se había convertido en otra hermana.

Sí, la vida era increíble y tenía la mejor familia que un hombre podía desear.

—Y luego insistió en que la ayudara con los arreglos florales. —Nikolai anunció con diversión en su rostro—. Antes de que pudiéramos irnos, decidió que necesitaba helado. No cualquier tipo de helado. Tenía que ser de menta. En medio de una maldita tormenta de invierno.

Los antojos de Scarlett se habían convertido en el centro de nuestras vidas.

—Sí, sobre eso. —Empezó Dimitry, mirando a Michail, Nikolai y a mí—. Anja también está embarazada. Así que puede que tengamos que comprar muchos helados.

—*¡No me digas!* —replicó Nikolai. Había aprendido esa frase de Scarlett. Michail puso los ojos en blanco. Sí, otro rasgo de Scarlett—. Olivia también está embarazada —añadió.

—Los tres se están convirtiendo en unos idiotas hogareños —afirmó Michail con una gran sonrisa en su rostro.

Tenía razón, por supuesto, pero lo amábamos. Era lo que siempre habíamos querido, tener nuestra propia familia.

—Lo que nos lleva al siguiente punto, Michail. —Empezó Dimitry. Observé a Michail, tratando de entender sus pensamientos. Por desgracia, también era bueno ocultando sus sentimientos. Probablemente, por eso era una buena elección para la siguiente declaración—. Mis hermanos y yo pensamos que deberías asumir el cargo de líder de la *Bratva*. Eres honorable y la gente te respeta. Y lo más importante, protegerás a los inocentes y no te aprovecharás ni te dejarás llevar por la codicia.

Esto no era lo que Michail esperaba. Seguía observándonos, lo único que lo traicionaba eran sus labios apretados.

—¿Quieren salirse, pero quieren que me quede? —replicó secamente—. De hecho, aún peor... ¿quieren que la dirija?

—Michail, si no quieres —razoné con él—, te apoyaremos. Pero si quieres respuestas y encontrar a esos desgraciados, puede que sea tu mejor oportunidad. Como líder de la *Bratva*, tendrás vastos recursos a tu disposición. —Podía ver que consideraba mis palabras —. Al menos piénsalo.

—Siempre puedes pedirnos ayuda. —Ofreció Nikolai—. Eras la primera opción. Eres un hombre honorable y bueno. Tienes una causa justa y no estás haciendo esto para estar en el mundo del crimen. Por eso eres la elección perfecta. Algunos de mis hombres que quieren quedarse te seguirían.

—Y los míos también —informó Dimitry.

Las palabras de Nikolai permanecieron en el aire. Tenía razón, por supuesto. Michail era un hombre honorable. Las circunstancias lo forzaron a este mundo, igual que a nosotros.

—A ver si podemos hacer hablar a estos imbéciles. —Terminó diciendo Michail—. Tengo que asistir a una boda.

Sonreí.

—Y yo soy el novio.

—¿Qué demonios? —replicó Nikolai con una amplia sonrisa—. Creí que yo era el novio.

—Basta, idiotas. Yo soy el novio. —Se rio Dimitry.

—Los tres son unos idiotas. —Sonrió Michail—. Los tres se van a casar hoy.

Michail se acercó a los tres que colgaban del techo, levantó la mano y rápidamente les arrancó la cinta adhesiva de la boca. Uno por uno gritaron y se balancearon.

Me encantaban sus gritos. Podría significar que estaba enfermo y que era el *Mad Russian Sinner*, pero a la mierda. Casi me arrebataron a mi familia. No solo a mi mujer y a mi hijo nonato, sino también a mis hermanos y a sus mujeres.

Las botas de Michail resonaban en el almacén mientras se movía, rodeándolos como un depredador.

—S-Sergei, detén esto, por favor —sollozó Irina. No sentí compasión por ella. Solo se preocupaba por sí misma.

—Sabes lo que necesitamos —comenté—. Dame la información.

Se quedó quieta, pero apretó los labios, lo que me dijo que se negaba a soltarla. El puño de Michail voló por los aires y su cabeza se echó hacia atrás con la fuerza del golpe. No lo culpé por su rabia.

—La información —gruñó. Llevó su mano a su garganta y apretó. La estaba dejando sin oxígeno—. Me importa una mierda quién la dé. Tú, tu padre o tu esposo. Dame. La. Información.

Agarró cinta adhesiva y se puso a trabajar con su marido. Era el eslabón más débil, más propenso a hablar. Alcanzó la esquina de la cinta adhesiva, la enrolló sobre sus ojos y luego tiró con fuerza.

Aulló mientras le arrancaba media ceja.

—Buen trabajo de depilación —elogié.

Empujó su cuerpo y se balanceó hacia delante y hacia atrás, mientras gritaba de dolor.

—La información —demandó Michail. Era un cambio de escena. Mis hermanos y yo normalmente torturábamos—. Ahora o empezaré a cortarte los dedos... uno a uno.

Gimió. *«Sí, ¡definitivamente un eslabón débil!».*

Michail tomó las tijeras grandes que probablemente eran para jardinería más que para torturar, pero demonios, uno se las arreglaba, ¿no?

Puso las cuchillas contra su mano mientras Bartek temblaba. Probablemente, se orinaría encima en cualquier momento. Michail apretó con fuerza contra su carne y la sangre comenzó a gotear sobre el concreto.

—¡Irlanda! —gritó—. ¡Busca en Irlanda! ¡Es todo lo que sé!

Michail no se detuvo, continuó su tortura como si Bartek no hubiera dicho nada. Me levanté y le puse una mano en el hombro. Michail nunca perdía la calma, pero mierda, estaba furioso. Me lanzó un vistazo. Podía entender la rabia, mas no serviría de nada. No con estos idiotas.

—No nos darán nada más —murmuró Nikolai—. O no lo saben, o se lo llevarán a la tumba con ellos.

Estaba de acuerdo con él. Irina seguía mirándome. Esperaba librarse, pensaba que me ablandaría. Eso nunca ocurriría. Debió haberse metido en sus asuntos y dejar de entrometerse en los nuestros y hacerle daño a nuestra familia.

—¿Quieres que lo haga yo? —Le ofrecí a Michail.

—Yo me encargo. —Sabía que sí, pero joder, quería ayudar. Hizo tanto por mí.

Sin una pizca de vacilación, les cortó la garganta. Primero a Bartek. Luego, esperó, mientras Vlad gritaba como un bebé. Él fue el siguiente. Miró con los ojos muy abiertos, esperando contra todo pronóstico que alguien viniera a salvarlo.

«¡Aquí no hay salvación, maldito traidor!».

Dejó a Irina al último. Lo hizo a propósito. Ella empezó todo. Tal vez su padre tuvo una idea, sin embargo, ella la hizo realidad. Lástima que no supiera usar ese cerebro para cosas buenas.

—Sergei, puedo ayudarte. —Intentó de nuevo, su cuerpo temblaba. Por fin se estaba dando cuenta. Era una mujer muerta—. Déjame ayudar. Los ayudaré a todos.

Michail se colocó detrás de ella.

—Tu ayuda mata a la gente. —Otro corte y el silencio descendió. El único sonido era el goteo de su sangre en el suelo de concreto.

Aquí no se juzgaba, mas no quería sangre en mí este día. Me iba a casar por el amor de Dios. No pude evitar sonreír de nuevo, a pesar de la horripilante escena.

—Estás pensando en tu mujer otra vez. —Michail volvió a poner los ojos en blanco.

—Y tus ojos estarán permanentemente pegados detrás de tu cabeza —respondí secamente.

Michail nos miró a los tres.

—Acepto —anunció. Dimitry asintió. Sabíamos lo que significaba —. Lo acepto. Pero tienen que prometerme que si me vuelvo oscuro... vienen y me sacan. O me matan.

Era un miedo que todos teníamos. Dejar que este sucio mundo nos tragara enteros, llegando al punto en que ya no reconociéramos el bien del mal.

—Te lo prometo por mi familia —juré—. Vendré por ti si llegas a ese punto... mi hermano.

—Yo también. —Dimitry y Nikolai estuvieron de acuerdo—. No estás solo.



Anja cumplió su deseo. Una boda triple.

Manciatti, el abuelo de Anja, toda la familia de Scarlett, Tasha, la madre y el hermano de Olivia, Brian y nuestros hombres más cercanos estaban todos aquí. No era una familia normal, aun así, era una familia casi perfecta.

Scarlett caminó hacia el altar con sus amigas. Las tres eran hermosas, maldición... no podía apartar los ojos de mi mujer. Quería correr hacia ella y cargarla hacia el altar. Sus ojos se clavaron en mí,

y el mundo entero dejó de existir. Solo estábamos ella y yo. Tardó demasiado en llegar a mí. Demasiado tiempo, demonios.

—Ya viene, hermano. —Sonrió Dimitry, con la mano en mi hombro.

—Debimos haber hecho algo bien —dijo Nikolai—. Porque tenemos esta familia que no tiene precio.

Sus ojos estaban puestos en su mujer, igual que los de Dimitry en mi hermana.

En el momento en que Scarlett estuvo a mi alcance, la atraje hacia mí.

—Te amo —murmuré y la besé en los labios. Me importaba una mierda que la ceremonia aún no hubiera empezado.

—Y yo te amo a ti. —Su sonrisa era suave, llena de devoción, sus palabras susurradas solo para mis oídos—. Te amo desde aquella primera cita. Me vuelves loca y aun así te amo. Al parecer, el amor es un efecto secundario permanente después de conocerte. Sé que serás un padre y esposo maravilloso. Siempre nos protegerás. ¿Qué más puede querer una chica?

FIN

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, he contado con un maravilloso grupo de amigos que me han acompañado a lo largo de este viaje. Gracias a todos por apoyarme durante toda esta experiencia con comentarios constructivos, desafíos y presionándome cuando tenía mis dudas.

Tengan en cuenta que la lista que figura a continuación no incluye a todos y que si omití a alguien, no fue intencionadamente.

Lectores de mi primer borrador, del segundo y del quinto, rebotadores de ideas ¡y todo lo demás!

Susan C. H.
Jessica F.
Christine S.
Nicole H.
Emma J.
Mia O.

Gracias a MW Editing por soportarlo todo conmigo. Esta trilogía no podría haberse hecho sin ustedes.

Maquetado por Kassie Morse.

Diseño de la portada del libro por Eve Graphic Design LLC.

Por último, pero no por ello menos importante, gracias a Ashley B. por gestionarlo todo cuando me pierdo en mi mundo lleno de intrigas, aventuras y finales felices.

¡Gracias a todos! ¡No podría haber hecho nada de esto sin ustedes!

Eva Winners

¿QUÉ SIGUE?

¡Muchas gracias por leer *Deshonra*! Si te gustó, por favor, deja una reseña. Tu apoyo significa mucho para mí.

Si tienes sed de más debates con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook, Eva's Soulmates (https://bit.ly/3gHEe0e).

ACERCA DEL AUTOR

SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por conocer los otros libros de Eva? Puedes consultarlos aquí. Libros de Eva Winners https://bit.ly/3SMMsrN

Eva Winners escribe novelas románticas de todo tipo, desde enemigos a amantes hasta libros que despiertan todos los sentimientos. Sus héroes a veces son villanos, porque también necesitan amor, ¿verdad? Sus libros están salpicados con un toque de suspenso y misterio, una buena dosis de angustia, una pizca de violencia y oscuridad, y mucha pasión abrasadora.

Cuando no está trabajando y escribiendo, pasa los días en Croacia o Maryland, soñando despierta con su próxima historia.

Encuentra a Eva a continuación:

Visita www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.
Grupo FB: https://bit.ly/3gHEe0e
Página FB: https://bit.ly/30DzP8Q
Insta: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: https://www.bookbub.com/authors/eva-winners
Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/